HISTÓRICA

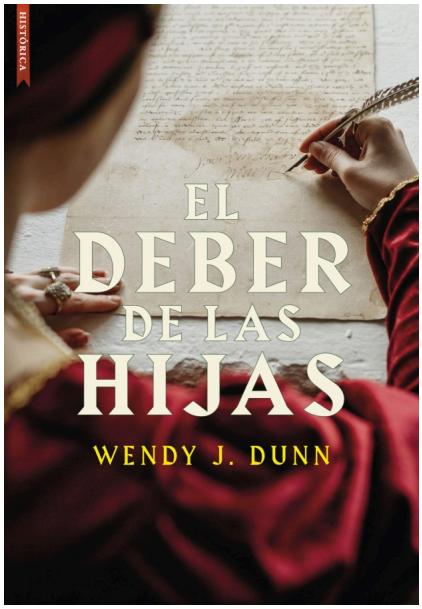


EL DEBER DE LAS HIJAS

WENDY J. DUNN



Wendy J. Dunn es una autora australiana fascinada por la época Tudor, tanto que el hecho de que descubriera una relación lejana con los Tudor poco después de escribir su primer libro sobre Ana Bolena no la sorprendió. En dicho libro narra la historia de la desafortunada reina desde el punto de vista de sir Thomas Wyatt, El Viejo. Su árbol genealógico muestra que una familia antepasada suya conocía a los Wyatt y a los Bolena. Está casada, es madre de cuatro hijos ya adultos y abuela de dos nietos increíbles. Obtuvo el doctorado en 2014 y le encanta seguir los pasos de aquellos personajes históricos a los que da vida en sus novelas. También es profesora en la Swinburne University of Technology en Melbourne, Australia.



Beatriz Galindo es mucho más que una mujer de su época: erudita, culta y amiga de la reina Isabel I de Castilla. También es la tutora de su hija menor, Catalina. ¿Será capaz de preparar a la joven princesa para ser la futura reina de Inglaterra?

Castilla, 1490. Beatriz Galindo, la Latina, es una mujer erudita y apasionada. Es también amiga y consejera de la reina Isabel I de Castilla y tutora de su hija menor, la princesa Catalina. Dedicada a la reina y a sus hijos, la mujer vive con inquietud la guerra que sus señores, Isabel y Fernando, enfrentan para expulsar a los musulmanes de los reinos en los que llevaban siglos gobernando. Es una época convulsa, la corte se mueve constantemente y la sociedad castellana lo es todo menos homogénea. En un tiempo cambiante, deberá preparar a su joven pupila, Catalina de Aragón, comprometida desde niña con el príncipe Arturo Tudor, para que sea la futura reina de Inglaterra y para que sepa enfrentar cuantos desafíos le presente la vida. Y no serán pocos…

WENDY J. DUNN

EL DEBER DE LAS HIJAS



BEATRIZ GALINDO

Libros de seda

El deber de las hijas

Título original: *The Duty of Daughters*

Copyright © 2016 Wendy J. Dunn

© de la traducción: Coral Yun Arenas de Juan

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.
Estación de Chamartín s/n, 1ª planta
28036 Madrid
www.librosdeseda.com
www.facebook.com/librosdeseda
@librosdeseda
@librosdesedaeditorial
info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Gema Martínez Viura
Maquetación: @isabela-g
Conversión en epub: Álvaro López

Imágenes de la cubierta: © Shelley Richmond/Trevillion Images

Primera edición digital: junio de 2026

ISBN: 978-84-10481-39-8

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Ninguna parte de este libro puede usarse o reproducirse de ninguna manera con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial.

Le dedico esta novela a mi primogénito, mi adorado hijo, James. Estoy muy orgullosa y feliz de verte recorrer el mismo camino que yo comencé hace muchos años. Espero que descubras lo que yo he aprendido: que enseñar es un verdadero privilegio y una vocación, donde nuestros estudiantes nos enseñan más de lo que nosotros podemos enseñarles a ellos.

«Los que saben, hacen.
Los que entienden, enseñan».

ARISTÓTELES

ÍNDICE

FIGURAS HISTÓRICAS
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25

ERUDITA

Sostengo los libros
que me encontraron.
Esta noche, los apoyo
sobre mis rodillas
uno por uno; cada uno
ofreciendo
una lección que debo absorber a tiempo.
La lluvia habla de días como esos,
de luz tenue,
con solo mi ingenio como guía.
Ningún logro de atractivo,
ni de feminidad, me ayudará aquí.
De puntillas recorro estos pasillos,
una silenciosa depredadora en las sombras,
de pisada ligera, astucia afilada,
y desafío pícaro; les mostraré
de qué es capaz una mujer de mente indomable.

ELOISE FAICHNEY, 2016

(Una vez mi alumna y ahora mi querida amiga,
Eloise: me llena de alegría verte alzar el vuelo).

—Ahí entra la verdad de la historia —dijo Sancho.

—También pudieran callarlos por equidad —dijo don Quijote—, pues las acciones que ni mudan ni alteran la verdad de la historia no hay para qué escribirlas, si han de redundar en menosprecio del señor de la historia. A fe que no fue tan piadoso Eneas como Virgilio le pinta, ni tan prudente Ulises como le describe Homero.

—Así es —replicó Sansón—, pero uno es escribir como poeta y otro como historiador: el poeta puede contar, o cantar las cosas, no como fueron, sino como debían ser; y el historiador las ha de escribir, no como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar a la verdad cosa alguna.

MIGUEL DE CERVANTES
Don Quijote de la Mancha

FIGURAS HISTÓRICAS

LISTA DE LOS PERSONAJES PRINCIPALES USADOS DE MANERA FICTICIA EN ESTA NOVELA, PERO INSPIRADOS EN LA HISTORIA.

BEATRIZ GALINDO (CA. 1465-1534)
Hace algunos años descubrí en una nota al pie de página de un ensayo sobre Isabel de Castilla a esta mujer fascinante, conocida como «la Latina». Experta en latín, poetisa y tan instruida en medicina, retórica y en la filosofía de Aristóteles que llegó a impartir estas materias en la Universidad de Salamanca. Beatriz también fue amiga y consejera de la reina Isabel, además de esposa y madre. Es otra de tantas mujeres olvidadas por la historia —y una que sin duda merece ser recordada—. Espero que pueda perdonarme las licencias que me he tomado al recrear su historia en estas páginas, pero si con ello logro despertar el interés de alguien por conocerla mejor, me daré por satisfecha. Beatriz fue alumna de Antonio de Nebrija, erudito del Renacimiento, conocido por haber escrito una de las primeras gramáticas de una lengua romance.

FRANCISCO RAMÍREZ DE MADRID (CA. 1445–1501)
Conocido como «el Artillero» en la guerra de Granada. Esposo de Beatriz Galindo, Francisco Ramírez murió durante la toma de la villa de Lanjarón (Granada), en el contexto de la rebelión de las Alpujarras.

CRISTÓBAL COLÓN (CA. 1451–20 DE MAYO 1506)
Se cree que nació en la República de Génova, que hoy forma parte de Italia. Es ampliamente conocido por el descubrimiento de América.

ISABEL I DE CASTILLA (1451–1504)
Isabel gobernó Castilla desde el año 1474 al 1504. Mi reconstrucción imaginaria de Isabel se basa en las siguientes obras: *Isabel la Católica* (Peggy K. Liss); e *Isabel of Spain: The Catholic Queen* (Warren H. Carrol).

FERNANDO II DE ARAGÓN (1452–1516)
Fernando, padre de Catalina, fue uno de los gobernantes que Nicolás Maquiavelo utilizó en *El Príncipe* como ejemplo a seguir para otros monarcas. Astuto como un zorro y hábil político, empleó todo lo que tuvo a su alcance, incluso a su propia familia, para alcanzar sus objetivos. Esto influyó en mi imaginación a la hora de crear su personaje. Maquiavelo escribió: «... siempre usó la religión como pretexto para emprender grandes proyectos, y dedicó su vida con piadosa crueldad a expulsar y limpiar su reino de la presencia de los moros; no podría haber ejemplo más admirable ni personaje más singular» (Maquiavelo, 1532).

SUS HIJOS
Isabel (1470–1498)
Juan, príncipe de Asturias (1478–1497)
Juana (1479–1555)
María (1482–1517)
Catalina de Aragón, posteriormente reina consorte de Inglaterra (1485–1536)

MARÍA DE SALINAS, pariente de Catalina de Aragón (ca. 1490 –1539). Sus padres fueron doña Josefa González de Salas y don Martín de Salinas.

AHMED, hijo de Boabdil, rey de Granada
DOÑA ELVIRA MANUEL
FRANCISCO JIMÉNEZ DE CISNEROS
FRAY HERNANDO DE TALAVERA (1428 – 1507), confesor y consejero de la reina.
ALFONSO DE PORTUGAL
MARGARITA DE AUSTRIA
MANUEL I DE PORTUGAL

CAPÍTULO 1

> «Sigue tu estrella y nunca fallarás en encontrar un glorioso puerto», me dijo.
>
> DANTE ALIGHIERI

Burgos, 1490

Doña Beatriz Galindo contuvo el aliento y se acomodó el hábito. Sacudió ligeramente la cabeza al notar las manchas de tinta —en forma de huellas dactilares— esparcidas por la parte delantera de su vestido verde. Suspiró. «Ya es tarde para mirarme al espejo».

—La reina me ha hecho llamar —le dijo al guardia solitario apostado a la entrada de los aposentos que la reina Isabel le había asignado durante su breve estancia en Burgos. El joven hidalgo se irguió y golpeó una vez la puerta con el regatón de su alabarda, sin apartar la mirada de la pared blanca y desnuda frente a él. La puerta se abrió y, desde la rendija, se asomó una sirvienta, que observó a doña Beatriz y le hizo un gesto para que entrara.

Aunque ya había amanecido hacía horas, la reina yacía en el lecho, apoyada sobre unos grandes almohadones. Aún vestía su camisa blanca de dormir, y un manto rojo le caía sobre los hombros, ribeteado con bordados en hilo de oro que representaban su emblema de flechas. Una toca blanca y transparente le cubría la cabeza por delante, mientras una gruesa trenza color caoba le caía sobre un hombro.

La princesa Isabel —título que ostentaba como hija mayor de la reina y nombre que le habían dado su madre y su abuela— estaba sentada en una silla junto a su madre, haciendo girar una rueca. Su cabello rojizo dorado, recogido y envuelto en un tocado color crema cruzado con rayas negras, enmarcaba una sonrisa ladeada, nacida de la frustración, que hizo que se le dibujaran unos hoyuelos en las mejillas antes de dejar caer el huso en la cesta a sus pies con todos los demás. Asintió a doña Beatriz con una leve sonrisa.

—Buenos días, Latina —murmuró, usando el apodo que la reina le había dado a doña Beatriz. Esta escondió los dedos manchados a la espalda y le hizo una reverencia en señal de reconocimiento.

Irguiéndose, doña Beatriz fijó la vista en los tapices de la cama, colgados tras la reina Isabel. En ellos, un Hércules desnudo forcejeaba con un león dorado y gigantesco, cuyo garrote yacía caído a un lado. Al volver la mirada hacia su reina, contuvo una sonrisa y bajó la vista, fingiendo poco interés en Hércules, especialmente en uno representado en toda su virilidad.

La reina Isabel mantenía equilibrado el atril sobre el regazo, rasgando el pergamino con la pluma, escribiendo con rapidez y soltura. Una pila de documentos reposaba a su lado; uno, abierto y marcado con el sello del rey, coronaba el resto. A doña Beatriz se le hizo un nudo en el estómago, y no solo por preocupación. Cerró los ojos e inspiró hondo. «Soy libre; siempre lo soy mientras el rey se halle lejos. Dios me libre de que sean malas nuevas sobre la guerra santa de la reina». El nudo en su vientre se convirtió en un fuego inextinguible. «¿Guerra santa? Jesús... cuánto detesto llamar así a una guerra. Dios quiera tan solo que guarde a mi amado con vida».

Casi dejó escapar una risa; don Francisco Ramírez, uno de los oficiales de artillería más importantes al servicio del rey, el hombre a quien Beatriz amaba y con quien había prometido casarse, no aspiraba a estar seguro, sino a vivir la vida en su plenitud. Era una de las muchas cosas que había hecho que se enamorara de él. Mientras aguardaba para oír el motivo por el que la habían hecho llamar, paseó la mirada por la espaciosa alcoba, mientras en su mente componía la carta que le escribiría esa noche a su amado:

Mi amor, sin ti mis días se hacen eternos...

No, no podía escribir eso. Sería mentir. Sus días estaban llenos: la mayoría de las mañanas las dedicaba a enseñar a las muchachas, para luego entregarse en las largas tardes libres a sus propios estudios. Echaba de menos a Francisco, pero aun así vivía una vida plena sin él, más plena que cuando él estaba en la corte.

¿Qué debía escribirle entonces? No podía confesarle que odiaba la guerra santa. Jamás llamaría «santa» a una guerra que consistía en aplastar cualquier atisbo de esperanza de alcanzar una nueva edad dorada, en la que judíos, moros y cristianos conviviesen en paz. Francisco era un erudito, sí, pero también un hombre que usaba sus conocimientos para ganar la guerra. A ella, en cambio, la habían

educado para lo contrario: no expresar lo que sentía de verdad, para preservar sus libertades. ¿Sería capaz de contarle la alegría que le producía enseñar a la infanta Catalina y a su compañera María de Salinas? Desde hacía seis meses le habían confiado la completa responsabilidad de su educación. Miró a la reina. Seguro que estaría satisfecha con el progreso de la infanta.

Como si al pensarlo hubiera manifestado sus preguntas en voz alta, la reina le dijo:

—Deseo hablaros de mi hija menor. —Con un gesto de la mano señaló un taburete cercano—. Por favor, sentaos.

La reina dejó a un lado la pluma y apartó los documentos. Alzó la mirada, mostrando unos ojos enrojecidos e hinchados. Una costra amarillenta le cubría las pestañas largas y espesas.

Sentada en el taburete, Beatriz contempló a la reina con preocupación. Si no mejoraba para el día siguiente, le prepararía un remedio de leche tibia con miel para los ojos, aun a riesgo de volver a enojar a esos necios que se hacían llamar médicos de la reina.

—¿Sí, mi reina? —murmuró.

—Decidme, ¿cómo halláis a mi Catalina y a nuestra pequeña prima María?

Beatriz suspiró, más tranquila. No era más que otra llamada para saber del progreso de la infanta en sus lecciones.

—Ambas son buenas estudiantes, mi reina —respondió con una sonrisa—. La infanta Catalina es una erudita nata. Disfruta del estudio, aun cuando la materia es difícil, pero eso no me sorprende: vuestra hija es muy inteligente, como su augusta madre. María también es una niña despierta. Un poco más lenta que la infanta, pero ya ha comenzado a leer libros sencillos en nuestro idioma, así como en latín. El método de tener dos libros, uno en latín y otro en castellano, colocados uno junto al otro, está dando muy buenos resultados. —Se irguió y levantó la cabeza—. Ese fue el método con el que me instruyeron cuando yo tenía la misma edad que la infanta.

La reina cruzó una mirada con su hija, que permanecía atenta.

—Me ha alegrado ver lo mucho que mi Catalina, mi dulce chiquitina, disfruta sus mañanas bajo vuestra tutela —celebró la reina Isabel, dando toquecitos con los dedos por unos momentos—. Latina, creo que las infantas Juana y María pueden ser confiadas a otros tutores, pues ya les habéis proporcionado una buena base en latín y filosofía. No obstante, deseo que seáis la principal tutora de

Catalina y, por supuesto, también de su compañera María. —Haciendo girar distraídamente el anillo en su dedo hinchado, añadió—: Un día, mi Catalina se convertirá en reina de Inglaterra. No será menester sencillo; no en un reino asolado por la inestabilidad durante tantos años. Quiero asegurarme de que mi hija esté lo mejor preparada posible, pero requiero de vuestra ayuda. ¿Puedo contar con vos para que permanezcáis con nosotras y enseñéis a Catalina cuanto deba saber sobre la historia de Inglaterra, sus costumbres y sus leyes?

—Mi reina, por supuesto... —comenzó la Latina, pero se detuvo al ver que la reina alzaba la mano.

—Pensadlo bien antes de comprometeros. Estáis prometida. ¿Qué ocurrirá cuando os caséis y, si Dios quiere, seáis bendecida con hijos? Estamos hablando de una obligación que podría durar hasta diez años, y no solo como tutora de mi hija, sino también como su dama de compañía.

Beatriz le sonrió a la reina Isabel y contestó:

—Don Francisco y yo somos vuestros leales servidores. Cuando llegue el momento, haremos lo que sea necesario por nuestro matrimonio y nuestros hijos, pero os confieso que mi verdadera vida está aquí y como tutora en la Universidad de Salamanca. Me honra que desee que continúe desempeñando ese papel para la infanta. Y, si me es encomendada la formación de vuestra hija, ahora y en el porvenir..., mi reina, no hay palabras suficientes para expresar lo que ello significa para mí.

* * *

«Luz. Cuánta luz». Doña Beatriz Galindo regresó hacia la biblioteca bañada en luz, y no solo por la que entraba a través de los altos arcos del alcázar real, sino también por aquella que irradiaba la vida misma. Antes de que las sombras la envolvieran de nuevo, cruzó bajo un arco abierto que conducía a un jardín, donde el agua brotaba de una fuente y destellaba como si estuviera hecha de diamantes; la luz y el agua pintaban un arcoíris sobre las blancas y altas paredes de piedra.

Doña Beatriz se detuvo en el arco, recogiéndose el hábito para no tropezar, y escudriñó el entorno antes de adentrarse en el jardín. Tomó asiento en un banco de piedra y contempló cuanto la rodeaba.

Al final del verano, la belleza y la fealdad pugnaban por imponerse. La mayoría de las flores habían entregado ya su simiente; incluso las rosas mejor cuidadas agachaban la cabeza, esparciendo sobre la tierra reseca y agrietada —por días de

calor implacable— sus marchitos pétalos carmesí y hojas en todas las tonalidades de marrón. La vida transcurría deprisa: una estación agonizaba para dar paso al renacer de la siguiente.

Doña Beatriz cerró los ojos por un momento e inclinó el rostro hacia el sol. «Dios todopoderoso, tengo tanto por lo que dar gracias... y siempre estaré agradecida por lo que me ha sido concedido». Luego pensó en lo compleja que era aquella gratitud, pues había nacido del dolor y de la pérdida.

Una sombra se abatió sobre ella. Abrió los ojos, aliviada al ver a su mejor amiga, Josefa de Salinas, sonriéndole desde lo alto.

—Sois dichosa, doña Beatriz, por contar con tiempo para disfrutar del día. Yo, en cambio, voy de camino a ver a la reina —dijo Josefa, con una ligera risa—. Mi prima real me ha hecho llamar para que borde los dobladillos y cuellos de sus nuevas camisas. A veces desearía que mi madre no me hubiera instruido tan bien en el arte de la aguja; tal vez así sería como vos, amiga mía, y tendría la libertad de pasar las mañanas en el jardín.

La toca blanca y de tela transparente de Josefa ondeó con la brisa, rozándole las mejillas. Un punzante presentimiento oprimió a Beatriz. La cara de su amiga se veía demasiado pálida y demacrada. Las profundas oquedades bajo sus prominentes pómulos parecían marcas de fuertes pulgares que hubieran magullado su delicada piel. El hábito negro, que se agitaba con el viento, dejó entrever la hinchazón de su vientre y una joya en forma de vieira, hecha de oro, que recogía los extremos de la toca sobre la pechera del vestido. No le hizo falta recurrir a sus conocimientos de medicina ni de comadrona para comprender que el embarazo de Josefa estaba siendo complicado. Tragó saliva, pensando en qué podría hacer para ayudarla. Disimulando su ansiedad, esbozó una sonrisa antes de dirigirse a su amiga:

—Estaba pensando en mi madre.

Tomando asiento junto a ella, Josefa preguntó:

—¿No murió cuando erais apenas una niña?

—Sí. Tenía tres años cuando la peste negra se la llevó. Mi padre jamás se perdonó no haber podido evitarle una muerte tan atroz. Creo que en su día os conté que él era un erudito muy renombrado en medicina, respetado en toda Castilla; y aun así, de nada sirvieron sus conocimientos en aquel entonces. Solo pensaba en lo distinta que habría sido mi vida si mi madre hubiese sobrevivido.

Tal fue el pesar de mi padre que nunca volvió a casarse. No le importó siquiera que yo fuese su única hija. Halló consuelo enseñándome.

Josefa se rio:

—Y así fue como acabó con un prodigio en sus manos.

—¿Prodigio? —repitió doña Beatriz, encogiéndose de hombros antes de responder—: No estoy segura de haberlo sido jamás. Más bien fui una niña con una gran pasión por los libros y el saber. Tenía doce años cuando el mejor amigo de mi padre, Antonio de Nebrija, me acogió bajo su tutela. Aquello cambió mi destino: de ingresar en una orden religiosa pasé a convertirme en una maestra de latín respetada en la universidad. Tan respetada que la propia reina Isabel me hizo llamar a los veinte años para que le enseñara a leer y escribir en latín. En estos últimos años he hallado una plenitud verdadera, y más aún; no solo como maestra en Salamanca, sino también como tutora de los hijos de su majestad —concluyó, alzando la mirada para observar cómo los pétalos de una rosa caían al suelo.

«Sí. La muerte no solo destruyó la vida que tenía entonces; también plantó las semillas de la vida que tengo ahora. La vida que estaba destinada a vivir». Se negó a detenerse para contemplar las consecuencias que a veces le habían supuesto tomar ese camino.

—Sí, ya me habéis contado esta historia antes. Pero ¿qué os ha hecho recordarla hoy?

—Hoy reboso de alegría —confesó doña Beatriz—. La reina desea que siga en palacio como tutora de su hija menor... y de la vuestra.

Josefa alzó las cejas oscuras y sonrió con picardía:

—Vaya, ¿así que soy la primera en saberlo?

Beatriz la miró de reojo.

—¿Os molesta?

—¿Y acaso importa si me molesta o no? Ni Martín ni yo pudimos negarnos a su majestad cuando nos pidió que María creciera junto a su hija, como su compañera. Fue un gran honor para la familia, y todos vimos cuánto la quería la joven infanta. Al fin y al cabo, somos parientes cercanos de la reina. Debo aceptar con buen ánimo que mi hija comparta la misma educación que la hija de su majestad.

Josefa dirigió una mirada hacia el arco que conducía al edificio, antes de concluir:

—Aunque me encantaría quedarme charlando con vos bajo el sol, temo que debo marcharme si quiero tener alguna esperanza de terminar al menos una de las camisas de la reina antes de que el calor se vuelva insoportable.

Sacudiéndose las arrugas del hábito, se incorporó y echó a andar hacia el pasillo bañado por la luz.

—Estoy segura de que nos veremos pronto —se despidió saludándola por encima del hombro.

Doña Beatriz la siguió con la mirada. Permaneció un rato sentada, complacida de tener por única compañía sus pensamientos, agradecida de que aquel jardín soleado no estuviese ligado a ningún recuerdo amargo. Finalmente, soltó un suspiro, se levantó del banco y se encaminó hacia la biblioteca. Al llegar a la puerta, oyó voces infantiles dentro. Se deslizó hasta una alcoba que la ocultaba de la vista, pero desde donde podía observar la sala.

Catalina y María estaban absortas en un libro abierto sobre el regazo de la segunda. Sentadas frente a la ventana, la luz del sol les bañaba los cabellos: el rubio de Catalina ardía con destellos rojizos, mientras que el negro de María parecía cubierto por un velo de brillo suave. Aun con apenas cinco años, ambas trataban con mimo sus preciados libros. «Pero ¿dónde está doña Teresa Manrique? Debería estar aquí». Una mujer de corazón tierno, doña Teresa solía llevar en los bolsillos un suministro inagotable de rosas azucaradas para premiar a los niños. La última vez que dejó a las niñas solas en la biblioteca, le contó a Beatriz que había sido por orden de la infanta. Con razón la reina deseaba una nueva dama de compañía para su hija.

—¡Ahora me toca a mí ser Arturo! —exclamó María, señalando con el dedo la parte de la página más cercana a Catalina. Con el ceño fruncido en una mueca de concentración, se lamió el labio superior—. «Y mientras cabalgaban, Arturo dijo: "No llevo espada"» —Soltó entonces un suspiro de evidente alivio.

Catalina acercó el libro hacia sí y continuó:

—«No importa —replicó Merlín—, he aquí una espada que será vuestra».

Doña Beatriz contuvo una risa al oír cómo la infanta, cuya voz ya era grave para su edad, la hacía sonar aún más profunda.

Mientras una de las niñas adoraba aprender, no podía decirse lo mismo de la otra. Así, cuando Catalina señaló el siguiente pasaje para que María lo leyera, la incomodidad de esta resultó evidente, pues negó con la cabeza y murmuró:

—No, hacedlo vos, que leéis mejor.

La sonrisa que recibió a cambio dejó al descubierto varios huecos en la dentadura de la infanta, donde faltaban dientes de leche, confiriéndole un aire risueño y amable.

—Solo porque me esfuerzo más.

—Olvidas que a madre no le importa si puedo leer o no —murmuró María, desviando la vista hacia un bastidor con un bordado incompleto, algo más allá.

Catalina se volvió hacia ella con una expresión de determinación que recordaba mucho a la de su madre, la reina. Hacerle cambiar de opinión también resultaba casi imposible.

—Pues a mí sí me importa —replicó—. Quiero que seáis tan buena como yo en esto. Pensad que, cuando aprendemos sobre hierbas con Latina y las hermanas, podéis ir a la biblioteca de mi madre para saber más. Latina dice que saber latín es como tener una llave maestra para todo tipo de puertas. Así que os toca leer.

Doña Beatriz sonrió, complacida. Evidentemente, sus lecciones no habían sido en balde.

Resignada, María leyó con voz vacilante e insegura:

—Y así cabalgaron hasta llegar a un lago, de aguas claras y calmas; y en su centro, Arturo vio un brazo cubierto con una seda blanca que sostenía en su mano una hermosa espada...

—¡Catalina!

Beatriz casi dio un salto al oír aquella voz aguda y estridente. Al salir de la alcoba, vio a la infanta Juana corriendo por el pasillo, seguida de su dama de compañía y de dos sirvientas. A sus diez años, la menuda figura de la infanta se recortaba contra una sombra ribeteada de sol.

—¡Latina! No pensé encontraros aquí también —exclamó Juana, asomándose a la biblioteca—. Hermana, nuestra señora madre desea nuestra presencia en sus aposentos.

Catalina miró primero a su hermana y luego el libro que tenía sobre el regazo.

—Ven, hermana. Latina, venid también.

Y, dicho esto, la infanta Juana desapareció de la vista, seguida de sus sirvientas, que se recogían los dobladillos de las faldas para no quedarse atrás. Doña Beatriz sonrió, evocando con afecto a la jovencita que, esa misma mañana, había visto buscando hierbas ajenas a los jardines reales. El rumor de las telas agitadas por el paso ligero y los murmullos contenidos que se escapaban a espaldas de la infanta,

le trajeron a la mente la imagen de un grupo de gansos furiosos persiguiendo a un polluelo rebelde.

Con el ceño levemente fruncido y un poso de decepción en la mirada, Catalina cerró el libro, acariciando con suavidad la cubierta de cuero repujado antes de entregárselo a María. Esta, incorporándose, lo estrechó contra su pecho, mientras la infanta se apresuraba a seguir a su hermana. Sus zapatos de seda avanzaron sobre el suelo de losas con un sonido amortiguado hasta que se apagó en un susurro distante. Ya sola en la biblioteca, María se puso de puntillas para devolver el volumen a su lugar. Doña Beatriz se apresuró hacia los aposentos de la reina junto con las demás.

El guardia parpadeó, sorprendido de verla de nuevo, justo cuando Juana llamó a la puerta y Catalina le indicó que la siguiera. Una a una, fueron entrando en los aposentos de la reina, salvo la dama de compañía de Juana y sus sirvientas, que permanecieron en el pasillo, aguardando.

La reina seguía en el lecho, escribiendo, con el semblante preocupado, casi decaído. Preguntándose qué podría haber alterado tanto el ánimo de su señora, doña Beatriz advirtió que redactaba una carta dirigida al rey. Mientras recorría con la mirada la estancia, pensó en la carta que aún tenía pendiente para Francisco. ¿Debería escribirle sobre el príncipe Juan, que en ese momento permanecía sentado al borde de la cama, con la cabeza gacha y la melena rubio platino cubriéndole parte del rostro? El príncipe tañía su pequeña arpa, con una de las largas y delgadas piernas cruzada bajo la otra. ¿O tal vez debería escribir sobre sus hermanas: Isabel, la hija mayor de la reina, Juana, María y la pequeña Catalina? Doña Beatriz agachó la cabeza para ocultar una sonrisa. Quizá su carta acabaría siendo parecida a la anterior: una en la que le hablaba a Francisco sobre el tratado aristotélico que traducía del latín al castellano, junto con más sugerencias para que se protegiera los oídos. Incluso le había citado parte de su lectura sobre Bartolomeo Ánglico, el Inglés, para subrayar su seriedad. Pero también era cierto que las cartas de amor de don Francisco no seguían el patrón habitual de un amante. En muchas ocasiones estaban llenas de referencias a sus experimentos con la pólvora, incluso compartía las distintas fórmulas que había probado en su intento por encontrar una composición fiable, y el éxito, o más bien la falta de él, que había tenido al intentar debilitar las fortificaciones de los moros. A veces, hasta le pedía que acudiera a la biblioteca de la reina en busca de libros que pudieran ayudarle en su empeño por hacer estallar muros que llevaban siglos en

pie. Doña Beatriz solo aceptó su propuesta de matrimonio cuando le prometió que su mutua búsqueda del saber nunca cejaría. Así que no tenía ninguna razón para dudar de él. Eran buenos amigos desde que ella comenzó a trabajar en la corte. Viudo, diez años mayor que ella, con dos hijos ya adultos y una hija casada, era un hombre que comprendía la pasión por aprender.

Doña Beatriz volvió al presente. El príncipe Juan acababa de pestañear, como si despertara de un sueño, con su rostro atractivo y gesto sensible de poeta. La infanta María, tres años mayor que Catalina, tarareaba al compás de la canción de su hermano mientras hacía girar la rueca, sentada junto a su hermana mayor, Isabel. A diferencia de sus tres hermanas y su hermano, que amaban aprender por el mero placer del conocimiento, María no parecía compartir esa pasión. Era una niña amable, que no mostraba la naturaleza melancólica de sus hermanos más sensibles. Beatriz se preguntaba si tal vez habría nacido bajo una estrella más benigna y alegre.

La princesa Isabel tomó el libro *Historia de Roma: Primera década,* escrito por Livio, que estaba sobre la mesa a su lado, y lo abrió por una página avanzada. El dedo índice apretó suavemente el labio mientras sus ojos recorrían las páginas, pasando rápidamente de una a otra. Catalina y su pequeña compañera la observaban fascinadas. Beatriz sonrió, intuyendo que su admiración se debía a que también deseaban poder leer con la misma rapidez.

De semblante serio, tal y como se esperaba de la primogénita, la princesa Isabel rara vez se entretenía con libros de romance cortés. Su madre solía bromear al respecto con ella, como también lo hacía con su segunda hija, Juana, a quienes cariñosamente llamaba «mi suegra». Sin embargo, mientras la reina usaba ese apelativo para referirse a Juana por haber heredado la audaz belleza de su abuela paterna, Isabel lo merecía por compartir la seria visión del mundo de su abuela y su dedicación al estudio y la oración. La reina solía señalar a la madre del rey como un ejemplo que sus hijas debían seguir.

La pequeña Catalina, la menor por quince años de diferencia, aspiraba a ser como su hermana mayor, Isabel. Y María, como compañera de la infanta, no tenía más remedio que seguir su ejemplo. Ambas preferían las historias de caballeros, como las leyendas del rey Arturo o el Cid, que combinaban magia, amor y el anhelo de la corte del rey Arturo. Era una suerte que la reina contara con una biblioteca bien surtida, con toda la colección de relatos artúricos, desde poemas

franceses hasta su texto favorito en latín escrito por un caballero inglés. Las muchachas no cesaban de pedirle a doña Beatriz nuevas historias.

La reina apartó la mirada de la carta que tenía a medio escribir. Su rostro cansado se suavizó y se iluminó con una sonrisa de bienvenida al ver a su hija menor. Apartó el pergamino, dejó el atril a un lado y abrió los brazos con alegría:

—¡Mi chiquitina, ven aquí! Ven y abraza a tu madre.

Dejando a un lado su labor de costura, Josefa le dedicó a doña Beatriz una sonrisa mientras posaba una mano sobre el hombro de su hija, María. La niña rodeó con los brazos el talle de su madre, hundiendo el rostro contra su pecho. Josefa agachó la cabeza para besarle la coronilla y, al alzar la vista hacia doña Beatriz, volvió a sonreír.

—Ya te dije que nos veríamos más tarde —murmuró, y sin esperar respuesta, tomó a su hija de la mano y la condujo lejos de la familia real, hasta el extremo de la estancia, donde ya estaban dispuestos, para pasar la noche, dos jergones. Como no había aposentos suficientes en aquel hermoso pero reducido alcázar para albergar a la reina y su corte, sus cuatro hijas y las sirvientas de mayor confianza dormían en lechos aparte, en una amplia recámara situada junto a las estancias privadas de la reina. Esta, por su parte, nunca dormía sola: compartía su alcoba con sus hijas, pues el rey Fernando pasaba largas temporadas lejos. Nadie podía poner en duda la virtud ni el honor de la reina, era bien sabido que dormía acompañada únicamente por sus hijas y otras damas de compañía. Había llegado el momento de que la corte partiera de Burgos rumbo a Sevilla, para reunirse con el rey.

Posando un dedo sobre sus labios para indicarle a su hija que guardara silencio, Josefa tomó asiento en una silla, agarró una esquina del tejido negro y continuó con su labor de costura. Cosía hilos dorados e incluso lazos de punto real, el estilo favorito de la reina. En un taburete cercano había una pila de camisas bien dobladas, esperando su turno para ser bordadas.

La luz de las llamas chisporroteaba y hacía relucir las prendas ribeteadas en oro y plata, decoradas con joyas, que reposaban sobre una mesa cercana. Doña Beatriz se adentró en sombras más profundas, donde ninguna vela ni mecha alcanzaban, evitando llamar la atención. Miró a la familia real. Terminada la oración de la reina, Catalina se subió al lecho de su madre para besarle la mejilla. La reina rodeó el cuerpo de su pequeña con los brazos y, riendo discretamente, le acarició el cabello.

El príncipe Juan, el hermano de doce años de Catalina, dejó caer el arpa sobre la cama. Sus ojos azules destellaban una travesura contenida antes de hacerle cosquillas en la axila. Ella rio, acurrucándose contra él. El príncipe se hallaba en el umbral entre ser un muchacho de rostro dulce y un joven atractivo, con su cabello rubio que comenzaba a oscurecerse sobre de los pómulos. Volvió a hacerle cosquillas a Catalina.

La niña se quejó entre risas:

—¡Juan, para ya!

Pero él solo se rio, apartándose el flequillo de los ojos antes de reclamar el arpa abandonada para puntear una breve melodía. El terciopelo negro del jubón realzaba el brillo dorado de su cabello, que a la luz de la vela parecía formar una aureola sobre su cabeza. Ángel, así le llamaba su madre. El príncipe Juan bien merecía ese apodo. Todos lo adoraban.

—¡Tus deseos son órdenes para mí! ¿Qué canción debería tocar, hermana?

La reina les sonrió a ambos, posando los dedos sobre el brazo de su hijo. Él le devolvió una mirada colmada de amor.

—Hijo, aún no. Quiero hablar primero con Catalina —dijo, abrazando a su hija con más fuerza para acercarla a sí—. Mi chiquitina, ¿recuerdas lo que sucedió hace dos años?

Catalina levantó la mirada, sorprendida.

—¡Madre...!

La reina suspiró, dejando ver su sonrisa y relajando la mandíbula. Una vela se apagó, sumiendo su rostro en una sombra severa. Como si hablara con lo invisible, apretó a su hija.

—Olvido que es mucho tiempo para que una niña tan pequeña como tú lo recuerde... En verdad, apenas eras una infanta cuando vinieron los ingleses y yo, teniéndote en mi regazo, te enseñé los toros —esbozó una leve sonrisa—. Aquel día llevabas tu primer vestido de terciopelo negro, rico en joyas. Al día siguiente, te prometimos con su príncipe —volvió a mirar a Catalina y le acarició el cabello. Atrapando un mechón entre los dedos, el gesto se le endureció de nuevo—. Acabo de recibir noticias de vuestro padre. Hemos prometido a otra de nuestras hijas al hijo de otro rey. ¿Mi Isabel?

La princesa alzó la mirada por encima de su libro, divertida.

—¿Madre?

—Ven y anuncia a tu hermana las noticias.

Isabel se acercó al lecho con toda la confianza y la gracia de una joven de veinte años. Se sentó al otro lado de la amplia cama en que reposaba su madre y, tomando la mano de Catalina entre las suyas, anunció:

—Voy a desposarme.

La pequeña dejó escapar un gritito de emoción y se arrojó a los brazos de su hermana, tirándole de la larga cadena, de la que pendía un pesado crucifijo de oro; las risas de la princesa Isabel rompieron el silencio que se había apoderado del resto de los presentes en los aposentos de la reina. Apartándose del abrazo de su hermana, Isabel dijo:

—Ten cuidado, mi chiquitina.

—¡Desposada! Pero ¿con quién?

—¿Quieres adivinarlo? —Isabel rio, pero no esperó a que Catalina respondiera antes de confesar—: Voy a desposarme con el príncipe Alfonso de Portugal. Un día él será rey de Portugal; y yo, su reina.

La reina Isabel contempló a sus hijas, la mayor y la menor, con ojos sombríos.

—Isabel, yo había reservado ese honor para tu hermana María, dentro de algunos años. Mientras que tu padre, antes de ganarse el traicionero corazón del rey de Francia, deseaba desposarte con el príncipe francés, yo anhelaba con todas mis fuerzas hallarte un esposo de alta cuna que te permitiera quedarte con nosotros en Castilla. Eres mi primogénita, después de todo. Pero Alfonso te recuerda con nitidez desde aquella vez en que fuisteis retenidos juntos, como rehenes. Él te quiere a ti y solo a ti.

La princesa Isabel sonrió y extendió la mano hacia su madre. La reina la tomó y la sostuvo contra su mejilla.

Catalina, con los ojos muy abiertos, miró primero a su madre y luego a su hermana.

—¿Vas a dejarnos?

A Isabel se le humedecieron los ojos con lágrimas repentinas.

—Debo hacerlo, mi chiquitina.

Catalina se aferró a su hermana con fuerza.

—¡No te vayas, te lo ruego!

Por encima de su cabeza, Isabel madre e Isabel hija cruzaron la mirada. Surcos de dolor marcaron el pálido rostro de la reina, volviéndolo casi áspero. Cerró los ojos enrojecidos y se mordió los labios. En el silencio denso, doña Beatriz podía oír el latido de su propio corazón retumbándole en los oídos.

El príncipe Juan saltó del lecho con envidiable gracia y, poniéndose entre María y Juana, les apretó las manos. Los tres dirigieron la mirada hacia la cama.

Con una breve risa, Isabel abrazó con más fuerza a su hermana menor.

—Catalina, escucha bien: Portugal no está tan lejos como para que no pueda regresar a casa. En cualquier caso, sé cuál es mi deber y lo cumpliré de buen grado.

Catalina se aferró al vestido de su hermana, como si no quisiera dejarla partir. Isabel frunció el ceño y negó con la cabeza sin que un solo mechón de cabello se le moviera de su sitio.

—Cuando seas mayor, tú también cumplirás con tu deber y te desposarás con tu príncipe inglés. No le fallarás a Dios ni a tu reino entonces. Y yo no he de fallar ahora.

Con delicadeza, Isabel apartó a Catalina y le secó las lágrimas. Poniéndole un dedo bajo la barbilla, la obligó a alzar el rostro y mirarla de frente.

—Niña, llorar sin motivo no es propio de princesas castellanas. —Luego, mirando a la reina con orgullo, añadió—: Y menos aún de hijas de nuestra madre, la mejor reina que jamás haya conocido la cristiandad. ¿Y qué razón hay para derramar lágrimas? Soy feliz de desposarme con Alfonso. Aprendí a amarlo hace ya mucho tiempo y voy a él con dicha en el corazón.

CAPÍTULO 2

«Mujer que sabe latín rara vez tiene buen fin.Hija hilandera, hija casadera».

PROVERBIOS CASTELLANOS

La noche había caído. Doña Beatriz se acurrucó en su estrecho lecho, buscando una postura cómoda para conciliar el sueño. En la alcoba compartida, las infantas susurraban entre sí, mientras las mayores permanecían absortas en los preparativos para la boda de Isabel en Sevilla. Poco a poco, las más pequeñas se fueron calmando; sus voces se hicieron más suaves y espaciadas, hasta que la respiración acompasada de Juana y María delató que ya habían sucumbido al descanso.

Doña Beatriz cerró los ojos, ya pesados, y comenzó a dejarse llevar por el sueño, cuando la voz emocionada de Catalina la devolvió de golpe a la vigilia. Tan joven, su tono resonó en el silencio reinante.

—Nunca nos hablaste de él.

Envuelta en pieles blancas, la princesa Isabel se volvió sobre el estrado, con su esbelta silueta sumida en las sombras, mientras la luz de unas velas próximas le iluminaba los ojos y le hacía brillar la dentadura.

—¿Alfonso? ¿Cómo podría ser? Nuestro enlace no estaba confirmado. Es cierto que nuestro padre luchó durante años por disolver el contrato de mi desposorio. Y con razón. Soy heredera al trono de nuestra madre, después de Juan —que Dios lo guarde—, y ello podría repercutir también en el reino de nuestro padre. Madre desea que padre obligue a Aragón a renunciar a su empeño en la sucesión masculina. —Cruzándose de brazos, miró de soslayo a Catalina antes de añadir —: Además, el rey de Portugal podría aceptar unir en matrimonio a nuestra hermana María cuando alcance la edad casadera.

Dando media vuelta en su estrecho lecho, Catalina miró a su hermana de frente antes de preguntar:

—¿Y tú no lo deseabas?

Incomodada, Isabel se removió antes de responder:

—Ya no eres una niña. A estas alturas deberías saber que lo que queremos para nosotras importa poco. Nosotras servimos y obedecemos.

—Pero, hermana, ¿y tu corazón? —insistió Catalina, levantando la mano como si, en la palma, sostuviera el órgano del que hablaba.

—¿Mi corazón? —repitió la mayor, decaída, con una risa apagada y sombría que resonó en la alta techumbre de los aposentos. Dirigiendo una mirada furtiva a la figura tendida de doña Beatriz, prosiguió—: Veo que a nuestra Latina le gusta aderezar sus lecciones con demasiadas historias de amor. Te ruego que no las creas.

Se recostó de nuevo y dejó escapar un hondo suspiro antes de continuar:

—Pero tienes razón. Por mi propio bien, no deseaba que nuestra hermana María se uniese en matrimonio con el príncipe de Portugal. Alfonso y yo trabamos una buena amistad en el tiempo que permanecimos retenidos juntos —admitió. Luego, encogiéndose de hombros, añadió—: Es tres años menor que yo. Le tenía tanto aprecio como a Juan, lo mismo que a todos vosotros.

»Sin embargo, también compartíamos el ser hijos primogénitos de reyes, y tales hijos no siguen siendo niños por mucho tiempo. —Mostrando una sonrisa amplia que dejó entrever sus dientes, Isabel confesó—: Me besó en los labios cuando nos dijimos adiós.

Un rayo de luz se posó sobre su figura, revelando cómo erguía el cuerpo en el estrado, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza.

Cuando reanudó su relato, parecía hablarse más a sí misma que a su hermana:

—Mi primer beso de un noble que no era ni mi hermano ni otro pariente cercano. Un beso inocente, de un muchacho inocente, sí. Pero, aun así, un beso que prometía mucho. —Volviéndose hacia su hermana, Isabel concluyó—: Mi chiquitina, no más preguntas. Es hora de dormir. ¿Quieres que te arrulle recitándote tus pasajes favoritos del *Cid*?

Con un gritito de entusiasmo, Catalina asintió. Bostezando, doña Beatriz se restregó los ojos. Y, recostándose de lado, escuchó la voz melodiosa de Isabel:

—¡Ah, Cid! De nuevo le beso las manos,
pero hacedme un regalo:
Traedme un manto moro,
de ricos bordados y color rojo.
—Así sea. Concedido está—

respondió el Cid—, si
de tierras lejanas lo traigo,
bien estará lo que hayamos acordado...

Esa misma noche, doña Beatriz despertó con el llanto de Catalina. Suspiró y se deslizó fuera de su lecho para sentarse junto a la niña. La pequeña alzó la mirada hacia su tutora, tomó aire de forma entrecortada, se mordió el labio inferior y dejó de llorar. La mujer le acarició la mejilla húmeda, sonriéndole para tranquilizarla. No era la primera vez que Catalina se despertaba de esa manera. Aquella era una de las razones por las que María de Salinas había terminado siendo compañera de la joven infanta: era de las pocas que sabían bien cómo consolarla cuando tenía pesadillas. Antes de la llegada de María, solía llorar hasta el amanecer o hasta que la reina enviaba a un sacerdote para rezar junto a ella y ayudarla a conciliar el sueño. La Latina estaba convencida de que la niña se sentía inquieta por los largos y arduos viajes de un extremo a otro del vasto reino de su madre, y también porque era una muchacha bendecida con un profundo sentido del bien y del mal, dotada de una especial conexión con el mundo espiritual.

La niña se sorbió los mocos y se frotó los ojos. Tomó aire.

—Perdonadme —susurró—. Ya me encuentro mejor. Maestra —añadió, señalando con el dedo—, os ruego que volváis a encender la vela.

La luz azafranada y oscilante del fuego cercano reveló la silueta apagada del candelabro junto al lecho de Catalina. Doña Beatriz, aún adormilada, fue a encenderlo. Cuando la llama volvió a arder, regresó junto a la infanta y se sentó a su lado.

—¿Por qué teméis tanto a la oscuridad, niña? —preguntó en voz baja, consciente de que el resto de las compañeras de cuarto seguían dormidas.

Catalina negó con la cabeza.

—No temo a la oscuridad... sino a lo que trae consigo.

—Las pesadillas nos afectan a todos, mi infanta.

Un rayo de luz de luna se coló por una rendija de la ventana, iluminando el rostro de Catalina, que bajó la mirada con gesto avergonzado.

—Sí. Pero esta pesadilla no me deja en paz.

—¿Queréis contarme de qué se trata?

La niña alzó la vista y la miró directamente a los ojos.

—Un halcón se posa sobre mi pecho —dijo, secándose las lágrimas—. Y me arranca el corazón.

Sobrecogida, doña Beatriz se frotó la cara para espantar el sueño. ¿Por qué iba a soñar algo así una niña? ¿Qué podía decirle? Escogiendo las palabras con cuidado, respondió:

—Creedme, las pesadillas no pueden hacernos daño. Incluso en sueños podemos pedir ayuda y protección a Dios, y él puede devolvernos la paz. Cuando volvais a soñar esto, rezad para que el halcón se aleje.

Catalina la miró desconcertada. Parecía debatirse con un pensamiento demasiado grande para una niña.

—No lo entendéis. Es cuando el halcón se va volando... cuando me despierto llorando.

* * *

Unos días más tarde, doña Beatriz estaba sentada en el alféizar de una ventana, leyendo, cerca de donde la reina Isabel y sus cuatro hijas hilaban con los husos. Al levantar la vista del libro, vio cómo la compañera de Catalina le sacaba la lengua a la infanta, y cómo esta le respondía con una sonrisa cómplice. Ambas niñas de cinco años se sonrojaron cuando la princesa Isabel las fulminó con la mirada. Frunciendo el ceño, les indicó que regresaran a su labor. Doña Beatriz cerró el libro para atender a la reina.

—Primero hay que dar batalla antes de clamar victoria. Si no haces nada, nada obtendrás. Recordad bien mis palabras: quienes no reconocen una oportunidad cuando se presenta, hallan en su lugar la desgracia. Hijas mías, vosotras reinaréis junto a vuestros esposos...

La reina dejó el huso terminado en la cesta a sus pies antes de tomar otro vacío. Sosteniéndolo con una mano, se irguió y deslizó suavemente los dedos de la otra por entre mechones de cabello bajo la toca, peinándose no una, ni dos, sino tres veces; cada pasada más lenta que la anterior, como si midiera sus palabras al compás del gesto.

—Sí, vosotras también reinaréis, pero nunca dejéis que ellos lo sepan. Los hombres creen que llevan la voz cantante. Y una mujer sabia jamás los saca de su error.

Sin dejar de hilar con el huso, la princesa Isabel apartó con suavidad unos mechones de cabello cobrizo que se le habían escapado del moño recogido bajo una cofia plateada, como si estuviera absorta en sus pensamientos. Brillando como un arcoíris, diminutas perlas relucían entre el tejido de plata como gotas de rocío.

Sentada en un taburete, Juana dejó de mirar a su hermana mayor y volvió los profundos ojos azules hacia la reina.

—Madre... ¿puedo preguntaros quién tiene más poder?, ¿vos o nuestro señor padre?

El rostro de la reina dejó ver su sorpresa con un leve alzar de las cejas. Al percibir la seriedad de su hija, sonrió.

—Tu pregunta me alegra, mi Juana. Debes reflexionar sobre estos asuntos. En cuanto a la respuesta: vuestro padre y yo trabajamos juntos, y comparto con él mi gobierno. Él es mi rey y mi amado señor.

Girando la rueca con seguridad, María intervino, como si se hubiera olvidado de su habitual timidez:

—Madre, no lo comprendo. He oído decir a los sacerdotes que el marido siempre ha de regir a su esposa. Pero vos y padre... —La infanta se removió, incómoda, en su taburete, antes de terminar—: ... no sois así.

La reina dejó caer el huso sobre su regazo, dedicando una mirada de aprobación a su tercera hija.

—Mi Alegría —dijo, usando el apodo de María. Lo empleaba tan a menudo que incluso sus hermanos se habían acostumbrado a llamarla así—. Tienes razón al recordar bien las enseñanzas de la Iglesia. Pero Dios nos ha puesto en una posición peculiar: una situación en la que le servimos ofreciéndonos por entero. Ese es el deber que exige nuestra sangre real.

—Pero, madre, ¿no nos regirán nuestros esposos? —preguntó María, lanzando una rápida mirada a doña Beatriz antes de proseguir—. Ayer, doña Latina nos habló de las palabras de Aristóteles... —Frunciendo el ceño en gesto de concentración, añadió—: Juana, ¿te acuerdas?

—«El coraje del hombre se muestra al mandar, y el de la mujer, al obedecer» —respondió esta.

Pensativa, la reina volvió a tomar el huso; con sus largos dedos fue tirando del hilo lanudo, manteniéndolo firme y parejo. Echó un vistazo a Juana y replicó:

—Y el hombre, según dicen, está naturalmente más inclinado a mandar que la mujer... salvo cuando la naturaleza yerra —dijo con una risa amarga—. Ya he oído eso antes, y demasiadas veces. Aristóteles también afirmó: «El hombre es por naturaleza superior y la mujer inferior; uno gobierna y la otra es gobernada». Os confesaré algo, hijas mías: yo doy más peso a las palabras de nuestro antepasado, Alfonso X el Sabio, quien dijo: «De haber estado presente en la Creación, le

habría dado unas cuantas indicaciones útiles para ordenar mejor el universo». —Detuvo el giro de la rueca, tiró del hilo y prosiguió—. El mundo es duro para las mujeres, pero sabemos plantar cara. Desde el principio de los tiempos, hombres y mujeres sufren y aprenden... sobre todo las mujeres.

Irguiéndose, la reina les aconsejó:

—Hijas mías, aprended de mí. Dejad que vuestros esposos crean que son ellos quienes gobiernan; dejad que os dirijan cuando la ocasión lo requiera, pero estad siempre dispuestas a hacer lo que Dios os manda que es justo. Escuchad a vuestro corazón y a vuestra alma, al igual que a vuestra cabeza. —Mientras bordaba sobre el terciopelo negro de su hábito, que le cubría la pierna, añadió—: Vosotras cuatro sois hijas de dos orgullosas casas reales. Vuestros matrimonios servirán para fortalecer nuestros reinos mediante alianzas y el poder de la cristiandad, todo para la gloria de Dios. Pensad también en lo que significará para vuestro hermano que situemos a sus hermanas en una posición desde la cual puedan ayudarle como rey de dos reinos.

»Hijas mías, esforzáos en forjar fuertes amistades y alianzas con quienes serán vuestro escudo y ayuda en el futuro, cuando ya no contéis con mi protección. Sea lo que fuere que os suceda, permaneced vigilantes. Mantened a vuestra gente cerca. Nunca olvidéis recompensar a quienes lo merecen, a quienes os son más cercanos y a quienes deseáis tener cerca. Castigad a quienes os traicionen y nunca, jamás, os mostréis débiles.

»Recordad bien esto: mantened vuestro corazón y cuerpo castos, y vuestros cuerpos lejos de cualquier mal y malas compañías. Vuestra abuela me crio en la honestidad y veló con esmero por mi pureza, y yo he tratado de hacer lo mismo con vosotras. No hablo únicamente de vuestros cuerpos; os aseguro con honestidad que nada ganamos si perdemos nuestras almas. Esto debe tenerlo presente también todo gobernante. —La reina sonrió a todas sus hijas con cariño antes de proclamar—: Somos del linaje Trastámara. Mujeres fuertes y devotas forman el pilar de nuestra casa real; mujeres de las que debéis estar orgullosas. Pensad en vuestra antepasada santa Isabel. Mis cuatro niñas serán dignas de ellas, pues ya lo sois en mi corazón. Y ahora, basta de este asunto. —Volviéndose hacia Catalina, dijo—: Niña, ¿quieres tú iniciar una conversación en latín?

Dejando caer la rueca sobre el regazo, Catalina se enderezó, sujetando con ambas manos los bordes del taburete cuadrado donde estaba sentada. Asintió, alerta y con un destello de ilusión en los ojos.

La reina rio con una risa amable que solo reservaba para esos momentos privados junto a sus hijos.

—Mi chiquitina, tu pobre madre se hizo alumna mucho después que tú. Ruego que me concedas al menos unos minutos antes de que me superes. En verdad, ¿no os acordáis quién es la reina aquí? —dijo, con una mirada orgullosa.

Al ver esa sonrisa, doña Beatriz se unió a las risas de las hermanas antes de volver a abrir el libro y continuar la lectura.

CAPÍTULO 3

«Quien no pueda morder, que no enseñe los dientes».

PROVERBIO CASTELLANO

—¿No podríamos ir a ver a mi hermano? —preguntó Catalina.

Doña Beatriz suspiró. La inminente partida había interrumpido la lección del día una y otra vez. Durante toda la mañana, los criados iban y venían, vaciando la biblioteca de los volúmenes más preciados de la reina. El mal tiempo había cercenado de golpe toda esperanza de salir. Las niñas habían pasado la última hora intentando concluir su lectura en medio del incesante alboroto de la corte, tan agitada como un panal alborotado. No era de extrañar que Catalina ansiara huir del trajín de una corte que se aprestaba a mudar su residencia una vez más.

Depositando la pluma, doña Beatriz hizo un ademán de rendición. Sin añadir palabra, Catalina tomó a María de la mano y la condujo hacia una puerta secreta, oculta tras un enorme tapiz colgado junto a la chimenea. La Latina las seguía de cerca. La puerta se abrió para descubrir un pasadizo oculto entre dos recámaras de los aposentos reales, ideado no solo para facilitar las visitas del rey a la reina, sino también para ofrecer a la familia real una vía de escape segura y rápida. Desde hacía años, el príncipe contaba con sus propios aposentos, donde ejercitaba el arte de gobernar bajo la protección de la corte materna. Mientras el rey permanecía con el ejército, Juan ocupaba las estancias de su padre.

Una antorcha vacilante, fijada en lo alto de un candelabro ennegrecido, arrojaba una luz tenue sobre el estrecho pasillo que conducía a la escalera de caracol, al final del corredor. Catalina fue la primera en alcanzar el último peldaño, ligeramente más bajo que los demás para hacer tropezar y delatar a cualquier asesino que lo ignorase, y empujó sin detenerse la puerta oculta que daba paso a los aposentos del príncipe. Un súbito resplandor, procedente de una ventana cercana, iluminó las figuras del príncipe Juan y de Ahmed, absortos en una partida de ajedrez. Ahmed, el hijo de nueve años de Boabdil, rey de Granada, era rehén en

el palacio desde los dos años, en garantía de la libertad y la buena conducta de su padre. Cariñosamente apodado «Infantico» por la reina Isabel, había sido criado como un miembro más de la familia real, educado en la fe cristiana y en la lealtad a Castilla.

Catalina saludó y ambos príncipes se volvieron hacia ella. Los ojos oscuros de Ahmed centellearon con alegría, mientras una amplia sonrisa iluminaba su rostro. Lo único que delataba su ascendencia nazarí eran sus ojos marrón oscuro, enmarcados por largas pestañas, pues su tez era tan pálida como la de toda la familia de la reina Isabel. Rubio como el príncipe Juan, ambos podrían haber pasado por hermanos. El príncipe Juan frunció el ceño.

—Hermana, por favor, decidme que habéis pedido permiso a nuestra madre para visitarme —dijo con un ligero carraspeo.

Ella se sonrojó, mordiéndose los labios, sin pronunciar palabra. Su hermano suspiró. Levantándose del taburete, cruzó la estancia hasta la puerta de su alcoba y la abrió, asomando la cabeza a la estancia contigua.

—Miguel, decidle a la reina que la infanta Catalina se halla conmigo, en mis aposentos.

Cerró la puerta y se volvió hacia su hermana para reprenderla.

—Gracias a Dios que no había enviado a Miguel a otro recado y que se encontraba a solas. Es uno de los pocos que conocen la existencia del pasadizo secreto entre estas estancias y las de nuestra madre. Cualquier otra persona se habría preguntado cómo vosotras tres os habíais colado sin que el guardia lo advirtiese.

—Esa fue la forma en que llegué hasta aquí —reveló Ahmed, riéndose.

El príncipe Juan volvió a sentarse en el taburete y sonrió divertido.

—Sí, con el permiso de mi real madre, cosa que mi pequeña hermana suele olvidar en su afán por venir a visitarme. —Cruzando una pierna sobre la otra, tamborileó los dedos sobre su jubón rojo antes de alzar la mirada hacia ella y preguntarle—: ¿O acaso has venido por otro motivo?

Doña Beatriz hizo una reverencia.

—Le ruego que me perdone, mi príncipe. Era mi deber, no el de vuestra hermana, pedirle permiso a la reina. Me temo que las distracciones de hoy me hicieron olvidarlo.

Catalina echó un vistazo alrededor y brincó hacia un taburete vacío. Sentándose, posó las manos bajo la barbilla, entrelazando los dedos, y estudió a su

hermano con atención. Esbozando su más encantadora sonrisa, declaró:

—No podíamos estudiar, ¿verdad, doña Latina? Incluso en la biblioteca nos hacían sentir que estorbábamos. ¿Acaso es, entonces, un pecado querer ver a mi hermano?

El príncipe Juan se rio.

—La mudanza de la corte no me preocupa. Mis hombres no me permiten ocuparme de trivialidades semejantes. —Observando con atención la partida de ajedrez sin terminar, murmuró—: Todo lo que necesito es sentarme aquí y jugar con Ahmed hasta que vuelvan a requerir mi presencia.

Su contrincante avanzó una pieza y capturó uno de los peones del príncipe.

—Estoy ganando esta partida —proclamó Ahmed.

Su contrincante frunció el ceño y puso los ojos en blanco, antes de replicar:

—Ni que fuera la primera vez... Mi padre tiene razón: sueño demasiado.

Catalina se levantó con entusiasmo y preguntó:

—¿Puedo entonces jugar yo contra Ahmed?

El príncipe se levantó de la mesa de ajedrez y dirigió la mirada hacia el arpa. Tosió de nuevo e inspiró hondo, como si le costase respirar. Solía encontrarse tan delicado de salud que doña Beatriz mantenía siempre a mano varias mezclas calmantes de marrubio, miel y limón para su garganta. Pero él odiaba mostrar debilidad y se esforzaba por ocultar cualquier signo de enfermedad ante todos, especialmente ante sus padres.

Limpiándose la boca, respondió:

—Encárgate tú del juego, mi chiquitina. Tengo una melodía en la cabeza que no puedo acallar. —Asintiendo hacia Ahmed en señal de disculpa, añadió—: ¿Te importa? Catalina es más hábil que yo, especialmente hoy.

El príncipe Ahmed señaló el asiento vacío frente a él.

—Ven, pequeña. Veamos si logras la victoria.

Mientras Catalina meditaba la jugada, doña Beatriz metió las manos en los profundos bolsillos de su vestido, pero las retiró vacías, con gesto de decepción. Solía llevar consigo pequeños libros para leer en momentos como aquel; ahora no le quedaba más que resignarse al aburrimiento. María también cambiaba el peso de un pie a otro, inquieta, hasta que Juan se volvió hacia ella.

—María, todavía no he guardado mi vihuela. Tómala, prima, y siéntate conmigo. Necesito tu ayuda para crear mi canción.

Con el rostro encendido de alegría, María tomó la vihuela y se sentó junto a Juan, mirándolo con cariño, como si aún no pudiera creer que le confiara uno de sus instrumentos más preciados, y menos aún que le pidiera ayuda para componer música. El príncipe tocaba la vihuela desde hacía años, mientras que ella apenas llevaba nueve meses practicando, desde su llegada a palacio como compañera de Catalina

Sabiendo que el amable príncipe no esperaba que le pidiera permiso para quedarse en sus aposentos, doña Beatriz se acomodó en un taburete, mientras las palabras de Aristóteles acudían a su mente:

> «...¿O hemos de suponer, más bien, que la música tiende a ser productiva de virtud, teniendo un poder, así como los ejercicios gimnásticos sobre el cuerpo, para influir en las costumbres y habituar a quienes la cultivan a regocijarse correctamente? ¿O diremos que sirve para algo en el obrar de la vida y es una auxiliar de la prudencia? Pues también a esto se le ha atribuido una tercera virtud».

Doña Beatriz se volvió hacia la ventana y comenzó a planear la siguiente lección para las niñas.

* * *

Más tarde, ese mismo día, el príncipe Ahmed se dejó caer junto a la Latina en el banco de piedra que formaba parte del mirador que sobresalía de la ventana. El muchacho dirigió la vista hacia el escarpado y pedregoso acantilado que protegía un lado del alcázar de la reina con tanta eficacia como sus propios soldados; tal vez incluso más, pues resultaba difícil imaginar a alguien —fuese amigo o enemigo— capaz de escalar aquellas paredes naturales, tan abruptas como inhóspitas. Volviéndose hacia ella, Ahmed ordenó:

—Habladme de mi madre.

Con la mente distraída, preguntándose cuánto tardaría la corte real en alcanzar el siguiente palacio, doña Beatriz rio, cerró el libro que estaba leyendo y lo apoyó sobre el regazo.

—¿Otra vez, mi príncipe?

—Sí, una vez más —insistió él con una sonrisa de oreja a oreja de dientes perfectos y blanquísimos—. Hasta que vuelva a preguntar la próxima vez.

Recostándose sobre los cojines, la mujer se preparó para contar la historia de siempre:

—Era hija de un famoso general que gastó toda su fortuna en la defensa del reino de vuestro padre. En agradecimiento, vuestro padre, mi príncipe, le otorgó numerosos títulos: Alcalde de Loja, señor de Xagra, mayor de la Alhambra y alguacil mayor del reino de Granada. Con un padre de tal renombre, no resulta extraño que vuestra madre se convirtiera en esposa del rey. —Se le escapó una ligera sonrisa, sabiendo que llegaban a la parte favorita de Ahmed—: La vi una vez con vos en sus brazos. Vuestra madre os sostenía antes de entregaros por la libertad de vuestro padre. El velo de su rostro no ocultaba sus inolvidables ojos. ¡Qué pesar reflejaban, cuando os entregó, su hijo recién nacido, al consejero de la reina!

Ahmed tiró de la manga de la camisa blanca de la Latina, decorada con lazos y bordados, y de la que cada costura había sido hecha a mano por la reina.

—¿Creéis que me recordará?

Doña Beatriz lo observó fijamente. Entrecerrando los ojos, con la compasión llenando su corazón, le aseguró:

—Una buena madre jamás olvida al hijo que trajo al mundo. Mi príncipe, nunca dude que su madre es buena. No necesitaba venir en persona para entregarle a la corte de la reina. Solo cuando la propia reina Isabel le prometió cuidaros como a uno de sus hijos, os dejó ir. Un día oirá de los labios de su madre lo mucho que se ha acordado de vos.

Furioso, Ahmed saltó de los cojines y se plantó frente a ella.

—¡Entonces, ¿por qué no me escribe para decírmelo?! Mi padre me escribe, pero mi madre no... nunca.

La mujer se inclinó hacia él.

—Mi príncipe, vuestro padre siempre os escribe un mensaje de parte de vuestra madre.

Al muchacho le temblaba el labio.

—Solo unas cuantas palabras... que el rey, mi padre, incluye en su nombre.

Meditando, la Latina fijó la vista en el libro apoyado en su regazo antes de volver a mirar a Ahmed.

—Vuestra madre os escribiría si pudiera. No cometáis el error de pensar que lo que veis aquí, en la corte de la reina Isabel, refleja al resto del mundo. Mi querido príncipe, no todas las mujeres saben escribir.

Ahmed frunció el ceño, mostrando su confusión.

—Más de una vez me habéis dicho que mi madre es una mujer inteligente. Igual que mi abuela. Yo puedo leer con facilidad, ¿por qué ellas no?

—Muchas personas saben leer sin saber escribir, pues es una habilidad mucho más difícil de aprender, mi príncipe. No penséis mal de vuestra madre; hay multitud de hombres que tampoco han aprendido a empuñar una pluma. —Abriendo el libro, le preguntó—: ¿Sabéis qué tengo aquí?

Ahmed echó un vistazo a la cubierta.

—*El jardín de las nobles doncellas* —leyó sin vacilar.

Doña Beatriz sonrió.

—Muy bien, mi príncipe, y encima en latín. No espero que conozcáis la historia que contienen estas páginas, pero la reina recibió la primera copia como regalo por su decimoséptimo cumpleaños. Para entonces ya había perdido a su hermano menor, y parecía más probable que nuestra reina sucediera a su hermano, el rey. Un fraile agustino le dedicó este libro para guiarla, o al menos eso afirmó. Habla de todos los atributos que se esperan de una mujer: que sea casta, modesta; que sepa cuándo callar y sea humilde. El fraile también escribe que las mujeres descienden de Eva, la pecadora original. Lo escribió para recordarle a la reina Isabel la inferioridad de su sexo. Mi príncipe, nuestra reina es percibida por los hombres como la mejor de lo peor, una mujer que debe procurar ser ejemplo para las demás mujeres. Y así obró desde el momento en que se convirtió en reina. Muchas mujeres de la corte, y yo me incluyo, nos beneficiamos de ser gobernadas por alguien de nuestro mismo género.

»La mayoría de los hombres que siguen la religión de vuestro padre tampoco cuestionan la inferioridad de la mujer. Y un día, mi príncipe Ahmed, comprenderéis por qué vuestra madre nunca os escribe.

CAPÍTULO 4

«El consejo de una madre vale por mil de un cura».

PROVERBIO CASTELLANO

La enorme carroza tembló, se estremeció entre tirones. Casi desequilibrada en el asiento, doña Beatriz se mordió la lengua, tragándose el sabor metálico de la sangre. Fuera, el cochero gritaba y hacía restallar el látigo. La compasión le llenó el corazón por las pobres bestias que arrastraban aquel pesado vehículo por el irregular y accidentado camino, que hacía que sus huesos protestasen, y cuyos bramidos cortaban el aire como si la fustigaran también a ella. Aunque, en el fondo, ya se sentía bastante castigada. La corte de la reina en Sevilla contaría con la presencia del rey. Mientras oía la sonora voz del marido de Josefa dando órdenes a la escolta de la reina, la Latina se removió otra vez en el asiento, incapaz de acomodarse sobre el duro banco entre los cojines bordados, pensados más para lucir que para descansar.

Frente a ella, la reina Isabel permanecía impertérrita ante el constante vaivén del viaje, con una mano sobre la otra reposando en su regazo. Josefa de Salinas y la infanta Catalina dormitaban a ambos lados de su majestad. Y, al igual que doña Beatriz, la pequeña María, sentada junto a su amiga, se movía en el asiento sin encontrar acomodo.

Con las cabezas juntas, la reina Isabel y su primogénita murmuraban con doña Beatriz de Bobadilla, una de las amigas más cercanas de la reina, en un tono tan bajo que la Latina apenas alcanzó a oír un par de palabras inconexas. Juana se volvió hacia ellas, con el rostro sombrío y ceñudo. Sus ojos brillaron como los de un gato por un instante al asomar la cabeza por entre las cortinas. Alzó la barbilla, marcándosele otra arruga entre las cejas oscuras. Cuando torció la boca, al igual que el cuerpo, doña Beatriz bajó la mirada y juntó las manos. Conocía bien las señales: muy pronto el mal carácter de Juana se haría notar, incapaz de soportar las largas horas de calor y encierro.

Una fuerte ventisca sacudió las correas de cuero sueltas de las andas, mientras el carro crujía y se estremecía con cada ráfaga de aire caliente. Juana se inclinó hacia su hermana y suplicó:

—Por favor, madre, ¿no podemos abrir un poco más las ventanas?

La reina se volvió con el ceño fruncido. Con ojos severos, negó con la cabeza y le dijo:

—Hay un momento y un lugar para mostrarnos, pero no mientras vamos vestidas para resguardarnos del calor. Y, no me interrumpas cuando estoy hablando con otros, hija.

A Juana se le inundaron los ojos de lágrimas de frustración. Se desplomó sobre el asiento, frotándose las manos, y miró hacia la parte trasera de la carroza. El fuerte viento tiró de la puerta mal cerrada, dejando entrever por unos instantes el mundo exterior. El sol ardiente había castigado la tierra y el propio aire, golpeando el sinuoso camino y la larga caravana que avanzaba delante de ellos con su luz cegadora. La voz de Juana adquirió un tono quejumbroso al volver a hablar.

—Madre, por favor, os lo ruego, no puedo soportar permanecer aquí encerrada. En la próxima parada, ¿no podría montar un asno?

La reina Isabel alzó el mentón y fijó la mirada en su hija. Vencida, Juana se hundió en el asiento.

—Aprende a aguantar, hija; aprende a aguantar —replicó, apretando los labios como si reprimiera un reproche más severo.

Sin rendirse, la niña se agarró del brazo de su madre en un último intento desesperado.

—Pero, madre...

La reina Isabel se zafó de ella.

—¿Acaso debo repetirme siempre contigo? ¡No seas tonta, niña! Ya te he dicho que cuando estemos cerca de Sevilla todas nos prepararemos para cambiarnos, nos pondremos uno de los vestidos nuevos para la celebración del matrimonio de Isabel y cabalgaremos juntas por la ciudad. —Suavizando el gesto, añadió—: Mi Juana, ¿no podrías ser paciente hasta entonces?

En respuesta, la infanta se movió con frustración y le dio una patada en la rodilla a María. La niña gritó de dolor, fulminando a la agresora con la mirada. Pero Juana ya temblaba de furia reprimida, así que María decidió apartar la vista y hacerse más pequeña contra la pared de la carroza, escogiendo sabiamente retirarse. La reina, ofreciendo a su prima una mirada compasiva, volvió su

atención a su hija con gesto severo, tan firme como los duros asientos de madera. Palideciendo, la infanta murmuró una rápida disculpa a María.

La reina Isabel sacó un cojín de detrás de ella y se acomodó contra las paredes acolchadas de la carroza. Tomando aire y soltándolo profundamente, dijo:

—¿Quieres que te cuente una historia para pasar el rato?

A excepción de las que todavía dormían, todas las presentes se incorporaron un poco, como si hubieran olvidado el crujido de los asientos de madera, el silbido de las correas de cuero sueltas, el constante vaivén de la carroza y el calor de la tarde que las hacía sudar copiosamente. Juana e Isabel se volvieron hacia su madre, con los mismos ojos grandes, alegres y llenos de ilusión.

—Oh, madre, por favor —murmuró la mayor.

Catalina se removió en su asiento, somnolienta y molesta, abriendo los ojos apenas una rendija.

—¿Vamos a parar otra vez?

—La reina nos va a contar una historia —respondió su pequeña compañera. Todas ellas, ahora completamente despiertas, fijaron la mirada en la soberana, recordándole a doña Beatriz a los cisnes de cuello largo que nadaban el verano anterior en el lago cerca de la residencia real.

La reina rio, y el buen humor devolvió un vivo fulgor a sus ojos.

—¿Tanto tiempo ha pasado, hijas mías? —dijo, mientras fruncía los labios en una fina línea—. Es cierto que la organización de la boda de vuestra hermana me ha tenido muy ocupada. —Elevó los hombros y prosiguió—: Debéis comprender que un acontecimiento así exige días y días de esmerados preparativos para asegurarse de que todo salga como es debido. Vuestro padre y yo queremos que el día de Isabel sea glorioso. Hemos contratado a los mejores músicos del reino y encargado la confección de magníficos vestidos engastados con pedrería para que nuestras bellas hijas puedan lucirlos. —Dirigió a Isabel una sonrisa cariñosa y añadió—: Después de todo, esta es la boda de nuestra primogénita. Mostraremos a los portugueses cuánto te valoramos.

Isabel le besó la mano a la reina.

—Tal y como yo os venero a vos, madre.

Juana se recostó sobre ella. Al ver el ceño fruncido de la princesa Isabel, doña Beatriz volvió a pensar —no por primera vez— en cuánto se parecía la mayor a su madre, no solo en el porte, sino también en el espíritu.

—¿Y qué hay de la historia? —protestó Juana—. Por favor, no os olvidéis de la historia.

La soberana la miró con gesto contrariado y en su rostro se dibujaron más arrugas.

—¿Y qué clase de historia queréis que os cuente? ¿Una verídica o una fábula? ¿O tal vez un relato de la sagrada Biblia?

—Una historia verdadera. Nuestra hermana va a dejarnos... Madre, ¿no podríais contarnos otra vez cómo salvasteis a Isabel cuando era niña? —rogó Juana, mirando de reojo a su hermana mayor.

Esta sonrió con amplitud, mientras Catalina se removía en el asiento, expectante.

—¡Madre, sí, esa misma! ¡Por favor! —exclamó la pequeña.

La reina acarició la mano de Juana, en un gesto de aprobación.

—Bien. Me complace que desees oír esta historia, mi Juana. Eso me dice que has decidido dejar de lado los celos hacia tu hermana. —Mirando a su primogénita, añadió—: Muy pronto, Isabel contará contigo para sucederla.

La princesa Isabel, con una sonrisa cariñosa, asintió a su hermana.

—Juana cumplirá bien con su deber. Padre sabrá apreciarla más cuando yo ya no esté aquí. Solo necesita esta oportunidad para crecer y demostrarle su valía.

La reina Isabel apretó los labios y las arrugas en torno a ellos se hicieron más profundas. Tenía la vista fija en la tapicería que revestía la pared de la carroza frente a ella. Como si se hubiera perdido en la escena de san Miguel combatiendo al dragón, pareció olvidarse de sus hijas, que aguardaban expectantes. Al cabo, dejó escapar una breve risa.

—Vuestro padre quizá no sea el más atento, pero yo conozco bien las virtudes de mis hijas —dijo, inclinándose hacia delante para tomar la mano de Juana—. Mi apasionada y hermosa Juana, en una familia de grandes corazones, tú brillas por tener el más generoso de todos. Sé que te ha resultado difícil crecer a la sombra de Isabel. No deseo hablar mal de tu padre, pero apenas ha tenido tiempo de conocerte tan bien como yo. Lleva una vida dura y peligrosa como soldado, y debe seguir así mientras luchemos en nuestra guerra santa.

»Cuando Isabel se haya ido, te verá con más claridad y con aprobación. Procura mantener tus emociones bajo control, mi Juana. Nada molesta más a tu padre que ver a sus hijas olvidar quiénes son. Jamás olvides que eres hija de reyes por ambos linajes.

Juana entrelazó las manos sobre el regazo y parpadeó para contener las lágrimas. Hizo una mueca que podría ser de dolor... o quizá de otra emoción, antes de susurrar:

—Madre, rezo cada día para que mi señor padre me mire con más bondad.

El semblante de la reina se oscureció. Antes de cerrar los ojos, doña Beatriz creyó ver en ellos, por unos instantes, una puerta abierta hacia años de pena y sufrimiento.

—Lo sé, hija mía —suspiró con pesar—. El matrimonio de Isabel nos colma de alegría. En cuanto a tu padre, solo es severo porque desea lo mejor para nuestros reinos... y para todos sus hijos. Ahora, comencemos la historia.

Sonriéndole a Catalina, la reina comenzó:

—En aquel entonces, Isabel era aún más pequeña que nuestra chiquitina —dijo, dejando escapar una risa teñida de amargura—. Si pensáis que hoy hace calor, mis hijas, no es comparable con lo que soportamos aquel día. Nadie pudo escapar a su abrazo abrasador: quemó la tierra entera en el verano más caluroso que recuerdo. Y fue en medio de ese calor sofocante cuando me llegaron noticias de que Isabel estaba prisionera en Segovia...

La princesa Isabel rio.

—Pero eso no fue así, ¿verdad, madre?

La reina la miró con un destello travieso en los ojos.

—Decidme, mi joven y querida «suegra», ¿por qué todas mis hijas han decidido interrumpirme hoy?

Doña Beatriz apartó la mirada para que no notaran su sonrisa al oír a la reina usar aquel apodo tan habitual.

Con su risa clara, como tañido de campanillas, Isabel se acomodó contra las paredes de la carroza y agitó la mano en ademán de disculpa.

—Mis más sinceras disculpas, mi prudente y estimada reina. Os ruego, señora madre, que prosigáis.

Con la vista de nuevo fija en la escena de san Miguel alzando la espada, los ojos de la reina se ensombrecieron, consumidos por el recuerdo.

—Incluso con seis años, mi Isabel se comportaba con más madurez de la que su edad hacía suponer... igual que mi chiquitina. Ella era entonces mi única hija. Durante siete años, antes del nacimiento de Juan, llevó sobre los hombros la carga de ser mi sucesora. Necesitaba crecer deprisa, y vuestro padre y yo nos encargamos de que así fuera. No se dejó amedrentar por el fragor de la batalla, que resonaba

cerca. Y, pese a su corta edad, su mente rápida le permitió llevar a salvo a sus doncellas a la torre interior del alcázar, huyendo de los hombres que poco después apresaron a don Pedro de Bobadilla, a quien había dejado al mando de Segovia mientras mi querida amiga y su esposo, Cabrera, residían en mi corte. —Mientras hablaba, la reina sonrió a doña Beatriz de Bobadilla.

—Fue una de las pocas veces que os vi llorar, al oír la captura de su buen padre —le comentó.

Doña Beatriz de Bobadilla, mirando de reojo a la reina, se encogió de hombros.

—Mi reina, fui necia al dejarme arrastrar por la tristeza. Vuestra merced tomó pronto el mando de la situación.

La reina asintió y retomó el hilo:

—El mensajero nos aseguró que Isabel y los suyos estaban a salvo. Pero ¿por cuánto tiempo? Esos rebeldes no tardarían en comprender que podían obtener un rehén más valioso para sus tratos si ponían sus manos sobre ella.

»Gracias a Dios, por entonces yo era aún una mujer joven, acostumbrada a pasar jornadas enteras en la silla. Sin perder un instante, monté mi mejor caballo y dejé órdenes para que Cabrera y doña Beatriz de Bobadilla me siguieran con una tropa de caballería. Solo tomé conmigo a dos hombres que juzgué más útiles para la empresa: el conde de Benavente, un hombre capaz en batalla y en sabiduría, y el cardenal Mendoza, cuyo consejo raras veces me había fallado. Salimos de Tordesillas cuando el sol estaba en lo alto, y cabalgamos sin tregua. Solo nos detuvimos una vez, para decidir la mejor forma de acometer la plaza cuando llegásemos a Segovia.

»De noche, viajamos sin portadores de antorchas, guiándonos solo por la luz de la luna mientras atravesábamos los pasos de montaña. Resistiendo el sueño, cabalgamos hasta el amanecer, y aún proseguimos bien entrada la mañana siguiente.

»Mi corazón dio un brinco al ver, por fin, la silueta del acueducto romano; y más allá, el alcázar, dominando desde lo alto y prestando su sombra majestuosa a la ciudad entera. Espoleé a mi montura, dejando atrás al conde y al cardenal. El pobre cardenal... —La reina dejó escapar una breve risa—. Cómo le grité: «¡Clavad las espuelas! ¡Usad el látigo y haced que ese caballo galope!». Ya reducido a una sombra del hombre que partió conmigo, se esforzaba por no caerse de la silla. Pero la urgencia de esta misión no permitía detenerse ni mostrar compasión. Eso podía esperar. El sol alcanzaba de nuevo su cénit cuando llegué a

las puertas de la ciudad. Con la cabeza erguida, reuní todo mi coraje y, mirando a los rebeldes, proclamé: «Decid a esos caballeros y ciudadanos que yo soy la reina de Castilla, y que esta ciudad me pertenece». Sin dejar entrever el más mínimo atisbo de miedo, crucé las puertas a caballo. Nadie se atrevió a negarme la entrada. Nadie osó dudar que había venido a recuperar lo que era mío. Sí, lo que era mío. Espoleé a mi pobre y agotada montura una vez más, galopando en línea recta hasta la torre donde mi Isabel se había refugiado.

»La buena fortuna quiso que un gran número de ciudadanos leales se hubieran unido a su guardia personal. Abrieron las puertas con alegría. Cuando finalmente tuve a Isabel en mis brazos, le di gracias a Dios por haberla mantenido a salvo y juré en voz alta que, en la medida de lo posible, Isabel y todos mis hijos aún no nacidos estarían protegidos a mi lado. Pero nuestras lágrimas de alivio tendrían que esperar, pues los acontecimientos en esta ciudad rebelde aún no habían concluido.

»Fuera, la gente clamaba sangre, gritando su odio y sus demandas. Temiendo la furia de la multitud, el buen cardenal y el conde de Benavente me pidieron que me resguardara en la torre. Pero olvidaron que le hablaban a una reina que oía claramente la voz de su pueblo descontento. Mi corazón me decía que no me harían daño, que su odio no estaba dirigido a mí. No mostré temor cuando me asomé por la ventana de la torre, con mi pequeña Isabel tomada de la mano. —Cruzando una mirada con su hija mayor, la reina continuó—: ¡Qué orgullosa me sentí de mi niña! Sin mostrar ningún atisbo de miedo, pregunté a mi gente qué deseaban. Todas las voces clamaron a la vez: «¡Fuera Cabrera!». —Al pronunciar el nombre del esposo de doña Beatriz de Bobadilla, la reina Isabel le dirigió una sonrisa de consuelo a su amiga—. Les dije a los presentes que entregaría la ciudad a un sirviente leal a mí, pero que también los honraría. No quería tener más tratos con quienes habían encabezado la insurrección, solo con aquellos que habían permanecido fieles a mi gobierno.

»¡Que viva la reina!, resonó entre las torres, y en ese momento supe que la victoria era mía. Los líderes de los rebeldes escaparon con vida y la paz volvió al reino, sin más derramamiento de sangre.

»Durante un tiempo, relevé a Cabrera de su puesto y residí en Segovia durante dos meses, atendiendo las quejas de la ciudad. La mayoría de los problemas surgían de una larga lista de malentendidos. —La reina Isabel se encogió de

hombros—. Tal vez en mi entusiasmo por ser más firme con la ciudad como recompensa por mi leal Cabrera...

De pronto, los hombres gritaron. Los látigos silbaron, los bueyes bramaron de dolor. La carroza se inclinó hacia delante y luego se inclinó violentamente hacia la izquierda. La reina se agarró al tapiz rígido cosido firmemente a la pared detrás de ella. Volviendo la cabeza, vio a sus hijas caer unas sobre otras, gritando de dolor y miedo.

Zarandeada de un lado a otro, doña Beatriz también se aferró al tapiz rígido, buscando un punto de apoyo. Los fuertes crujidos, los chasquidos del cuero y los bramidos de los bueyes amortiguaban los gritos incoherentes de sus compañeras. La carroza se sacudió de nuevo, ladeándose con movimientos bruscos. Josefa, al ver a su hija María encaramada peligrosamente en su asiento, extendió la mano hacia la pequeña. Una vez más, el vehículo se tambaleó, ladeándose. Josefa de Salinas perdió el equilibrio y cayó entre los asientos enfrentados, golpeando con fuerza el suelo. Su grito entrecortado sumió a todas en un silencio terrible. Permaneció allí, en el suelo, inmóvil y callada.

—¡Madre! ¡Madre! —gritó su hija, suplicando ayuda a la reina con la mirada.

Fuera, un murmullo de voces se elevó en un *crescendo*. Con la carroza ya estabilizada, doña Beatriz, con cuidado, siguió a la reina, moviéndose desde su posición en la pendiente ascendente. Agachándose sobre Josefa, la volvieron suavemente sobre la espalda. Levantó la vista para cruzar miradas con la reina. La reina le indicó a María que se quedara atrás, sin mirarla siquiera, y luego sacudió suavemente el hombro de su madre.

—¿Prima?

Extendiendo las manos sobre el vientre de Josefa, doña Beatriz dejó escapar un suspiro de alivio antes de anunciar:

—He sentido una patada. ¡La criatura está viva!

Josefa gimió. La Latina miró el rostro pálido de su amiga, ahora con los ojos abiertos, y su corazón dio un vuelco. Con las pupilas dilatadas y la piel blanca como el alabastro, Josefa parecía aterrorizada y dolorida.

Doña Beatriz ayudó a la reina a acomodar a la aturdida Josefa entre ellas. Fuera, las voces de los hombres resonaban entremezcladas e ininteligibles. Los caballos resoplaban y relinchaban, y sus cascos retumbaban alrededor de la carroza como una tormenta violenta.

Un lado del vehículo se abrió con un chasquido de cuero. Doña Beatriz parpadeó ante la súbita entrada de luz. El marido de Josefa apareció, con un lado de su rostro anguloso cubierto de sombras y el otro bañado por la claridad. Tras dirigirle una mirada ansiosa a su esposa caída, desapareció de la vista. Doña Beatriz lo oyó tomar el mando.

—¡Empujad! ¡Empujad! ¡Empujad! —ordenó—. ¡Vamos, hombres, trabajad juntos! ¡Apretad los lomos y manteneos firmes! ¡Enderezad esa rueda sobre su eje! ¡Vosotros, ahí! Revisad las ataduras de los bueyes. Y recordad: ¡la reina va dentro!

Tras otro tirón violento, la carroza volvió a equilibrarse. Con un suave gemido, la cabeza de Josefa cayó sobre el hombro de la reina Isabel, que se mordió los labios y miró de reojo a la Latina, antes de preguntarle:

—¿Cuánto falta para Sevilla, amiga mía?

Esta bajó la cabeza, tratando de ocultar su creciente temor.

—Aún quedan horas, mi reina.

—¿Debería llamar a un médico?

Posando la palma de su mano sobre el pecho de Josefa, doña Beatriz se concentró en contar los latidos de su amiga. Frotándose la cara, rezó: «Madre de Dios, socorredme. El corazón le late demasiado acelerado». Luego, levantó la mirada hacia las cuatro infantas. Incluso Juana permanecía quieta y callada. Era como si se hubiese abierto una puerta a un lado de la vida que ninguna quería enfrentar. Hasta Isabel, mujer ya adulta y madre, mantenía la vista fija en su regazo.

Doña Beatriz se volvió para mirar a la reina y susurrarle:

—Mi reina, sabed que hablo con verdad cuando os digo humildemente que poseo tanto saber como ellos. Recordad que los dos médicos que nos acompañan fueron en su día mis alumnos en Salamanca. —Poniendo las manos sobre el vientre de Josefa, concluyó—: Puedo atenderla. No creo que haya comenzado el parto, pero está herida. No puedo juzgar con facilidad cuán grave ha sido esto mientras permanecemos atrapadas aquí. Cuanto antes lleguemos a Sevilla, mejor será.

«Puedo atenderla». El peso de sus palabras resonó en sus oídos. Miró cómo María se limpiaba las lágrimas. Reconfortada, la niña la contempló como si se agarrara a cada palabra con esperanza. Creía en doña Beatriz, y ella, a su vez, rezó para que esa confianza perdurara en los días venideros.

CAPÍTULO 5

«Más vale pájaro en mano que ciento volando».

PROVERBIO CASTELLANO

Doña Beatriz maldijo las horas que les llevó llegar hasta Sevilla, más consciente que nunca de cada bache, vaivén y sacudida de la carroza. Aquellas terribles e interminables horas parecieron transcurrir tan lentas como el invierno más temido, dando paso a la primavera. La infanta María susurró al oído de su madre. Asintiendo, la reina Isabel asomó la cabeza por uno de los ventanucos para dar una orden. Los caballeros detuvieron la marcha.

—Niñas, no falta mucho. Salid a estirar las piernas unos minutos.

La cima de una alta colina se alzaba sobre las afueras de Sevilla. La infanta Catalina y su acompañante se apartaron unos pasos, observando el largo camino que conducía a la ciudad. El panorama del paisaje árido, de elevaciones y valles, parecía no tener fin. Catalina giró sobre sí misma como si danzara, con los brazos extendidos, como si reclamara su libertad. Su hermana mayor se apresuró hacia ella para reprenderla.

—Catalina, detente —dijo—. Les estás mostrando a los hombres que no sabes comportarte.

Un grito agonizante rasgó el aire. Doña Beatriz se volvió hacia donde estaba Josefa.

—¡Madre! —chilló María. Con las faldas recogidas en las manos, dejando al descubierto las piernas, la niña corrió de regreso a la carroza. Doña Beatriz bajó la vista hacia Josefa. Las arrugas se le extendían alrededor de los ojos como finas telas de araña, mientras otras se hundían desde la nariz hasta la boca. Su tez se había tornado grisácea, envejecida, casi irreconocible. Abrió los ojos, se aferró con fuerza a las manos de doña Beatriz y lanzó un nuevo grito. El temor de la Latina se volvió entonces real e inapelable.

Josefa volvió a quejarse, esta vez con voz más queda. Se volvió hacia la reina Isabel, pronunciando unas breves palabras de disculpa antes de que otro quejido

ahogara su voz. El dolor oscureció sus ojos de mirada perdida. Moviéndose de un lado a otro, su agonía era evidente y terrible de contemplar. Acariciándole el vientre, doña Beatriz murmuró a la reina:

—Me temo que está de parto. —En ese instante, la pequeña María subió a la carroza.

La Latina la observó en silencio, incapaz de pronunciar palabra alguna de consuelo.

La reina Isabel extrajo algo de su faltriquera y depositó en la mano inerte de Josefa una cajita rectangular, dorada. Cerró los dedos de su prima sobre el objeto y dijo:

—Prima, aferraos a esto. Es un retal de la túnica de la Virgen, que siempre llevo conmigo. Me acompañó en todos mis partos. La buena Madre de Dios os mantendrá a salvo.

Pero Josefa no pareció oírla ni verla. Se limitó a gemir de nuevo antes de volverse e insistir:

—Os ruego que... perdonéis mi debilidad.

Apartando la mano de la reina, Josefa contempló el pequeño relicario con desagrado visible.

—La caída me ha dañado la espalda. ¡No es el niño, no es eso! —sus párpados comenzaron a cerrarse—. No es eso...

Doña Beatriz se secó los ojos húmedos.

* * *

Josefa llegó a la cama de parto antes de tiempo, dando a luz a un niño muerto la misma noche en que arribaron a Sevilla. Durante días, tanto doña Beatriz como los médicos al servicio de la reina temieron perderla también, un temor que arrastraba a la Latina hacia los abismos más hondos y sin fondo. Para la pequeña María, aquello era más que el borde de un precipicio: era la pérdida misma. Durante tres días rondó las puertas de la alcoba donde su madre luchaba por su vida. Dentro, su padre se negaba a apartarse de su lado. Olvidada por sus progenitores, apartada de su vida, la niña apenas reparó en el momento en que doña Beatriz la condujo a los aposentos reales.

Al tercer día, las pesadas puertas de la recámara se abrieron. Fray Hernando de Talavera, el anciano confesor jerónimo de la reina, se asomó por la estrecha rendija. La oscura esclavina que cubría su hábito blanco no hacía sino acentuar la

severidad de los ángulos de su enjuto rostro y profundizar las ojeras bajo aquellos ojos hundidos. Doña Beatriz se acercó a él, seguida de cerca por María. Como tantas veces en el pasado, el fraile miró a la niña con amabilidad, aunque esta vez aquella amabilidad estaba teñida de pena. A pesar del abierto desagrado que sentía hacia él, doña Beatriz respetaba a fray Hernando, pues siempre hablaba a los niños como a los adultos... y siempre les decía lo que creía la verdad.

María se abalanzó sobre él, aferrándose a su esclavina y después al hábito de doña Beatriz, antes de caer de rodillas. Sus intentos de preguntarles se ahogaron y se perdieron entre sollozos. La Latina la alzó del suelo, rodeando con un brazo su frágil figura.

—Mi madre... —sollozó la pequeña.

Con un ademán impotente, doña Beatriz se volvió hacia el sacerdote. Fray Hernando no le prestó atención; sus ojos estaban fijos únicamente en la criatura. Jamás le había visto mostrar tanta dulzura.

—Ven aquí, niña —dijo, apartando a María del lado de doña Beatriz. Con sus ancianos huesos crujiendo por el esfuerzo, mientras sus manos se aferraban a los frágiles hombros de María, se agachó y advirtió—: La crisis se acerca. Tal vez en la próxima hora lo sepamos con certeza... Reza, como hacemos todos. María, si la muerte viniera a buscar a tu madre... —Hizo una pausa para apretar con más fuerza sus hombros, antes de proseguir—: Pequeña, irá al cuidado de Dios. Ve con tu preceptora y espera a que te hagamos llamar. —Y con esas últimas palabras, el fraile se retiró hacia la capilla.

Doña Beatriz aferró la mano de María y la condujo hacia la biblioteca, pero la niña se detuvo. Tenía los ojos abiertos como platos y abría y cerraba la boca sin emitir sonido alguno.

—¿Qué sucede, niña? —preguntó la Latina.

—No quiero que mamá se vaya con Dios. Quiero que se quede aquí, conmigo.

Cansada y desolada, la mujer la abrazó.

—Lo sé. Yo también deseo que se quede, igual que todos los que la amamos. Te prometo que ninguno de nosotros se rendirá mientras siga con vida. Mi corazón me dice que Dios atenderá nuestras plegarias y permitirá que el paraíso aguarde a tu madre por largo tiempo.

María rompió a llorar. A doña Beatriz le costó mucho no hacer lo mismo.

* * *

A la mañana siguiente, al amanecer, María estaba otra vez junto a la puerta de la alcoba donde su madre reposaba. Pasó una hora, y luego otra, hasta que doña Beatriz envió a una vacilante doña Teresa Manrique con ella.

—María, ven conmigo —la animó con voz melosa, tan dulce como las rosas azucaradas que solía guardar en los bolsillos—. Nuestra reina no desea que estés aquí, pequeña. Entristecerte no ayuda a tu madre. También estás apenando a la infanta, que se niega a cumplir con sus lecciones si tú no estás con ella. Mira, tu maestra te espera para llevarte consigo.

Doña Teresa tomó a María del brazo, pero la niña negó con la cabeza y se mantuvo firme, sin apartar la vista de la puerta de la alcoba de su madre. La dama insistió, ofreciéndole a cambio una bolsa de rosas azucaradas si volvía con doña Beatriz a la biblioteca. La mujer chasqueó la lengua en señal de desaprobación y murmuró su frustración al ver que nada surtía efecto antes de alejarse por el pasillo. No tardó en regresar, acompañada de un sirviente alto y corpulento que, sin pronunciar palabra, alzó a la pequeña sobre los hombros como si no pesara nada.

—La infanta ordena su presencia —dijo.

María sollozó, impotente, mientras el sirviente la llevaba hacia los aposentos reales, con doña Beatriz siguiéndolos de cerca. Al cabo de un rato, la dejó frente a la biblioteca y se alejó para ocuparse de otros quehaceres. María entró en la amplia biblioteca como una sonámbula. Catalina, en cuanto la vio, lanzó un grito, se levantó de la mesa y corrió a abrazar a su amiga. El resto del día, María permaneció sentada junto a ella, con la infanta aferrada a su mano, como si así pudiera impedir que la tristeza la arrastrara. Escogiendo con cuidado un libro para leer a las niñas, la Latina intentó devolver algo de normalidad a la jornada. Fue imposible.

La sombría atmósfera se desvaneció a la mañana siguiente, cuando recibieron unas pocas palabras de esperanza: los médicos de la reina creían que la batalla estaba ganada y que, al fin, la vida de la madre de María se había salvado. Sin poder negarse, doña Beatriz acompañó a la niña a los aposentos de su madre. Como si la pequeña lo hubiera invocado de la nada con un simple deseo, su padre abrió la puerta. Casi un extraño para ellas, su silueta se recortaba de pie a contraluz: mejillas hundidas, barba sin afeitar, ojos enrojecidos y ojerosos y la tez pálida tras tantos días encerrado. María se lanzó a sus brazos.

—¡Madre, madre! —sollozó la niña entre lágrimas, como si no pudiera decir otra palabra. Él la abrazó con fuerza antes de hacer un gesto a doña Beatriz para que se acercara.

—Venga. Venga y mírela.

Con la piel más blanca que la camisa que vestía, Josefa extendió los brazos hacia su hija. La pequeña no dudó ni un instante en lanzarse hacia ella.

—Mi María —murmuró Josefa, acariciándole el cabello, pronunciando su nombre como una caricia.

Con sollozos que sacudían su cuerpo, la niña enterró el rostro en el pecho de su madre, abrazándola con fuerza. Su padre la apartó con delicadeza, advirtiéndole:

—Cuidado. Aún no está del todo bien.

Josefa lo miró con ojos sombríos y apesadumbrados, pozos de tristeza cuya profundidad superaba todo lo que Beatriz podía imaginar.

—Hoy me encuentro mejor —replicó, apretando con fuerza las sábanas con una mano blanca como la tiza.

Martín alzó la barbilla, su habitual sonrisa había desaparecido tras un semblante serio y desvalido. Apretó con fuerza la mano inerte de su esposa.

—Sí... hoy estáis mejor —afirmó, cerrando los ojos y acentuando las arrugas que los enmarcaban. Las lágrimas brotaron entre sus largas pestañas para rodar sobre su piel cenicienta.

María se acercó al costado de su madre y con los ojos aterrados miró alternativamente a sus progenitores. Considerado a menudo un hombre alegre, esos días habían cambiado para siempre a su padre.

Josefa apretó la mano del hombre.

—Estoy aquí, y os daré más hijos.

Martín abrió los ojos, llenos de angustia. Alzando la barbilla, apretó los labios y negó con la cabeza.

—No es la primera vez que me siento a vuestro lado preguntándome si ibais a morir... y no volveré a pasar por esto. Hablé con la reina esta mañana. Cuando estéis mejor, regresaremos a casa con nuestros hijos y no tendréis que permanecer más tiempo en la corte.

María dejó escapar un grito de consternación. Su madre la estrechó, acercándola a su pecho.

—Tranquila, mi niña. No me iré a ninguna parte.

Pero Martín la tomó del hombro, desesperado, insistiendo:

—Josefa, sed sensata. ¿Qué pasa con nuestros otros tres hijos? ¿Acaso no merecen estar junto a su madre?

Apartando la mirada, ella le secó las lágrimas a María con la manga de la camisa, con los ojos fijos en la almohada.

—Mi madre los cuida con esmero, como bien sabéis. Es mejor que permanezcan a salvo en casa —dijo al fin—. Yo deseaba que María también permaneciese allí. Ya os lo advertí: «quien va con lobos aprende a aullar».

Doña Beatriz la miró fijamente. ¿Se refería acaso a la familia real? Sabía que Josefa amaba a la reina, su prima. ¿Catalina...? ¿Podría ser ella el lobo? Nunca. El rey, en cambio... sin duda, era un lobo como ningún otro.

Martín se encogió de hombros y dijo en voz alta lo que doña Beatriz apenas se atrevía a formular:

—Aquellos que rondan demasiado cerca de nuestro astuto rey pueden terminar convirtiéndose en lobos —admitió, sonriéndole a su esposa—. Vuestro buen juicio siempre me ha guiado respecto a su compañía. Pero la reina, vuestra prima, mantiene a nuestra hija a salvo con los suyos. No hay peligro para ella.

Josefa continuó, como si no lo hubiera oído:

—Os lo repito, esposo: no me place que ella y la infanta se mantengan tan unidas. Acabamos de perder a otro hijo.

Él se limitó a secarle una lágrima, frotándola entre el índice y el pulgar, como si hubiera capturado algo precioso. Su gesto sombrío se suavizó.

—Mi amor, ¿no erais vos también cercana a vuestra prima, la reina, en vuestra niñez? Vos, doña Latina y Beatriz de Bobadilla sois de plena confianza —recordó Martín, procurando calmar a su esposa. Tomó de nuevo su mano y, acariciándola con ternura, le levantó la barbilla para mirarla fijamente a los ojos—. Amada mía, no podemos cambiar que la pequeña infanta se haya encariñado de nuestra María hasta el punto de que su madre la quisiese como compañera. Nuestra familia sirve a la real con la vida, pero vuestra noble reina también es vuestra amiga. Me ha atendido y está de acuerdo en que debéis regresar a casa.

—Martín, yo...

—No más discusiones, mi cielo. Este es el tercer hijo que perdemos viajando con la corte y las tres veces los médicos han debido luchar por vuestra vida. Me dicen que si algo así ocurriera otra vez, moriríais. ¡Josefa, basta ya!

Las arrugas de la mujer se acentuaron en torno a los ojos y la boca con un gesto de contrariedad.

—¿Queréis acaso apartarme de vos? ¿Dejando sola a nuestra hija menor en la corte?

Martín hundió el rostro en su cuello, dejando escapar sollozos.

Doña Beatriz tomó de la mano a María y la condujo hacia el alféizar de una ventana cercana. ¡Cuánto temía por la niña! Los últimos días habían roto, uno tras otro, los frágiles hilos de su niñez; y muy pronto sería ya tarde para salvar el postrero.

Josefa abrazó a su marido.

—Amor mío, no sigáis. No puedo sufrirlo más.

Martín la miró con los ojos enrojecidos.

—Y yo no puedo soportar perderos. Os ruego, escuchadme y regresad a casa. Por favor, Josefa.

Ella soltó un gemido leve, como si padeciera un dolor distinto al sufrido en la carroza. Volvió la cabeza de un lado a otro sobre la almohada, se secó las lágrimas y besó a Martín.

—Os daré más hijos. Partir o permanecer en la corte no cambiará eso, ni alterará el hecho de que el parto es siempre el campo de batalla de la mujer.

Con sus cabellos oscuros entrelazados en la almohada, Martín reposó la cabeza junto a la suya. Llevó su mano a los labios y le besó la palma.

—Amor mío, vos habláis de la guerra. Escuchadme, pues... los líderes que valen la pena trazan sus batallas con tiento. En mis días de soldado, lo que más me guiaba a la victoria era conocer el arte de la guerra y fiarme de mi experiencia. Por mi vida y la de mis hombres, tengo por ciertas las lecciones que la historia y la vida me enseñaron. —Luego, tras besarle la mejilla, prosiguió—: Y con ello aprendí lo siguiente: tres veces habéis viajado encinta, solo para que vos y la criatura padecierais por ello. Tres hijos hemos perdido en casi los mismos años. Cuando permanecisteis en casa, no sufristeis pérdidas; gracias a los cuidados de vuestra madre, todos nacieron sanos y viven.

»Seguir atendiendo a la reina os ha agotado y ha puesto vuestra vida en peligro innecesariamente. No una, ni dos, sino tres veces he visto al cura preparar la administración del último sacramento. Vos sois la dueña de mi corazón, Josefa. Si partís de mi lado, yo también moriré. Os lo ruego, regresad a casa.

Josefa se cubrió el rostro con las manos.

—Deseo quedarme en la corte —dijo, tomando aire—. ¿Qué será de mí si me necesitáis? Jamás me perdonaría que resultaseis herido al pelear junto al rey y yo

lo supiese demasiado tarde... lejos de vos, en casa...

Martín la atrajo hacia sí, besándola primero en la frente, luego en las mejillas y finalmente en los labios. Sosteniendo la mano de María en la suya, doña Beatriz se ruborizó y se retiró, apartando la vista al suelo. Martín siguió recorriendo con sus labios el rostro de Josefa.

—Creedme, mi cielo. No podría perdonarme si llegara a ser causa de vuestra muerte al daros un hijo cuando vuestro cuerpo aún no está listo. Os amo en cuerpo y alma, Josefa. Los médicos me dicen que he de tener paciencia antes de yacer con vos de nuevo. Y teniéndoos aquí, tan cerca, la tentación es grande. ¡Por eso debéis partir, amada mía!

Josefa rompió en llanto, inconsolable. En las sombras, doña Beatriz quedó de pie, olvidada, olvidada con María, sumida en su propio remolino de desolación.

CAPÍTULO 6

«Más vale maña que fuerza».

PROVERBIO CASTELLANO

Querido Francisco:

Muy pronto me veré sola en la corte. No solo hace meses que vos os habéis ausentado, sino que la prima de la reina y mi buena amiga Josefa regresa a su casa en Vitoria. La pobre Josefa no está contenta con eso, pero su frágil salud ha obligado a la reina a ordenarlo. La reina sabe bien lo que supone perder fuerzas tras dar a luz. En los primeros años de su reinado, perdió bebé tras bebé debido a las guerras por su corona.

En estos momentos, Josefa espera a que los médicos de la reina le concedan permiso para partir. Tanto la reina como yo la visitamos cada día. Llevo a su hija, mi pequeña alumna María. La pobre niña no puede ocultarme cuánto teme el día en que su madre deba irse. Aunque cinco años es muy temprano para perder a una madre querida, solo podemos darle gracias a Dios de que esa pérdida no sea permanente.

Nos encontramos ahora en medio de las celebraciones por la boda de la princesa Isabel...

* * *

—Ven a casa conmigo —rogó Josefa.

Alarmada, Catalina volvió la vista hacia María y sacudió la cabeza con la rapidez de una peonza. La reina se rio.

—Mirad a María... y a mi Catalina, también —replicó—. Haría falta un par de caballos para separarlas, como cuando nuestras niñas se conocieron por primera vez. Recuerdo aquel día: la tormenta nos obligó a refugiarnos en vuestro hogar y aceptar la hospitalidad de mi tía, vuestra noble madre. A la mañana siguiente,

pocos podrían apartar a Catalina de María. —Observando a las jóvenes, la reina Isabel preguntó—: ¿Deseas que lo ordene?

Josefa frunció el ceño y levantó la vista de la labor de costura, dejando el bordado sobre el regazo. Su piel seguía tan pálida como las sábanas del lecho, pero las sombras que le marcaban los ojos y la boca se desvanecían poco a poco. Su vitalidad natural iba devolviéndole con lentitud la jovialidad de una mujer que, al igual que doña Beatriz, apenas había visto pasar veinticinco veranos.

Josefa contempló a su hija y luego a Catalina. Después se encogió ligeramente de hombros y dijo:

—Os beso la mano en gratitud, mi reina, pero temo que no. Nuestras dos hijas me recuerdan a otras dos niñas que conocí una vez: dos primas, una mayor y la otra menor, que se hacían llamar hermanas. Cada vez que la vida las separaba, el corazón de la menor se rompía en pedazos. Si Dios quiere, desearía ahorrarles a nuestras niñas la misma tristeza.

La reina Isabel tomó la mano inmóvil de Josefa.

—Sí... el amor une a quienes amamos. No querría que fuera de otra manera —afirmó, alzando la barbilla con solemnidad—. Os hago este juramento: seré madre para María. Aunque no nos una la sangre, nuestra larga y querida amistad me impide obrar de otro modo.

Josefa le dedicó una sonrisa amarga.

—Estoy agradecida, Isabel. No puedo mentiros, prima hermana mía. Preferiría que María creciera junto a mis otros hijos. Pero, así como el sol se levanta por la mañana y se pone al caer la noche, María ya sabe que su lugar está junto a vuestra hija, sirviéndola. Y mi corazón me dice que esto es obra de Dios. ¿Y por qué no habría de amar mi hija a la vuestra? Toda mi vida la he amado como a una madre. —Se le anegaron los ojos en lágrimas. Con voz entrecortada por la emoción, continuó—: ¿Quién cuidará de vos, Isabel, como yo lo hago, cuando no podáis dormir y debáis trabajar durante la noche? Nadie atiende vuestras necesidades con la misma diligencia que yo. —Mirando de reojo a doña Beatriz, añadió—: la Latina suele olvidarse del mundo que la rodea cuando se sumerge en sus estudios. Yo siempre me aseguro de que tengáis una bebida junto a vos durante las largas horas de maitines y de que nunca os falte la luz necesaria para trabajar.

La reina Isabel apretó la mano de Josefa. La sonrisa que le dedicó le pareció a doña Beatriz una nunca vista: juvenil y tierna, reflejo de toda una vida de recuerdos afectuosos.

—No lloréis. No oséis pensar que me habéis fallado, porque no lo habéis hecho, mi Josefa. Os habéis agotado en mi servicio y habéis sufrido por ello. Ahora ha llegado el momento de cuidaros a vos. Recibiré con gozo vuestras cartas. Sí, María y yo os escribiremos para que podáis maravillaros de cómo mejora la letra de vuestra hija y se agudiza su ingenio. Mi Catalina se asegurará de que así sea.

»El próximo verano viajaré por Andalucía —continuó—. Hoy os aviso de que pasaré por Vitoria y os veré tal como rezo veros: sana y más que lista para debatir de nuevo.

Secándose las lágrimas, Josefa se rio. Contempló a la reina como si fuera la única persona del mundo. Le temblaban los labios al decir:

—¡Cuánto echaré de menos esto! Estos años bajo vuestro servicio han significado mucho para mí. ¡Cómo desearía poder quedarme! Mi mayor pesar es que mi cuerpo resultó demasiado débil para serviros y dar a mi esposo más hijos. Mi cuerpo me ha traicionado. —Limpiándose la cara con las mangas de la camisa, añadió—: Doña Latina seguro que se oxida un poco... mientras yo me ocupo de cuidar a mis hijos y mis melocotoneros.

La reina Isabel se inclinó para besar la pálida mejilla de su prima. Enmarcó el rostro de Josefa con sus largos dedos, hinchados por la gota. Sus miradas se encontraron de nuevo.

—Vuestros melocotoneros y vuestros caballos os devolverán la salud y la fuerza, ya veréis —le aseguró la reina, riéndose—. Y no olvidemos a vuestros otros hijos; han pasado demasiado tiempo sin vos. —Apoyando sus manos sobre los hombros de Josefa, continuó—: Os enviaré libros. Muchos libros, para que los disfrutéis vos y también mi buena tía. Mientras sepa que permanecéis sana y salva en Vitoria, cuidando vuestros huertos, cabalgando vuestras monturas y perfeccionando vuestro latín, mi corazón permanecerá ligero. Así que disfrutemos de estos últimos días juntas mientras recuperáis las fuerzas, y contentémonos de que nuestra separación será solo por la distancia y no por la muerte —concluyó, besándole la frente.

* * *

A solas, doña Beatriz se recostó contra el alto muro que rodeaba el jardín del alcázar real en Sevilla. Con la capa negra y la toca transparente a sus pies, cruzó los brazos sobre el pecho, intentando controlar la respiración. Un rayo de sol la deslumbró. Al frotarse los ojos, las lágrimas le humedecieron los dedos.

Abrazándose con más fuerza, tragó la sangre que tenía en la boca tras morderse la lengua. Las lágrimas brotaron de nuevo y las dejó deslizarse con total libertad.

Recolectando un surtido de hierbas que crecían en abundancia en aquel jardín privado, no esperaba ser interrumpida, y menos aún por el crujido de una rama que anunciaba la llegada del rey.

«No pienses en eso. Olvídate» se reprendió a sí misma, tirando del cuello del vestido para cubrir las marcas de sus dedos en el pecho. Acariciándose distraídamente el cuello, intentó tragar, aunque la garganta le dolía. No necesitaba mirarse en un espejo para saber que tendría que buscar un vestido de cuello alto que ocultara lo que el rey le había hecho.

Intentó recomponerse y se encaminó con lentitud hacia sus aposentos. Asomó la cabeza, entrando en una parte del jardín bañada por una luz verdosa. Se sentía irreal, como si hubiera caído en una pesadilla. Sin pensarlo dos veces, se santiguó y se ajustó de nuevo la toca sobre la cabeza, deseando poder desaparecer.

Al llegar a una zona más sombreada, vio a María entrar por la puerta. La niña la miró, sorprendida.

—¡Doña Latina!

—¿Has venido también a disfrutar del calor del sol? —preguntó la mujer de inmediato. Como si renegara de sus propias palabras, un escalofrío le recorrió el cuerpo; desvió la mirada y tragó con dificultad, llevándose la mano a la garganta una vez más. Dolía. Dolía de veras. Esta vez temió que el rey hubiera querido estrangularla.

María, perturbada y asustada, dio un paso adelante.

—Mi madre... ¿Va todo bien con ella?

—¿Tu madre? —repitió doña Beatriz, entrecerrando los ojos ante el rayo de sol que le daba en la cara. Desatándose y volviendo a anudar los cabos sueltos de su faja, como si soltara las cuentas de un rosario en oración, dijo—: Cuando la vi esta mañana no me dio motivo de preocupación. ¿Acaso ha sucedido algo desde entonces?

María la miró aún más confundida. Bajó la vista a la punta de sus zapatillas de cuero negro, que asomaban bajo las faldas, y luego volvió a mirarla.

—Algo le pasa, doña Latina...

Dirigiendo la vista hacia los aposentos reales, la niña vio que la puerta del muro de piedra estaba abierta. Un rosal trepaba por la pared, reclamando con firmeza la piedra gris. Varias mariposas danzaban con gracia alrededor del arco de rosas

amarillas que circundaba el vano. Solo la familia real utilizaba aquel acceso, pues conducía directamente, a través de un patio, a los aposentos del rey y la reina. Si alguien se aventuraba demasiado lejos, los guardias impedían el paso con sus picas y espadas.

Confundida, la niña preguntó:

—Doña Latina, ¿por qué está abierta la puerta? La reina ordenó que permaneciera cerrada.

La mujer se removió, inquieta.

—¿Por qué debería saberlo, María? Haces preguntas sin razón aparente. —Sus palabras estallaron como el chasquido de las ramas bajo sus pies. Alzó la vista al cielo: ni una nube, un azul tan intenso que parecía burlarse de ella.

La pequeña parpadeó. Afligida, con los ojos empañados en lágrimas, repitió:

—Algo os pasa...

Doña Beatriz agachó la cabeza y se alisó las arrugas del vestido, incapaz de mirar a María a los ojos. Encogiéndose de hombros, replicó:

—Sí, algo me pasa, pero no es algo apropiado para los oídos de una niña. Vete de aquí, María. Vete y disfruta de estos días que pronto terminarán, de la libertad que tu niñez te concede y que nosotras, que ya no somos niñas, hemos perdido.

Con los ojos brillantes por las lágrimas, la pequeña le hizo una profunda reverencia antes de obedecerla. Con el corazón desbocado, la Latina tuvo la sensación de tambalearse. De nuevo, el abismo se abría ante ella. Levantó la mano hacia la cabeza dolorida. «No debí desquitarme con ella. En la próxima lección, le pediré perdón».

Antes de abandonar el jardín y dirigirse a sus aposentos, cerró la puerta tras de sí, observando cómo María se encaminaba hacia la biblioteca. El viento llevó a sus oídos las notas alegres de un cuerno de caza, acompañadas por el sordo retumbar de los cascos de los caballos que se alejaban del alcázar. A lo lejos, vio la nube de polvo que dejaba tras de sí la partida de caza del rey en la mañana. Pronto, el ruido de hombres y caballos se convirtió en un susurro perdido en el viento.

A pesar de que hacía calor, doña Beatriz apretó la capa contra el cuerpo y se echó la capucha sobre la cabeza. Se ocultaba, no solo físicamente. Siguiendo el sendero que conducía a sus aposentos, sus ojos ya no percibían el mundo que la rodeaba, sino que vagaban ciegos, abrumados por la desesperación y la derrota. Tropezó. Asaltada por náuseas, se sentó en un banco de piedra cercano y bajó la mirada, sumida en la tristeza. «Estoy atrapada. Atrapada, sin salida».

* * *

Catalina y María la miraron al llegar al aula para la lección matutina.

—Lleváis un hábito de monja —observó la infanta.

Doña Beatriz bajó la mirada hacia su austero hábito gris de la orden franciscana. Las niñas apenas eran bebés cuando ella había dejado de vestirlo a diario.

—Sigo siendo miembro de la orden de Salamanca. Estuve a punto de pronunciar mis votos definitivos, pero comprendí que mi problema con la obediencia es algo que no deseo resolver. —Las niñas la miraban, confundidas—. Tengo permitido llevar el hábito cuando quiero. Soy miembro de la tercera orden de los franciscanos. —Catalina y María continuaban mirándola sin entender. La mujer suspiró—: Hoy lo llevo como recordatorio de humildad. Ayer fui demasiado dura contigo, María. ¿Podrás perdonarme?

Esta le dedicó una sonrisa de oreja a oreja.

—Sí. Pero no necesitáis vestir el hábito, doña Latina.

La mujer contempló cómo la niña casi danzaba de prisa junto a Catalina hacia la mesa donde los libros las aguardaban. La áspera tela del hábito le rozaba la piel, recordándole la mentira que ocultaba. Tragó saliva y se acomodó la toca sobre la cabeza. Había apretado demasiado los lazos, pero al menos le cubrían los moratones de la garganta y el pecho. Rezó a Dios para que el hábito diera al rey motivo de reflexionar antes de cruzarse en su camino. Él respetaba la Iglesia; seguro que, al recordar lo cerca que había estado de pronunciar sus votos, la dejaría en paz.

* * *

Amor mío:

Os echo mucho de menos. No suelo decirlo, ¿verdad, cariño? Pero mi querida amiga se ha marchado. La semana pasada, Josefa partió con su marido rumbo a Vitoria. Los médicos de la reina consideraron que ya estaba lo suficientemente bien para viajar, pero, amor mío, ¡qué agridulce fue aquel día!

Su hija María está desconsolada. La vida en la corte nunca le afectó demasiado mientras Josefa estaba a su lado. Su madre le ofrecía consuelo, un pequeño refugio de normalidad. Rezo a Dios para que yo pueda hacer lo

mismo por ella. La reina le prometió a su prima que sería una segunda madre para la pequeña. Por el momento, la niña no logra ocultar cuánto extraña a la suya.

Una vez al año, antes del inicio de la Cuaresma, María volverá a casa con su padre para pasar la Pascua junto a Josefa. Sin duda, el paso del tiempo enseñará a la pequeña a adaptarse con soltura de un lugar a otro, con ayuda de su madre.

Sí, el hogar de María ya no se encuentra entre su familia. Catalina es su verdadero hogar, su lugar de pertenencia. Tal como yo os pertenezco a vos. Hoy me descubro deseosa de convertirme en vuestra esposa. ¿Os parece extraño que lo diga? Yo, que siempre os he dicho: «No hay prisa. Seamos pacientes y desposémonos cuando podáis dejar el ejército de su majestad, el rey». Quizá decirle adiós a mi amiga me ha dejado un tanto melancólica...

Estos días, tan solo enseñar me place...

CAPÍTULO 7

«Nadie es tan sabio que no diga alguna necedad».

PROVERBIO CASTELLANO

Doña Beatriz lo vio una y otra vez durante las semanas previas a la boda de la princesa Isabel. Siempre apartado, en las sombras, lejos del sol y del bullicio de la corte; con los ojos encendidos de sueños. «Como un místico», pensó. Un místico que ardía con el mismo fuego de un fanático.

Al notar de nuevo la mirada de la mujer sobre él, Catalina le susurró:

—Es él, Cristóbal Colón. Padre le llama «el judío». —Doña Beatriz apartó la vista hacia la niña y alzó una ceja. Catalina, ruborizada, se encogió de hombros. El rey Fernando no se esforzaba en ocultar su desdén por los judíos.

Con tantos de ellos ocupando puestos de poder en la corte de su esposa, la Latina sabía que Catalina solía debatirse entre las opiniones contrarias de sus padres. Anhelaba poder guiarla... abrirle los ojos, enseñarle a valorar a las personas por su corazón y su alma, en lugar de dejarse arrastrar por prejuicios innecesarios. Solo Dios sabía cuántos de esos prejuicios había debido soportar ella misma, por atreverse a ser erudita en un mundo reservado casi por entero a los hombres.

—Desea que mis padres paguen barcos y hombres —añadió Catalina—. Pero el rey, mi señor padre, dice que no es más que un charlatán, y que hace perder a mi madre su precioso tiempo con su descabellado empeño de hallar una ruta por mar hacia las Indias y las tierras del Gran Kan.

María miró a la infanta con la vista extraviada.

—¿Sabes qué significa «Gran Kan»? —le preguntó doña Beatriz.

María frunció el ceño, pensativa por unos instantes, antes de responder:

—¿«Rey de reyes»?

La maestra sonrió, satisfecha de ver que las niñas sí habían atendido a sus lecciones.

—Exacto —intervino Catalina—. Madre me dijo que el Kan envió al Papa una orden para que le mandase hombres de Dios. Pero ninguno se atrevió, pues el

viaje está colmado de peligros. Cristóbal Colón cree poder hallar un modo de que no sea así.

—Creo que el rey está en lo cierto —replicó María con aplomo—. Los navíos suelen desvanecerse cuando alcanzan el fin del mundo.

Catalina soltó una risa.

—Eso no es sino una fábula. ¿No recordáis lo que nos dijo doña Latina? —replicó a su amiga, lanzando de soslayo otra mirada hacia Cristóbal Colón—. Geraldini y Santángel aconsejan a mi madre, y ella tiene aprecio al navegante. Piensa que Dios se lo ha enviado. Obtendrá sus naves —declaró la infanta mientras tiraba de María para seguir andando. Doña Beatriz, en cambio, se volvió una vez más. Aquel hombre tenía el porte de un italiano, aunque fuese judío: los ojos hundidos y pesados, la nariz larga y aguileña, los labios sensuales y un mentón fuerte. Su figura le recordó a uno de los bustos del alcázar, el de un antiguo César romano.

Cristóbal Colón no reparó ni en la presencia de las dos niñas ni en la de su tutora, que avanzaban por el largo y estrecho pasillo, dejando atrás las sombras para dirigirse hacia la claridad de un nuevo día. Hasta Catalina, hija de la familia real, pasó desapercibida.

Tras la infanta Juana, doña Teresa Manrique frunció el ceño y les indicó con un gesto que apretaran el paso. Doña Beatriz abandonó entonces sus pensamientos sobre el extraño y se obligó a centrarse en el presente. Con las faldas recogidas en un brazo, se apresuró con las niñas a reunirse con la reina y los demás hijos, que acudían a otra celebración en honor al matrimonio de Isabel con el príncipe de Portugal. Un par de sirvientas las seguían a cierta distancia.

La Latina apretó aún más el paso, aunque por un motivo distinto. Sabía que, si no ponía todo su empeño en caminar con dignidad bajo el peso del vestido, sucumbiría al deseo de escapar corriendo en dirección contraria. No quería enfrentarse a otra corrida de toros.

Los odiaba. Siempre los había odiado. Un miedo irracional, profundo y absoluto la dominaba cada vez que percibía el más leve rastro de su presencia. Verlos o simplemente olerlos, incluso desde lejos, era suficiente para sumirla en una ola de terror. El corazón se le agitaba con violencia en el pecho, hasta hacerla sentir mareada y enferma. Solo la mano de Catalina, aferrada a la suya, la sostuvo en el umbral, evitando que huyera por la puerta principal de la arena. Entonces el

hedor de las bestias la envolvió de golpe, alzándose como un muro invisible que la aprisionaba contra las paredes.

Bajando la vista hacia los rostros pálidos y tensos de las niñas, parecía evidente que ellas también compartían su temor. Y no solo ellas. La propia reina detestaba las corridas de toros. Día tras día se la veía sentada, el semblante blanco y vacío. Con la cabeza recostada en el respaldo de la silla, mantenía los ojos fijos en la arena, donde el toro luchaba con furia por su vida contra el matador.

Apenas un par de días antes, María había asistido a su primera corrida. La niña había llorado sin consuelo, y la reina lo había notado. Más tarde, cuando doña Beatriz acompañó a Catalina y a María a los aposentos privados de Isabel, la soberana apartó a la pequeña, se arrodilló a su altura y le habló al resguardo del alféizar de un gran ventanal.

—Odio las corridas de toros —le confesó en un susurro. Después, alzándole con delicadeza la barbilla, buscó sus ojos—. ¿Puedo confiar en ti para que me guardes el secreto de cómo finjo lo contrario?

María asintió e intentó esbozar una sonrisa.

La reina Isabel posó la mano sobre su hombro.

—Tú eres la buena hija de tu madre, ¿verdad?

María asintió de nuevo y la reina soltó una breve risa. Ladeando la cabeza hacia un lado, miró un instante por la ventana antes de volver a fijar los ojos en la niña.

—Debo mostrarme valiente ante mi pueblo, pequeña prima. Más te confieso una verdad: solo los necios, o aquellos incapaces de prever lo que vendrá, dicen no conocer el miedo. Tú también desciendes de reyes y has de dar fe a mis palabras. Cuando fingimos bravura en presencia de otros, la ficción acaba por tornarse realidad. Muy real. Si nos enfrentamos al temor, pronto descubrimos que un león puede volverse gato. Y un gato ¿no es acaso fácil de dominar?

María asintió y la reina sonrió.

—Entonces, prométeme, mi pequeña prima, que fingirás ser valiente hasta que el verdadero coraje habite en ti.

Recordando cómo María había prometido cumplir su palabra, doña Beatriz fijó la mirada en los dedos hinchados de la reina, que tamborileaban sobre el brazo del sillón. Las gemas engastadas en sus anillos destellaban con la luz del sol. Cociéndose en su vestido, la Latina intentó contener el miedo y el horror que se le arremolinaban en el estómago, amenazando con volver a enfermarla.

Unas risas sonoras estallaron en el palco del rey. Con su rostro afilado reflejando el ansia de presenciar la matanza, Fernando se inclinó hacia delante y bromeó con los nobles sentados a su lado. Doña Beatriz bajó la mirada, rezando para que no la hubiera visto. El rey siempre disfrutaba con intensidad estas luchas entre la vida y la muerte. Hombre vivo, magnético y pragmático entre los hombres, parecía existir para momentos como ese.

La Latina entrecerró los ojos al observar el entusiasmo de los hombres, pero alzó la vista al oír la risa de entusiasmo de los príncipes Ahmed y Juan. Ver al príncipe Juan imitando a su padre la deprimía. Poeta y erudito, Juan era un joven que jamás se había regocijado en el derramamiento de sangre. Su actitud aquel día la inquietaba. ¿Por qué, se preguntó, debía asumir la máscara que solo pertenecía a hombres como su padre? ¿No podía mostrar al público lo sensible y amable que era en realidad?

En silencio y quietas, la reina y sus hijas permanecían erguidas en las sillas. Sentada tras Catalina, doña Beatriz mantenía las manos entrelazadas en el regazo y trataba de controlar la respiración. Pensó en el canto de los pájaros aquella mañana, en los libros que quería leer, en las lecciones del día siguiente... en todo y en nada, antes de volver la vista hacia el animal sangrante, lleno de furia justificada, cansado del seductor baile del matador y luchando por su vida. Al oír nuevamente las risas del rey, recordó las palabras de Aristóteles: «El hombre, cuando es perfecto, es el mejor de los animales; pero cuando se aparta de la ley y la justicia, es el peor de todos».

El toro dejó escapar un bramido agonizante. Doña Beatriz bajó la vista para ver al matador sacando una lanza corta de la espalda del toro. ¿Los odiaba? Sí. Y, sin embargo, al ver los ojos del animal, nublados por el dolor y en blanco por la angustia, ya no sintió odio, sino una punzante compasión.

Con la gracia de un bailarín, el matador esquivó el ataque y hundió de nuevo el arma en el hombro de la bestia. La sangre manaba a borbotones de la herida abierta, dibujando un río carmesí sobre la piel negra del toro. La multitud rugió de entusiasmo y, con ella, el rey también. Complacido, el matador dedicó una floritura al palco real. Fue un error fatal: el toro, aprovechando aquel instante de descuido del torero, arremetió con toda su fuerza.

Doña Beatriz cerró los ojos. Oyó a Catalina jadear y a Juana gritar con un alarido que desgarró el silencio del palco real. Abajo, en la arena, el toro atravesó el cuerpo del matador con los cuernos, y lo mató en el acto. Con el estómago

revuelto y sintiéndose a punto de desfallecer, doña Beatriz contuvo las arcadas. Sintió un calor humillante correrle por los muslos: había perdido el control de la vejiga. Con el corazón en un puño, los espeluznantes gritos del matador la atravesaron como cuchillas. Se volvió, buscando desesperada, una salida entre la multitud de mujeres que rodeaban a la reina. Solo quería tomar a Catalina y a María y huir de aquella pesadilla, pero la obediencia a su majestad se lo impedía.

Una docena de hombres irrumpió entonces en la arena, armados con largas lanzas. Desde una distancia segura, apuntaron y las arrojaron una tras otra. El toro, cegado por su sed de venganza, apenas reparó en ellas hasta que fue demasiado tarde. Un último bramido, lleno de furia, resonó en el aire antes de que la bestia se desplomara sobre el inerte matador.

Catalina se volvió hacia la preceptora con los ojos desorbitados de terror. Sus deditos se aferraban al respaldo de la silla con tanta fuerza que habían perdido todo color. Juana, presa del pánico, lloraba sin consuelo. A su lado, una muy pálida Isabel le sujetó el brazo y la sacudió con urgencia.

—Cállate, te lo ruego. ¡Nuestro padre nos está mirando! —le susurró con desesperación.

Juana soltó un hipido y sus lágrimas cesaron, como si las hubiesen cortado de raíz con un cuchillo. Doña Beatriz, agachando la cabeza, miró de reojo al rey. Una furia negra rebosaba de él, ensombreciendo aún más sus facciones hasta volverlas amenazadoras. Recordándole al toro en sus últimos instantes, su mirada se clavó en la reina como un rayo. Sin previo aviso, se levantó de golpe, y su cólera lo hizo parecer más alto de lo que era. Sus hombres se alzaron al mismo tiempo. Dando la espalda a la reina y a sus hijas, el rey salió del palco con paso enérgico. La soberana suspiró, removiéndose en su asiento, pálida y con el gesto severo, antes de ordenar:

—Sigámosle.

Los pesados brocados se agitaron al unísono, con las faldas rozando y arrastrándose por el suelo. Con ayuda de su séquito, que recogía y sostenía los tejidos, la reina y las infantas avanzaron con cuidado a través del palco. De lo alto a lo bajo, toda la multitud siguió con la mirada cada movimiento de la familia real mientras abandonaban la plaza de toros. Una vez en sus aposentos, la reina dispuso que la mayoría de las doncellas permanecieran en la recámara exterior. Solo las más cercanas a la familia real fueron admitidas en sus dependencias privadas.

Volviéndose hacia su segunda hija, la reina la miró con una mezcla de preocupación y frustración. Juana cayó de rodillas. Con voz entrecortada, suplicó:

—Madre, os lo ruego, perdonadme.

La reina negó con la cabeza sin decir palabra. Con los ojos desorbitados, el cuerpo de Juana tembló. Isabel apoyó una mano en el hombro de su hermana y permaneció a su lado en actitud protectora. Tragando saliva, levantó la vista hacia su madre, implorante.

Al contemplar a sus dos hijas, la reina abatió los hombros y suavizó el gesto.

—Hija, estate advertida. Tu señor padre te pedirá cuentas por la conducta de hoy.

A Juana le temblaron los labios. Las lágrimas le cayeron por las mejillas.

—No fue mi intención —susurró.

La soberana volvió a negar y suspiró.

—Yo también detesto la sangre vertida en las corridas, Juana, pero forman parte de nuestra tierra, tanto como nosotros mismos. Ni siquiera Catalina lloró como tú, y eres cinco años mayor que ella. No debes mostrar temor, ni ahora ni nunca, hija mía. Pues mostrar miedo es renunciar al poder. —Tragando saliva, declaró—: Hoy has dado a tu señor padre y a mí muchos motivos de vergüenza, mi Juana.

La infanta se derrumbó contra su hermana Isabel, que la rodeó con un brazo. Alzando la vista hacia su madre, la mayor suplicó:

—Madre, ¿no podríais hablar con padre y rogarle que perdone a mi hermana? Lo que hoy aconteció fue terrible. Sin duda comprenderá la causa de su angustia.

La reina entrecerró los ojos. Alzando la barbilla, fijó la vista en la figura abatida de Juana, pero respondió como si ella no estuviera presente.

—Nos ha avergonzado. Ha avergonzado a toda la familia ante la corte, y por ende ante nuestro pueblo —dijo con dureza. Luego se frotó la cara, respiró hondo y añadió—: Sí, hablaré con vuestro padre, pero si él hace llamar a Juana, ella deberá acudir.

—Oh, por favor, no —sollozó la niña, angustiada, mirando a su madre con súplica muda. Sin soltarla, Isabel trató de interceder de nuevo:

—Madre, ahora celebramos mi boda. —Las lágrimas le empañaban los ojos—. No podría ser dichosa si mi hermana fuese castigada. Os lo ruego, madre, ¿no podríais decírselo a padre?

La reina Isabel se masajeó la frente y el ceño con el nudillo, mientras se mordía los labios, presa de la preocupación. Sin reparar en sus faldas, que se arrastraban

por el suelo, se encaminó hacia la ventana. Abrió de par en par las contraventanas y se apoyó en el alféizar de piedra. La luz dura del sol bañó su rostro, envejeciéndolo.

—Dios mío, dios mío, dadme fuerza, os lo ruego —murmuró, antes de volverse hacia sus hijas—. ¿Y si pidiese a vuestro padre que me dejara castigarte yo misma, Juana?

Juana volvió a caer de rodillas. Entrelazó las manos en su regazo, como un reo indultado, y exclamó:

—¡Oh, mil gracias, madre! —Le besó la orla del vestido en señal de gratitud.

Los ojos de la reina se entrecerraron de dolor; apretó los labios antes de advertirle:

—Hija mía, no puedo asegurarte que esto baste a tu padre. —Inclinándose, extendió una mano, pero la retiró al instante y la cerró en un puño. Tras inspirar hondo, apoyó por fin la palma en la cabeza inclinada de Juana—. Levántate, niña. Haré cuanto esté en mi mano.

* * *

El gran temor de Juana no sorprendía a doña Beatriz. Cuando el rey de Aragón consideraba que alguno de sus hijos había cometido una falta, lo castigaba con severidad. Si él era testigo de la falta, eso bastaba para garantizar el estallido de su cólera y el consiguiente castigo. Pero para Juana, el rey siempre reservaba el más cruel. Muchas veces la azotaba con un látigo sobre las nalgas desnudas y ordenaba que la encerraran sola en una estancia, a menudo desde la mañana hasta entrada la noche, con tan solo la compañía de un criado silencioso que le llevaba comida. En ocasiones pasaba una semana entera antes de que se le permitiera regresar a la corte con sus hermanas. Doña Beatriz la oía sollozar con frecuencia en las noches en que su padre se hallaba en el palacio. El rey parecía no albergar ni un ápice de afecto por su hija. Mostraba más ternura y cuidado hacia sus bastardos —e incluso hacia los sabuesos, a los que a veces no dudaba en propinar una patada al pasar—, que hacia su segunda hija. Sufría la presencia de la infanta con un desagrado apenas disimulado.

Muchos en la corte apenas se atrevían a prestarle atención. Nadie deseaba atraer sobre sí el desfavor del rey. Y cada vez que este retomaba su lugar al lado de la reina, destruía poco a poco la confianza de Juana, haciendo que le temiera más y más con cada nuevo castigo.

Una y otra vez deshacía el esmerado cuidado de la reina hacia su hija más sensible. El rey conseguía que la inteligente Juana se sintiera estúpida, inútil e indefensa: una vergüenza para las casas reales de Aragón y Castilla.

Cada vez que regresaba del frente de batalla o desaparecía en su reino de Aragón, o se entregaba a los brazos de una nueva amante —cosa por la que doña Beatriz daba gracias a Dios, aun sabiendo el gran dolor que causaba a la reina—, a la soberana le costaba semanas lograr que Juana dejara de sobresaltarse con su propia sombra, morderse las uñas hasta el hueso y chillar en la noche. La Latina compadecía profundamente a la niña.

La pequeña anhelaba el amor de su padre, su aprobación, pero todo lo que recibía a cambio era dolor.

Y, a pesar de la cercanía de la boda de la princesa Isabel, esta vez no fue diferente. El rey se negó a permitir que la reina protegiera a Juana de su cólera: primero la azotó con el látigo y luego la encerró en sus aposentos durante dos días. Al regresar junto a sus hermanas, la infanta era un ser frágil y temeroso que se encogía ante cada mirada de su padre.

CAPÍTULO 8

«El que golpea primero, golpea dos veces».

PROVERBIO CASTELLANO

Dos semanas antes de la boda de la princesa Isabel, doña Beatriz llevó a Catalina y a María a presenciar otro torneo y notó que la reina fijaba la vista en un hombre alto, entre los acompañantes del rey. La reina hizo llamar a la menor de las infantas. Al acercarse a su madre, la pequeña hizo una reverencia, con los ojos llenos de curiosidad.

La soberana le tomó del brazo y dijo:

—Ven, hay un noble inglés que debes conocer. —Volviéndose hacia su esposo y sus acompañantes, la reina captó la mirada del hombre que vestía con mayor sencillez que los demás nobles del rey y le hizo un gesto:

—Os ruego que os acerquéis, mi buen señor Darcy.

El inglés, entrecerrando los ojos para protegerse del sol, se dirigió hacia la reina Isabel. Se retiró la caperuza, y doña Beatriz se sorprendió al ver a un apuesto joven en lugar de un hombre maduro. Los ojos, azules como el cielo, le brillaban intensamente, quizá realzados por el sol que le había dorado la piel hasta un tono miel. Una melena despuntada de pelo rubio platino, con mechones casi blancos por el sol, y mucho más corto que el largo estilo francés que preferían los grandes, enmarcaba un rostro ovalado. Dedicándole una profunda reverencia a la reina, el noble dijo:

—Su majestad, ilustrísima reina, me honra sobremanera con su atención.

En respuesta, ella le ofreció la mano engalanada con anillos para que la besara, con una ligera sonrisa asomando en sus labios. Con la otra mano señaló a Catalina.

—Mi buen señor, os ruego que me concedáis el placer de presentaros a mi hija, quien un día, si Dios lo permite, será vuestra futura reina por muchos años. —Sonriendo ampliamente, añadió—: Mi hija más joven y amada, la infanta doña Catalina, también conocida con gran orgullo como la princesa de Gales.

El joven le dedicó una profunda reverencia a la reina. Luego, con los ojos brillando a la luz del sol, se inclinó de nuevo ante Catalina.

—La reina me honra con esta tan ansiada presentación. Isabel, por la gracia de Dios reina de Inglaterra, consorte de nuestro rey Enrique VII, me habló de vos, así como Arturo, nuestro bienamado príncipe de Gales. Esperamos con alegría el día en que vengáis a nuestra amada tierra, vuestra alteza.

La infanta se sonrojó.

—Gracias, mi señor —dijo, humedeciéndose los labios resecos antes de dirigirse al noble en un latín lento, pero perfecto—: Ansío poder visitar Inglaterra.

Alzando una ceja, la reina soltó un breve resoplido de orgullo. Mirando de reojo a su esposo, comentó:

—Ese día llegará pronto. Sin embargo creo que el señor Darcy puede comprender por sí mismo la razón por la que Inglaterra debe esperar. Tal vez podría escribir ahora la verdad al rey Enrique, nuestro buen hermano. Mi pequeña necesita tiempo para alcanzar la madurez. ¿Y qué mejor lugar para hacerlo que junto a su madre?

El joven inclinó la cabeza.

—No puedo disputar con vuestra sabiduría, noble reina. Tal vez pueda suplicar un favor y hablar con la princesa. Me han dicho que soy un buen narrador de historias. Estoy seguro de que le agradaría oír hablar sobre la corte en Inglaterra y sobre el príncipe Arturo.

La reina Isabel le sonrió.

—Señor Darcy, acuda mañana a mis aposentos. Deseo conocer todo sobre su reino, Inglaterra —respondió. Pero sus ojos perdieron el brillo al posarse sobre su hija pequeña.

* * *

Antes del mediodía del día siguiente, la reina Isabel mandó llamar a doña Beatriz para que llevara a la infanta y a su compañera María a sus aposentos, a fin de volver a encontrarse con el señor Darcy. Saludando a su madre y al noble inglés, Catalina se sentó sobre un gran cojín junto a la reina, mientras María se apresuraba a imitarla. Los ojos de la infanta brillaron de interés en cuanto el joven comenzó a hablar sobre Inglaterra y su familia real. Darcy habló largo y tendido sobre el príncipe Arturo. La pequeña se inclinó hacia delante al oír que al heredero del trono inglés le encantaban sus lecciones y tocar el arpa. Seguía atenta

cuando habló sobre su nuevo cachorro, un regalo reciente de su madre. Doña Beatriz fue testigo de cómo la familia real inglesa cobraba vida ante los ojos de Catalina: el alegre príncipe Arturo, rubio y de ojos azules, enseñando trucos a su perro, leyendo libros, jugando con su hermana menor, Margaret, aprendiendo música de su madre y, en ocasiones, del propio rey Enrique. Darcy también mencionó la esperanza de la reina de poder añadir pronto un nuevo miembro a la familia.

—Sí, su última carta me informó de lo mismo —confirmó la reina Isabel, mientras con la aguja recorría la tela destinada a adornar el altar de la Iglesia de la Sagrada Sepultura—. Muy pronto, sus hijos serán más que los nuestros. Y dicen que es una madre excelente —añadió, esbozando una sonrisa hacia Catalina—. Ya se comporta como tal con mi hija, preocupada de que las aguas de Inglaterra no sean aptas para beber. —Dejó escapar una breve risa y aseguró—: Pero no tiene motivo alguno para inquietarse. Algún día, vuestra reina descubrirá que la esposa de su hijo no es una joven débil.

El tiempo pasó mientras las historias de la familia real dieron paso a relatos sobre otros miembros de la corte inglesa.

—Creo que conocéis al lord Rivers, mi señor, un hombre del que me enorgullezco de llamar familia —dijo la reina, entregándole a doña Beatriz de Bobadilla el retal aún inconcluso para el altar de la iglesia, mientras tomaba la rueca. Divertida, la Latina observó a doña Beatriz doblar con esmero la tela hasta formar un cuadrado perfecto. Inclinándose hacia María, la mujer le susurró:

—María, enséñame las manos. —Obedeciendo, la niña mostró las palmas, mientras doña Beatriz se volvía hacia Darcy para escuchar su respuesta.

—Sí, su majestad, así es —afirmó el señor Darcy, cruzándose de brazos—. Que su alma repose en paz con el Señor. Fue gracias a sus relatos sobre esta gloriosa guerra santa por lo que decidí recibir mis espuelas aquí, cuando llegara el momento. A mi padre no le agradó dejarme partir, pero tengo casi diecinueve años —levantó la barbilla, marcando—. Lo bastante mayor para cumplir con el deber de un hombre.

—Los dos lados, mi niña —susurró Beatriz de Bobadilla, mientras María miraba confusa, girando las manos sin parar. Palideció al recibir la tela del altar y oír la indicación—: Devuélvelo al cofre de costura de la reina.

La cara de María se iluminó. Erguida, fue casi saltando hacia el cofre abierto más cercano. Al volverse con las manos vacías, miró a doña Beatriz de Bobadilla, y

después, sin saber qué hacer, a su tutora. La Latina le sonrió y, con un leve gesto, la llamó a su lado.

La reina Isabel frunció el ceño y dejó a un lado la rueca, girando con dificultad los anillos de sus dedos hinchados. «Manzanilla», pensó Beatriz. «Cuando regrese a mis aposentos prepararé un té de manzanilla y me aseguraré de que su majestad lo tome».

—Rivers fue un hombre valiente y apuesto, a pesar de haber perdido los dientes delanteros luchando por nosotros —relataba Darcy.

—Mi esposo y yo le apreciábamos mucho —añadió la reina, pensativa—. Perdió los dientes en una escaramuza por sus compatriotas. No lo vi yo misma, pero el rey me lo contó. Rivers desmontó de su caballo al frente de trescientos hombres y, armado con espada y hacha, dejó a todos asombrados con su furia de combate. Escaló los muros de Loja como si pretendiera conquistarla él solo. Una piedra, sin embargo, le golpeó en el rostro, rompiéndole los dientes y dejándolo inconsciente. Sus heridas lo mantuvieron durante largo tiempo postrado en el lecho.

»El rey y yo fuimos a visitarlo cuando comenzó a recuperarse. Le expresé mi pesar de que un hombre tan apuesto quedara marcado por semejante herida. Mi señor esposo también lo lamentó, pues él mismo había perdido dientes en batalla. Pero Rivers me respondió: «No es gran cosa perder unos cuantos dientes en servicio de aquel que me lo ha dado todo. Esta herida no es sino una ventana abierta en la tela, para discernir con mayor claridad lo que ocurre en mi alma».

Las risas femeninas sonaron en la estancia como campanillas, y el señor Darcy sonrió antes de añadir:

—Rivers fue un excelente capitán. Luchó por el rey Enrique en Bosworth, aquella batalla en que cayó el malvado York, usurpador tirano y asesino de niños. La reina Isabel no deseaba ver partir a su tío, pero es duro para un hombre ser el hijo menor, como yo, y vivir siempre a la sombra de los mayores. El pobre Rivers tuvo que cargar con cuatro hermanos por delante de él. Pero al menos murió haciendo lo que más deseaba, y con ello supo dejar su propia huella.

La reina Isabel tomó la rueca y la hizo girar entre sus dedos. Con un suspiro murmuró:

—Ojalá hubiera permanecido con nosotros. Era un hombre jovial, orgulloso de su linaje, de sus lazos con mi familia y de su noble reina. Rivers encabezaba nuestros torneos y festejos, y su magnificencia era un regalo para la vista. Lo extraño mucho. Tal vez hoy seguiría con vida de haberse quedado aquí. Y, aún si

hubiera de morir, hacerlo en una cruzada es más glorioso que caer como un simple mercenario frente a esos franceses descreídos, sin fe ni Dios.

Los ojos de la reina se endurecieron al mencionar a los franceses. Se recostó en la silla y frunció los labios como si hubiera probado un bocado amargo que ansiara escupir.

El señor Darcy apuró un sorbo de su copa antes de dejarla sobre la mesa.

—Concuerdo con vos, alteza. No puedo sino alabar vuestra entrega y sacrificio en tan santa empresa.

La reina Isabel le devolvió una sonrisa.

—Mi señor, soy reina por designio de Dios, ¿y qué propósito más alto que este?

—¿Me concede vuestra majestad hablar con franqueza? —intervino doña Beatriz de Bobadilla, apartándose del alféizar y acercándose a la reina.

Esta se volvió hacia ella y luego hacia el noble inglés.

—Por supuesto. Señor Darcy, doña Beatriz de Bobadilla es para mí como una hermana, y lo ha sido desde que éramos niñas. Me ha socorrido en innumerables momentos de mi vida. —Tomándole la mano a doña Beatriz, añadió—: En una ocasión incluso se interpuso ante la daga de un asesino que iba dirigida contra mí. Alabado sea el Señor, la hoja no hizo más que rasgarle el vestido acolchado, dándoles a mis soldados el tiempo suficiente para apresar al que habría sido mi asesino. —La reina soltó una risa amarga—. Los hombres podrán vestir armaduras, pero aquel día doña Beatriz demostró que nosotras, las mujeres, a veces bordamos nuestras túnicas con tal densidad que bien pueden servirnos del mismo modo. Nunca lo olvidaré; pero, por la gracia de Dios, bien podría haber perdido a una de mis más queridas amigas. En ella confío mi vida y la de mis hijos. Hablad, os lo ruego, Beatriz.

Doña Beatriz de Bobadilla hizo una reverencia.

—Mi amada reina, os lo agradezco. —Con el rostro grave, se volvió hacia lord Darcy—. Deseo que conozcáis mejor a la reina Isabel, para que llevéis mis palabras a vuestro rey y a vuestra reina. Nuestra amada e ilustre soberana está alcanzando lo que ningún otro monarca castellano logró jamás: librar a Castilla de la presencia de los moros. Tenéis razón al mencionar su sacrificio, pues su majestad trabaja sin descanso y se sacrifica sin medida para obtener esta victoria.

Darcy se inclinó primero ante doña Beatriz y luego ofreció una reverencia más profunda a la reina Isabel.

—Buena reina, basta con hablar con vuestros soldados para conocer el gran amor y respeto que os profesan. Os llaman «santa», y de buen grado entregarían sus vidas a vuestro servicio. Señora, me honra considerarme uno de vuestros caballeros.

La reina Isabel, sonriéndole con todo su encanto, extendió la mano en ademán de despedida.

—Ha sido una visita muy grata, mi señor. Espero con gusto veros en nuestros torneos y conversar de nuevo con vos en las fiestas nocturnas. Estos días han supuesto una gran alegría para mi familia y para mí, y me complace que estéis aquí para compartir nuestra dicha. Hasta que volvamos a encontrarnos, que Dios os acompañe y os guarde de todo peligro.

Darcy se inclinó en señal de despedida y retrocedió hasta la puerta. Con una última reverencia, la estancia volvió a ser únicamente los aposentos de la reina, ya despejada de hombres.

Suspirando, la reina Isabel posó una mano sobre el hombro de Catalina.

—Hija, veo que te agrada el señor Darcy, y parece un buen hombre. Pero, niña mía, el vicio de los ingleses es la traición, más aún que entre nuestros propios compatriotas. Obligan a sus reyes a vivir siempre en guardia, temiendo que cada sombra oculte a un asesino o a un traidor de su propia sangre, deseoso de destronarlos. La confianza es un don que ha de ganarse. Catalina, no confíes en ninguno de ellos hasta que den pruebas sobradas de merecerlo...

Con el corazón apesadumbrado, la Latina contempló a la pequeña infanta. «Asesinos. Traidores. Traición». La niña de cinco años miraba a su madre con los ojos muy abiertos, ansiosa e insegura. Desde los tres años, Catalina había debido aprender las lecciones propias de una princesa, quisiera o no.

* * *

Una música alegre resonaba y vibraba en la vasta sala iluminada por velas, donde otra noche de festejos celebraba la inminente boda de la princesa Isabel. El regreso del rey a la corte había traído consigo a muchos de sus hombres más cercanos desde el reciente campo de batalla. Uno de ellos era Francisco, el prometido de doña Beatriz.

A su lado, ella contemplaba el semicírculo de cortesanos.

—Nuestra primera reunión en meses y estamos rodeados por la corte —lamentó.

Francisco le sonrió con ironía.

—Mientras sigáis retrasando nuestro matrimonio, amada mía, temo que es mejor que no nos veamos a solas. Podría sentirme tentado a persuadiros de lo contrario.

—¿Debo acaso pediros perdón, Francisco?

Él rio.

—Ahora que estoy con vos, quizá. Pero ya no soy un muchacho. Estoy dispuesto a esperar por lo que deseo, siempre que me prometáis que no tendré que esperar demasiado para llamaros mi esposa.

Doña Beatriz le clavó la mirada.

—¿No fuisteis vos quien me dijo que no deseabais desposaros hasta que vuestras habilidades ya no fuesen tan necesarias a la reina?

—Empiezo a pensar que ese día no llegará jamás. Solo aguardo a que vos digáis que ha llegado el momento.

Ella extendió la mano para tomar la suya.

—Pronto, os lo prometo: pronto haremos proclamar las amonestaciones. Solo os ruego un poco más de paciencia.

Francisco cerró la mano sobre la de ella.

—Soy hombre de palabra. Os prometí daros todo el tiempo que necesitéis. Mientras tenga vuestra palabra de ser mi esposa, me doy por contento.

La mujer le sonrió. Francisco le había pedido matrimonio poco después de que el rey la asaltara por primera vez. Aún luchando por asimilarlo, su declaración de amor y su propuesta la habían dejado llorando en sus brazos, los de su buen amigo. Le confesó su falta de virginidad, el ultraje sufrido a manos de un desalmado, pero no reveló la identidad del agresor. Temía lo que podría suceder si lo supiera. Había esperado que su confesión apagase su deseo, pero pronto descubrió que Francisco era un hombre compasivo, decidido a ofrecerle su amor. Con el tiempo, le pareció justo aceptar ser su esposa.

Un destello de color atrajo entonces la atención de doña Beatriz: junto a la pared, cerca de la puerta, la infanta Catalina y su compañera, María, reían juntas, imitando los pasos de baile de sus mayores. Ambas vestían lo que parecían ser sus mejores galas.

Aún aferrada a la mano de Francisco, doña Beatriz se abrió paso entre la interminable multitud. Agachó la cabeza al ver al rey, que, del brazo de la reina, marcaba los pasos de la danza y, de pronto, volvió la mirada hacia ella. Se

estremeció. Le recordó a un halcón hambriento, recién despojado de su caperuza, al divisar a su presa. ¡Cuánto lo odiaba! Miró a Francisco. Jamás podía revelarle que el rey había sido su agresor. El trabajo de su prometido en el campo de batalla exigía que mantuviese la cabeza fría, y darle razones para aborrecer al monarca solo podría ponerlo en mayor peligro. «Al menos estoy a salvo de sus atenciones mientras Francisco permanezca en la corte». Doña Beatriz llegó hasta las niñas.

—¡Infanta! ¡María! ¿Qué hacéis aquí? A doña Teresa le dará un ataque si descubre que no estáis en vuestros aposentos.

Con expresión súbitamente culpable, las pequeñas se juntaron más.

Francisco, divertido, guiñó un ojo y sonrió. Doña Beatriz no pudo evitar devolverle la sonrisa.

—Perdonadme, Francisco, pero debo llevar a estas dos a sus aposentos antes de que la reina advierta su desobediencia.

Él asintió, con un destello de adoración en sus oscuros ojos castaños.

—Aguardo con anhelo reanudar nuestra conversación y gozar nuevamente de vuestra compañía a vuestro regreso.

La mujer sonrió a su buen amigo, al hombre que la deseaba por esposa, antes de volverse hacia las niñas.

—No quiero oír una sola protesta. Vamos, ahora.

Tomándolas de la mano, se apresuró hacia la puerta que las conduciría de nuevo a los aposentos reales.

—La noche no es momento para que dos niñas decidan abandonar la seguridad de sus aposentos. Por deber tendría que delataros ante la reina —les reprendió.

Estuvo a punto de reírse al ver cómo Catalina y María se miraban y compartían una sonrisa. Negó con la cabeza. La conocían demasiado bien; sabían que jamás las delataría. Al día siguiente, la tarea de traducir a Aristóteles o a cualquier otro filósofo muerto le parecería mucho más importante que esas pequeñas travesuras.

Catalina la detuvo en la puerta. Un poco más lejos, pero visibles, se encontraban el rey, la reina y la princesa Isabel sentados en el estrado.

El cardenal Mendoza, un hombre tan respetado como temido en el reino y más allá de sus fronteras, ocupaba el asiento junto a la princesa. A su lado se encontraba un duque, y junto a este otro noble, el portugués, primo anciano de Alfonso y su apoderado en la inminente boda; luego, dos obispos y, finalmente, Ahmed. El único niño en la mesa, pálido por el cansancio, parecía incómodo e infeliz.

—¿Qué hace Ahmed ahí? —susurró Catalina a doña Beatriz.

Ella se encogió de hombros.

—Es el primogénito del rey nazarí. La reina creyó oportuno que estuviera presente, para que los portugueses pudieran verlo.

Ataviadas con regias vestiduras, veinte mujeres danzaban con caballeros ante el rey y la reina. Aplausos y murmullos de aprecio recorrieron la sala en cuanto la danza llegó a su fin. La música volvió a alzarse y decaer, mientras las mujeres regresaban solas al centro, con fajas atadas a la cintura, para continuar el baile. Los nobles sentados en el estrado aplaudieron, y la princesa Isabel se inclinó hacia su madre para susurrarle algo que le hizo sonreír a la reina, quien asintió. Refulgente de joyas y vestida con un ropaje dorado casi idéntico al de la soberana, la princesa se adelantó hacia la zona de danza acompañada de una dama portuguesa. Los sirvientes les ofrecieron fajas, y ambas se unieron a la jubilosa danza.

Las mujeres abandonaron el centro y los músicos iniciaron una melodía solemne. Esta vez, el rey y la reina, de la mano, descendieron del estrado para danzar con un porte grave y grácil a la vez. Las joyas resplandecían en sus regios atavíos, destellando a cada movimiento bajo la luz de incontables velas y altas antorchas.

—Me encanta cuando bailan... —susurró Catalina, con el rostro pálido y desdichado. Separándose de doña Beatriz y de María, dio un paso hacia el pasillo en penumbra—. Quiero irme. Deseo regresar a mis aposentos.

—¿Por qué? —preguntó María, volviéndose hacia la lenta danza de los reyes, en la sala refulgente de luz de candelas. La música palpitaba, se elevaba y descendía, hablándole al corazón de todos.

—Lo detesto...

Desconcertada, María miró primero a Catalina y luego a doña Beatriz.

—¿Detestar?

—¿Qué es lo que detestáis, niña? —le preguntó doña Beatriz a la infanta.

Catalina entrelazó las manos, nerviosa, antes de confesar:

—Mi hermana nos abandona.

La Latina volvió la mirada hacia la princesa Isabel, que hablaba animadamente con el cardenal Mendoza, e intentó hallar palabras que pudieran consolarla.

Pero ninguna le vino a los labios.

* * *

Doña Beatriz se mantenía de pie, a corta distancia tras Catalina, en el estrado real cercano al altar mayor. En la catedral de Sevilla ardían más de un millar de velas, reflejadas en espejos de oro y plata, hasta imitar la claridad del día. El olor del incienso, denso y empalagoso, la mareaba y le provocaba jaqueca, que agravaba a su abatimiento.

Francisco había partido esa misma mañana, llamado de vuelta a la guerra. Esperaba que no pasara mucho tiempo antes de que el rey siguiera su ejemplo, o que fueran ciertos los rumores de que el monarca había hallado una nueva amante. Ella nunca lo había sido, ni mucho menos. A lo sumo, había sido como la perra a la que él apartaba de un puntapié en su camino.

Abajo, con la mano apoyada sobre la del rey, la princesa Isabel avanzaba por la nave de la catedral hacia el apoderado de Alfonso. Pálida y menuda como sus tres hermanas, lucía tan hermosa que parecía una figura salida de un libro iluminado. Doña Beatriz nunca la había visto de otro modo que como a una mujer hecha y derecha; pero en ese momento, en el día de su boda, la rigidez de su semblante la hacía parecer más niña, frágil y vulnerable. «Gracias a Dios que posee la férrea voluntad de su madre. La necesitará en los días venideros».

Con la cabeza erguida y la mirada fija al frente, Isabel exhibía todo el orgullo que la caracterizaba mientras avanzaba hacia el momento de pronunciar sus votos. Los pasos medidos de la princesa y su padre se asemejaban a una extraña danza acompasada al canto grave de los monjes. La esbelta figura de la princesa parecía aún más alta gracias a sus chapines elevados. A cada movimiento, unos tacones labrados con un delicado motivo dorado se dejaban ver bajo las faldas de su vestido de brocado áureo.

Cada paso breve, decidido y cuidadoso hablaba de restricciones; las mismas que su posición imponía sobre ella. Incluso si hubiese querido huir, los chapines se lo habrían impedido con la firmeza de unos grilletes invisibles, grilletes que nadie veía pero que aferraban a todas las hijas de la reina. Doña Beatriz suspiró. Eran grilletes que se imponían a todas las mujeres, pero para las hijas de la reina resultaban más crueles aún. La princesa Isabel se acercó al apoderado de Alfonso, y con ello, también a lo que su corazón anhelaba. Era un matrimonio que jamás se había atrevido a mencionar ni a desear en voz alta. Tomando su lugar junto al representante del príncipe, Isabel, con el rostro solemne, se arrodilló para recibir la bendición del cardenal.

Con la princesa ya indisolublemente unida a Alfonso en matrimonio, las celebraciones llegaron a su fin. Pasó otra semana durante la cual los reyes, acompañados de sus cortes, escoltaron a su primogénita hasta la frontera entre Portugal y Castilla. Siguiendo de cerca a Catalina y al resto de la familia real, doña Beatriz espoleó su mula hasta coronar la última colina del viaje. Ante sus ojos, extendiéndose por todo lo ancho del fértil valle, brillaba el colorido comité de bienvenida de los cortesanos portugueses. A lomos de caballos, el rey y el príncipe lucían atavíos aún más ricos que los de su espléndido séquito. El príncipe Alfonso se inclinó hacia delante, mirando con ansia la comitiva que se aproximaba. El viento le alborotaba la larga cabellera rubia que enmarcaba su rostro moreno. Su sonrisa revelaba alegría incluso desde lejos. El joven de diecisiete años olvidó todo protocolo real en cuanto divisó a su esposa. Con un grito de júbilo espoleó a su caballo, lanzándose a galope tendido hacia la esbelta figura cubierta por un manto que descendía la colina.

Al llegar a terreno llano, la princesa Isabel detuvo su montura. Se inclinó para acariciar el cuello del animal y le murmuró unas palabras suaves, mientras mantenía la mirada fija en su príncipe, que se acercaba a galope. Al llegar junto a ella, el joven saltó del caballo y corrió los pocos pasos que aún los separaban. Una brisa ligera levantó un instante el fino velo de Isabel y rozó en una caricia sus pálidas mejillas. Pero ni siquiera el velo podía ocultar su sonrisa. Por el leve temblor de sus hombros, doña Beatriz sospechó que se estaba riendo, o quizá llorando; lágrimas de alegría que había guardado durante tanto tiempo.

Ya a su lado, el príncipe Alfonso extendió la mano hacia Isabel, con la palma alzada. Doña Beatriz, en un intento de animarla, le dedicó una sonrisa a Catalina. No era difícil adivinar el deseo del portugués: quería que Isabel le diera la mano.

Atrapada en la magia del momento, la Latina espoleó a su montura para acercarse a la familia real, decidida a no perderse nada. Isabel tomó la mano de Alfonso, con los ojos brillando por lágrimas aún no derramadas. Doña Beatriz jamás la había visto tan dichosa. Inclinándose hacia él, la princesa le susurró unas palabras, con el rostro oculto por la caperuza del velo, invisible para todos, salvo para el príncipe. Pero una repentina ráfaga de viento la echó hacia atrás en el instante en que Isabel levantó la cabeza, dejando al descubierto su cabello cobrizo: mechones encendidos a la luz del día que se entrelazaron con la dorada cabellera de Alfonso. El príncipe sonrió y besó con ternura la parte interior de la muñeca de

Isabel. A los ojos de doña Beatriz, era como contemplar una escena arrancada de un libro iluminado cobrando vida.

Compartiendo la alegría, las sonrisas de ambas cortes rodeaban a la joven pareja. A pesar de los años de reservas respecto a aquella unión, especialmente por parte del todavía enfadado rey Fernando, el matrimonio simbolizaba y reforzaba la nueva era de paz entre Castilla, Aragón y Portugal.

La reina Isabel y el rey Fernando cruzaron una mirada. Él se encogió de hombros y, a la vista de todos, intercambió con su esposa una rara y tierna sonrisa. Ambos se inclinaron en sus monturas ante el rey Juan I de Portugal, mientras Fernando levantaba su boina negra en señal de respeto. Respondió el portugués mostrando a todos con el semblante su gran orgullo y felicidad. No cabía duda de su amor por su único y amado hijo legítimo.

Tomando las bridas de la montura de Isabel, el príncipe guio a su esposa a través de la frontera, seguido de cerca por el rey Juan I y sus cortesanos portugueses. Gritos de júbilo, el retumbar de tambores y el sonido de trompetas de cuerno marcaron el paso de un país a otro.

La princesa Isabel se volvió en su silla de montar, miró a sus padres y les saludó con la mano. Casi al unísono, ellos inclinaron la cabeza descubierta. Con una último gesto de despedida con la mano, Isabel se volvió hacia Portugal.

Y no volvió a mirar atrás.

* * *

En Portugal, Isabel se casó por segunda vez con el heredero al trono, pero esta vez sin la intervención de un apoderado. Durante meses, doña Beatriz recibió noticias sobre la felicidad de Isabel junto a Alfonso. La reina tranquilizó a quienes le eran más cercanos, y así también a sí misma, asegurando que su hija residía en paz y alegría junto a su esposo. La decisión de celebrar ese matrimonio había sido la correcta y la única posible para su primogénita.

La boda auguró una nueva era de concordia entre los reinos de Castilla, Aragón y Portugal. La reina Isabel confiaba en que su hija mayor haría todo lo necesario para asegurar la paz, pues una guerra mucho más importante reclamaba su atención, una guerra que pronto acabaría en victoria.

La partida de su hija había envejecido a la soberana. Durante veinte años, se había dedicado a mimar a su primogénita, una de las pocas personas a quienes la

reina confiaba su corazón y sus secretos. Con el rey de regreso al frente de batalla, solo Catalina parecía capaz de arrancarle una sonrisa a su madre.

CAPÍTULO 9

«La guerra, al principio, es como una bella doncella a quien todos ansían cortejar.
Al final, se convierte en una bruja despreciada, haciendo llorar y sufrir a todo aquel que encuentra».

SAMUEL IBN NAGRELLA

Manchas de flores blancas y de otros colores vivos parecían bordar a lo lejos la colina marrón, abrasada por el calor del verano. Más cerca, doña Beatriz distinguió las magníficas tiendas del rey y de sus magnates, hechas de seda y brocado, rodeadas de otras más sencillas para los soldados. Las banderas ondeaban por doquier. El campamento competía en color y hermosura con la imponente ciudad nazarí, levantada con altas torres de piedra rojiza.

No solo los ricos tonos del campamento real reflejaban la gloria que muchos veían en la guerra santa de la reina. Al observar con atención a los hombres vestidos con armaduras, con la esperanza de reconocer a Francisco entre ellos, doña Beatriz recordó lo que María le había contado sobre la conversación de sus padres durante su última visita a casa: «Castilla pertenece solo a quienes profesan la fe verdadera. Pronto, nuestras tierras serán liberadas de esos impíos infieles», había dicho él.

—Mi madre estaba sentada junto al fuego, cosiendo una camisa nueva para él. Las llamas se reflejaron en sus ojos y entonces lo miró con miedo. Yo vi que la alegría de mi padre por hablar de la guerra no era de su agrado. Cuando volvió a su labor, parecía disgustada.

»Detesta esta guerra, maestra. Pero es esposa de un soldado. Su deber le manda callar, y el de mi padre lo obliga a volver al campo de batalla.

»A mi madre no le place que las mujeres se despidan de sus hombres con lloros y súplicas por lo que no puede cambiarse. Nos dijo que no fuésemos como Andrómaca, la esposa de Héctor de Troya, y que no rogásemos a padre que se

quedase en casa. Ella siempre se despide de él deseándole ser ligero cuál viento cuando parte sobre su caballo.

»Tan pronto como su figura se pierde de vista, se encierra en sus aposentos. Creo que allí dentro llora.

Doña Beatriz apartó aquel recuerdo de su mente. Más adelante, la reina Isabel, a lomos de una mula castaña engalanada con jaeces carmesíes orlados en oro, se balanceaba suavemente en su majestuosa silla de montar. Catalina miraba orgullosa a su madre.

Un retumbar de tambores, un sonido de trompetas y el rugido de miles de voces se alzaron hacia los cielos con la llegada de la reina. Muchos soldados rompieron filas y corrieron hacia ella, arrodillándose sin importarles la suciedad, a lo largo del camino que la conducía ante ellos. La Latina alcanzó a oír en el viento los gritos de desdicha que brotaban de la ciudadela nazarí en armas.

Con los ojos oscuros encendidos de un júbilo sombrío y ataviado con un jubón carmesí y calzones de satén amarillo, el rey cabalgaba sobre su corcel negro favorito hacia su esposa, seguido de cerca por un grupo de orgullosos magnates que le daban sombra. Los hombres cabalgaron a galope tendido, como si fueran invencibles.

La reina Isabel arrojó a un lado su manto escarlata, liberando un brazo para sujetar las riendas de la mula. Sus agitados movimientos entreabrieron el vestido de terciopelo negro, revelando la falda de brocado escarlata que llevaba debajo.

Sus tres hijas vestían atuendos semejantes a los de la reina, hasta el sombrero negro de ala ancha, bordado con grueso hilo dorado en lo alto y a lo largo de los bordes.

La reina se irguió. Doña Beatriz percibió el dolor que cruzaba por su semblante. Viajar por Castilla le había causado grandes molestias, hinchándole las piernas hasta casi doblar su tamaño. Las jornadas del trayecto la habían forzado a permanecer en el lecho durante días. Con cada año que pasaba, se volvía más y más enfermiza.

Aproximándose lo suficiente para hablar y tirando de las riendas de su corcel para detenerlo, el rey la saludó. La imponente bestia negra que cabalgaba Fernando se pavoneó ante la mula de la reina, como si ansiara volver al combate.

—¿No os juré recoger las semillas de vuestro granado? Una a una las he tomado, hasta que solo una queda por arrancar.

Gritos furiosos brotaron de las murallas de la fortaleza. En lo alto destellaban las armaduras y las cimitarras. Grupos de hombres agitaban lanzas en el aire, amenazando con arrojarlas contra los soldados de la reina situados debajo. Poniéndose el manto de brocado sobre el hombro y mostrando su espada con la empuñadura en forma de alas de halcón, el rey sonrió. El diente que le faltaba hizo que se le escapase un silbido al hablar:

—¡Escuchad a los moros, mi reina! Se rasgan las vestiduras y se tiran del cabello al ver vuestra llegada. Bien saben que su hora ha llegado. Ya sea por la espada o por la pólvora, podéis estar segura, señora mía, de que la conquista pronto hallará su fin.

Contemplando la ciudadela enemiga, ella le brindó una sonrisa medio velada por el ala de su sombrero. Mirando al rey, proclamó:

—Vos y yo juntos, esposo, como ha sido desde el primer día en que unimos nuestras manos y nuestros reinos.

Los sementales cercanos pusieron nerviosa a la mula de doña Beatriz. Calmando al animal antes de que intentase huir, pensó en los soberanos. Hacía tiempo que sabía de la devoción de la reina por su esposo, devoción que superaba con creces sus afectos más superficiales. Casi cada año, ella apartaba a una amante mientras, de manera pública, criaba con afecto a los bastardos resultantes. A doña Beatriz le parecía que el rey amaba a su esposa como reina y por el poder que su condición le otorgaba más que como mujer, que, envejecida prematuramente y enfermiza, le seguía a menudo con ojos cariñosos y cada vez más ansiosos. Sintiéndose de pronto enferma, la Latina tembló y se encorvó bajo su capucha. «Dios mío, haced que el rey me deje en paz. Que se olvide de mí, os lo ruego».

Retirándose la boina de la cabeza, Fernando inclinó el rostro y sonrió.

—Mi reina y señora esposa, he aquí un leal súbdito a quien debéis felicitar.

Catalina calmó a su mula, tan inquieta como la de doña Beatriz, y observó a sus padres. Llamó a María de Salinas para que se acercara. Las campanillas del arnés de la montura de la reina sonaron con un tañido discordante, mientras observaba a los hombres que se erguían tras su esposo. Con un gesto, se dirigió a dos de ellos.

—Mis buenos duque de Cádiz y conde de Cabra, os ruego que cabalguéis junto a mí, mis señores.

Ambos espolearon sus monturas para acercarse a la reina. Seguidos por el portador del estandarte, uno de ellos apartó su caballo negro como el carbón del otro, deteniendo la enorme bestia antes de que golpeara la montura del rey.

Obligada a atender de nuevo a su inquieta mula, doña Beatriz reconoció el estandarte del conde de Cabra: sobre un campo sanguíneo se alzaba un moro coronado con una cadena de oro alrededor del cuello, y a su alrededor, veintidós banderas enmarcaban un escudo. La reina le había narrado la historia que inspiraba aquel diseño. Siete años atrás, el conde había logrado poner bajo custodia al rey de Granada tras derrotar a su ejército, lo que ocasionó la muerte de muchos y la captura de veintidós estandartes enemigos. Así, los monarcas otorgaron a la familia Cabra el título y les regalaron aquel estandarte. Aquella misma victoria fue la que llevó al príncipe Ahmed, entonces un infante, a ser entregado como rehén a cambio de la libertad y buena conducta de su padre.

Delante del conde cabalgaba el duque de Cádiz, un hombre temperamental pero de buen corazón, cuya única ambición era demostrar que era digno de los títulos heredados, a pesar de ser hijo ilegítimo de su padre. Sin otro hijo que heredase, su padre se había casado con su madre cuando el duque aún era joven, recién probado en el campo de batalla. Procedente del bando enemigo en los primeros y dubitativos años del reinado de Isabel, era padrino y protector del mismísimo príncipe Juan y había demostrado con creces su lealtad a la reina y a su causa.

Entrecerrando los ojos para protegerse de la luz del sol, el duque retiró su valioso casco, quitándose la capucha con un movimiento de la cabeza y revelando un rostro maduro, más avejentado que el de los reyes, pero tan atractivo que captó la atención de doña Beatriz, quien apenas podía apartar la mirada de él. Los largos días al sol habían bronceado su piel hasta dotarla de un tono similar al del cuero. Sus profundos y oscuros ojos brillaban como azabache. Una barbilla firme, labios sensuales y un largo cabello rojizo, salpicado de canas, enmarcaban su rostro. El magnífico señor se inclinó en su montura ante la reina. Luego alzó la mirada, entrecerró los ojos ante la cegadora luz del sol y volvió a inclinarse.

—Mi querida y más noble reina, os ruego que me perdonéis por permanecer a lomos de mi corcel.

Acercándose, Isabel le ofreció la mano para que la besase.

—Mi buen duque —dijo, intercambiando una mirada divertida con su esposo.

El conde de Cabra, un hombre de cabello oscuro con un montón de arrugas en la cara, se acercó para rendir homenaje a la soberana.

Ella observó a ambos líderes antes de decir:

—Ahora mis felicitaciones deberán ser para uno de vosotros, o quizá para ambos, como ha ocurrido a lo largo de los años. Decidme, ¿de quién se trata esta vez? ¿De Cádiz o de Cabrera?

Con una risa grave y profunda, el conde se acercó a responder:

—¡Del duque esta vez, su majestad!

El aludido sonrió antes de declarar:

—Solo fue una pequeña gesta, mi reina.

Se oyó el movimiento de casco de caballos y un relincho de protesta cuando el rey guio a su montura para poder ver a la reina de frente.

—¿Una pequeña gesta, Rodrigo? No creo que lo sea cuando vos salvasteis a tantos de los nuestros de un destino cruel. Cuando el mal tiempo hizo que los soldados se perdieran en los senderos de montaña, el duque fue quien encendió antorchas alrededor de su tienda para guiar a los perdidos de regreso al campamento. Sin esa acción, no quiero ni pensar cuántos buenos hombres habríamos perdido en nuestro viaje hasta aquí.

—Solo estuve en el lugar y momento oportunos —rebatió el duque, encogiéndose de hombros—. Cualquier otro hombre con sentido común habría hecho lo mismo.

La reina acarició a su inquieta mula antes de replicar:

—Sí, pero vos tenéis el don de estar siempre en el lugar y momento oportunos, mi buen duque. Me considero afortunada de teneros a mi servicio. Vuestra sabiduría y proezas han traído mucha gloria y renombre a nuestra guerra santa.

El duque se inclinó.

—Mi reina, estoy orgulloso y me honra de poder serviros.

—Y yo me siento orgullosa y honrada de contar entre mis líderes con hombres como vos y el buen conde. —La soberana sonrió—. Ahora, esa tienda de la que habló mi esposo... ¿Es la misma tienda magnífica que he visto en otras ocasiones? Si mis ojos no me engañan, ¿la veo allá?

Doña Beatriz siguió con la mirada la indicación del dedo de la reina. El pabellón del duque viajaba con él a todos los campos de batalla. Decorada al estilo nazarí, con compartimentos interiores divididos por paredes de seda teñida y cortinas, la tienda hacía que las demás de la nobleza palidecieran a su lado. Dominaba el campamento como si fuera un alcázar, hasta el punto de competir con la del rey.

El duque se inclinó en su silla de montar.

—Noble reina, permitidme el placer de ofrecérosla a vos.

Con su objetivo conseguido, la reina dejó ver un gesto de satisfacción.

—Os doy las gracias, mi buen duque. Sois tan generoso como siempre.

Antes de establecer su corte en el campamento de su ejército, la soberana mantuvo la mirada fija en el rey y sus hombres mientras regresaban al campo de batalla. Permaneció tan quieta, con expresión ensimismada, como si su aparente calma ocultase mil pensamientos, mil corazones rotos. Durante el resto del día, ni sus hijas se atrevieron a dirigirle la palabra.

CAPÍTULO 10

La costumbre es más fuerte que la ley.

PROVERBIO CASTELLANO

Mi dulce Francisco:

Os doy las gracias por vuestra carta contando las razones de vuestra ausencia en el campamento. Muy propio de vos no encargar a otro la búsqueda de cargamentos de pólvora; y cuán prudente fuisteis al no confiar esta tarea a otro.

Vuestro trabajo ya es lo bastante peligroso como para arriesgar vuestra vida con material de calidad inferior.

Aquí, en el campamento, cada día nos impacientamos más por recibir noticias del rey anunciando que Granada ha sido conquistada, al fin. Aunque los días se alargan, la rutina permanece igual: maitines, meditación matutina, asuntos de Estado. La reina a menudo atiende desde su lecho, pues su fuerza disminuye día a día, y no es algo que desee presenciar...

* * *

«¿Quién cuidará de vos, Isabel, como yo lo hago, cuando no podáis dormir y debáis trabajar durante la noche?», le había preguntado Josefa a la reina antes de despedirse de su servicio. Las noches en vela y llenas de dolor de la reina angustiaban a doña Beatriz, a sus hijas y a todos los que la amaban, y no sin razón. La mayoría de los días, gobernaba su reino con apenas cuatro horas de sueño, a veces menos. Sin embargo, un arduo día de regencia rara vez la hacía descuidar sus otros deberes. Al caer la tarde, cuando lo peor del calor ya había pasado, se concedía un tiempo para cumplir con sus obligaciones de esposa y madre. Tejía fino lino para las camisas de su esposo, en compañía de sus hijas y de sus damas de compañía. Mientras ellas hilaban y cosían, la reina instruía a las infantas en la

palabra de Dios y en lecciones de gobierno. Oír aquellas enseñanzas sobre el arte de reinar hacía que la Latina sintiera compasión por las niñas. «Gracias a Dios que soy maestra y no he nacido en alta cuna. La vida ya es bastante dura sin eso».

Catalina atendía a su madre con gran dedicación. Día tras día veía en ella un ejemplo de paciencia y trabajo constantes, un ejemplo que jamás flaqueaba a pesar de una creciente debilidad. Cada tarde, cuando caía la noche al tañido de las campanas que llamaban al ángelus, la reina entonaba la oración tan amada: «El Ángel del Señor anunció a María, y ella concibió por obra del Espíritu Santo».

Sus tres hijas repetían al unísono con ella la respuesta, hasta completar la oración. Doña Beatriz observó cómo la menor de las infantas atendía con fervor las palabras finales de su madre: «He aquí la esclava del Señor: hágase según su palabra. Ave María...»

Esos rituales religiosos cotidianos parecían tener un propósito más profundo. La reina Isabel inculcó en sus hijas su convicción de que, por su nacimiento real, eran siervas de Dios, destinadas a servirle gobernando sus reinos terrenales. Puesto que Dios les había concedido ese lugar, no les quedaba otra opción.

* * *

Junio trajo consigo no solo los días más ardientes de un verano implacable, sino también las tan ansiadas noticias. La reina y su corte se reunieron con el rey junto a la alquería del Golco, acampando más cerca, aunque aún a una distancia segura del campo de batalla. Allí, la corte fue testigo de cómo la victoria maduraba como la propia granada en verano, y de cómo caía: lujosa y roja, estallando en sus semillas brillantes como joyas, listas para saborear, semillas de muerte y de vida, en la palma expectante de la reina Isabel.

Mientras los soldados preparaban de nuevo el campamento de la reina, doña Beatriz dirigió la mirada hacia la colina cercana, pestañeando contra el sol del mediodía y respirando un aire tan ardiente que parecía abrasarle los pulmones. En la cima de la colina, la espléndida tienda del rey Fernando dominaba las más altas vistas, contemplando desde lo alto los ejércitos unidos de Aragón y Castilla y las murallas rojas de sus enemigos ancestrales.

Apartando la mirada, la Latina permaneció inmóvil, oyendo el estrépito del lienzo al azotarlo el viento. Las ráfagas sacudían los enormes estandartes de Santiago, Castilla y Aragón, confundiéndolos en un mismo torbellino. Frente a ellos, los rayos del sol se rompían en destellos sobre la cresta heráldica de plata de

un cuarto emblema. La santa cruz de los cruzados flameaba descontrolada, chocando con los estandartes de los reinos vecinos. Todos parecían librar una batalla por la supremacía cuando Hernando de Talavera, confesor de la reina, emergió de la tienda real en medio del vendaval. Inclinaba el cuerpo bajo la fuerza del viento; su rostro, intemporal en su austeridad, y las largas vestiduras blancas ondeaban al compás de aquella lucha de banderas.

* * *

Otro día amaneció, despertando a doña Beatriz con el tañido de las campanillas de los sacerdotes, que llamaban a los fieles a la oración, entrelazado con la llamada desde la alcazaba de los moros: un canto semejante a un llanto que descendía hasta el campamento de la reina. Cada jornada, aquella voz competía con las campanas cristianas. Ambos grupos de fieles se reflejaban el uno en el otro en su deseo de rendir culto a Dios.

Cada mañana, la tierra temblaba bajo el paso de los caballos, señalando el inicio de un nuevo día para la caballería de la reina en el campo. Los tambores de guerra y los gritos de batalla se habían vuelto parte de la rutina diaria de doña Beatriz. Los lamentos de los heridos y moribundos en las tiendas cercanas solían perseguirla en sueños, despertándola bañada en sudor.

Una noche abrió los ojos, sacudiéndose los restos de una pesadilla mientras luchaba por volver a la realidad. Fuera los hombres reían, peleaban y cantaban ebrios. Un coro de innumerables gatos maullaba como si los zarandearan por la cola.

—¡¿Santa María, qué escándalo es ese?! —se preguntó, aterrada.

La vela de la noche ya se había consumido mientras dormitaba, dejando la tienda en una oscuridad profunda que la desorientó y la mantuvo atrapada en las redes de su sueño. Se sobresaltó al oír la voz exasperada de una de las damas de compañía:

—Son las gaitas, doña Beatriz. Esos diablos ingleses corren con ellas de nuevo. Cada noche festejan y beben, armando tal escándalo que me es imposible conciliar el sueño.

Al oír los tremendos alaridos de las gaitas de nuevo, doña Beatriz recordó su pesadilla y el terror que la había acompañado.

El día anterior, la luz radiante del sol había iluminado la figura robusta de la reina Isabel, haciendo brillar los tonos dorados de su vestido con cada

movimiento. Desde la seguridad de la casa más alta de la villa de Las Gabias, con los ojos llenos de fervor, la soberana se encontraba de pie junto a la ventana abierta de una estancia en el piso superior, contemplando al noble y valeroso duque de Cádiz derrotando brutalmente a los moros en las llanuras de Granada. Cerca de su madre, las tres infantas menores y la pequeña María, el príncipe Juan señalaba al rey mientras acudía en ayuda del noble.

El padre de María, Martín de Salinas, recuperándose de un golpe en la cabeza y obligado a permanecer en cama aquel día por indicación del médico y por orden de la reina, hacía compañía a su pariente real. Observando el campo de batalla como si fuese la arena de una corrida, explicaba las maniobras de guerra y ese extraño baile entre la vida y la muerte.

El acero chocaba y estallaba en chispas contra el acero; los hombres se enfrentaban, espada con espada, daga con daga. El viento llevaba consigo el rechinar del metal, seguido con frecuencia de los gritos de muerte. Un polvo rojo se levantaba y se arremolinaba en el aire, formando una densa y ondulante cortina que ocultaba a los guerreros y a los caballos unos de otros, sumiendo el campo en confusión, desastre y nuevas muertes violentas.

Los cascos de los caballos al galope marcaban un ritmo al compás de la guerra. Sus crines se agitaban con el viento y la velocidad; algunos caían al suelo, atravesados en el vientre por lanzas clavadas firmemente en la tierra. La muerte clamaba por sus presas en el viento que silbaba entre los combates. Una y otra vez, nubes de flechas negras surcaban el cielo, segando vidas de hombres y dejando a muchos más mutilados.

Doña Beatriz no quería seguir mirando, apartó la vista de la ventana y buscó un vaso de agua. Con los labios y la garganta secos, un poema resonaba sin cesar en su mente: los versos de un gran líder que había sido tanto visir como nagid[1] de Granada, un hombre que osó desafiar la gloria de la guerra. Años atrás, su padre, orgulloso de poder remontarse en su linaje hasta él, le había leído en voz alta sus versos de un preciado volumen que había pasado de generación en generación, de padre a hijo. Y ahora, uno de esos poemas volvía a su memoria para atormentarla:

Los caballos se debatían adelante y atrás,
como víboras saltando de su nido.
Las lanzas volaban,
como relámpagos de guerra,
llenando el aire de luz y terror.

Las flechas caían sobre nosotros
como lluvia implacable,
y nuestros escudos, cedazos inútiles,
dejaban pasar la muerte.
Los arcos se tensaron,
como serpientes envenenadas,
escupían abejas que picaban sin piedad.
Las espadas se alzaron,
como antorchas brillantes,
ardiendo hasta apagarse al caer.
Aun así, mis valientes hombres
despreciaron sus vidas y abrazaron a la muerte.
Jóvenes leones que recibían cada herida
como si fueran galardones.
Morir, creían, era mantenerse fiel;
y vivir, pensaban, estaba prohibido.

¿Galardones en un campo de batalla? Doña Beatriz no veía nada de eso allí. Un hombre gritó en una lengua desconocida para ella, pero aun así pudo comprender su terror, su agonía, su deseo de vivir. Martín de Salinas señaló a un hombre vestido con los colores de Inglaterra.

—¡Están clamando por san Jorge! —dijo.

—¡Madre! ¡Mirad a los arqueros ingleses y su objetivo! —exclamó el príncipe Juan, asombrado.

El disparo de un arcabuz, seguido de una estela de humo azulado, se mezcló con los alaridos de un hombre y su caballo. Incluso a esa distancia de seguridad, doña Beatriz solo deseaba esconderse al ver a otro hombre derribado por una flecha que le atravesaba el ojo.

Alto como sus compatriotas, un soldado inglés descargaba hachazos sobre un moro aterrado, que a ella, desde donde se encontraba, le pareció solo un muchacho de no más de catorce años. El hacha lo dejó roto y sangrando sobre la tierra. Su atacante alzó el arma de nuevo, apuntando al cuello del joven, antes de regresar al fragor de la batalla. Una compañía de caballería castellana pasó sobre el cuerpo esbelto, aplastándolo con los cascos. Cuando se fueron, no quedó de él más que un montón de huesos despedazados y sangre.

—Ahmed... —susurró. Ese muchacho podría haber sido Ahmed, aplastado hasta morir. Se tragó la bilis. Por su propia seguridad, el príncipe permanecía un poco más alejado hasta que su padre admitiera la derrota.

—A veces son lentos en atacar, mi reina —comentaba Martín de Salinas—, pero en el fragor de la batalla los ingleses demuestran su valía. Vuestra alteza, tenéis buenos soldados a vuestro lado.

Pensativo, De Salinas se acarició la barbilla antes de dejar caer la mano hacia el costado. Las puntas de sus largos dedos mostraban callos de tocar la vihuela. «¿Desde cuándo los hombres componen música con tanta facilidad como empuñan la espada?», se preguntó la Latina.

El hombre inclinó la cabeza, desviando la mirada hacia el príncipe Juan.

—Mi príncipe, ¿sabíais que los ingleses se creen la raza más perfecta de esta tierra? Se consideran superiores no solo a los moros, sino también a nuestros hombres. De hecho, proclamaron que su señor comandante era mejor que cualquiera de nuestros magnates. Mis soldados no desean su compañía.

El príncipe rio y su risa sonó extraña a los oídos de doña Beatriz. Inclinándose hacia la ventana para observar a su padre en combate, comentó:

—¿De veras, primo? —La leve sonrisa de su boca no contrastaba con el gesto serio de sus ojos azules. De repente, parecía mucho más maduro de lo que era—. Bueno, mientras luchen con valor por nosotros, no les llevaré la contraria.

—Las guerras civiles en su bárbaro país les han dado un gusto por la sangre y la batalla —continuó Martín—. Blanden con gran destreza espadas y hachas de guerra, negándose a ceder terreno incluso cuando la derrota los mira a los ojos. Son buenos compañeros de armas, siempre que recuerden no intentar superar a nuestros hombres y quedarse con toda la gloria para sí mismos.

A doña Beatriz se le revolvió el estómago, tan vacío que se mareó y sintió arcadas. Atormentada por la terrible tortura de ver a hombres y jóvenes matarse unos a otros, se limpió las manos sudorosas en el vestido, mientras la boca se le secaba con cada respiración acelerada. Se apartó de la familia real. «Dios mío, os lo ruego, haced que esto termine pronto».

Tragando la bilis, la Latina volvió a abrir los ojos para presenciar la batalla. Ya no distinguía entre enemigo, amigo o inglés. Todo lo que alcanzaba a ver era una masa de humanidad que se fundía en un solo cuerpo, para luego separarse disminuida. Hombres y bestias cubrían el campo: los muertos tendidos junto a los heridos y moribundos.

Incontables cuervos acudían al campo de batalla, aleteando en vuelos breves y calculados, picoteando los cadáveres abandonados donde ya no luchaban los enemigos. Retirada y partida, la marea de la guerra llevó su derramamiento de sangre a otra parte. Los graznidos ásperos, crueles e indiferentes de las aves se mezclaban con los gritos de hombres y bestias.

Esos ojos —negros como azabache y helados— irrumpieron en la mente de doña Beatriz y se apoderaron de su cordura maltrecha. Por más que intentó desterrarlos, la visión persistía, volviéndose más nítida con cada respiración.

Con el corazón desbocado y el aliento de nuevo acelerado, dio otro paso atrás, alejándose de la familia real, en un vano intento por librarse de aquella visión. Su crueldad la atormentaba sin piedad: los cuervos se transformaron en demonios con cola, negros como el ébano, relucientes de una baba verdosa, con ojos rojos como brasas encendidas marchitando su alma. Parecían rodearla sin fin, acosándola, persiguiéndola como en un juego macabro.

Doña Beatriz se persignó y rezó mirando hacia la ventana, que revelaba no solo la radiante luz del verano y las colinas azuladas en la lejanía, sino también el vacío negro de una muerte sangrienta y feroz.

Apartó la vista de la creciente carnicería, con las manos ya no unidas en oración, sino entrelazadas sobre el pecho, apretadas con tanta fuerza que le dolían. No podía entender la razón, la necesidad ni el propósito de aquella batalla.

La Latina consideraba a la reina una mujer inteligente, pero su dedicación absoluta a esa guerra la desconcertaba. El desdén de su majestad por el mortal baile entre toro y hombre era bien conocido entre quienes la rodeaban. Era otra de las razones por las que amaba a la mujer que gobernaba Castilla con mano de hierro. «¿Por qué, entonces, traer a los niños a ver esto?». Esa lucha le parecía tan absurda como las corridas de toros, donde los hombres atormentaban a pobres animales indefensos hasta darles muerte.

Recordó los años que había pasado de niña en un convento, cuando ayudaba a los ratones de la cocina a escapar de los gatos, pese a la desaprobación de las monjas. En aquel entonces había ansiado preguntarles: «¿Por qué matar solo por matar?»

Descendía de la sangre del Cid y de un largo linaje de guerreros. Su ancestro, Samuel Ibn Nagrella, pertenecía al linaje a la casa del rey guerrero David, la misma estirpe de la que nació el Señor Jesús. De pequeña la alimentaron con historias de

cruzadas, siglos de batallas ganadas y perdidas, hasta que pronto comprendió que la guerra no era un juego.

En ese campo de batalla cabalgaba la flor de la caballería cristiana. Los hombres salían del campamento poseídos por un júbilo extraño. Incluso cuando regresaban ensangrentados y destrozados, más allá de toda esperanza de salvación, sus ojos seguían brillando hasta que la muerte los oscurecía para siempre.

El corazón de doña Beatriz palpitó al recordar las palabras de su antepasado:

Jóvenes leones que recibían cada herida
como si fueran galardones.

Confundida, sacudió la cabeza, preguntándose si los hombres vivían solo para ese instante, aquel instante en que, como dioses, segaban la vida de otro. No comprendía la razón de aquella guerra, ni la muerte de los hombres, cristianos o moros. «¿Guerra santa? ¿Una guerra que el buen Dios deseaba? ¿Deseaba Dios que los hombres se odiaran y se mataran unos a otros?». No podía creerlo.

Los hombres creían que morir allí era abrir los ojos en las puertas del cielo e ir directos al paraíso. Pero allí no había ángeles cantando sino los gritos de muerte y el graznido de los cuervos. Cerrando los ojos, creyó oír la malvada risa de los demonios, que se volvía cada vez más fuerte.

Arrastrados por el viento, los gritos de hombres y bestias la asaltaban, desgarrándole el corazón. En medio de su pesadilla lúcida, volvió a mirar por la ventana. Los demonios la rodeaban, con ojos rojos que lanzaban lenguas de fuego y colmillos puntiagudos goteando sangre. Ansiando una presa. La deseaban a ella. Incapaz de abstraerse de los sonidos de la guerra o de apartar la mirada del ventanal, tembló, reprimiendo un grito: «¡La ventana! ¡Cerradla! ¡Por favor! ¡Os lo suplico! ¡No dejéis que los niños presencien este momento más tiempo! ¡Oh, por favor! ¡Que alguien la cierre!».

La reina Isabel se mantenía firme en la ventana, absorta. Incluso Juana y María observaban impertérritas el fragor de la batalla, la vida y la muerte.

Catalina tomó del brazo a María de Salinas.

—Vamos. —La Latina observó el rostro pálido y enfermizo de la niña y supo que reflejaba el suyo—. Juguemos.

Sin importarle los ricos terciopelos, las dos niñas se sentaron en el suelo polvoriento, haciendo danzar las motas de polvo que brillaban como pepitas de oro en un rayo de sol oblicuo.

Sobre la palma de la mano, Catalina ofreció a María unos anillos bañados en plata. Aquella mañana, sin saber que su madre la llevaría adonde ningún niño debería ir jamás, los había sacado del cofre de su habitación para guardarlos en el bolsillo de su vestido. Entonces, las dos niñas eran inocentes. ¿Cómo podían serlo en ese momento? Doña Beatriz hizo una mueca al ver la temblorosa sonrisa de Catalina.

—Lanzadlos —dijo la niña, con lágrimas recorriéndole las mejillas. Al cruzar miradas con María, la Latina se aferró a la única luz en aquella tarde tan lúgubre. Desde el primer momento en que las dos pequeñas se habían hecho amigas, compartían un vínculo que iba más allá de la carne.

Catalina lanzó los anillos al aire y, como las motas de polvo, brillaron y destellaron a la luz del sol. Las niñas volvieron a ser niñas, mientras doña Beatriz trataba de cerrar las visiones del infierno.

---

[1] N. de la Trad.: Término hebreo que significa «príncipe», «líder» o jefe» y solía ser un título histórico judío ostentado por los dirigentes religiosos de las comunidades sefardís en el medievo.

CAPÍTULO 11

«El mundo y sus deseos pasan, pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre».

1 JUAN 2:17, RVR1960

Amor mío:

Continúo esperando con ansias vuestro regreso. ¿No me dijisteis, mi amor, que presenciasteis al rey otorgándole el título de caballero a su hijo a plena vista de la derrotada ciudad de los moros hace dos años? Ayer, el príncipe Juan tuvo su primer encuentro con la batalla: un encuentro saboreado con cuidado. La vida del príncipe es demasiado valiosa para sus padres como para tentar al destino.

Las hijas de la reina preferirían no tener que pasar los días en el campamento, pero la victoria sobre los moros es tan importante que toda la familia real debe ser testigo. Están bien protegidas, a veces tal vez demasiado. Las vidas de las niñas están más confinadas aquí que cuando vivíamos en las grandes comodidades del alcázar real. Estamos muy juntas en la tienda, a pesar de que las infantas se turnan para dormir con su madre en la magnífica tienda que el duque de Cádiz le cedió...

* * *

Una peculiar luz anaranjada con tintes rojizos centelleaba sobre los párpados cerrados de doña Beatriz. Arrancada del limbo entre el sueño y la vigilia, abrió un ojo y luego el otro. Los ojos le picaban, se le humedecían y parpadeaban. El resplandor anaranjado titilaba, iluminando la tienda. Poco a poco, la luz fue cobrando fuerza hasta eclipsar la llama ámbar de la única vela de la tienda.

Emergiendo de su confusa somnolencia, tosió, uniéndose al coro somnoliento de toses de las infantas y sus damas. La garganta y los pulmones le ardían. Se le

escapó un jadeo y, de pronto, como si un cubo de agua helada le hubiera caído encima, comprendió lo que sucedía. Se incorporó de un salto, con el corazón galopándole en el pecho y un terror helado llenándole el estómago vacío.

Respiró humo, pero no el humo habitual del campamento con sus cientos de tiendas, sino uno mucho más denso, multiplicado por mil, que se levantaba de varias tiendas cercanas. Una mujer gritó. Trompetas y tambores hicieron retumbar la alarma por todo el campamento.

Las voces se alzaron en el aire. Más gritos resonaron, esta vez más cercanos: lamentos de mujeres entremezclados con los relinchos aterrorizados de los caballos.

Fuera, los hombres gritaban y maldecían. Pesados pasos retumbaban sobre la tierra, haciéndola crujir mientras corrían a trompicones. La reina, con la voz grave elevada por un pánico inusual, chilló:

—¡Dejadme! ¡Id a socorrer al príncipe y a mis hijas! ¡Aseguraos de que estén a salvo!

Temiendo que el campamento estuviera siendo atacado, doña Beatriz sacudió a las dos pequeñas a su cargo para despertarlas. Casi al mismo tiempo, varios soldados irrumpieron en la tienda, algunos apenas vestidos con calzas de tacón y camisa. Uno de ellos portaba una antorcha, con la que señaló hacia donde se encontraban Catalina y su hermana, María. Aquella noche le tocaba a Juana dormir en la tienda de su madre. Sin reparar en el decoro y haciendo caso omiso de los gritos sorprendidos de las niñas, los hombres arrancaron a las dos infantas y a la pequeña María del lecho, las envolvieron en sábanas y se las llevaron a la oscuridad de la noche, dejando a los demás ocupantes de la tienda con solo la luz del incendio como guía para ponerse a salvo. Cubriéndose con una sábana sobre los hombros, doña Beatriz se apresuró tras los hombres, tosiendo a cada paso.

Al mirar por encima del hombro, observó al resto de mujeres salir corriendo de la tienda. Y, girando ligeramente la cabeza, alcanzó a ver el pabellón de la reina ardiendo como una pira funeraria, cuyas llamas rojas y anaranjadas iluminaban el cielo nocturno.

El viento cobró fuerza. Las brasas incandescentes que salían disparadas prendieron en lo alto de la tienda de las infantas. Lenguas de fuego lamieron la tela hasta que la llamarada se adueñó de todo. Primero resplandeció el metal, que luego se derritió en riachuelos ardientes. El pabellón que acababa de abandonar se dobló sobre sí mismo, convertido en paredes que crujían y se desplomaban bajo el

peso de las llamas. El fuego devoraba sin tregua y sus chispas voraces se extendían de tienda en tienda, engullendo la seda, el lienzo y el hierro.

Dirigiéndose hacia Catalina y María, doña Beatriz temblaba, helada tanto por el miedo como por la frialdad de la noche. Encogió los doloridos pies descalzos contra la tierra dura y pedregosa y, para cuando alcanzó a las niñas, avanzaba casi cojeando por la agonía. Acurrucada bajo el brazo de la reina, absorta en el espectáculo nocturno, Catalina alargó la mano para entrelazar los dedos con los de su tutora. La pequeña María se apresuró a agarrarle la otra mano.

Al otro lado de su madre, la infanta María se encontraba junto a su hermana mayor, Juana, que sostenía la mano del príncipe Juan. Todos estaban envueltos en mantas. Incluso el propio rey Fernando parecía haberse salvado por poco: marchaba de un lado a otro, dando órdenes a los soldados que combatían el fuego. Vestía únicamente una camisa blanca y mallas, aunque portaba espada, broquel y coraza, como dispuesto a entrar en batalla. Sus ojos oscuros seguían los esfuerzos de sus hombres y el ondear de las llamas.

Al oír un grito de alarma, doña Beatriz miró por encima del hombro. El fuego arrasaba todo lo que encontraba, envolviendo las chozas cercanas hechas de ramas, pobres refugios contra el frío que muchos soldados usaban para dormir. A doña Beatriz se le encogió el corazón: esa noche se quedarían sin techo. Y no serían los únicos.

Las llamas siguieron creciendo. El aire nocturno se llenó con el crujir y chasquear de una bestia hambrienta. Insaciable, deseosa de más destrucción, la criatura se volvió enorme, un monstruo desbocado. Un grupo de soldados formó cadenas de cubos de agua, luchando en vano por frenar su avance.

—¡Hombres, no dejéis que los moros saquen provecho de este incendio ni que nos sorprendan con la guardia baja! ¡Caballeros, a mí! —bramó el rey—. ¡Montad a caballo! ¡Rodead el campamento y proteged a la reina!

En respuesta a su orden, un cuerno de guerra resonó con una llamada prolongada en la noche. Al instante, el estruendo de cientos de cascos retumbó a lo lejos, mientras la caballería de la reina se abría paso en la oscuridad. A salvo y agrupados, como una isla en medio de un mar embravecido, la reina Isabel y sus hijos permanecieron unidos, abrazados unos a otros. Las ráfagas de viento les trajeron el calor sofocante del incendio. Habían escapado por un suspiro. La fortuna, compasiva, los había librado de un destino capaz de convertirlos en cenizas.

* * *

Un amanecer aciago se alzó sobre el campamento al día siguiente. Las nubes grises, bajas en el cielo, se mezclaban con la niebla y el humo persistente. Los soldados exhaustos hurgaban entre las ruinas humeantes, buscando con cuidado en los restos de la tienda de la reina algún indicio de mala intención o cualquier cosa que pudiera rescatarse. Con el magnífico pabellón del duque de Cádiz reducido a cenizas, a la reina Isabel, sus tres hijas solteras y sus sirvientas no les quedó más remedio que compartir una gran tienda que había escapado al fuego, vestidas con ropas prestadas por aquellos que aún habían logrado salvar sus pertenencias.

Catalina y María, enfundadas en vestidos demasiado grandes para ellas, permanecían junto a doña Beatriz, en el límite del campamento destruido, contemplando en silencio el trabajo de los soldados. Rendidas tras la noche en vela, pasó mucho tiempo antes de que alguien se atreviera a hablar. Catalina avanzó hacia el campamento ennegrecido. Con la punta del zapato removió la tierra, formando un pequeño montículo que observó con fijeza, como si esperara encontrar en él una respuesta.

—Jesús... La misma tierra está ennegrecida y quemada —dijo, levantando la mirada—. Vos hablasteis con mi madre, ¿verdad? ¿Saben qué ocurrió?

Doña Beatriz se agachó junto a ella para examinar la tierra quemada. Un rayo de sol se filtró entre las nubes pesadas y brilló sobre un objeto medio enterrado en el suelo. Al limpiarlo con el pie y recogerlo, vio que era una pequeña masa de metal sin forma.

—Fuera lo que fuese, ya nadie puede saberlo —suspiró, antes de dejarlo caer otra vez al suelo—. Tantas cosas se perdieron en una sola noche... y nuestras arcas de ropa y mantas fueron lo de menos. —Apartándose un mechón de pelo que le caía sobre los ojos, continuó—: ¿Que qué pasó? Mi infanta, anoche la reina rezó sola por la seguridad del rey y del príncipe. Cuando el pabellón se llenó de humo, no dudó un instante en huir con tu hermana.

Catalina la tomó del brazo.

—¿Fue traición? —preguntó.

Doña Beatriz intentó sonreír con firmeza, pero un sabor amargo le subió a la boca. Al mirar de nuevo a la niña, un escalofrío la recorrió. Solo Dios sabía que siempre estaría dispuesta a dar la vida por salvar a su reina, aunque eso supusiera la condena de su alma.

—Siempre es una posibilidad —suspiró, intentando no pensar en ello—. Pero la reina cree que el fuego fue provocado por un accidente.

—¿Está segura de ello? —insistió Catalina.

Doña Beatriz se encogió de hombros, antes de responder:

—La reina ordenó que se llevasen una vela cercana a su lecho a otro lugar. Pero parece ser que el sirviente a cargo la puso cerca de las cortinas y se olvidó del fuerte viento que hizo anoche. Gracias a Dios que tan solo nuestras pertenencias fueron destruidas. Podría haber sido mucho peor. Nuestra buena reina estuvo demasiado cerca de morir.

* * *

Mientras la reina y su corte escapaban de la muerte por el fuego, la rueda de la fortuna giraba en otra parte, otorgando suerte a unos y desgracia a otros. Un mes después del incendio, cuando el sol estaba en su punto más alto, un jinete entró en el campamento con un caballo exhausto y los ojos desorbitados, casi al límite de sus fuerzas. Los rumores de su funesta llegada se difundieron tan rápido como las llamas que habían arrasado el pabellón de la reina, pero no fue hasta la mañana siguiente cuando la reina compartió con su séquito las malas noticias que llegaban de Portugal.

Una semana antes, el príncipe Alfonso cabalgaba veloz hacia su esposa, montando su nuevo caballo, regalo del rey Fernando, por los campos accidentados del Tajo. Esa sería su última noche, pues cayó de su montura y murió.

La reina les contó a sus damas que un búho había asustado al caballo, que se salió del camino y cayó en un hueco que no se veía y se rompió una pata. Alfonso salió despedido de la silla y el animal cayó sobre él. Su criado lo llevó corriendo a la casa de un pescador antes de salir en busca de ayuda, pero cuando llegó el médico del rey ya era demasiado tarde.

Alfonso se debatió entre la vida y la muerte durante dos días. El rey de Portugal, la reina de Portugal, su madre, y su esposa estuvieron a su lado. Ambas mujeres lo sostuvieron en brazos, como si eso pudiera mantenerlo con vida, pero jamás recobró la consciencia. La muerte lo visitó a la segunda noche.

La reina Isabel y la mayor parte de su círculo cercano vivían en ese momento en una residencia nueva y más cómoda, un pequeño alcázar moro tomado tras la conquista, a día y medio del campo de batalla. Su majestad aguardaba mientras

sus soldados construían para ella algo a medio camino entre ciudad y campamento, a lo que llamaron Santa Fe. Este lugar le ofrecía mejor protección y más comodidades que el campamento del rey. Doña Beatriz pasaba gran parte del tiempo en los aposentos de la reina, enseñando a Catalina y María las lecciones. Con la reina Isabel enferma, llena de inquietud y preocupación por su hija mayor, la Latina sabía que la presencia de Catalina ayudaba a levantarle el ánimo. A menudo se preguntaba si la reina realmente reparaba en ellas, en especial el día que llegó aquel mensaje desde Portugal.

Al leerlo, exclamó consternada:

—¡Mi Isabel se ha encerrado en un cuarto oscuro! No ha comido ni bebido desde que murió Alfonso. Llora sin consuelo y no quiere más que mortificarse con el cilicio. —Leyó un poco más y añadió—: ¡Por Dios bendito, se ha cortado el pelo! Sus damas temen por ella. Creen que podría intentar quitarse la vida. La reina Leonor teme lo mismo. Escribió que le quitaron la daga. ¡Mi hija debe regresar! Debo escribir para que la envíen de vuelta.

Y así fue como el rey de Portugal envió a Isabel de vuelta a casa.

* * *

Doña Beatriz abandonó toda esperanza de enseñar a las niñas cuando los exploradores les trajeron noticias de que la caballería de Isabel estaba a apenas un día de distancia. A la mañana siguiente, las llevó al balcón que daba al camino serpenteante hacia el alcázar. Agradecida por el banco de piedra del balcón, leyó un libro mientras Catalina se mordía las uñas, observando las colinas y los valles que se extendían hasta fundirse con la bruma azul en la distancia.

El sol descendió desde su cénit mientras María tañía la vihuela. De vez en cuando, doña Beatriz miraba a Catalina. La niña permanecía firme en su sitio, sin moverse un solo milímetro. Su libro, sorprendentemente aburrido, hacía que el tiempo pasara poco a poco, era como una chispa intentando encender un tronco mojado.

Finalmente, se oyó la fanfarria de trompetas. Catalina soltó un grito, mitad llanto, mitad risa, se recogió las faldas y salió corriendo de su aposento. María depositó la vihuela en el suelo y la siguió de inmediato. Doña Beatriz también las siguió hasta que, sin aliento, llegó hasta la gran comitiva reunida para dar la bienvenida a la hija mayor de la reina.

La carroza se detuvo ante las empinadas y estrechas escaleras, y el rey se apresuró a ayudar a su hija a descender. De él emergió una figura fantasmal, envuelta en velos negros que ondeaban con el viento, coronada por el adorno blanco típico de las viudas. Los velos negros y translúcidos poco lograban ocultar el aspecto enfermizo y demacrado de Isabel.

Con sus damas de compañía arrodilladas tras ella, Isabel hizo una reverencia. El rey la levantó, besándole la mejilla en señal de bienvenida, y la condujo hasta donde su madre aguardaba ansiosa. Isabel se retiró el velo como muestra de respeto y, con una gracia agotada y la vista baja, se arrodilló para besar los dedos llenos de anillos de sus padres. La reina se inclinó para hablarle a su hija; pese a la cercanía, doña Beatriz no logró oír la respuesta de la joven, solo un murmullo suave de palabras.

Los reyes se miraron antes de ayudar a su hija a ponerse de pie. Ella mantuvo la cabeza gacha mientras su madre la besaba. No miró a sus padres, ni a nada en particular. Con la larga cola de su vestido arrastrándose tras ella, subió los escalones tropezando, como si fuera ciega.

Catalina cambió el peso de un pie a otro. Incapaz de esperar un instante más y olvidando el protocolo, bajó corriendo los últimos escalones hacia su hermana. Palideciendo, la reina dirigió una mirada alarmada al rey, tratando de alcanzar a su hija menor. Pero era demasiado tarde. Catalina se lanzó sobre Isabel, rodeándola con los brazos. La mayor retrocedió por el empujón, pero mantuvo los brazos rígidos a los costados.

—¡Isabel! —sollozó Catalina, abrazándola con más fuerza, casi empujando a su hermana un escalón hacia atrás. La mayor permaneció mirando al frente, demasiado perdida en su propio duelo para ser consciente del dolor que causaba, sin notar que los labios de su hermana menor temblaban y le corrían las lágrimas por las mejillas. Con el rostro endurecido y sombrío, el rey separó a Catalina de su primogénita.

La princesa volvió a ellos convertida en una extraña. Durante los días siguientes vagó por la corte, con el rostro demacrado y triste oculto tras un velo, vestida de luto de pies a cabeza, apenas pronunciando palabra y respondiendo solo cuando se le hablaba directamente.

Había momentos en los que recuperaba algo de su antiguo ser, pero una palabra fuera de lugar o un gesto provocaban que desapareciera como un genio en su lámpara. La luz se extinguía en sus ojos y se refugiaba en las sombras de su

profunda capucha. Siempre protectora, la reina mantenía a su hija mayor cerca e incluso insistía en que durmiera junto a ella por las noches.

Dos semanas después de la llegada de Isabel a casa, doña Beatriz y sus dos pequeñas protegidas lograron escabullirse de las sirvientas de la reina. Entre rumores mientras cosían o absortas jugando al ajedrez, las mujeres apenas les prestaban atención. Catalina empujó la pesada puerta de roble de los aposentos de la reina y se quedó paralizada en la entrada. Isabel estaba arrodillada junto a su madre, con la cabeza apoyada sobre los brazos cruzados en el regazo de la reina, llorando sin cesar. Nunca había visto doña Beatriz un dolor tan grande, ni en hombres, ni en mujeres, ni en niños. Los sollozos de Isabel la desgarraron por dentro como una daga.

Libre de las capas de adornos que le cubrían la cabeza, la coronilla de Isabel ya no mostraba los cabellos sedosos y rojizos que antes eran la envidia de toda la corte, sino un cuero cabelludo con cerdas rojizas pegadas contra el delantero de la túnica de terciopelo negro de la reina.

Doña Beatriz contuvo un grito. Costras irregulares, feas y a medio curar marcaban la cabeza de la joven. Los rumores eran ciertos: la princesa se había afeitado con tal frenesí que había sangrado. Algunas de las heridas ya parecían cicatrizadas. No era de extrañar que sus damas temieran por ella. No era de extrañar que se cuestionara su cordura.

Doña Beatriz recordó al príncipe Alfonso, de pie junto a la espuela dorada de Isabel, con los ojos azules fijos en los suyos, rebosantes de amor. Recordó cómo la princesa se inclinó para hablarle, sus largos cabellos formando un velo brillante que los envolvía. Una ráfaga de viento entrelazó sus cabellos, y se tomaron de la mano mientras ambos hacían un juramento silencioso de amor y fe, prometiendo compartir la vida. Tan solo habían pasado ocho meses y la princesa había regresado como una viuda de corazón roto.

María y Catalina se miraron aturdidas. «Aún son demasiado jóvenes», suspiró doña Beatriz para sus adentros. Intentaba proteger a las niñas de las duras realidades de la vida. Ahora, la pena de Isabel se cernía como una nube negra y pesada que ocultaba el sol. Justo cuando estaba a punto de cerrar la puerta, la Latina se detuvo para escuchar. Isabel habló, con la voz ronca y ahogada por las lágrimas:

—¡Madre, oh, madre, por favor, os lo ruego, dejadme ir! ¡Por favor, dejadme tomar el hábito! No me queda nada aquí. ¡Nada!

A través de la rendija, doña Beatriz vio cómo la reina cerraba los ojos. Con una mueca de dolor, acarició con cuidado la cabeza rapada de su hija. La pena y la tristeza marcaban aún más sus arrugas. Sujetando el rostro de Isabel entre sus manos, respondió:

—Querida, me pides lo imposible. Ojalá pudiera decir otra cosa, pero no puedo. Eres la heredera de mi trono tras Juan, y tal vez del de tu padre también.

La furia encendió los ojos de Isabel con vida y llamas:

—¡Jamás deseé otra corona que no fuera la de consorte de Alfonso! ¡Padre nunca quiso que me casara con él! Una y otra vez aplazó nuestra unión o sugirió que Alfonso se casara con María, ¡incluso sabiendo que Alfonso y yo nos amábamos! Madre, nunca me contasteis que padre intentó sobornar al Papa para disolver nuestro matrimonio. El padre de Alfonso me lo dijo.

La reina palideció.

—Tu padre creía que obraba correctamente. Yo tampoco estaba a favor de este matrimonio, pero sabía que tu corazón no atendería a razones. —Alzando la barbilla de su primogénita, la reina Isabel la obligó a mirarla fijamente antes de continuar—: La fortuna no lo favoreció. No estaba destinado que permanecieras mucho tiempo como esposa de Alfonso. Debe ser como antes.

Isabel apartó el rostro, como si el tacto de la mano de su madre la hubiese quemado.

—Tengo tres hermanas. No me necesitáis. Dejad que Juana ocupe mi lugar. ¡Además, madre, ella lo desea!

La reina se frotó el rostro.

—Isabel, no es tan fácil. Tu vida ha sido concedida por Dios para el bien de Castilla y Aragón. Es tu deber servir, como lo es el mío. Nada cambia esto. Ni siquiera la muerte de Alfonso.

Aferrándose los lados de la cabeza afeitada con las manos, Isabel se desplomó en el regazo de su madre, y el llanto dio paso a un duelo aún más profundo. La reina, que parecía desgarrada por dentro, mecía a su hija tratando de consolarla.

Catalina agarró la mano de doña Beatriz y la apartó de la rendija, cerrando la puerta y alejando la oscuridad que había dentro.

—¡Basta! —exclamó la pequeña infanta, dando un pisotón con su zapatilla—. ¡Basta, os digo! Vayámonos a otro lado. ¡Ahora!

Arrastrando a doña Beatriz consigo, fuera de la antecámara de la reina y hacia el corredor, la mujer apretó el paso para seguirle el ritmo a su protegida. Miró a

Catalina, sin saber cómo reaccionar, mientras la tristeza de la niña la arrastraba consigo.

La pequeña infanta ya no parecía percibir el largo corredor frente a ellas, y no solo por su corta estatura. Sin previo aviso, soltó la mano de su tutora, se levantó las faldas del vestido de terciopelo negro y echó a correr.

Imitando su gesto, doña Beatriz se alzó las faldas y la siguió, alcanzándola cuando llegó a la biblioteca. La niña apoyó el rostro contra la pared, con las manos a los lados, jadeando de forma agitada y descontrolada, como si le faltara el aire. Su tutora la sostuvo por el hombro.

—Niña... estoy aquí. Estoy aquí. —Tragando saliva, pensó: «Dios mío... ¿qué más puedo decir?».

Las lágrimas ardientes de Catalina se deslizaron entre sus dedos. Los ojos de doña Beatriz también se empañaron. Recordó lo que había escrito en su carta aún incompleta para Francisco: «Las hijas de la reina lloran por una buena causa. Sí..., una buena causa, y en su llanto dejan a quienes las aman sintiéndose impotentes».

* * *

Un par de días después, doña Beatriz vio sonreír a Isabel, al fin, a su hermana menor. Cierto es que fue una sonrisa temblorosa, pero incluso una sonrisa así era mejor que ninguna. A finales de mes, Isabel había retomado la costumbre de cuidar de sus hermanas menores. Sin embargo, nunca se dio cuenta de cuántas veces eran las pequeñas quienes, en realidad, cuidaban de ella.

El príncipe Juan pasaba todo el tiempo libre junto a su hermana, a menudo tocando la vihuela solo para ella. Casi cada día, las tres infantas solicitaban la presencia de Isabel mientras cosían o bordaban juntas. Cuando la princesa se unía a ellas con sus labores, ya fuera al aire libre o dentro del alcázar, María, Juana y Catalina lograban sonsacarle con cuidado detalles su estancia en Portugal. Las historias que contaba a menudo distraían a doña Beatriz de los libros. Muchas veces, Isabel parecía relatar sus meses lejos de la corte de su madre como si contara una leyenda lejana en la que ella no había participado. Rara vez hablaba del joven príncipe a quien había entregado su corazón. Esos recuerdos los guardaba bajo llave, junto con su capacidad de volver a sentirse feliz.

—Esta historia es para nuestra chiquitina —dijo la princesa Isabel una mañana cálida y azul. Levantando la vista de su casi terminada labor, que representaba un halcón de san Juan, se recostó sobre los cojines que había dispuesto sobre una

larga alfombra tendida en la hierba. Juana había sido requerida al lado de la reina para tratar asuntos de su compromiso con Felipe IV «el Hermoso»; las demás infantas, acompañadas de sus doncellas favoritas, pasaban el tiempo libre cosiendo.

Doña Beatriz dejó caer el libro sobre el regazo. De vuelta a su labor, la aguja de Isabel se deslizaba por la tela sin fallo alguno. Bajo sus manos diestras y experimentadas, el halcón cobraba vida: las alas extendidas, el pico abierto, como si estuviera a punto de lanzarse sobre su presa. El calor del día la adormecía, y la Latina comenzó a dejarse llevar por el sueño.

—Había una vez un hidalgo en la corte del rey, un explorador llamado Cara de Hacha. Su verdadero nombre era Pedro Vaz de Caminha, y se jactaba, con razón o sin ella, de haber vencido en incontables batallas. Había perdido un ojo y tenía el rostro marcado por cicatrices, ganándose así su temido sobrenombre.

»Cuando lo conocí por primera vez, Cara de Hacha traía consigo a un paje, un joven apuesto de unos diecisiete años que respondía al nombre de Perkin Warbeck. Pedro aseguraba a sus amigos que el muchacho era en realidad un príncipe inglés. Ataviado con ricos brocados y sedas, el paje realmente podía pasar por tal. Lo más extraño y desconcertante era la manera en que algunos nobles extranjeros en la corte se comportaban ante él, como si de verdad estuvieran en presencia de un miembro de la realeza.

—¿Un paje tratado como si fuera un noble? ¿Cómo es posible? —preguntó la infanta María, perpleja, mientras alargaba la mano hacia la canasta de labor compartida para tomar un ovillo de hilo escarlata.

Isabel le dedicó una sonrisa fatigada antes de responder:

—Es extraño, hermana mía. Pero no tanto como el resto de la historia. Cara de Hacha y su paje acompañaron al rey desde Lisboa hasta Évora y, finalmente, a su coto de caza predilecto en Setúbal. Cara de Hacha trajo también consigo a Eduardo Brampton, un hombre que conocí junto a nuestra madre cuando tú, Catalina, no eras más que una niña. Vino como parte de la comitiva inglesa que negociaba tu compromiso con el príncipe Arturo. El apellido Brampton y su patria adoptiva ocultaban bien su verdadero pasado. Aunque se presentó como buen cristiano bajo el patrocinio de Eduardo IV, en realidad era un judío portugués de origen humilde y, creo yo, también bastardo. Un día hablé con Brampton... . —Aquí los labios de la princesa Isabel se estrecharon, y sus ojos se

desviaron de la costura hacia un rosal de flores blancas cercano. Frunció el ceño, aunque su semblante permanecía extrañamente imperturbable.

Isabel se volvió hacia sus hermanas con ojos vidriosos. A Beatriz le recordaron a las aguas tranquilas y profundas que ocultan demasiado. Intranquila, se removió sobre la alfombra. «¿Estará ocultando algo a sus hermanas? ¿Por qué siento una amenaza?».

Retomando la labor de costura, la princesa Isabel continuó:

—Pensé que Brampton se comportaba de forma extraña con su paje: a veces lo trataba como a un hijo, otras con deferencia, y otras como un hombre cansado de una responsabilidad con la que ya no quería cargar. En esos momentos, sus ojos ardían de resentimiento. Una vez le pregunté por qué el paje le angustiaba tanto.

Isabel soltó una breve risa, advirtiendo la sorpresa en los ojos de Catalina.

—Soy una mujer adulta, Catalina... —comentó, antes de respirar hondo y proseguir—. Y felizmente casada. Puedo hablar con los hombres si así lo deseo, y haber conocido a Brampton en el pasado me dio la libertad de dirigirme a él directamente. —Viendo la confusión de Catalina, Isabel se inclinó para añadir:

—Créeme, hermana. A veces las mujeres debemos cuestionar a los hombres; de lo contrario, nos arriesgamos a no saber nada en absoluto.

—¿Y Brampton? ¿Qué respondió, mi señora princesa? —preguntó la pequeña María.

Con el semblante ya despejado, Isabel sonrió.

—Aquel día, nada. Pero en otra ocasión, cuando salimos de caza, mi caballo se encontró junto al suyo. Entonces me contó su historia. Se la repetí a la reina al volver a casa. —Al llegar al final de su hilo, Isabel alzó la vista hacia sus hermanas y reveló—: Madre dijo que era una historia ridícula, hilada con rayos de luna y el cerebro trastornado de un loco.

Con un destello de fastidio, la princesa se apartó unos mechones rebeldes del rostro. Desde que el cabello le había empezado a crecer de nuevo, a menudo se le escapaba de la cofia velada, haciéndole cosquillas en las mejillas.

—Según Brampton, el último rey de la casa de York puso a su sobrino Ricardo bajo su cuidado, haciéndole jurar que lo llevaría a Flandes si perdía la batalla contra Enrique Tudor. Cuando el rey Ricardo III de Inglaterra falleció, Brampton dijo que no le quedó más remedio que cumplir la promesa que le había hecho a su señor difunto. Así, Brampton aseguró a sus compañeros que el paje que

acompañaba a Cara de Hacha era, en realidad, la Rosa Blanca, el legítimo rey de toda Inglaterra.

El peso de sus palabras se tendió sobre ellas como una red de silencio. Doña Beatriz vio a Catalina entrecerrar los ojos. La niña miró hacia el mismo rosal de rosas blancas que había captado la atención de Isabel instantes antes. Las flores temblaron al paso de una ráfaga de viento, y algunos pétalos se alzaron en el aire hasta caer al suelo. Volviéndose hacia su hermana mayor, preguntó:

—El rey Eduardo IV tuvo dos hijos. ¿Qué fue del mayor, el que llevaba el nombre de su padre? ¿No sería él el heredero legítimo al trono? ¿Cómo explicó eso Brampton?

—Mi chiquitina, bien has aprendido de la Latina. Yo también pensé en plantearle esa misma pregunta a Brampton. Dijo que se creía que alguien había envenenado al hijo mayor. Creyendo que protegía a los muchachos al situarlos en la Torre de Londres, el rey Ricardo se tomó muy a pecho la noticia de la muerte de su sobrino. La sospecha de envenenamiento solo agravó su dolor.

»El rey ocultó a su sobrino menor en la casa de un hombre de confianza y arrancó a Brampton la promesa de que, si todo se torcía, llevaría al joven a Flandes con su tía, la archiduquesa Margarita. Y así lo hizo. Pero, al estar Flandes tan cerca de Inglaterra, la duquesa temía ser descubierta por los espías de los Tudor. Por ello encomendó a Brampton otra misión: trasladar al muchacho a Portugal, poniéndolo bajo la custodia de Cara de Hacha. Habiendo ya demostrado lealtad a quienes lo recompensaban generosamente, la duquesa pensó que la protección de este hombre bastaría para que cualquiera que intentara capturar al joven se lo pensara dos veces antes de dar el paso.

—¿Y no crees que la historia sea cierta? —preguntó Catalina, con la costura olvidada en su regazo.

Isabel se encogió de hombros y volvió a enhebrar la aguja.

—Como ya te he dicho, Catalina, nuestra señora madre dice que no. Pero cuando la muerte de príncipes se ve rodeada de misterio, siempre surgirán leyendas tras ella. Dudo que, aunque investigáramos a fondo, pudiéramos esclarecer la verdad; lo importante para nosotras es saber que el rey que se sienta en el trono de Inglaterra lo ganó por la espada y la conquista, y que en la mente de nuestros padres, él es el legítimo heredero.

»Es poco probable que Enrique Tudor reciba con los brazos abiertos a quien proclama ser hijo del rey de York, y menos ahora que tiene hijos propios. —

Suspiró—. En cuanto a este joven, los rumores dicen que desapareció de la corte de Portugal poco después de que yo lo viera. Madre me ha dicho que ha reaparecido en Borgoña y se ha proclamado Ricardo IV de Inglaterra. Si ese muchacho es quien dice ser, lo más sabio sería que olvidara la corona inglesa. Sería más astuto comenzar de nuevo en otro lugar y desaparecer, sobre todo de la vista de aquellos que desean utilizarlo. —Sus dedos se detuvieron e Isabel quedó mirando hacia la nada antes de murmurar:

—Si quienes llevan sangre real tienen la fortuna de romper sus cadenas, yo digo que los dejemos en paz.

* * *

Un poco más tarde, ese mismo día, doña Beatriz comprendió el motivo del repentino desasosiego de Isabel. Expulsada de la estancia donde las damas de compañía de la reina se sentaban a coser, Catalina volvió a empujar la puerta de los aposentos maternos, ansiosa por escuchar a su hermana.

—¿Le contará a Catalina lo que le pide al rey de Inglaterra? —alcanzó a oír doña Beatriz, asomando la cabeza por la rendija de la puerta. Al otro lado, la reina y su hija mayor estaban enfrascadas en sus labores de costura, sentadas muy cerca una de otra frente a la ventana abierta.

—No. Deseo que siga siendo una niña un poco más de tiempo —respondió Isabel, volviendo apenas la cabeza. Catalina, asustada, casi cerró la puerta, pero no del todo, lo que permitió a doña Beatriz seguir escuchando la conversación.

—¿De veras lo cree necesario, madre? Todos hablan del conde de Warwick como si fuese inocente, incluso débil de mente. ¿Quién desearía ponerle la corona a alguien así?

—Recuerda que los débiles e inocentes son usados y moldeados para los fines de los fuertes, hija mía —dijo la reina con serenidad—. No me gusta pedir su muerte, pero tu padre me ha convencido de que es necesario. No permitiré que mi hija menor me abandone hasta que este asunto se haya resuelto. Nuestra chiquitina irá a Inglaterra a salvo, tanto como pueda asegurarlo... o no irá.

»Hemos sostenido conversaciones largas y secretas con Enrique VII sobre este asunto, pero el rey inglés se niega a hacer lo que pedimos, incluso cuando le señalamos que Warwick vivo pone en peligro a sus propios hijos. Comprendo que a la reina le importe su parentesco con el joven, pero debe entender que yo no puedo enviar a Catalina a Inglaterra mientras él viva. Enrique y su gentil reina

deben asumir las difíciles responsabilidades que conlleva portar la corona y las duras decisiones que la acompañan.

Cerrando suavemente la puerta, Catalina llevó casi a rastras a doña Beatriz hasta la seguridad de su propia alcoba. Una vez dentro, se derrumbó sobre el arca de vestimentas al pie de la cama y la miró:

—¿Warwick? Ese era uno de los hijos del hermano mayor de Ricardo III, el que Eduardo IV ejecutó por traición. Está en la Torre de Londres, ¿verdad?

Muchos de los estudios de doña Beatriz incluían un largo aprendizaje sobre la corte y la nobleza sobre los que la infanta algún día gobernaría. Mirando a Catalina, se encogió de hombros antes de responder:

—Como dijo vuestra hermana, muchos lo consideran simple y creen que no supone una amenaza para nadie.

—¿Pero madre cree que sí me amenaza? —replicó la infanta mientras se mordisqueaba el pulgar—. Mi madre dijo que le había pedido al rey inglés su muerte. ¿Vos también lo oísteis, verdad?

La Latina asintió. El horror reflejado en el rostro pálido de la niña la hizo apartar la mirada por un instante. Respiró hondo y apretó los labios, intentando calmarla:

—Lo hace por vuestra seguridad, Catalina.

Volviendo a mirar a su pupila, vio que el terror no había disminuido; temblaba y se abrazaba a sí misma como si la hubiera alcanzado una fiebre.

—¿Matar a alguien? ¿Desea que alguien muera por mí, doña Latina? ¡Yo no lo pedí! ¡No lo quiero! —gritó, rompiendo a llorar mientras se arrojaba sobre la cama.

La mujer se sentó a su lado. Catalina, recostada de espaldas, ya no lloraba, pero jadeaba, como si le costase respirar con normalidad.

«Deseo que siga siendo niña un poco más», había dicho la reina Isabel. «¿Un poco más?» Mirando la pálida cara de la infanta, se preguntó si tal vez la reina no estaría deseando lo imposible.

CAPÍTULO 12

> «Alá ha hecho recaer sobre mi cabeza los pecados que he cometido. Por vuestro bien, mi pueblo, he firmado este tratado para protegeros de la espada, a vuestros hijos de la hambruna, a vuestras mujeres y esposas de la violencia, y para garantizaros el goce de vuestras propiedades, vuestras libertades, vuestras leyes y vuestra religión bajo la soberanía de un destino más afortunado que el del desventurado Boabdil».

Granada cayó al fin, con los cañones derrumbando sus últimas defensas antes de que el invierno trajera su propia desolación y hambre. Los cuervos revoloteaban en el cielo, posándose y batiendo las alas sobre las murallas destrozadas, como un largo encaje negro sobre la tela de piedra rojiza.

Sabiendo cuántos odiaban la derrota y temiendo la agitación de su pueblo, Boabdil fijó el dos de enero como la fecha de la rendición final. Mientras aguardaba, la reina Isabel y su corte dejaron de residir en el alcázar hallado tras el incendio y se mudaron al recién levantado campamento de Santa Fe.

Los mensajeros iban y venían, en un incesante intercambio de cartas entre ambas cortes, siendo el protocolo real el principal asunto de debate. La madre de Boabdil se negaba a que su hijo se humillara ante los reyes, insistiendo en que la ceremonia no debía incluir al rey moro besando la mano de los vencedores.

Sospechando que la madre de Boabdil pudiera aún entorpecer la transición pacífica de un gobernante a otro, el rey Fernando y la reina Isabel optaron por allanar el camino a los vencidos. Mandaron mensajeros al rey moro para que acudiera a caballo la mañana en que habría de entregarles las llaves de la ciudad. Una simple muestra de homenaje era todo cuanto Fernando e Isabel deseaban y esperaban de él, homenaje que, llegado el día, decidieron rechazar.

La promesa de que Boabdil sería tratado con el respeto debido a su rango pareció, al fin, satisfacer a su madre. Con los últimos términos de la rendición acordados, juró lealtad a la corona castellana y liberó a los cautivos cristianos de la

ciudad. La reina mandó llamar a quienes tenían al cuidado a Ahmed para que lo condujeran a Santa Fe.

La última noche antes de la entrega de Granada, doña Beatriz contempló con Francisco la puesta de sol tras las montañas, ambos libres por un instante de sus deberes. La familia real deseaba pasar aquella velada con Ahmed, para despedirse del niño al que habían criado como a un hijo y un hermano. Nadie podía asegurar cuándo volverían a verlo.

Afligida por la partida inminente de Ahmed, doña Beatriz paseó la mirada primero por las cumbres encendidas en el ocaso y luego por la colina de la Sabika. «Qué bien ceñían los muros, como un perfecto anillo nupcial». El sol poniente teñía sus paredes de un rojo más profundo, dotándolas de una luminosidad gloriosa. La Alhambra significaba «alcázar carmesí»; carmesí, como el color de la sangre. Del fuego y la guerra.

Rodeada por la expectación jubilosa del campamento, la Latina oía el viento frío y cortante, impregnado de derrota, muerte y desesperación, que traía hasta Santa Fe los lamentos de los moros.

—¿Por qué tan abatida, amor mío? —preguntó Francisco, rodeándola con un brazo—. Creedme, no hay motivo para vuestra compasión. Los términos ofrecidos a los moros son generosos. Tras una guerra tan larga, lo habitual es que los vencidos no conserven casi nada.

—Pero, Francisco, ¿cómo podéis decir eso, cuando la ciudad ya no les pertenece?

Él frunció el ceño.

—La reina ha mostrado una magnanimidad poco común hacia los moros. Ha prometido que quienes deseen permanecer podrán conservar su religión y sus leyes, administradas por sus propios cadíes, aunque siempre bajo la supervisión de gobernadores designados por los reyes. Además, durante tres años estarán exentos de tributos, y a aquellos que prefieran regresar a África se les ha concedido libre paso para hacerlo.

—¿Y qué hay de las promesas secretas que mi pequeña infanta oyó de labios de la reina?

Francisco, alarmado, miró en torno antes de sujetarle el brazo con firmeza.

—¿A qué promesas os referís?

—La reina ha ofrecido a Boabdil y a sus descendientes tierras en compensación por esta ciudad, no por un tiempo breve, sino para siempre. Y además, el rey y la

reina le entregarán treinta mil castellanos de oro el mismo día en que abandone Granada.

Una sonrisa sombría tensó los labios de Francisco.

—Treinta mil castellanos... más bien parecen treinta piezas de plata. Esa fue la traición final de un rey débil. Con su firma del tratado quebró el corazón y el espíritu de su propio pueblo. Muchos moros habrían preferido morir antes que contemplar la llegada de este día. Muchos pensaron que, habiéndolo perdido casi todo, ya nada les quedaba por conservar. ¿Recordáis la rebelión reciente, cuando uno de sus profetas encendió la chispa que prendió toda la ciudad? Aquel hombre proclamó que el rey y sus líderes no eran más que cobardes y, por tanto, ya no eran verdaderos musulmanes. Miles y miles —hombres y mujeres por igual— se armaron y tomaron las calles exigiendo que la guerra continuara. Uno de sus jefes llegó a decir: «Somos hombres. Tenemos corazón no para verter lágrimas, sino gotas de sangre. Muramos defendiendo nuestra libertad».

Francisco alzó la vista hacia la ciudad y sus dedos se aferraron al puño de la espada, como si la guerra todavía habitara en su pensamiento.

Perturbada por sus palabras, doña Beatriz se mordió el labio y murmuró:

—Yo le doy las gracias al buen Dios porque esas palabras cayeran en oídos sordos.

Francisco continuó, como si no la hubiera oído:

—Durante un día y una noche, el rey no se atrevió a salir de la Alhambra hasta que el profeta, tal vez asesinado por los propios hombres del rey, desapareció. El rey de los moros sabe que ya no queda nada por hacer salvo admitir la derrota. Es un hombre vencido, lleno de desesperación y culpa. Atribuye toda su mala fortuna al hecho de haber subido al trono rebelándose contra su padre.

La luz del sol poniente vertió un halo dorado sobre el oscuro cabello de Francisco, haciendo que su rostro resultara difícil de distinguir. Un poco más allá, los soldados encendían las antorchas nocturnas, trazando un sendero de luz alrededor del campamento mientras la oscuridad caía. Pronto, el rojo de las murallas desaparecería, y las piedras de la ciudad quedarían bañadas por la luz plateada de las estrellas.

Con los ojos fijos en las antorchas que chisporroteaban, doña Beatriz le pasó los dedos por el cabello despeinado, recordando la historia de cómo los hombres construyeron la Alhambra guiados por la luz de las antorchas. En la última noche en que los moros eran dueños de aquella hermosa ciudad, la luz de las antorchas

parecía entonar un silencioso réquiem, como si el destino mismo de la ciudad hubiera sido presagiado desde su comienzo. Tal vez esa fuera la verdad del universo: la vida no era más que un círculo sin fin de nacimientos y muertes, de comienzos y finales. Con su propia mortalidad desplegándose ante sus ojos, desvió la mirada hacia Francisco, quien, como si adivinara sus pensamientos, se limitó a agarrarla por los hombros. La besó, con los dedos hundiéndose suavemente en su carne. Normalmente era muy gentil, y ella sabía que no le haría daño, pero a veces el miedo le hacía olvidar su propia fuerza. Al día siguiente, Francisco volvería a partir, otra vez a arriesgar su vida como uno de los pocos que dominaban los secretos de la pólvora en la batalla. La guerra había terminado allí; mañana los moros entregarían su artillería, las puertas de la ciudad, sus torres y fortalezas al rey y a la reina. Pero aún quedaban muchas otras batallas por librar antes de que la paz pudiera instaurarse por completo.

* * *

Las horas transcurrieron con rapidez durante la cesión de Granada. En la oscuridad de la noche, dejando atrás a su rey, la familia de Boabdil abandonó la ciudad en secreto, dirigiéndose al lugar donde se firmaría el tratado. Se decía que la madre del rey cabalgaba en completo silencio, mientras los sollozos de su esposa y concubinas penetraban en los sueños de aquellos lo suficientemente afortunados como para haber dormido esa noche. La comitiva se detuvo en una aldea con vistas a la ciudad, donde aguardaron la llegada de su rey vencido.

El amanecer llegó acompañado de los disparos de señal desde la Alhambra. Los picos nevados de Sierra Nevada resplandecieron en un rojo carmesí, como si la naturaleza misma se tomara la molestia de anunciar la derrota de los moros. Bajo miles de estandartes, la multitud cristiana se congregó, ataviada con sus mejores galas. La reina incluso logró convencer a la princesa Isabel de abandonar los colores del luto. Desde Santa Fe, liderados por el rey, la reina y sus dos cortes, un ejército avanzó por la comarca de la Vega hasta la villa de Armilla, a media legua de la ciudad.

Allí se encontraba una persona de gran importancia para los acontecimientos, pese a su corta edad: Ahmed, compañero de infancia de los hijos de los reyes.

El rey Fernando se apresuró a saludar al rey moro. Más tarde, la reina relató lo sucedido a sus damas, quienes no pudieron presenciar el momento por sí mismas.

Antes del avance de los reyes, junto con sus ejércitos y la caballería, el anciano cardenal Mendoza, acompañado por don Gutiérrez de Cárdenas, entró en la ciudad por un camino exterior a las murallas. Un cuerno anunció su llegada con una nota prolongada.

Acompañado por cincuenta de sus hombres, Boabdil cabalgó desde la Torre de los Siete Suelos. Al salir de las murallas, descendió de su caballo y se acercó al cardenal a pie. Mendoza desmontó para recibirlo. Por unos instantes hablaron en susurros, para que nadie pudiera oírlos. Luego Boabdil alzó la voz y proclamó:

—Vaya, señor, y tome posesión en nombre de los poderosos soberanos a quienes Dios ha querido entregarles esto, en recompensa por sus grandes méritos y como castigo a los moros.

A continuación, se quitó un anillo de oro del dedo y se lo entregó a don Íñigo López de Mendoza y Quiñones, conde de Tendilla y pariente del cardenal, quien sería el nuevo gobernador de la ciudad, añadiendo:

—Con este anillo, Granada ha sido gobernada. Tómelo, gobierne con él, y ojalá sea más afortunado que yo.

Y dicho esto, Boabdil cabalgó hasta el rey Fernando, que ya se acercaba a la ciudad. Se ofreció a desmontar y besarle la mano, pero, tal como se había prometido, el rey Fernando se lo impidió. El rey moro se inclinó para besarle el brazo, entregándole al mismo tiempo las llaves de la ciudad.

—Estas llaves son las últimas reliquias del imperio árabe en España. A vos, oh rey, os entregamos nuestros trofeos, nuestro reino y nuestra persona. Así ha sido la voluntad de Dios. Recibidlas con la clemencia que prometisteis y que esperamos de vuestras manos.

En la villa de Armilla, Boabdil cabalgó llevado por el viento que traía consigo la música de la ciudad, la música que anunciaba la victoria de los cristianos.

—Mi padre viene —dijo Ahmed en voz baja, agarrado a las manos de las infantas María y Catalina. Preguntándose cómo Ahmed podía reconocer a su padre, doña Beatriz advirtió a Cristóbal Colón observándolos atentamente, mientras permanecía junto a una pequeña comitiva del círculo íntimo de la reina.

La reina Isabel esperó a que el rey moro se acercara. Viendo que estaba a punto de arrodillarse y ofrecerle homenaje, le detuvo con la mano.

—No hay necesidad de ello —proclamó, señalando a Ahmed para que se acercase. Al llegar a su lado, posó una mano sobre su hombro; su corazón se detuvo un instante y sus labios temblaron.

—Arrodillaos, no como quien fue mi niño, sino como príncipe, y recibid mi bendición.

Los ojos de este se abrieron de par en par cuando cayó de rodillas.

—Que Dios os bendiga, Ahmed, y os guarde de todo peligro. —Levantándolo del suelo, la reina Isabel añadió—: Habéis sido un buen hijo para mí, un hijo querido, y un hermano amado para mis hijos. Mi familia y yo jamás os olvidaremos. Id con mi amor.

Tras decir esto, se volvió sin añadir palabra. Montó en su caballo y tiró con firmeza de las riendas, haciendo que el animal se encabritara levemente mientras la reina lo guiaba hacia la Alhambra.

Doña Beatriz la vio cabalgar lentamente mientras una ráfaga de viento cobraba fuerza y comenzaba a silbar, como si fueran las alas del tiempo pasando. Boabdil abrazó a su hijo, quien lanzó una última mirada a los hijos de los reyes antes de partir junto a su padre, acompañado de algunos hombres del rey Fernando. Los soldados observaron cómo el rey moro se reunía con su familia en el puente exterior de la villa.

Aquella misma noche, los monarcas rememoraron su última visión de Boabdil. El rey moro se detuvo al borde del puente para contemplar los estandartes reales desplegarse desde las torres más altas de la Alhambra. La gran cruz plateada de la cruzada se alzaba sobre la Torre de la Vela, con el pendón del santo José ondeando a su lado. A pesar de la distancia, podían oírse los gritos de «¡Santiago! ¡Santiago!» y el canto del *Te Deum laudamus* de la multitud cristiana, seguido de vítores para el rey Fernando y la reina Isabel. Boabdil rompió a llorar.

Su madre lo miró con desdén y lo reprendió—: «Llora como mujer, lo que no supiste defender como un hombre».

Así fue como Boabdil y su familia partieron hacia su vida de exilio. Ni doña Beatriz ni la familia real volvieron a ver a Ahmed jamás.

* * *

Con la guerra principal ya concluida, muchos moros seguían negándose a admitir la derrota y continuaron luchando. Durante años surgieron rebeliones en las montañas, donde los últimos insurgentes peleaban hasta morir y arrastraban consigo a los suyos. A veces, los disturbios llegaban incluso a la ciudad.

La vida en la Alhambra a menudo hacía que doña Beatriz lo olvidara. Sí. La Alhambra. Un lugar de belleza perfecta y refugio como ningún otro. El lugar

donde la infancia de Catalina terminó, rápida y violentamente, como un halcón que se lanza sobre su presa.

CAPÍTULO 13

> Mandamos a los dichos judíos y judías que en el fin del mes de julio primero que viene de este presente año salgan todos (...) de nuestros reinos y que nunca tornen ni vuelvan a ellos ni a alguno dellos».
>
> EDICTO DE GRANADA (1492)

«El que mucho sufre, mucho sabe».

PROVERBIO CASTELLANO

Doña Beatriz aflojó las riendas y extendió el brazo para acariciar el cuello de su paciente yegua. «Qué hermosa es, de color castaño. Cuánto me gusta cabalgar». Montar a caballo la hacía sentirse libre, como si todas las ataduras de su vida se deshicieran con cada galope. Junto a dos corceles, uno blanco y otro negro, el príncipe Juan aguardaba a su hermana, con un halcón encapuchado posado en el brazo. Como solía hacer cuando salía a cabalgar con sus hermanas, vestía un jubón sencillo, aunque de buena tela, pues prefería pasar inadvertido antes que proclamar su rango a los cuatro vientos. A poca distancia, los compañeros del príncipe —seis jóvenes nobles— aguardaban sobre sus propias monturas.

Varios sabuesos, jadeando y rascándose, valientes y traviesos, correteaban y retozaban entre las patas de los caballos, ganándose las maldiciones de los jóvenes cada vez que asustaban a sus monturas. Los compañeros murmuraban entre ellos, atentos a las órdenes del príncipe Juan, listos para partir en cuanto diera la señal.

De pronto, detrás del príncipe se produjo un revuelo: un destello de color brillante, el balanceo de una cabeza castaña y el galope de unos cascos. A pesar de la caperuza, el halcón agitó las alas, asustado, y chilló. El mozo de cuadra alcanzó al príncipe y cayó de rodillas, ofreciendo las riendas como si fueran un tesoro.

Dando las gracias en voz baja, el príncipe Juan tomó las riendas de manos del mozo antes de acariciar y tranquilizar al ave. Compartió una sonrisa con Diego, el maestro de equitación, al ver cómo Catalina se apresuraba a situarse a su lado, seguida de cerca por María de Salinas.

—¿Qué os decía yo, buen Diego? Le pido a mi hermana que cabalgue conmigo y, de nuevo, trae consigo a su sombra.

Inclinando la cabeza ante las palabras de su hermano Juan, la infanta le dedicó una sonrisa, ajustando con más fuerza el lazo de su amplio sombrero de paja bajo la barbilla.

—¡Vergüenza debería darte, hermano, robar el apodo que la reina le dio a nuestra prima! —Lanzando una mirada hacia doña Beatriz, añadió—: la Latina le dijo a María que viniera. De lo contrario, se habría quedado sola.

Agradecida por la sombra que le proporcionaba su sombrero, doña Beatriz sonrió al príncipe Juan. Con catorce años, ya vivía en un mundo distinto al que conocían sus protegidas a los siete. Pero siendo el único hijo de la reina y heredero de dos tronos, solo dentro del círculo más íntimo de la familia y de sus pocos aliados de confianza mostraba al muchacho que aún era.

Al ver a María vacilar y luchar por mantener la compostura, doña Beatriz le hizo un gesto para que se acercara. Inclinándose desde su montura, le susurró al oído:

—Tranquila. Solo está bromeando porque os tiene cariño.

María sonrió con alegría y se contoneó con deleite, sabiendo que aquello era cierto.

El príncipe Juan entregó el halcón y las riendas de su montura al paje que aguardaba a su lado. Al pasar de una muñeca a otra, las alas grises del ave se sacudieron en protesta, teñidas de reflejos irisados, y las garras buscaron un nuevo perchero, mientras dejaba escapar un largo y penetrante *kek*.

Montando a caballo con soltura, el príncipe hizo que el corcel arquease el cuello y dibujara un semicírculo al tirar suavemente de las riendas para mantenerlo bajo control. Su cuerpo, moldeado por largas horas de ejercicio, mostraba ya piernas firmes y musculosas, y hombros que se ensanchaban día tras día, dejando atrás la apariencia infantil pese a las épocas de enfermedad que había sufrido.

El maestro de equitación permaneció firme, con los pulgares metidos en el ancho cinturón, masticando menta de forma ruidosa mientras observaba cómo el príncipe contenía a su enérgico corcel. Asintió y sonrió con orgullo, dedicándole

al joven una breve reverencia y escupiendo al suelo las hojas, antes de dirigirse hacia Catalina para ayudarla a montar su caballo.

Montada y ya acomodada, la pequeña recogió las riendas con sus manitas y enderezó la espalda. Impaciente por su turno, María tomó las bridas del otro caballo de manos del mozo de cuadra. Doña Beatriz contuvo una sonrisa, advirtiendo que el mozo ni se inmutó, absorto en la contemplación del príncipe con evidente adoración.

Resoplando, el caballo empujó a María por el costado, obligándola a dar un paso atrás. La niña fijó la mirada en los ojos castaños de la yegua, como si evaluara su carácter, y soltó una risita cuando la bestia volvió a empujarla. Esos ojos cálidos, enmarcados por largas pestañas, parecían llamarla para que se acercara. María le acarició el hocico y entre los ojos, murmurando palabras de cariño. Con un relincho, la yegua retozó y le mordisqueó las orejas. La pequeña se rio de nuevo, recorriendo con las manos el cuello del animal con los ojos cerrados, para sentir mejor su tacto. Sus pies se contoneaban de emoción mientras esperaba a que el maestro de equitación terminara con Catalina. Doña Beatriz, impaciente por iniciar la salida, también acortó las riendas y se acomodó mejor en la montura.

Diego ajustó con destreza las cinchas de la silla para que se adaptaran a las cortas piernas de Catalina. Sus pies, calzados en cuero suave, se hundieron en los estribos dorados y ornamentados.

—Hoy cabalgará a *Isa,* mi infanta —dijo—. Es un poco más exigente que vuestra montura habitual, pero estáis lista para este desafío. Ahora, dejadme ver cómo os sentáis sobre ella. —Diego, uno de los mejores maestros de equitación de la corte de la reina Isabel, rodeó al caballo, asegurándose de que Catalina sujetase las riendas ni demasiado flojas ni demasiado apretadas. Con piernas arqueadas por toda una vida dedicada a la equitación, retrocedió un paso, observando primero al caballo y luego a la infanta con sus ojos oscuros. Soltando una breve risa, se relajó, mostrando una sonrisa abierta que dejaba ver el hueco de un diente, antes de inclinarse hacia ella.

—Valerosa infanta, nuestra noble reina se alegrará mucho cuando le diga cuán buena jinete sois. Ahora, pasead a *Isa* por el patio, mi infanta. Sentid cómo responde, mientras os acostumbráis a su presencia en la silla. Y recordad: no dejéis que *Isa* actúe por su cuenta. Vos sois su dueña, y no al revés.

Dicho esto, el hombre le dio un ligero golpe en la grupa. La yegua arqueó el cuello, se lamió la crin y dio un paso adelante y otro atrás, con los cascos

resonando sobre la tierra rocosa. Riéndose, Catalina se inclinó hacia delante y le susurró algo al oído. Con un relincho y un movimiento de cabeza, *Isa* se contoneó, retozando casi en el mismo lugar.

Con la piel oliva arrugada alrededor de sus ojos oscuros, Diego rio. Como recordando el rango de Catalina, inclinó la cabeza un instante antes de volver a su papel de maestro.

—Deje de jugar con ella, infanta. Iré a ayudar a doña María a subirse a su yegua —anunció, sin quitarle la vista a Catalina.

Sonriendo de oreja a oreja, la infanta se irguió en la silla y tiró de las riendas. Exclamando un «¡Yah!», hundió los talones, y la yegua, obedeciendo sus órdenes, se lanzó al galope.

El maestro de equitación observó cómo la niña se concentraba, empleando toda su fuerza para mantener a *Isa* bajo control. Junto al imponente animal, parecía diminuta. Doña Beatriz soltó un suspiro de alivio cuando la yegua sacudió la crin, dejó escapar un relincho alegre y se acomodó a un trote constante, cediendo finalmente el control a su temerosa jinete. Diego se volvió y le dedicó una sonrisa a la maestra.

Lejos de las lecciones de equitación, Catalina y María rompían en risitas al ver los dientes verdosos de Diego, fruto de años de masticar menta de los alrededores de los establos, sin importar la estación. Él les decía que lo hacía para mantenerse sano. Pero nunca se reían de lo que les enseñaba. Conocía el nombre de cada caballo del establo como si fueran sus propios hijos. Sin importar el carácter de cada uno, cualquier caballo, tras apenas una hora junto a Diego, terminaba dócil y ansioso por comer de su mano. Y cada vez que salía a cabalgar, era como ver cobrar vida a un centauro. Doña Beatriz dudaba que existiera un caballo capaz de derribarlo.

La reina Isabel contrataba a los mejores maestros para sus cinco hijos. Catalina y María, con solo siete años, llevaban un poco más de un año de lecciones de equitación y estaban listas para cabalgar sin necesidad de que el animal estuviese atado a una cuerda de entrenamiento, ni de limitarse a dar vueltas alrededor de un poste en el patio del establo.

Devolviéndole la sonrisa a Diego, doña Beatriz chasqueó la lengua para animar a su montura, manteniendo la mirada fija en Catalina, que en esos momentos galopaba con *Isa* en amplios círculos por el patio. La sonrisa de la infanta le

sonrojaba las mejillas y hacía que le brillaran los ojos. Como siempre, cabalgar realzaba su belleza natural.

Diego le dio un par de palmadas a la yegua de María. Resoplando, el animal le rozó el hombro con el hocico en un saludo afectuoso. Él rio y le devolvió otra palmadita antes de decir:

—Veo que habéis hecho buenas migas con *Bela,* pequeña doña. Ya lo sospechaba, pues de chiquita comió la hierba de vuestro lugar de nacimiento y su padre fue corcel de vuestro padre.

—¿No es de *Héctor?* —preguntó María, examinando con más atención al animal—. ¿Y conocéis a su madre?

Diego se echó a reír, llevándose las manos encallecidas a la cintura.

—¿De qué otra yegua podría tratarse, sino de la favorita de la reina, un obsequio de vuestro buen padre?

María casi dio un salto de emoción. Diego le guiñó un ojo y, sonriendo hacia doña Beatriz, exclamó:

—Allá vamos.

Luego, con un ágil movimiento, ayudó a María a subir a lomos de su montura.

La Latina se alisó la falda del vestido, asegurándose de que sus piernas y tobillos quedaran bien cubiertos, sin apartar la mirada de sus dos protegidas. Desde su montura, María observaba cómo Catalina tiraba de las riendas para detenerse junto a Diego, que la estaba aguardando. El maestro de equitación acarició las orejas de *Isa* mientras le murmuraba palabras de cariño. Luego asintió a Catalina, y al sonreír se le acentuaron las arrugas alrededor de los ojos.

—Como pensé, *Isa* es una buena montura para vos, mi infanta. Vos y ella compartís un mismo espíritu: leal, valiente y siempre dispuesta a proteger a quienes ama.

Juan condujo a su corcel hasta situarse junto a su hermana.

—¿Adónde iremos hoy, hermana mía?

Catalina pensó un instante antes de sonreír.

—Nuestro buen maestro de equitación, Diego, me ha dado una montura exigente. Hermano, ¿qué tal si hacemos hoy un paseo a su altura?

«¿Un paseo exigente?», suspiró doña Beatriz de nuevo. El día prometía convertirse en otra jornada sin apenas tiempo para leer ni estudiar.

* * *

Lejos de los establos y de miradas curiosas, doña Beatriz redujo la marcha de su montura hasta un galope tranquilo, procurando mantenerse detrás de María, de los acompañantes del príncipe y, aún más, de Juan y su hermana, para dejarles un poco de intimidad. Tres de los sabuesos del príncipe la adelantaron a toda carrera.

El príncipe Juan hizo girar a medias su caballo, contemplando los prados verdes que se extendían a su alrededor. Catalina lo imitó, mientras el sombrero con cintas le resbalaba de la cabeza y le rebotaba contra la espalda. Juan señaló hacia una pequeña colina cubierta de hierba, a cierta distancia del camino de tierra que seguían. Sujetando las riendas con una mano, la infanta se irguió sobre los estribos, protegiéndose los ojos con la otra. Luego hizo un rápido gesto de asentimiento. Los dos se lanzaron al galope fuera del sendero, cruzando los prados en dirección a la colina, seguidos por los sabuesos del príncipe, que ladraban y corrían tras ellos.

Uno de los compañeros del príncipe Juan maldijo. Otro exclamó:

—¡Sigámosle! —Los caballos relincharon, protestando mientras los jinetes los espoleaban para lanzarlos al galope. Los cascos retumbaron contra la tierra, levantando polvo y suciedad al chocar unos contra otros en la estampida.

El caballo de doña Beatriz, asustado, resopló y se encabritó, girando primero hacia un lado y luego hacia el otro. Para cuando logró calmarlo, los demás jinetes ya la habían dejado muy atrás, reducidos a una nube de polvo a lo lejos. «¡Qué rápido avanzan a través de los campos!» pensó. Esta vez hundió las espuelas con más firmeza, y su montura saltó hacia delante con mayor brío. El valle se hundió bajo ella y se abrió un sendero antiguo, marcado por años de paso de hombres y bestias.

A poca distancia, caballos y jinetes se habían reunido. La carrera parecía haber terminado y, al acercarse, doña Beatriz comprendió la razón. El príncipe, desmontado, se mantenía detrás de su hermana y de María en actitud protectora. Sujetaba por los collares enjoyados a dos sabuesos que gruñían y tiraban con fiereza, mientras Catalina aguardaba a que una anciana terminara de beber de una bota. Muy cerca, una joven con el cabello oculto bajo un velo de matrona, cuya menuda figura se veía marcada por el embarazo, estaba sentada junto a la rueda rota de una carreta. A medias cubierta por la sombra de la carga, se enjugó la boca húmeda con la manga. Sus ojos, grandes, azules y preocupados, permanecían fijos en los jinetes y sus caballos. Atada a la carreta, una mula tiraba de la cuerda en semicírculo, rebuznando al ver a los extraños.

Doña Beatriz alcanzó al grupo y desmontó junto a Catalina. Recuperando la sensibilidad en las piernas y sujetando por las riendas a su montura, se apresuró hacia la infanta.

—¿Necesitáis comida? —preguntó la infanta a la mujer.

—Que Dios os bendiga, niña —respondió la anciana—. Tenemos lo suficiente para comer, pero nada con que saciar la sed. Nuestras jarras se rompieron cuando la carreta cayó en una zanja.

La preocupación revoloteó en el rostro de Catalina, ensombreciendo su mirada. Juan entregó los sabuesos a su paje y se acercó a su lado. Echó hacia atrás el manto negro de pieles, descubriendo un hombro.

—¿Decís que alguno de vuestros hombres fue al pueblo a por una rueda nueva?

La joven se quedó mirando al príncipe, abriendo y cerrando la boca sin emitir sonido alguno. Al observarla con detenimiento, doña Beatriz se percató de lo joven que era. Su piel, sus ojos y su boca, incluso la forma del rostro, tenían aún un aire uniforme e infantil. No debía de tener más de trece años, apenas mayor que el propio príncipe Juan.

—Mi esposo, él...

Con la súbita fiereza de una víbora, uno de los compañeros del príncipe volvió la cabeza hacia otro para murmurar:

—¿Acaso no saben con quién están hablando? ¿Por qué perdemos el tiempo aquí?

El miedo se adueñó de los ojos de la joven. Alguien escupió, quebrando el silencio con aquel ruido seco. Diego de Deza, tutor de Juan, se aproximó al príncipe y le habló en latín, bajo y apresurado, para que sólo él pudiera entenderlo. Doña Beatriz escuchó, turbada.

—¿Vuestra alteza cree que esto es sensato? Nuestra bendita reina, vuestra madre, tan prudente y noble, concedió a los judíos la ocasión de obrar bien por estas tierras. Estos, claramente, han elegido el destierro. No nos corresponde a nosotros intervenir.

Los hombres se revolvieron, murmurando con enojo. El príncipe les lanzó una mirada por encima del hombro y frunció el ceño, haciéndoles un gesto para que callaran.

—Idos, dejadnos a solas. —Las protestas retumbaron, pero otro gesto severo de Juan bastó para que las voces se apagasen poco a poco. Algunos se encogieron de hombros y rieron entre dientes. Detrás de doña Beatriz, uno musitó:

—Es bueno que se preocupe. Algún día será un buen rey.

Dos de los compañeros se apartaron hacia donde habían dejado las monturas; pronto los demás los imitaron. El revoloteo de botas, gruñidos y quejas se mezcló con los relinchos y el golpeteo de cascos contra la tierra seca, mientras la tropa del príncipe volvía a encaramarse a los caballos. Uno de los más veteranos silbó y dio media vuelta con su corcel, trazando un círculo; sus compañeros siguieron la señal, alejándose cada vez más. Cuando el claro quedó reducido a unos pocos, doña Beatriz estrechó la mano de María. El príncipe Juan se volvió de nuevo hacia la joven y le dijo:

—Os prometo que mi hermana y yo solo deseamos ayudar. ¿Qué decíais...?

—Mi hijo se fue, mi buen señor. Viajábamos con otros, pero temieron esperarnos cuando la carreta se rompió. —Con uñas sucias y quebradas, la anciana se frotó los dedos retorcidos y arrugados antes de añadir—: Querían que dejásemos atrás nuestras pertenencias y siguiéramos a pie, pero esto es todo lo que nos queda. Joven señor, soy vieja, y la esposa de mi hijo está cansada, enferma y encinta. No podemos cargar con más.

Catalina dio un paso hacia ellas.

—Decidnos qué podemos hacer mi hermano y yo. Nuestra madre nos enseñó el verdadero sentido de la caridad.

La anciana le dedicó una sonrisa casi desprovista de dientes.

—Dios bendiga su buen corazón y al de vuestro hermano. Se nota qué dulces criaturas sois. Ojalá todos enseñaran a sus hijos como vuestra señora madre.

Incómodo, el príncipe Juan jugueteó con la daga de su cinturón, haciendo brillar al sol los rubíes engastados en la empuñadura. Miró al suelo antes de alzar de nuevo la vista hacia las mujeres.

—¿Sois judías?

La joven se encogió, dejando escapar un gemido. La anciana apretó los labios.

—¡Tranquilízate, Raquel, no insistas! Estás demasiado cansada, por eso estás tan fatigada, de ahí tu dolor. El niño aún tardará en llegar. —Entonces extendió la manga. En ella estaba cosida la insignia que todos los judíos debían portar.

—Mi pobre y difunto esposo solía llamarnos los elegidos de Dios. —Su rostro se descompuso—. Más bien, los maldecidos por él. Doy gracias de que la muerte se lo llevara antes de ver cómo todo su esfuerzo se vendía por poco más que una canción, y a su esposa e hijo desterrados de su hogar, sin ningún lugar al que ir. Le

habría partido el corazón ver a su primer nieto nacer bajo el cielo abierto, como ahora parece inevitable.

La joven apoyó la cabeza en el hombro de la anciana.

Uno de los compañeros del príncipe acercó su caballo al grupo.

—Mi señor príncipe, más judíos se aproximan.

La anciana abrió mucho los ojos y palideció.

Juan cruzó la mirada con ella. Apretó los labios, asintió, y levantó las manos con las palmas hacia arriba, como mostrando que venía desarmado. El corazón de doña Beatriz dio un vuelco. «¿Viene en son de paz? ¿El príncipe de verdad viene en son de paz? ¿Es eso lo que quiere decir?».

Confundida, la Latina se sintió arrojada a una densa niebla. Cuando Juan y la anciana se miraron en silencio, la sensación fue aún más extrema: como si hubiese perdido todo norte. En ese instante, todas las historias de navegantes que partían hacia los confines del mundo cobraron vida ante sus ojos. Sentía que se hallaba al borde de un abismo: incapaz de discernir qué aguardaba en el fondo, pero con la certeza absoluta de que, fuera lo que fuese, algo reptaba allí abajo y siseaba, encarnando todo aquello que este mundo juzgaba como maligno.

Temblando, doña Beatriz sacudió la cabeza, apartando de sí sus pensamientos más oscuros, y regresó al brillante y caluroso día, solo para recordar de nuevo la causa de aquella oscuridad. Observó el sendero serpentear y abrirse camino hasta la cima de la colina. Un poco más lejos, dos jóvenes y un anciano avanzaban con paso rápido hacia ellos. Los dos muchachos arrastraban tras de sí un armazón de ramas, provisto de una rueda, al que habían atado unas alforjas.

Con una mano sobre el vientre, la joven se incorporó tambaleante. El rostro se le descompuso, quedándose sin color. Gimió más fuerte esta vez, inclinándose hacia delante. Los ojos de la anciana se entrecerraron con preocupación. Recuperando el aliento, la muchacha se irguió y se acarició los costados del vientre.

—David —pronunció.

Doña Beatriz fijó la vista en las estrechas caderas de la joven, recordando las palabras que, un año atrás, la reina dirigió al rey cuando este quiso consumar la boda de Juana.

—¿Queréis darnos motivo de pena sin razón? Esposo, apenas ha florecido. Hablad con vuestra madre si lo necesitáis, pero yo no necesito el consejo de una partera para saber que, si entregamos ahora a nuestra Juana a su marido, la

veremos muerta antes de un año. Aún es una niña. ¿No habéis reparado en sus caderas? Son tan estrechas como las de nuestro hijo.

Igual que la muchacha frente a ella, que ahora se protegía los ojos con la mano derecha. Doña Beatriz se mordió los labios, inquieta, con la mirada rastreando el sendero. Un joven gritó, intentando hacerse entender a la distancia. Otro alzó la mano en un saludo. Apresuraron el paso, casi hasta echarse a correr. La joven dio un paso hacia delante, como si quisiera reunirse con ellos, pero la anciana la detuvo.

—¡Aguarda! Ya están al llegar. Te lo ruego, Raquel, no provoquemos más desgracias que la paciencia podría evitar.

Avergonzada, la joven bajó la mirada, como una niña censurada y regresó junto a su suegra. Una vez allí, apretó los ojos y volvió a gemir. La boca de la anciana se contrajo, profundizando las arrugas, y extendió el brazo para rodear los hombros de su nuera. Luego miró hacia los hombres, tragando saliva con fuerza.

—¿Ves, Raquel? Te lo dije, todo saldrá bien. David nunca nos abandonaría. ¡Y mira! Trae de regreso a mi hermano y a su hijo. —Volviéndose hacia el príncipe, inclinó la cabeza en señal de reconocimiento—. Mi señor príncipe, os doy las gracias y os bendigo por vuestra ayuda. Dios recordará vuestra caridad. Sin embargo ahora os ruego que nos dejéis. Idos con la conciencia tranquila. —Una sonrisa se dibujó en su rostro arrugado, recordando a la mujer hermosa que fue en su juventud—. Mi hijo regresa, y debemos marcharnos.

Catalina se mantuvo firme, sacudiéndose hojas y polvo del bajo de las faldas. Alzó la vista hacia su hermano, pero él se negó a devolverle la mirada interrogante. Frotándose las manos, se volvió hacia la anciana.

—¿No deseáis que os encontremos un lugar donde resguardaros? La esposa de vuestro hijo parece necesitarlo con urgencia.

La joven abrió mucho los ojos, con las pupilas tan dilatadas que parecían negros. Al borde de las lágrimas, se mordió el labio, permaneciendo en silencio. Juan agarró a su hermana del brazo.

—Vamos, Catalina. Sus hombres están a punto de llegar. Además, le prometí a nuestra señora madre que os devolvería a casa antes de que el calor se hiciera insoportable. Es mejor que partamos.

La confusión nubló los ojos de la pequeña.

—¡Hermano mío, la joven está dolorida! —exclamó, manteniéndose firme. El príncipe Juan dirigió una mirada impotente a la anciana. Ella sonrió con suavidad,

luego bajó la vista hacia Catalina.

—Buena doña, no podemos quedarnos. Nuestra carreta rota nos ha hecho retrasarnos demasiado. Para cuando caiga la noche, debemos viajar todo lo lejos posible mientras aún contamos con nuestra mula —miró al animal pastando cerca de la carreta—.También debemos abandonarla en la frontera, que Dios nos ampare...

La joven dejó escapar otro gemido. Respirando con dificultad y con el rostro empañado de sudor y miedo, se apoyó contra la estructura de la carreta. Doña Beatriz la vio mirar al frente, con su juventud desvaneciéndose. La anciana sostuvo a la muchacha por el hombro antes de volverse al príncipe Juan, con los ojos brillantes en el rostro pálido.

—Mi señor príncipe, llevad a vuestra hermana lejos. Cuidaremos de los nuestros, pero os ruego que reunáis a vuestros hombres y a las dos doncellas que traéis. Nuestros destinos descansan en manos del buen Dios.

A una corta distancia, los hombres se acercaron a ellos. Percibiendo el miedo en sus rostros, doña Beatriz apretó la mano de María y se adelantó hacia Catalina. La luz del sol convirtió las lágrimas de la joven en diminutos diamantes. Tomándolas de la mano, la Latina caminó con las niñas de regreso hacia los caballos. Observó a las dos mujeres judías y luego se volvió a mirar a Juan. Él se alejaba de su hermana pequeña con la espalda erguida, los brazos rectos a los costados y las manos cerradas en puños. Una gran nube gris cubrió el sol, ensombreciendo el color del día.

—No comprendo —susurró Catalina.

Doña Beatriz se lamió los labios secos, antes de responder:

—Vuestra madre puede conocer la razón de ello. —Volvió la mirada atrás. La anciana arrullaba a la joven, meciéndole la cabeza sobre su regazo, mientras esta se retorcía y gemía, con las piernas sacudidas por espasmos continuos. En la tierra oscura, hilos de sangre brotaban de debajo de sus faldas. Completamente helada pese al calor de la tarde, la Latina sintió el toque del dedo de la muerte. Observó a la joven... No, la muerte no la había tocado a ella.

Doña Beatriz cruzó la mirada con los ojos aterrados de Catalina. Sí, la niñez termina tan rápido... En un momento, un conejo salta y brinca, libre e ignorante, rumbo a la seguridad de su madriguera, dibujando un sendero ámbar a través de la hierba verde. Al siguiente instante, solo queda carne, sangre y hueso. Una memoria de belleza efímera que, como una estrella fugaz, desaparece para

siempre. La maestra sujetó el brazo de la niña y apretó el paso hacia los caballos. Ya no quedaba nada de la alegría del día.

CAPÍTULO 14

«Más vale prevenir que curar».

PROVERBIO CASTELLANO

Mientras cabalgaba con María detrás de Catalina, doña Beatriz pensaba en la actitud del príncipe Juan. Encontrarse con esos pobres judíos lo había dejado inusualmente callado y sombrío. Estaba tan alejado de su habitual carácter afable que apenas parecía el mismo: Juan cabalgaba encorvado en la silla, como si un gran peso agobiara su espíritu. Catalina le hizo preguntas, tratando de disipar la nube de confusión, una y otra vez, intentando sonsacarle respuestas, hasta que su hermano estalló, con los ojos azules encendidos de furia:

—¡No es de tu incumbencia! —Con rabia, clavó las espuelas en su caballo, que protestó con un relincho y se encabritó, antes de lanzarse a galope tendido, dejando tras de sí una nube de polvo. Muy pronto, solo dos de sus compañeros quedaron atrás, mientras el resto se lanzaba tras su príncipe. En silencio, escoltaron a doña Beatriz y a sus dos pequeñas protegidas de regreso al castillo, por el mismo sendero del que habían partido poco antes.

En la entrada del alcázar, doña Beatriz vio a Juana y a su hermana María. Juana, pálida y con los ojos relucientes, caminaba de un lado a otro por el pasillo. Su dama de compañía se mantenía a cierta distancia, como deseando alejarse de la infanta. María observaba, con gesto tenso e infeliz.

Al verlas entrar, Juana corrió hacia ellas.

—¿Por qué no me dijisteis que ibais a cabalgar con Juan?

Catalina pestañeó, sorprendida.

—Tú tampoco me avisaste cuando fuiste con él ayer.

Juana agarró a su hermana del brazo y la sacudió con tanta fuerza que su ancho sombrero de sol, con las cintas ya flojas, resbaló y cayó al suelo. Su fino cabello oscuro se escapaba de la redecilla mientras Juana se secaba las lágrimas de los ojos.

—Y yo también habría ido, si me lo hubierais dicho. ¿Qué derecho crees que tienes a cabalgar con él? Es más cercano a mí que a ti.

Ambas se miraron. Lo que fuera que Catalina vio en los ojos de su hermana mayor la hizo agachar la cabeza. Intentó zafarse del apretón.

—Para ya, me haces daño.

Juana la apartó de un empujón, rompió en un llanto incontenible y salió corriendo hacia sus aposentos.

Agarrando de la mano a la pequeña María, doña Beatriz se apresuró hacia Catalina, que se frotaba el brazo y se enjugaba los ojos húmedos, y la rodeó con un brazo para consolarla. Cerca de ellas, la infanta María extendió los dedos a ambos lados de su ancha faja, como si no se atreviera a tocar a su hermana. Bajando la mirada, dejó escapar un suspiro largo y pesado.

—Mi chiquitina... —Suspiró de nuevo y miró a su hermana—. A veces Juana piensa que nuestro hermano le pertenece solo a ella y que no debería prestar atención a sus otras hermanas; sobre todo cuando padre la reprende con dureza. No lo dice en serio, hermana mía. Solo se comporta así porque está dolida. —Acariciando con ternura la mejilla húmeda de Catalina, preguntó:

—¿Quieres que se lo cuente a madre?

La pequeña se encogió de hombros.

—No sé...

María arrastró los pies calzados con zapatillas y frunció el ceño. Con los ojos ensombrecidos, continuó:

—Cuando padre le grita como lo ha hecho hoy, llamando a nuestra hermana indigna de ser su hija y la de madre, Juana se transforma en otra persona. Hermana, quizá sea mejor avisarla la próxima vez que vayas a cabalgar con Juan. Aunque ella lo ama profundamente, al igual que nosotras, teme enfadarlo. Por eso acepta sin protestar cuando Juan le dice que no va. —Mordiéndose el labio, concluyó—: Iré a verla ahora. A pedirle que se disculpe contigo.

Juan rara vez invitaba a su hermana María a acompañarle en sus cabalgatas diarias. Menos agraciada que sus hermanas, y con frecuencia ignorada por muchos —a veces incluso por su propia madre—, María brillaba por su dulzura natural y hacía honor a su apodo, «Alegría». Dotada de sentido común y satisfecha con su vida, su calma ofrecía a los demás un oasis de paz en medio de una familia tan emotiva y complicada.

Catalina se puso de puntillas y le besó la mejilla.

—Gracias. Lo recordaré. ¿Está madre ocupada?

Alejándose por el pasillo, la infanta rio, mirando por encima del hombro.

—Madre siempre está ocupada, pero aun así siempre nos recibe.

Catalina se mordió el pulgar, observando a María alejarse, antes de preguntarle a su tutora:

—¿Cree que este es un buen momento?

Doña Beatriz se apartó unos mechones de la frente antes de responder:

—No sabría decir. Nunca hay un buen momento cuando se es reina...

Catalina le agarró la mano.

—Pero madre hablará conmigo —sugirió la infanta.

Doña Beatriz asintió, tomando las manos de Catalina y María. Juntas avanzaron bajo el arco hacia el Patio de los Leones, pegándose al estrecho canal de agua que lo atravesaba. Doce leones de piedra sostenían una pila de alabastro, donde destellaba el agua.

Al norte, sur, este y oeste del patio, triángulos de parterres floridos y bien cuidados marcaban las esquinas. Las frondas de varias plantas trepadoras adornaban las paredes con su propio y ágil diseño. Esbeltas columnas de mármol blanco sostenían arcos de delicada filigrana, mientras las paredes estaban revestidas de yeserías finamente labradas.

Adondequiera que mirase, la luz se filtraba y el agua resplandecía en un constante juego entre ambas: el arte exquisito de la naturaleza ensalzando el arte refinado creado por el hombre. La Alhambra: reflejo del paraíso en la tierra. ¿Acaso había algo en el mundo comparable en belleza con este rincón terrenal?

Su paso se volvió más lento, encandilada por la seductora hermosura de aquel lugar. Catalina la tomó de la mano y la guio hacia el Salón de las Dos Hermanas, directa a las escaleras secretas que las condujeron a los aposentos de la reina, en lo alto de la torre más elevada.

Al entrar, jadeante, doña Beatriz se esforzó por ocultar su sorpresa al encontrar allí al príncipe Juan. Estaba sentado a los pies de su madre, frente a su alto sitial, con los brazos rodeando una pierna flexionada y el mentón apoyado en la rodilla. Al ver a Catalina, palideció; se irguió de inmediato y alzó la vista hacia la reina.

—Madre, intenté decirle que no era de su incumbencia. Aun así, mi hermana insiste en saberlo todo. ¿No es cierto, mi chiquitina?

De entre las sombras del alféizar de la ventana emergió la princesa Isabel. Se deslizó hasta situarse detrás del respaldo de la silla de su madre, vestida con uno de los hábitos negros que llevaba día tras día. La aspereza de la tela le irritaba la piel, dejándole sarpullidos. Las mejillas hundidas y las ojeras oscuras enmarcaban sus

grandes ojos. Algunos días, en especial cuando prolongaba demasiado el ayuno, la pena la devoraba por dentro, consumiéndola en cuerpo y alma. Entonces la princesa se asemejaba a una rosa hermosa, pero condenada a crecer en la penumbra, marchitándose por falta de sol y agua. Y como toda rosa, había que cuidarse de sus espinas.

Con la boca rígida y la nariz arrugada, Isabel fulminó a doña Beatriz con la mirada.

—Idos. Mi hermana debe hablar con la reina. A solas.

Doña Beatriz vaciló, dolida. Hubo un tiempo en que había considerado a Isabel una amiga.

Al comenzar a levantarse para marcharse, vio cómo la reina negaba con la cabeza y, con un gesto, le indicó que permaneciera, posando sus ojos sombríos en la figura de su hija menor.

—La Latina se quedará, Isabel —proclamó—. Puede acompañar a Catalina a sus aposentos cuando termine de hablar con ella.

La expresión de la reina, al contemplar a su hija pequeña, era la misma que había mostrado al reprender a Gonzalo, uno de sus más poderosos grandes señores.

—Cesad de malgastar el honor que ganasteis con vuestras victorias gobernando mal —le había dicho entonces. Y aquellas palabras bastaron para reducir al hombre a la humillación, entre disculpas fervientes y negaciones.

Como si luchara contra la fuerza de la marea, el confesor de la reina, fray Hernando de Talavera, se abrió paso penosamente entre las sombras profundas que bordeaban los aposentos reales. Su cabeza emergió del amplio capuchón de su oscuro hábito monacal. Doña Beatriz tomó a María del brazo y la hizo retroceder unos pasos. Protegida por la penumbra de la sala, sonrió recordando las tortugas que el príncipe Juan había recibido de su padre en su último cumpleaños, cuando, tras asustarse, sacaban lentamente la cabeza del caparazón, como el confesor en ese momento. Pero su buen humor se disipó en cuanto reparó en los ojos enrojecidos del cardenal. Con la boca temblorosa y las lágrimas aún resbalándole por las hondas arrugas de las mejillas, el sacerdote se inclinó hasta el suelo, cayendo de rodillas mientras estrechaba contra el pecho el pesado crucifijo dorado que la propia reina Isabel le había regalado poco antes.

—Mi noble reina, os lo ruego... Esto es un gran pecado y un acto infame. Coincido con Abravanel: lo que vos y su majestad el rey vais a hacer es merecedor

de castigo divino. Vuestra alteza, aún no es tarde: os lo imploro, retractaos de vuestra orden.

La reina se volvió hacia su confesor. Doña Beatriz se estremeció al ver la palidez severa de su rostro.

—¿Osáis acaso cuestionarnos, señor cardenal? —dijo con un tono de voz que doña Beatriz rara vez le había oído: suave, pero amenazante, templado como el acero—. ¿No me aconsejasteis en su día que debía ser ejemplo para mis súbditos en el servicio a Dios? Recuerdo vuestras palabras, aunque vos no. Necesito vuestras oraciones y vuestro apoyo, confesor, no vuestras dudas mal consideradas. Dios me dio esta corona, y pienso hacer lo que creo correcto.

La mirada fulminante de la reina se posó entonces sobre la Latina.

—Ya tengo bastante con que doña Beatriz discuta conmigo.

La aludida bajó la vista al suelo, sintiéndose como una condenada a punto de ser juzgada. De soslayo, miró hacia los arcos abiertos que daban al patio del palacio. En lo alto, delicados grabados de piedra rezaban: «Estoy en este jardín, el ojo se me llena de dicha». Pero en aquella estancia bañada de luz no había lugar para la alegría.

—Mi reina —suplicó el cardenal—, en su día también os dije que erais como un águila, situada en la cumbre de los honores y las más sublimes dignidades. —Atragantándose, se secó la comisura de los labios antes de continuar—. Jamás habría creído que el águila sería capaz de desgarrar y reducir a cenizas su propio reino.

La reina alzó la barbilla.

—Juré ante mi primer confesor, Torquemada, que dedicaría mi vida a la extirpación de la herejía. Debo hacer lo que debo. ¡Basta! —Furiosa, con los ojos reluciendo como piedras aguamarina, Isabel se volvió hacia doña Beatriz—. He cambiado de opinión: id con María. Enviaré a mi hija a vos tan pronto termine de hablar con ella. Ahora, dejadnos.

Aliviada por la orden de la reina, la Latina volvió a tomar la mano de María e hizo una reverencia mientras se dirigía hacia la puerta. Antes de que esta se cerrara a su espalda, se inclinó una vez más, en un gesto casi vacilante al ver los ojos abiertos y asustados de Catalina. No pudo sonreírle ni ofrecerle palabra alguna de consuelo. No pudo hacer más que dejarla sola, para que se enfrentara a lo que fuera aquello que el cardenal había calificado como un acto infame.

Temblando al otro lado de la puerta de los aposentos, se encontró llorando junto a María. Enjugándose las lágrimas, abrazó a la niña, dándole el consuelo que no podía ofrecer a su otra protegida, y regresaron a sus habitaciones a esperar a que Catalina saliera. Como María estaba demasiado alterada para atender a las lecciones, doña Beatriz tomó un libro mientras la pequeña se disponía a entretenerse con la costura.

Por primera vez, ni siquiera Aristóteles logró captar la atención de la Latina; sus pensamientos divagaban, enredados, como los hilos que María cosía y descosía torpemente. Con el transcurso de las horas, la luz del atardecer fue cediendo hasta volverse grisácea y tenue, preludio de la noche.

Al correr las cortinas para dar por terminado el día, doña Beatriz encendió las velas de la estancia. Se sentó en uno de los taburetes tapizados en terciopelo rojo, el más cercano a la chimenea apagada, al lado de María. De la cesta abierta a sus pies, la niña sacó un pequeño bastidor; rebuscó algo más y luego volvió al taburete, cosiendo con más torpeza que nunca. Dejó caer la labor al suelo y sacó de la cesta un pequeño cuadrado de seda color azafrán. Sobre él había bordado una mariposa de alas granates, una de ellas aún inconclusa. Reanudó la tarea, pero soltó un grito de consternación al pincharse el dedo y manchar de sangre el delicado bordado. Entonces, en la mente de doña Beatriz se encendió la imagen de los ojos enormes y aterrados de la muchacha que habían conocido aquel mismo día: una niña aún, estremecida por los dolores del parto. Recordó también cómo el príncipe casi se había derrumbado al ver aquello, y cómo la anciana los había mirado: con un fulgor de conocimiento y de perdón... de compasión y de tristeza.

María cosió un lazo y tiró de él con demasiada fuerza, arrugando el cuadrado de seda azafrán. Con las alas de la mariposa a punto de estropearse, la niña parecía al borde de las lágrimas. Arrojó la seda sobre el bastidor abandonado. La aguja plateada salió despedida, girando en el aire, y un haz de luz de la vela la hizo brillar con un destello fugaz.

La pequeña recogió de nuevo el preciado retal y lo alisó sobre el regazo. «Qué torpeza en la costura para una niña cuya madre y abuela eran costureras natas». A doña Beatriz casi se le escapó una sonrisa al ver una mueca trágica en el rostro de María. Todavía tenía que aprender que captar la belleza del mundo era la labor de toda una vida. Ella misma había ansiado retenerla entre las manos, hacerla durar más que un latido, más que un suspiro en el tiempo.

Los ojos de la anciana regresaron a su memoria y se confundieron con los de Catalina; con aquella mirada que le dirigió al cerrarse la puerta de los aposentos de la reina. Un escalofrío la recorrió, cuando el frío había dejado ya atrás la calidez del atardecer. Se arrodilló en el suelo, echó yesca a la chimenea y se dispuso a encenderla. Justo entonces oyó abrirse y cerrarse la puerta: Catalina estaba allí, apoyada contra ella, con los ojos y el cabello iluminados por la luz de las velas.

La niña dejó escapar un jadeo, extraño y entrecortado, como si lo hubiera estado reprimiendo demasiado tiempo, y se lanzó a los brazos abiertos de doña Beatriz. María corrió enseguida a reunirse con ellas.

—¡Habéis tardado tanto en salir! —exclamó.

La mujer negó con la cabeza, deseando que no insistiera con preguntas. El gesto de Catalina, cargado de angustia, cerró de golpe toda posibilidad de respuesta. Entonces la infanta extendió la mano y tomó la de María. La Latina contempló sus dedos entrelazados: unos, regordetes y con las uñas partidas, testimonio de las horas pasadas en el jardín; los otros, pulcros y delicados, como correspondía a un miembro de la realeza. Y, sin embargo, ambas manos no dejaban de ser las de unas niñas. Doña Beatriz suspiró.

—He estado rezando con madre. Todas lo hemos hecho —respondió Catalina, tragando saliva y mordiéndose el labio.

María la observó en silencio, con los ojos abiertos y el rostro pálido. La hora de rezar para las niñas era por la mañana y por la noche, pero jamás habían tenido que orar durante toda una tarde. Catalina bajó la mirada y tiró de su vestido de montar, alisándose las arrugas.

—No me está permitido cabalgar con Juan hasta que madre me lo diga —añadió, sacudiendo ligeramente la cabeza como si quisiera despejarse—. Quiero decir... no nos está permitido salir a cabalgar. Debemos quedarnos en casa, hasta que nos indiquen lo contrario.

María parpadeó, confusa.

—Pero... ¿por qué? ¿Acaso hicimos algo malo?

—Nosotras no —respondió la infanta—. No hemos hecho nada malo...

—Entonces, ¿por qué no podemos salir a cabalgar?

—Porque estamos en peligro... por los judíos...

Las dos niñas levantaron la vista hacia su tutora, más confusas que nunca. Doña Beatriz se masajeó la sien, sin saber qué decir.

—¿La reina os contó eso? —preguntó al final, dirigiéndose a Catalina.

—Sí —admitió la niña, aferrando la mano de la mujer con fuerza y agachando la cabeza antes de continuar—: Porque son malas personas. Han hecho cosas malas, malvadas...

Doña Beatriz se estremeció, y en su mente resonaron las palabras de un poema, como un latido que insistía en no callar. Un poema escrito por un judío:

Con la tinta de sus lluvias y chubascos,
con la pluma de sus relámpagos,
con la mano de sus nubes,
el invierno escribió una carta sobre el jardín,
en púrpura y azul.

«Una carta sobre el jardín, en púrpura y azul». Temía que lo sucedido ese día ensombreciera las nubes del invierno sobre estas jóvenes vidas. Para siempre.

Atormentada de nuevo por el recuerdo de la muchacha y su suegra, doña Beatriz recordó la compasión que había mostrado la mujer, su tierno cuidado hacia la esposa de su hijo. Y el miedo de la muchacha.

—¿Esas personas que encontramos hoy? ¿De veras? —preguntó María.

A Catalina le temblaron los labios.

—Quizá no ellos, pero su gente carga con la culpa de un acto malvado.

María parpadeó y le sacudió el brazo, buscando respuestas.

—Pero... ¿qué han hecho?

La infanta volvió a tragar saliva, recorriendo con la mirada la estancia, antes de posarla de nuevo en la mano que aferraba la suya. Una vez más apretó con fuerza la mano de su tutora.

—No deseo hablar de ello.

—¡Pero... nos juramos contárnoslo todo! —protestó María.

La Latina sintió que había llegado el momento de interrumpir.

—¿Os dijo la reina que no hablarais de este asunto? Si fue así, debéis obedecer su orden.

Catalina se secó los ojos y negó con la cabeza.

—No, madre no dijo nada de eso.

—Entonces, por favor, contádnoslo —rogó María.

Doña Beatriz se estremeció al ver el miedo reflejado en los ojos de Catalina.

—¿Por qué siempre queréis saberlo todo? —replicó la niña.

María rodeó con fuerza a su amiga con los brazos y la abrazó.

—Porque os quiero.

Catalina se soltó de las manos de su amiga y de su tutora, y desvió la mirada unos instantes. Al volver a mirarlas, lloró.

—¡Los judíos crucificaron a un bebé! ¡Un niño inocente! ¡Le cortaron el corazón y pidieron al Diablo que nos matase a todos! Ellos desean nuestra muerte: la muerte de los cristianos.

Doña Beatriz sintió náuseas. Rodeando con el brazo a la horrorizada María, murmuró:

—Por todos los... ¿quién os dijo eso?

—Madre —respondió la pequeña, lanzándole a su tutora una mirada desafiante —. ¿Acaso dudáis de su palabra?

con la mano de sus nubes,
el invierno escribió una carta sobre el jardín,
en púrpura y azul.

El jardín, su infancia. Las niñas se veían perdidas, como si su mundo entero se hubiera ensombrecido y se hubiera hecho trizas. Doña Beatriz recordó a su abuelo, hijo de un judío converso descendiente del mismísimo Samuel Ibn Nagrella. El bisabuelo de su madre se mantuvo en su fe hasta el fin de sus días, al igual que muchos de sus parientes. Eran su gente, también judíos. Y no demasiado lejos de la generación de los padres de Catalina, había gente que tenía sangre de conversos. En las lecciones de historia que aprendían en el aula, a menudo las niñas se maravillaban al descubrir su relación con estos hombres. A veces hasta la reina hablaba de ellos en presencia de sus hijas, compartiendo historias que las llenaban de orgullo.

Secándose las lágrimas del rostro, María habló:

—Si la reina os ha dicho esto, entonces debe de ser cierto. Pero... ¿todos los judíos? ¿Cómo pueden ser todos culpables, Catalina?

La infanta volvió a sentarse en el taburete y se sonó la nariz.

—Madre dice que dio a los judíos tres meses para convertirse al cristianismo. Ese tiempo ha terminado y ahora todos los que no lo han hecho deben marcharse.

»Aquella anciana y su familia estaban abandonando Castilla, como mi madre ordenó. Si de verdad fueran buena gente, se habrían convertido y habrían permanecido aquí. Madre asegura que esas personas que vimos hoy no solo llevaban en sus manos la sangre de Jesús, sino también la del niño. Ella piensa

únicamente en la seguridad de su reino. Aquel niño era su súbdito, y los judíos lo asesinaron.

—Mi madre dice que hay malas personas en todas partes —sean judíos, moros o cristianos—. Y que, solo porque algunos sean malos, no significa que todos lo sean —argumentó María, suplicante.

Catalina siguió hablando, como si no la hubiera oído.

—Los judíos se negaron a abandonar su fe. Rehusaron reconocer a Jesucristo como su Mesías. Madre dice que, mientras les permita quedarse, pone en peligro la unidad de su reino, faltando a su deber hacia sus súbditos y a su servicio a Dios. Dios la hizo reina, y su conciencia le dice que debe purgar Castilla de... esta podredumbre. Padre piensa lo mismo. Dios les impulsa a hacer lo correcto, por el bien de todos nosotros.

La niña recitó una lección aprendida de memoria. Por tercera vez ese día, doña Beatriz volvió a ver en su mente el rostro virginal de la joven judía, dando a luz demasiado pronto. Guardó silencio por lealtad a la reina, aunque por dentro deseaba romper en llanto. Sintió la presencia de la muerte, extendiendo su manto sobre ella, las niñas y las nubes invernales que las cubrían con su sombra, tiñendo de negro todo el mundo.

—Podredumbre... ¿qué quieres decir con eso? —preguntó María.

Catalina se sorbió la nariz de nuevo, mordiéndose los labios. Otro diente de leche se le desprendió. Sus ojos seguían recorriendo la habitación con inquietud. Parecía que la paz la había abandonado. Doña Beatriz sintió náuseas. Una niña de siete años no debería cargar con cosas así.

—Los judíos son una mancha en Castilla y en el reino de mi padre. Dios quiere que nos deshagamos de ellos... o eso me dijo madre. Por favor, no quiero seguir hablando de esto.

Cayó de rodillas, arrastrando a María con ella.

—Rezad. Rezad conmigo. Por nuestros pecados.

Doña Beatriz no pudo apartar la mirada del rostro de Catalina, surcado por las lágrimas, mientras la niña recitaba una de las oraciones favoritas de su madre:

—Bendigo a la Virgen María y a su hijo Jesús. Me arrepiento con profundo dolor de mis pecados y pongo toda mi esperanza en él.

CAPÍTULO 15

«A quien Dios se la da, San Pedro se la bendiga».

PROVERBIO CASTELLANO

En los días siguientes, doña Beatriz advirtió que Catalina permanecía callada y cabizbaja, apenas atenta a las lecciones. La infanta pasaba largas horas rezando en la capilla privada de su madre, dejando a la Latina sola con María como única alumna. Y también ella se mostraba desdichada: la pequeña deseaba volver a casa con su madre. Con la oscuridad envolviéndolas a ambas —una nube de horror sin nombre que las sofocaba y que hacía que enfermaran—, doña Beatriz decidió tomar los sombreros y sacar a la pequeña al jardín, a aguardar la llegada de Catalina.

Animando a María a hacer lo mismo, doña Beatriz se arrodilló en el suelo y comenzó a arrancar las malas hierbas del plantío de hierbas medicinales. Pasó así una hora, hasta que una sombra se proyectó sobre ellas. La mujer se incorporó, se sacudió la tierra de las manos en el regazo y alzó la vista hacia Catalina.

A su lado, María dio un grito de alegría y corrió a abrazar a su amiga.

—¿Qué ha pasado con la lección de hoy? —preguntó la infanta, entornando los ojos para protegerse de la luz del sol. Sin esperar respuesta, se arrodilló y tomó un pequeño rastrillo de mano—. Dejad que os ayude.

Ladeando la cabeza, Catalina señaló un bulto pequeño.

—¿Qué es eso de ahí?

Doña Beatriz escarbó en la tierra.

—Es salvia. Se usa en ensaladas y salsas. También para protegerse de los espíritus vengadores o para obtener sabiduría.

La infanta inspiró hondo antes de suspirar:

—Rezo por ser sabia.

La Latina escarbó con más ahínco alrededor de una mata de romero, cuidando de no pincharse con las espinas y manteniendo limpio el parterre.

—El tiempo os dará lo que deseáis.

—Madre está muy triste.

Doña Beatriz arrancó con fuerza un diente de león que crecía sobre una matricaria marchita y lo arrojó sobre las hierbas amontonadas a su lado.

—Debo hablar con la reina acerca de las buenas hermanas de aquí. Por todos los santos, o tienen una gran necesidad de diuréticos o han descuidado este jardín. Los dientes de león han ganado la batalla. —Volviéndose hacia Catalina, suspiró y se sentó sobre los talones—. Sabéis que la posición de vuestra madre no inspira precisamente felicidad, ¿verdad?

Con cuidado, acomodó una pequeña plántula de angélica que había brotado demasiado cerca de la consuelda mayor, y la replantó más lejos para que no perdiera terreno al madurar y alzar su tallo alto. Examinó el jardín, nombrando las hierbas: milhombres, el amarguísimo marrubio —con el que calmaba la tos de Juan—, ruda, romero, toronjil —para atraer a las abejas— y la hoja baja, verde grisácea, del tomillo rastrero.

—Sí, la vida de una soberana no es fácil —murmuró Catalina.

—No os hacéis una idea, niña. Momentos como este hieren como daga el buen corazón de vuestra madre. —Doña Beatriz hizo una pausa para arrancar otro diente de león antes de proseguir—. A mí no me disgustan los dientes de león. Como os he dicho, hervidos en agua y dejados reposar, se convierten en una bebida útil para vaciar la vejiga. —Sonrió a Catalina y a María—. Los franceses no solo llaman a esta hierba *dent de lion*, sino también *pis-en-lit;* y no sin razón, pues cumple bien su función. Pero es menester tenerla a raya, pues de otro modo invade todo el jardín. Si la dejase por más tiempo, temo que todas las plantas medicinales acabarían en mal estado. Incluso ahora, los dientes de león han acaparado toda la humedad de la tierra.

Catalina plantó las manos en la cálida y rica tierra.

—Habláis de algo más que simples dientes de león, doña Latina... —intuyó.

La mujer sonrió a su brillante alumna, arrancando otra mala hierba y arrojándola al montón.

—Muchas cosas crecen en un jardín, no solo aquello que el jardinero siembra o desea. Niña, un buen soberano es un poco como un buen jardinero. Los jardineros a menudo deben tomar decisiones que les causan dolor. Hace poco, en mi casa de Salamanca, di permiso para talar una docena de buenos árboles en mi naranjal, para dar a los demás la oportunidad de vivir más tiempo y ser más productivos.

Catalina meditó sus palabras mientras la imagen de la reina pasaba por la mente de su tutora. ¿Qué mal les deseaba realmente?

Las palabras que había dirigido a la infanta le sonaron huecas, tan erróneas... Se frotó la cara. «No llores. No llores.» ¿Cuántas veces había hablado con la reina esos días? Recordó la época dorada, cuando cristianos, moros y judíos trabajaban juntos por el bien de todos. No era perfecto —nada lo es—, pero mostraba lo que podía lograrse.

—Dios nos dice que un reino dividido no puede sostenerse —dijo, para recordárselo a sí misma y, al mismo tiempo, ofrecer consuelo a Catalina—. Vuestra madre ha trabajado duro para resolver los problemas desde que subió al trono. Ahora está enferma y cansada. Teme por vuestro hermano, el príncipe Juan. Desea que herede un reino fuerte y unido.

—Por eso ordena a los judíos que se conviertan al cristianismo o abandonen Castilla.

—Creedme, no le fue fácil. La reina sabe que tiene deudas con muchos de ellos. Desde los primeros días de su reinado, los judíos poderosos formaron parte importante de su gobierno. Conoce la deuda que ella y Castilla tienen para con ellos, especialmente con hombres como sus ministros de finanzas, Abraham Senior e Isaac Abravanel. Les rogó, en múltiples ocasiones, que se convirtieran. Algunos lo hicieron, el leal Andrés Cabrera, por ejemplo. Creo que el hecho de ser gobernador general de Segovia y estar casado con doña Beatriz de Bobadilla favoreció la situación. La reina le recompensó generosamente. Habría hecho lo mismo por los demás si se hubieran convertido.

Catalina se mordió el labio. Doña Beatriz alzó una ceja y suspiró.

—¿Qué deseáis saber, niña?

La infanta miró a su alrededor, como asegurándose de que no había nadie más en el jardín, antes de preguntar:

—¿Creéis que tiene razón?

Doña Beatriz atendió a las hierbas por un instante, intentando ocultar las lágrimas que le humedecían los ojos.

—Vuestra madre considera que hace lo correcto, y cree que Dios mismo ha querido que actúe así. Sabéis que la voluntad de Dios es la piedra sobre la que descansa toda su vida. —Arrancó una mala hierba tras otra—. Para vuestra madre, y para muchos otros, el derecho divino de la monarquía es tan real como este jardín que contemplamos. Dudar de eso es poner en entredicho todo su reinado.

Pero yo veo a la mujer detrás de la reina y sé, aunque trate de ocultarlo, cómo estas decisiones la desgarran. —Enderezándose, la Latina suspiró de nuevo y se sacudió la tierra de los muslos y las rodillas—. Os diré la verdad, infanta, y os hablaré como lo haría con un adulto: mi corazón me dice que solo el tiempo y Dios nos revelarán si la reina ha obrado bien por su reino. Pero doy gracias a nuestro Dios todopoderoso porque nunca se me exigirá ocupar un puesto como el suyo. En mi vida, lo máximo que puedo esperar es arrancar malas hierbas y otras plantas no deseadas de un jardín como este. Puedo dormir por la noche; y, si no, una infusión caliente de valeriana me hará conciliar el sueño de inmediato. Pero vuestra madre no tiene esa suerte; apenas logra cerrar los ojos.

* * *

Las semanas pasaron, y la familia real permaneció en la Alhambra durante las jornadas más cálidas del verano. A pesar de la luz veraniega, los recientes sucesos seguían ensombreciendo el ánimo de las infantas. Catalina era capaz de encontrar momentos de alegría que a menudo le permitían sobreponerse a la tristeza durante el día, pero sus pesadillas crecían con la noche. Doña Beatriz trató de mantenerla ocupada con nuevos libros, pero parecía que esas mismas pesadillas la acompañaban también durante el día. Ni siquiera su compañera, María, lograba consolarla. Deprimida, la tutora se sentía tan afectada como sus pupilas.

Un día, doña Beatriz condujo a Catalina y María hasta uno de sus rincones favoritos: los asientos que había junto a la fuente del patio de los Leones. Durante un buen rato, la infanta permaneció en silencio, sin pronunciar palabra, contemplando el horizonte. Suspirando, la Latina volvió a leer en voz alta los versos grabados alrededor de la fuente, tratando de arrancarle una sonrisa a la pequeña infanta. Como el agua que caía en la pila de alabastro, sus palabras fluían con musicalidad:

En lo visible, agua y mármol se confunden,
uno en el otro, sin saber cuál de los dos fluye.
¿No ves que el agua salpica en la palangana,
pero el desagüe la oculta de forma temprana?
Es un amante cuyas pestañas rebosan de lágrimas,
lágrimas que esconden el temor de traiciones calladas.

Catalina gruñó, como si el poema hubiera derribado su frágil defensa. Doña Beatriz se volvió hacia ella y le tomó la mano al ver su rostro sombrío.

—Hablad, niña. Decidme qué os preocupa.

La infanta levantó la barbilla, escondiendo el labio superior entre los dientes. Sacudió la cabeza, como si la invadiera un enfado repentino.

—No puedo decíroslo...

La Latina miró a su alrededor: tan solo María escuchaba, con los ojos muy abiertos, mientras las sombras crecientes del jardín se alargaban y los rodeaban. Apretando la mano de la infanta, la animó:

—Podéis. —Y, haciéndole un gesto a María, añadió—: Niña, ve a mis aposentos y trae el libro que está sobre la mesa. Bien podemos seguir aquí con nuestras lecciones.

Cuando la pequeña se hubo marchado, doña Beatriz se volvió hacia la infanta.

—Decidme qué os preocupa.

Las ojeras que tenía bajo los ojos, testimonio de tantas noches en vela, delataban su agotamiento. Catalina sorbió por la nariz con fuerza y bajó la vista.

—Mi padre es un mentiroso —murmuró, antes de cerrar la boca y fruncir el gesto, como si hubiera probado algo amargo.

Doña Beatriz se masajeó la sien. «Así que lo sabe. Pero ¿a qué mentira se refiere?». Se preguntó si una niña inteligente iba por fin a reconocer a las amantes de su padre. ¿Y cómo no? En la corte, los bastardos eran más numerosos que los hijos nacidos dentro del matrimono. Pero al fijarse en la mirada descontenta de Catalina, tomó aire antes de preguntarle de nuevo:

—¿Os referís a las amantes de vuestro padre?

La infanta hizo una mueca.

—No. Es más que eso, maestra —susurró. Agachando la mirada, se mordió el pulgar.

—¿Algo más? ¿A qué os referís con eso, niña?

Cubriéndose la cara con una mano, la pequeña negó con la cabeza, profiriendo una exclamación torturada.

—Mi padre es un mentiroso —repitió, mirando desesperada a la tutora, retándola a que le dijera lo contrario. Ella apartó la mirada, para evitar la tentación de mentirse a sí misma, pero incapaz de hacerlo.

—¿Por qué decís eso, mi chiquitina?

Sin proponérselo, doña Beatriz la llamó por el apodo que usaba la familia real. Como tutora, solía evitarlo, pero Catalina no pareció advertir el desliz. Tal vez ya no importaba, y a ella le daba igual.

—No es por Dios por lo que desea expulsar a los judíos. Padre quiere su oro.

La mujer no se sorprendió.

—Esa no puede ser la razón de vuestra madre —murmuró.

La infanta negó con la cabeza.

—Tal vez crea que también obra por Dios si, al expulsar a ese pueblo, su reino se vuelve más rico y fuerte. Pues justo es que lo hagan por el bien de mi hermano: un reino ya es bastante difícil de gobernar, y dos lo sería aún más.

—Sí... podría ser eso —Doña Beatriz meditó sobre lo que sabía del rey. Odiaba a los judíos. La riqueza era importante para él y amaba el poder que le confería. Mientras la reina construía su vida en torno a servir a Dios, el rey la erigía en torno al oro. No, no creía que el rey Fernando usase la religión para otro fin que no fuera el de alcanzar sus propios objetivos. Pero al mirar a Catalina y ver cómo temblaba, permaneció en silencio.

* * *

Pocos días después, un hecho trágico hizo que Catalina ya no volviera a pensar en sus dudas acerca de su padre.

—¡Catalina! —Con solo una sirvienta detrás de ella, la princesa Isabel irrumpió en la recámara usada como aula—. ¡Catalina! —La princesa, que rara vez alzaba la voz, casi gritaba. Tenía el rostro pálido y los ojos abiertos de par en par por el miedo.

La infanta corrió hacia ella con tanta prisa que casi volcó el taburete en el que se había sentado. La madera rechinó contra el suelo, rompiendo el silencio.

—Ven —dijo Isabel, luchando por recuperar el aliento—. Es padre... lo han llevado a sus aposentos... —Cerró los ojos, murmurando una oración en silencio antes de volver a fijar su mirada en su hermana menor—. Un asesino intentó matarlo. Está vivo... —Se restregó los ojos, con voz queda—. Hermana, nuestro padre está gravemente herido. Madre nos quiere a su lado. Debemos ir.

Decidiendo que su lugar estaba al lado de Catalina, doña Beatriz ordenó a María que permaneciera en la biblioteca practicando su escritura y luego siguió a las princesas. Cuanto más se acercaban a los aposentos reales, más resonaba el caos. Los hombres corrían de un lado a otro por el largo corredor. Al pasar junto a

uno de los médicos de la corte, la mujer echó un vistazo al cuenco plateado que portaba. Dentro, una prenda blanca empapada en sangre.

Frente a la puerta del lecho real, se agrupaba una multitud de nobles. Al ver a las hijas de la reina, se inclinaron y despejaron el paso hacia la puerta cerrada de la cámara más privada del rey.

Doña Beatriz miró por encima del hombro. «¿Debería volver?» Deseó poder hacerlo, pero pese a su odio por el rey no podía abandonar a Catalina. Cerrando la puerta tras ellas, se quedó inmóvil. A la vera del rey inconsciente, la reina estaba arrodillada, sujetándole las manos mientras sus hijos permanecían a su alrededor, aterrorizados.

Con los brazos hasta los codos cubiertos de sangre, Guadalupe, el médico preferido del rey, se inclinaba sobre el lecho, ajustando con firmeza las vendas que cubrían el hombro y el torso del monarca. Un vendaje similar protegía su cuello, por el que se filtraba la sangre. Guadalupe se incorporó, frotándose el rostro con las manos ensangrentadas.

—La herida no es mortal, mi reina. Cuatro centímetros de largo y profundidad. No parece haber tocado nervio ni columna.

La reina mantuvo la vista fija en el rostro de su esposo y susurró:

—Debo orar —dijo, entrelazando las manos—. Dios mío, vos, soberano de todo, escuchad mi súplica: los reyes, aun creyéndose preparados para la muerte, fallecen con frecuencia por accidentes como cualquier otro. Creemos estar listos para afrontarla, pero pruebas como esta nos enseñan lo contrario. Señor, en vuestra infinita misericordia, no permitáis que este hombre, mi esposo y rey legítimo, nos sea arrebatado en este trance. Os lo ruego, no me lo arrebatéis...

A lo largo de los días siguientes, la reina y sus hijos permanecieron junto al rey. Su fiebre empeoró hasta que, un día, lo atrapó por completo. Doña Beatriz se quedó en la cámara, convertida en aula. Nunca había sentido tanta contradicción: no le importaba dejar a los médicos del rey sin el beneficio de su experiencia y consejo. Y cuando llegaba la hora de rezar en la corte, sabiendo que la crisis se había cernido finalmente sobre ellos, las palabras se le ahuecaban en los labios. Deseaba poder acurrucarse en su lecho y alejarse del mundo.

Como en muchas otras mañanas, el trinar de los pájaros despertó a la Latina a un nuevo día. Permaneció postrada en la cama por un momento, temiendo lo que pudiera traerle la jornada. Tras vestirse, se dirigió con paso ligero hacia la cámara

donde descansaba Catalina. Pero, al ver que solo María dormía a su lado y que el lecho de la infanta permanecía vacío, se dirigió inquieta a los aposentos del rey.

Un cortesano que estaba en la puerta le dio la noticia: horas antes, la fiebre de Fernando había cedido al fin y él había pedido comer. Toda la familia real permanecía a su lado. Doña Beatriz entró en la amplia cámara contigua a los aposentos del rey. Antes de llegar a la puerta de la cámara más privada, se detuvo, oyendo la pura voz del príncipe Juan cantando como un ángel:

¡Rey Glorioso! ¡Clara luz de verdad!,
¡Dios todopoderoso! ¡Señor!, si es agradable para vos,
a mi compañero, sea fiel ayuda,
Porque no lo vi desde que oscureció
y pronto será el amanecer.

Doña Beatriz miró hacia el alféizar de la habitación. Un haz de luz dorada envolvía las dos figuras; al príncipe Juan sentado junto a su hermana, Isabel, en el asiento de la ventana. Isabel miraba hacia fuera, con la rubia y larga melena al descubierto y las piernas recogidas, mientras su hermano, con la cabeza gacha, tañía la vihuela y cantaba. Estaban tan ensimismados, que no se percataron de la presencia de doña Beatriz al otro lado de la cámara. Como las abejas hacia el polen, la voz del príncipe la atrajo hacia la pareja. Se recostó contra la pared, dejando que las sombras la ocultasen, mientras escuchaba al príncipe:

Hermoso compañero, si duerme o vela,
no duerma más, despierte lentamente,
porque al Oriente veo la estrella crecida
que anuncia el día y la conocí bien
y pronto será el alba.

Hermoso compañero: le despierto cantando
no duerma más, oigo los pájaros piando,
que buscan el día por el bosque,
y del celoso, temo la esclavitud.
Y pronto llegará el alba.[2]

El príncipe Juan observaba el amanecer junto a su hermana.

—Ojalá mis canciones fueran tan buenas. Escribir una canción que perdure a lo largo del tiempo, como esta, es alcanzar la inmortalidad.

—Padre pronto estará lo bastante bien para que puedas cantarle —respondió Isabel automáticamente, como si apenas prestara atención a sus palabras.

Juan bajó la vista y dejó escapar un sonido extraño. Dejando la vihuela a un lado, se agarró con fuerza las piernas.

—Sano o no, a padre nunca le ha agradado que le cante.

Isabel se volvió hacia él.

—¿Acaso eso importa cuando alabamos a Dios por habernos devuelto a nuestro padre? ¿Qué es una canción, hermano, duradera o no, comparada con la vida de nuestro padre? Al menos esto no ha sido una vigilia hasta su muerte, como cuando perdí a Alfonso.

Juan extendió la mano para tomar la suya.

—Isabel, confundes el sentido de mis palabras. Por supuesto que doy gracias a Dios por la vida de padre. Tal vez tengo una razón de peso para hacerlo: durante días he temido que me llamaran a asumir su trono.

Isabel se volvió de nuevo hacia la ventana.

—¿Y si así fuera? Con miedo o sin él, es tu lugar heredar la corona de padre. Tu deber. Solo agradece al Señor que tengas más tiempo para prepararte.

Juan recogió la vihuela y la miró fijamente.

—¿Y si nunca estoy listo para asumirlo? —murmuró, con el rostro pálido, abatido y asustado. Doña Beatriz comenzó a alejarse hacia los aposentos del rey, con la mirada fija en el príncipe, esperando que su hermana le ofreciera una palabra de consuelo para ahuyentar su tristeza. Isabel no se movió, pero siguió observando por la ventana.

* * *

Mi amor:

Os ruego que perdonéis mi mala escritura, pues mi mano sufre espasmos tras una tarde dedicada a traducir un libro que encontré en la biblioteca. Una labor que ha resultado sumamente difícil. El libro es antiguo y está escrito con una tinta muy pobre; algunas páginas eran casi ilegibles. Pero se trata de un volumen valioso, dedicado a los desórdenes de la sangre. Demasiado importante como para no intentar salvarlo.

Nos hemos mudado a otro alcázar, más adecuado para que el rey Fernando pase su convalecencia. Se recupera lentamente. La reina Isabel me dijo que se siente como si hubiera visitado el infierno y regresado. Reza a diario para que su familia quede libre de toda pena. No cree que pueda soportar más malas noticias.

Como muchos hombres obligados a guardar reposo, el rey a menudo pierde la paciencia con su familia. El otro día murmuró con enfado: «Isabel. No soy Lázaro. ¡No me trates como si hubiera escapado de una muerte segura!». Se enfadó aún más cuando ella le replicó: «Veros sufrir, esposo mío, fue más de lo que pude soportar. Merezco sufrir en vuestro lugar... y lo habría hecho si Dios así lo hubiera dictado». Perdonadme, amor mío. Sé que respetáis al rey, pero a mí me gustaría que pudiera ver más allá de sí mismo para darse cuenta de lo enferma que está su esposa... y lo mucho que sus hijos han temido y temen por él...

Doña Beatriz levantó la cabeza. En la mesa, la llama de la vela chisporroteaba y danzaba en la corriente de aire, mientras la cera goteaba por la gruesa vela. Suspiró. Catalina era una niña completamente cambiada desde que la amenaza de muerte había tocado a su padre. Normalmente alegre en el aula, se limitaba entonces a atender en silencio a sus libros. Nunca volvió a mencionar que su padre era un mentiroso.

---

[2] N. de la Trad.: La Isabel. (2023, enero 16). *Rei gloriós!, clara llum de veritat!* [Traducción al español]. LyricsTranslate. https://lyricstranslate.com/es/rei-glorios-clara-llum-de-veritat-rey-de-glori.html

CAPÍTULO 16

«¡Cuán bello es este jardín, donde las flores de la tierra rivalizan con las estrellas del cielo! ¿Qué puede compararse al jarrón de aquella fuente de alabastro, rebosante de agua cristalina? ¡Nada, salvo la luna en su plenitud, que resplandece en el centro de un cielo sin nubes!».

Inscripción arábiga en las paredes de la Alhambra

Doña Beatriz se dejó caer y jadeó, sofocada por el calor del día en su cámara, convertida en aula. Al ver las caras pálidas de Catalina y María, decidió dar por terminada la lección de latín y comenzó a recoger los libros, las plumas y todo el equipo de escritura.

—¿Podría contarnos una historia? —suplicó la infanta.

Cerrando con llave el arca de la escritura, la mujer ansiaba la siesta de la tarde. No deseaba sino comer algo y luego dejarse caer en el lecho, para dormir mientras amainaba el calor. Aun así, rio.

—¿Hace falta preguntaros cuál?

A Catalina se le iluminaron los ojos; sus piececitos repiquetearon sobre las baldosas antes de hacer una pirueta, con un brazo alzado y el otro ceñido a la cintura. La Latina soltó una risa soñolienta, seguida de un largo bostezo, volviendo a envidiar la energía inagotable de las niñas tras horas de estudio, aunque contenta de ver el entusiasmo de la infanta por aprender, que la alegraba y la llenaba de otro tipo de entusiasmo.

María intervino:

—Por favor, mi princesa, ¿podría ser mi historia favorita esta vez? ¿La de las tres princesas encerradas en una torre? —Como escuchar historias implicaba tener que mantener las manos ocupadas de otra manera, la niña fue dando saltitos a recoger los bastidores de bordar, desterrados junto a la puerta cerrada.

Catalina se dio unos golpecitos en los labios con el dedo índice.

—Está bien, mi turno puede esperar. Pero no lo olvidéis: la próxima vez me toca a mí elegir la historia. ¿Vamos a bordar al salón de las Dos Hermanas?

Doña Beatriz reprimió un bostezo.

—Un lugar perfecto para contar historias —asintió, mientras recogía de la mesa los libros de Alejandro Magno y Carlomagno. Echando la cabeza hacia atrás, soltó una risa—. De modo que pasamos de la historia de un rey que regala a su esposa un campo de almendros nevados a la de una hija ejemplar. Tal vez en la próxima lección deba hablaros menos de historia y más de las metáforas de las fábulas —bromeó, mientras colocaba con cuidado los volúmenes en su lugar en las estanterías de la biblioteca. Luego se volvió hacia las niñas con una sonrisa pícara —. Y decidme: ¿cuándo os he dado mi aprobación para todo esto?

Catalina y María rieron, y la infanta añadió con una sonrisa:

—Buena maestra, ¿nos habéis negado alguna vez un cuento?

Doña Beatriz apoyó las manos en la cintura, y fingió un gesto pensativo.

—Veamos... Dejad que haga memoria. —Las dos amigas se miraron cómplices, sonriéndose. La Latina tamborileó con las yemas manchadas de tinta sobre el terciopelo negro de su hábito, frunciendo los labios como si fuera a silbar—. Llevo tres años enseñándoos. Alguna vez os habré dicho que no, ¿verdad?

La infanta, entre risas, negó con la cabeza.

—¡Jamás! —exclamó—. Y por eso le estamos agradecidas, doña Latina. Nadie cuenta las historias como vos. Nunca nos cansamos de oírlas; son la recompensa perfecta tras una mañana de estudio. ¿Verdad, María?

La aludida asintió con entusiasmo, mirando a la tutora con ojos suplicantes.

Doña Beatriz ladeó la cabeza, conteniendo la risa.

—¿Nunca os cansáis? ¡Quién lo diría! Pero con alabanzas así, mi infanta, doña Catalina, futura reina de Inglaterra... ¿cómo podría negarme?

Desde la biblioteca, la mujer condujo a las niñas hasta el salón de las Dos Hermanas. Al poco, el murmullo de las fuentes se mezcló con el suave repiqueteo de los pies calzados sobre las baldosas de mármol policromado. La alegre melodía del agua fluyendo llevó de nuevo el pensamiento de doña Beatriz hacia los moros, y volvió a maravillarse ante las obras que habían levantado con su arte y esfuerzo. Allí, como en tantos de sus alcázares, habían creado un paraíso terrenal, haciendo real la belleza capturada en las palabras.

El agua bajaba desde las altas montañas circundantes hasta el río Genil. Al construir la Alhambra, habían encauzado innumerables arroyos para formar un

intrincado sistema de acueductos que recorría toda Granada. Otro alcázar de jardines y fuentes, y el más glorioso de toda Castilla: salas de techos abovedados, paredes color miel y arcos que se entrelazaban con el agua, la luz y las sombras, convirtiendo la Alhambra en un lugar de asombro, capaz de alimentar hasta las almas mismas.

Doña Beatriz contempló las inscripciones en la pared más cercana: «No hay conquistador sino Dios» y «Tu Dios es uno solo». Sentimientos similares resonaban en las demás paredes. Adondequiera que mirase, los muros de la Alhambra daban voz al esfuerzo del hombre por alcanzar lo divino, al amor humano hacia el Creador. Las palabras construían un puente desde la fe hacia un Dios de amor, tan real y sólido como las piedras tangibles que formaban la Alhambra. Años de estudio la habían llevado a creer que los moros adoraban al mismo Dios que los cristianos. Con el corazón apesadumbrado, suspiró. ¿Con qué derecho creían que los moros estaban equivocados? ¿Acaso Dios le pertenecía únicamente a quienes se llamaban cristianos? Un escalofrío la recorrió. Sabía lo que diría la gente si alguna vez expresara en voz alta sus pensamientos: «¡Bruja! ¡Diablo! ¡Pecadora! ¡Blasfema! ¡Arrepiéntete o caerás en el Infierno!».

La luz la bañó y se sintió como despojada de su cuerpo, como si su espíritu se hubiera liberado de sus ataduras mortales y se fundiera con el haz de luz, que parecía emanar del aire mismo. Sacudió la cabeza y regresó a su cuerpo, a la realidad. No percibía maldad alguna allí; más bien, la Alhambra profundizaba su conexión con lo divino. Lentamente, aquellas semanas de reflexión en la ciudadela de los moros la habían hecho sentirse plena.

Recordó las palabras de su padre, cuando este le habló de su abuelo, hijo de un sabio rabino y descendiente del gran Samuel Ibn Nagrella. Convertido a la fe cristiana en su juventud, su abuelo le había dicho a él que Dios era Dios, sin importar el nombre que los hombres —judíos, cristianos o moros— le dieran. Porque todos los caminos conducen al mismo destino: Dios. Observando los alrededores, doña Beatriz reflexionó sobre ello, preguntándose si hombres capaces de crear tal maravilla realmente merecían condena. La Alhambra entonaba una canción de amor y alabanza a la vida interior del hombre, hablándole de la eternidad. Más de una vez, al caminar por ese mismo camino, entre las sombras de los arcos, había sentido la mirada de los fantasmas de los moros, como si de algún modo la hicieran responsable de su presencia. Tal vez esa era la verdad. Pertenecía a un pueblo que había arrebatado esta belleza a otros. ¿Qué derecho tenía su gente

a habitar ese lugar, cuando los moros lo habían creado con sus propias manos, corazones y almas? Vivían allí a costa del sufrimiento ajeno. No merecían llamarlo hogar. Sintió cómo la oscuridad se cernía sobre su espíritu, negra como las alas de los cuervos. En su mente surgió la imagen de los cuervos alimentándose de los caídos en batalla. Se estremeció, con el corazón tan helado como el mármol bajo sus finas sandalias.

Alrededor del salón de las Dos Hermanas, exquisitos azulejos decoraban las paredes bajas. Cada uno era una obra de arte en sí mismo; algunos mostraban los escudos de antiguos gobernantes moros. Sobre los azulejos, entrelazados con ricos dorados y piedras de lapislázuli, el estuco formaba grandes placas de arabescos, en las que se leían fragmentos del Corán o versos de poemas. Doña Beatriz a veces leía las palabras en voz alta para las niñas y rezaba para que, algún día, Catalina las entendiera:

Mi corazón se ha vuelto capaz de adoptar toda forma:
es pradera para las gacelas,
y convento para los monjes,
y templo para los ídolos y la Kaaba del peregrino,
y las tablas de la Torá y el libro del Corán.
Sigo la religión del Amor.[3].

Doña Beatriz se secó las lágrimas de los ojos. Todo lo que deseaba era comprender. Alzó la vista hacia la cúpula. Una suave luz dorada iluminaba el salón de las Dos Hermanas, otorgándole un aire de calma; sin embargo, era una serenidad que interiormente se negaba a aceptar. No importaba adónde mirase: las voces de los antiguos dueños resonaban entre las paredes del alcázar, proclamando en alto: «Lo que tomas sin derecho, jamás será tuyo». Vivir en un lugar de tal belleza usurpada, mancillada por años de guerra y destrucción, a menudo le impedía encontrar paz.

Condujo a las niñas hacia el extremo más alejado de la cámara. Se sentaron en un banco tapizado, justo bajo un balcón interior que en su día había pertenecido al harén. Alzó la mirada de nuevo, inquieta por las sombras que se escurrían. Los fantasmas permanecían allí, en el balcón: espectros de mujeres bellas y enjoyadas, con delicadas muñecas, tobillos y cinturas ceñidos por cadenas de oro.

Entrecerrando los ojos, se las imaginó reunidas en el balcón, peinándose y trenzándose el cabello entre ellas, adornándolo con pequeñas joyas. Una de las

mujeres de cabello oscuro y largo se volvió hacia ella. Extendiendo sus largos dedos manchados de henna, sus profundos ojos negros la miraron desde lo alto, con la boca cerrada en una línea recta y firme. La Latina parpadeó, y ante ella apareció una calavera negra, con las cuencas de los ojos incrustadas de joyas brillantes. El odio se apoderó de su alma. Parpadeó de nuevo para despejar la visión y tembló.

Con las niñas esperando a que les contase un cuento, ahogó aquellos pensamientos macabros, se recostó contra uno de los cojines del banco y cerró los ojos antes de comenzar.

—Hace años, vivía en Granada un rey llamado Mohamed El Hayzari, que significa Mohamed «el Zurdo». Su gente lo llamaba así porque solía usar la mano izquierda en lugar de la derecha, o quizá porque siempre afrontaba la vida de manera equivocada y acababa metido en algún lío.

—La infanta Juana también es zurda —susurró María a Catalina, que frunció el ceño, molesta, y la mandó callar.

Doña Beatriz abrió los ojos.

—¿Puedo continuar, María?

La niña se removió en su asiento, avergonzada.

—Le ruego que me perdone, maestra. Permaneceré en silencio.

La Latina sonrió, ligera de nuevo.

—Solo bromeaba, pequeña doña. Ahora, ¿por dónde íbamos? Ah, sí... Era un rey valiente y logró mantenerse en el trono, sin importar los problemas que acarreaba a su pueblo o a sí mismo. Pero no debemos olvidarnos de nosotros, los cristianos. Cuando Mohamed ya era anciano, cabalgó con su gente hasta las colinas de Medina Elvira. Era primavera, y hasta a él le costaba permanecer siempre encerrado entre paredes...

Mientras narraba la historia, su atención volvió a la cúpula. Luz. Siempre había luz. Miró a las niñas. Sí, luz. Ambas eran eso: luces que penetraban la oscuridad de su vida.

---

[3] N. de la Trad.: *Rumi Love Poetry Quotes Tumblr.* (2025, febrero 15). Publicación en Facebook. Facebook. https://www.facebook.com/TheElixar/posts/my-heart-has-become-capable-of-every-formit-is-a-pasture-for-gazelles-and-a-mona/954248330177273/

CAPÍTULO 17

«No solemos sospechar mal alguno de aquellos a quienes más amamos».

PEDRO ABELARDO

Poco después de la caída de Granada, doña Beatriz descubrió la razón por la que el rey detestaba a su segunda hija, Juana. Ese mismo año, María había regresado a casa para dar la bienvenida a sus recién nacidos hermanos, Pedro y Fernando: gemelos, como si Dios hubiera devuelto a su madre dos de los hijos perdidos durante sus años de servicio a la reina. El padre de María, junto con Francisco, seguía combatiendo a los moros que aún se resistían a rendirse. Cuando la pequeña se reunió con su familia, la reina envió a doña Beatriz a acompañarla, sabiendo cuánto echaba de menos a su amiga.

Pero había otra razón para aquel viaje. La reina Isabel también había traído al mundo dos gemelas y estuvo a punto de morir en el trance. La primera, su hija María, nació sin dificultad, pero no así su hermana. Tras dos días de angustiosa agonía, la reina, al borde de la muerte, dio a luz una hija sin vida. Recordando aquel terrible momento y lo cerca que su prima estuvo de morir tres años atrás, la reina deseaba que doña Beatriz la visitara para asegurarle que todo marchaba bien y que gozaba de buena salud.

Al llegar a casa, la pequeña María encontró a su madre y a su abuela preparando regalos para ella; en su mayoría, nuevas prendas para llenar sus arcones, vestidos y ropa interior para reemplazar la que se le había quedado pequeña desde su última visita. La mayor parte procedía del vestuario de sus hermanas mayores —renovado con un nuevo cuello, una faja o mangas—, pero entre todos los obsequios había dos vestidos nuevos confeccionados especialmente por su madre y abuela. Esta última le regaló una camisa tan sutil y trasparente que la Latina se preguntó si estaría hecha de seda. Viendo cómo brillaba, con bordados exquisitos en el cuello y el dobladillo, pensó que bien podría vestir a las hijas de la reina o incluso a la propia soberana.

María soltó una exclamación de alegría al abrir el regalo de su madre. Josefa había reducido uno de sus vestidos de corte favoritos para confeccionar una réplica más pequeña, dejando holgura suficiente para cuando la niña creciera. Cuando le ataron los últimos lazos, la niña se volvió hacia el espejo de su madre, y doña Beatriz recordó a Josefa con aquel mismo vestido: su cabello largo y espeso, negro y adornado con perlas, recogido en una trenza que le caía por la espalda, en una de las pocas ocasiones en que no lo cubría bajo la toca. El contraste del pelo castaño, los ojos oscuros y la tez dorada de un tono oliva con el terciopelo rojo del vestido la convertían en un canto a la belleza. Y en ese instante, la Latina atisbó la misma promesa en su hija.

Con el paso de los días, mientras Josefa recobraba fuerzas, doña Beatriz y María pasaban casi todo el tiempo en sus aposentos, haciéndole compañía en el lecho, mientras las nodrizas atendían a los recién nacidos. Una mañana temprano, la niña se atrevió a preguntar lo que la Latina tantas veces se había cuestionado:

—Madre, ¿por qué el rey odia a Juana?

En aquel momento, Josefa trabajaba en una nueva camisa para la reina, cosiendo con esmero, cada puntada hecha con amor, para tenerla lista cuando doña Beatriz y María regresaran a la corte. Levantó los ojos, considerando las palabras de su hija, y luego volvió a mirar la costura. Se inclinó hacia la vela cercana al lecho, entornando los párpados para detectar cualquier fallo, recostada contra los almohadones. Finalmente, murmuró:

—¿Tú crees que la odia?

Encogiéndose de hombros, la niña repasó con un dedo las gruesas líneas del bordado escarlata que cubría el lecho de su madre.

—El rey es cruel con ella, madre.

Doña Beatriz alzó la vista de su propia labor y observó la aguja de Josefa danzar sobre la tela, entrando y saliendo tan rauda como un colibrí en busca de néctar. La camisa era de una seda tan fina que podía ver las manos de su amiga moviéndose por debajo, tejiendo cada puntada diminuta y precisa. La Latina negó con la cabeza, abrumada por aquella destreza. Josefa llegó al final del hilo y buscó entre sus bobinas el mismo color.

—Me estoy volviendo descuidada con los años... ¿dónde lo habré puesto?

María recogió el carrete del borde de la cama y se lo tendió a su madre. Josefa le dedicó una sonrisa tan amplia que devolvió la lozanía a su rostro.

—Gracias, hija. Has preguntado por el rey y la infanta. —Tras un instante de silencio, añadió—: No debemos juzgar lo que hace la familia a la que servimos.

María asintió, aunque le sonrió con picardía a su madre antes de replicar:

—Sí, pero vos me aconsejasteis mantener los ojos y los oídos abiertos para poder servirlos mejor. —Acariciando el bordado del lecho, su expresión se ensombreció —. A veces, mi princesa llora por la noche a causa de su hermana. Y no sé qué hacer.

Dando otra puntada, Josefa miró a María con los ojos rebosantes de compasión.

—Desde que correteabas a mis pies, siempre buscabas algo a lo que cuidar: un gatito, un conejo... y no quiero ni acordarme de todos aquellos ratones moribundos que rescatabas de los gatos de la cocina para terminar llena de arañazos. No estoy segura de que sea prudente que ahora quieras hacerte cargo también de la infanta.

Sin esperar respuesta, le acarició la cabeza y añadió:

—Hija, la vida está llena de interrogantes. En eso hombres y mujeres somos iguales: ninguno encuentra todas las respuestas que busca. Yo misma coincido con los sacerdotes en que solo mediante el sufrimiento se alcanza el entendimiento. Pero sufrir también significa dejar atrás la inocencia. Y yo no deseo eso para ti.

María se aferró a la mano de su madre.

—Lo veo en vuestro rostro: sabéis la respuesta. Contádmela, os lo ruego.

Josefa frunció el ceño, juntando tanto las oscuras cejas que casi se fundían en una sola.

—Sí, lo sé —admitió, apretando los labios mientras sus ojos se ensombrecían—. Es algo sencillo, mi María, y una gran desgracia para la infanta. Juana heredó demasiado de la madre del rey.

María la miró, desconcertada.

—Pero el rey habla bien de su madre. Lo he oído muchas veces. La recuerda con cariño.

Sin mirarla, Josefa alzó la barbilla, negó apenas con la cabeza y exhaló largamente.

—Santa María, ¿de veras he de explicártelo?

—Por favor, madre.

Josefa levantó hacia ella unos ojos llenos de pena.

—¿Qué puedo hacer con una niña que hace semejantes preguntas? —suspiró. Luego se inclinó hacia ella, insistiendo—: ¿Es algo que realmente necesitas saber?

La pequeña se mantuvo firme, llevándose un puño a la boca.

—Creo que sí.

Ella le sonrió con ternura.

—Tienes razón. Debes conocer la verdad. Palabras, hija. Ten cuidado con las palabras. Que las pronuncie el rey no significa que sean verdad. Juana se parece demasiado a su abuela, tanto en el aspecto como en la inteligencia. El rey apenas la soporta. La reprende, quizá porque siente que así al fin tiene poder sobre su madre. Tienes razón al decir que es cruel. En la tierra adecuada, Juana podría crecer y convertirse en lo mejor de sus dos padres. Pero, en las circunstancias presentes, su propio padre va quebrando su espíritu hasta deformarlo. Temo por ella.

Doña Beatriz dejó caer la labor de costura en el regazo y miró a Josefa, horrorizada por sus palabras. Incapaz de responder, María tragó saliva antes de decir lo que su tutora estaba pensando:

—¡Pero eso no es justo! Ella no es su madre.

Josefa giró lentamente el pesado dedal dorado que llevaba en el pulgar, uno de los obsequios que la Latina le había llevado de parte de la reina, con las flechas de la heráldica de Isabel grabadas en la circunferencia.

—Eso ya lo sabemos. Pero no creo que el rey pueda evitar el rechazo que le provoca el constante recordatorio que Juana representa para él. Es difícil para un hombre —y más aún para uno como el rey— aceptar que nunca estará a la altura de su madre, cuya fuerza e inteligencia lo empequeñecen. Él es inteligente, sí, pero un buen paño jamás se compara con un tejido de oro. De su madre heredó poco que pueda reclamar como propio, y después se casó con una esposa más dotada que él... Con sus hijas, el rey se asegura de mantener la ventaja y de que permanezcan siempre en su lugar. Tal vez, hija, el rey merezca más nuestra compasión y nuestras oraciones que nuestro juicio.

—Pero él es cruel... y siempre con Juana. ¡Siempre con ella!

Josefa agarró la mano de su hija.

—Sí, lo sé, mi niña. Recuérdalo: yo misma lo vi cuando vivía en la corte.

María negó con la cabeza y retiró la mano.

—¿Por qué la reina no hace nada para detenerlo? Podría hacerlo si quisiera. Juana siempre se esconde cuando su padre la mira.

Josefa volvió a fruncir las cejas, bien delineadas, antes de retomar la costura. Pasaron unos instantes en silencio, hasta que levantó la vista con los ojos oscurecidos por la pena.

—La reina no puede.

Parpadeando, María se rascó la cabeza.

—Madre, tú misma te enfadas con mi padre cuando lo hace sin razón con nosotras.

—Gracias a la bondad de Dios, tu padre y yo solemos coincidir más de lo que discutimos. Pero yo no soy la reina. Isabel debe mostrar siempre un frente unido con su esposo, no solo por el bien de su familia, sino también por el de sus reinos. —Respiró hondo, antes de proseguir—: Has de saberlo, hija: grandes desgracias caen sobre una casa dividida. Un enemigo dentro es mucho más peligroso que uno de fuera. —La miró de soslayo—. ¿Comprendes lo que quiero decir?

María asintió. La aguja de su madre seguía danzando sin pausa, mientras las palabras fluían:

—Si la gente percibiera fisuras en su relación, hija, eso bastaría para sembrar en los hombres la semilla de la rebelión. La reina nunca olvida el camino que debe seguir para garantizar la supervivencia de su matrimonio. De ello dependen muchas cosas.

»Sé que en su corazón la reina no desea sacrificar a ninguno de sus hijos por ninguna causa, ni siquiera por preservar su unión con el rey. Pero siempre debe pensar en el bien común. Y por eso es la mente la que debe gobernar sobre el corazón. Créeme: se esfuerza de veras por ser una buena madre para todos sus hijos.

—Decís la verdad, Josefa —murmuró doña Beatriz, acercándose a la mesa junto a la ventana tapada.

Josefa se llevó una mano a la sien con gesto dramático.

—¡Por la Virgen! Dios me ampare... Ya conozco esa mirada. Os ruego que me lo digáis: ¿cuál de vuestras nuevas pócimas abominables queréis que beba ahora?

La Latina rio, alzando un frasco de cuello ancho.

—Y yo que creía complaceros endulzando vuestras medicinas con miel. Estáis demasiado pálida para mi gusto, Josefa. Quiero ver vuestra orina.

La mujer se recostó contra los almohadones, alzando la vista hacia el techo.

—¡Por todos los Santos del Cielo! Solo estoy pálida porque no me permitís salir de mis aposentos. Me siento más fuerte cada día que pasa.

La Latina volvió a reír.

—Eso es porque seguís mis instrucciones. —Dejó el frasco sobre el arca junto al lecho de su amiga—. No hay prisa, pero dadme una muestra fresca la próxima vez que aliviéis el cuerpo.

Josefa torció el gesto.

—No sé qué esperáis encontrar en mi orina.

—Espero que nada. Pero años de observar frascos y de usar nariz y ojos me han enseñado mucho. —Dirigiéndose a la pequeña María, añadió—: Algún día me gustaría compartir contigo mis conocimientos.

—¿Conmigo, doña Latina? —preguntó la niña.

Su tutora le levantó la barbilla con las yemas de los dedos manchados de tinta y sonrió.

—Tus ojos son tan redondos como dos platos.

Recogiendo la costura en su regazo, Josefa examinó a su hija antes de volver la mirada a doña Beatriz—: Ya conoces la sensibilidad del corazón de María. Tal vez nos equivoquemos. Quizá no sea lo más prudente. No soporta la vista de la sangre.

La pequeña miró a la tutora y luego a su madre.

—¿Sangre? No entiendo.

Mientras la aguja remataba el cuello de la camisa, Josefa comentó con delicadeza:

—Doña Latina desea que aprendas de ella a ser médico. Y yo he aceptado.

María parpadeó, abrió mucho los ojos y volvió a observar a las dos mujeres, completamente sorprendida.

Compartiendo una mirada con Josefa, doña Beatriz rio.

—Niña, ¿por qué te sorprendes tanto? Tu madre y tu abuela son excelentes médicas. Ya te han enseñado mucho, más de lo que imaginas. Pero sí, planeo enseñarte. Cuando la infanta parta hacia Inglaterra, a la reina le aliviará saber que tú podrás velar por su hija con tus habilidades.

Los ojos de Josefa se convirtieron en pozos profundos de angustia. Miró largo rato a su hija antes de volver la vista hacia doña Beatriz.

—No quiero pensar en esto... mi hija menor, alejada de mí para siempre, lejos de su familia, sola y exiliada en una tierra extraña...

La Latina se sentó al borde del lecho y tomó las delgadas manos de su amiga.

—Sabes que ese día llegará.

Josefa volvió la cabeza, como si luchara contra algo invisible.

—Pero no hasta dentro de muchos años —susurró, tan bajo que su amiga tuvo que inclinarse para oírla—. Muy pronto se irá de aquí, y solo volveré a ver a mi hija cuando el buen Dios y la reina lo permitan. Dejadme disfrutar de ella mientras puedo, sin tener que recordar que llegará el día en que ya no formará parte de mi vida...

Doña Beatriz permaneció inmóvil, con la mente divagando. Luego se irguió y se dirigió al arca, de donde sacó una selección de frascos de cristal con medicinas. Los alineó, dejó escapar un suspiro y se ajustó la faja. Volviéndose hacia Josefa, la compasión inundó su rostro.

—El cambio es parte de la vida, al igual que las despedidas, ya sean largas o breves —dijo, observando a la pequeña María—. Como vos y la reina, yo también hago todo lo posible para preparar a los niños a afrontar los cambios. Eso es todo cuanto podemos hacer.

María volvió a mirar a su madre.

—¿Y qué pasará con la infanta Juana? La reina debe ayudarla.

Doña Beatriz miró a su amiga. Josefa se mordió el labio inferior, tiñéndolo de un rojo cereza, y asintió levemente. La tutora apoyó una mano sobre el hombro de la niña.

—No puede. La reina ya avergonzó al rey una vez, y le prometió no volver a hacerlo.

Con el rostro lleno de preguntas, María se llevó un pulgar a la boca.

Su madre la observó y le apartó suavemente el pulgar.

—Beatriz, decídselo —murmuró antes de retomar la costura.

Acercándose a la luz que entraba por la ventana sin postigos, la Latina tomó un frasco de medicina, lo volvió a dejar, tomó otro y también lo dejó. Se frotó el rostro y suspiró.

—Sabes que la palabra de la reina es sagrada para ella, ¿verdad?

La niña asintió.

—Lo que voy a contarte ocurrió cuando tu madre y yo éramos más jóvenes que tú... Se lo oí a mi padre tantas veces que, en mi mente, parece que yo misma lo hubiera presenciado.

—Yo también me siento igual —corroboró Josefa, encogiéndose de hombros—. Es una historia tan importante para el reinado de nuestra reina que seguro que no somos las únicas.

Doña Beatriz agarró un taburete que estaba cerca del lecho y tomó asiento. Agarrándole las manos a María, comenzó:

—Tú sabes que nuestro rey y la reina son primos, ¿verdad?

María asintió—: Sí, mi madre me lo dijo.

—¿Te dijo que el rey también tenía derecho a heredar el trono de Castilla?

Negando con la cabeza, la niña pareció reflexionar sobre ello.

—Pero la reina es la reina...

—Sí, la reina es la reina, gracias a Dios. Cuando el rey Enrique, su hermano, murió, la reina se encontró sola, su esposo había ido a ayudar a su padre en la guerra. Tan pronto como supo de la muerte del rey, actuó sin dudar, haciéndose con el trono. El rey Fernando, que en aquel entonces era todavía príncipe de Aragón, estaba con su padre cuando le llegaron las noticias del rey de Castilla. Para cuando se unió a su esposa, ella ya había celebrado su coronación, una ceremonia magnífica en la que todos los nobles de Castilla la habían reconocido como reina.

Josefa intervino:

—Nuestra reina cabalgó un corcel blanco regalo de su abuelo, el mismo del que desciende el caballo de guerra favorito de vuestro padre. En su montura, ante ella, don Gutierre de Cárdenas sostenía en alto una espada desnuda, el símbolo ancestral del poder judicial del monarca gobernante sobre todo. Sí, el poder sobre la vida y la muerte, en manos de una joven doncella. —Negó con la cabeza, con sonrisa irónica, antes de cortar el hilo de la camisola con los dientes—. Furioso, el rey llegó de las guerras de su padre, listo para otro tipo de batalla. En aquel entonces, tu abuela atendía a la reina Isabel. Me dijo cómo el rey le había lanzado como piedras resonantes las palabras de homenaje que le debía como reina, pidiéndole con los labios quietos estar a solas con ella. Una vez solos, comenzaron los gritos.

»Madre dijo que toda la corte habría oído el enfado del rey de no ser porque había dos cámaras antes de los aposentos de la reina Isabel. Tu abuela, sola y cercana a una de las cámaras, temió por la seguridad de su reina. El rey estaba así de furioso.

Inquieta, doña Beatriz cruzó los brazos, apretando los dedos contra los codos.

—Al rey no le agrada ser desafiado... —murmuró.

Josefa alzó la mirada hacia su amiga.

—A la reina tampoco, doña Beatriz.

Mirándola fijamente, la mujer sintió como si la hubiera abofeteado.

—Hice todo lo que pude por mantenerlo lejos —se defendió, secándose las lágrimas y bajando la mirada—. No tengo poder en eso. Todo lo que hago va en mi contra, Josefa.

—¿Por qué llora, tutora? —preguntó María.

Josefa miró fijamente a doña Beatriz.

—¡Por todos los...! Las paredes tienen ojos y los bosques, orejas. —Levantó la barbilla y miró a su hija—. Tu maestra llora por un asunto que no te concierne, María.

Doña Beatriz tragó saliva y luego se apresuró a distraer a la niña.

—María, ¿recuerdas lo que discutimos al salir de la corte? «El hombre es, por naturaleza, activo y capaz de acción en la política, el comercio y la cultura. La mujer, en cambio, cumple su papel en el hogar, como corresponde a su naturaleza. Es la materia que la acción del hombre transforma; pues él imprime forma y acción sobre lo pasivo».

—¡La *Política* de Aristóteles! —exclamó María con entusiasmo, volviéndose hacia su madre en busca de aprobación.

—Sí, hablamos sobre el poder de estas obras y, sobre todo, de la influencia que ejercen sobre nuestra vida, la de las pobres mujeres —dijo doña Beatriz, cruzándose de brazos de nuevo—. A veces creo que las escrituras de Aristóteles me atraen porque me dan infinitos motivos para discutir y argumentar —rio brevemente—. Aunque sea solo conmigo misma. Pero piensa, niña —añadió con seriedad—. ¿Cómo debió de ser para la reina defender sus derechos cuando los hombres han pensado y aún piensan de esta manera? ¡Y no solo ellos! Muchas mujeres, que carecen de educación para comprender mejor, se someten también sin cuestionarlo. Cuando la reina se casó con su primo, estoy segura de que él creyó que así fortalecía su propio derecho al trono de Castilla, sin imaginar que su esposa vería su matrimonio como una oportunidad para afirmar su propio derecho y actuar con decisión cuando la ocasión se presentara.

—Pero la reina es la legítima soberana... —repuso María, confusa.

—Sí, ahora lo vemos así, porque conocemos el tipo de reina que es —respondió la Latina—, pero al comienzo de su reinado nada estaba demostrado, salvo la gran determinación de la reina y su habilidad para atraer a los hombres de poder que más le convenían. Incluso de joven, muchos ya sabían que poseía un corazón de

leona. Necesitó eso y mucho más para convencer a su esposo de que obró correctamente.

Josefa dejó la labor de costura en el regazo.

—El rey lo sabe ahora, estoy segura —dijo—. La respeta más cada año que pasa, aunque su pasión por ella haya desaparecido. En ese aspecto es un buen rey: capaz de reconocer que su fortaleza proviene de su unión con ella.

María negó con la cabeza, mirando primero a su madre y luego a doña Beatriz.

—¿Y la infanta Juana? No entiendo por qué la reina no puede ayudarla.

La tutora se inclinó hacia la pequeña.

—Créeme: te digo la verdad cuando afirmo que ella hace cuanto está en su mano. Pero su matrimonio encalló cuando se adelantó y tomó el trono sin su esposo, sin esperarlo... y sin querer esperarlo. Ganó un reino, sí, pero casi a costa de su matrimonio. Pasaron meses antes de que él se calmara y entrara en razón. Para entonces, le había prometido que siempre tendría la última palabra en lo referente a sus hijos.

Josefa reanudó la costura, esta vez bordando una hilera de flechas rojas en la camisa de la reina. Habló sin alzar la vista:

—Nuestra buena reina cumple sus promesas con quienes ama, incluso cuando le causan dolor.

* * *

Un poco más tarde, ese mismo día, doña Beatriz se encontraba a solas con su amiga.

—Debéis poner fin a lo vuestro con el rey —le dijo Josefa.

—¿No creéis que, si supiera cómo, ya lo habría hecho?

—Amiga, si fuera yo, me habría marchado de la corte. Mientras sigáis allí, estáis demasiado cerca del fuego para vuestra propia seguridad.

La Latina miró a su amiga y se sentó en un taburete junto al lecho. Apoyó un codo en el borde y sostuvo su rostro con la otra mano. La claridad de la mañana privó a Josefa de todo color.

—¿Por qué habría de irme? No he hecho nada malo. En cualquier caso, tanto la reina como Francisco querrían saber la razón. No comprenderían que me marchara cuando saben lo mucho que disfruto enseñando a María y a la infanta. —Negó con la cabeza—. ¿Y cómo podría contarle a la reina el motivo? No quiero que lo sepa jamás, me mataría. Ya es bastante malo que él me amenace

constantemente con revelarle la verdad. —Rio con amargura—. Una verdad que él me impuso por la fuerza.

—Él te desea más precisamente porque sabe que tú no lo deseas. Eso lo enloquece y lo hace arder aún más por ti.

—¿Creéis que no lo sé? —replicó, enjugándose las lágrimas—. Cuando me violó la primera vez, sus amenazas y su fuerza me acorralaron contra la pared, y me refiero a una pared real, hasta que no me quedó otra opción que someterme. Me ha convertido en su ramera, Josefa, salvo que soy yo quien paga. La que vive con la vergüenza.

—Ponedle fin.

Doña Beatriz se aferró a las manos inertes a Josefa.

—No es tan sencillo como parece. Ojalá lo fuera.

—Somos mujeres, ¿no? Sois inteligente. No me digáis que, a vuestra edad, no sabéis cómo hacer que un hombre pierda el interés por vos.

Doña Beatriz se encogió de hombros, derrotada.

—Soy mujer, sí... y maldigo ese hecho casi todos los días de mi vida. Pero ¿qué pasa con sus amenazas? ¿Y si las cumple?

—¿Amenazas? ¿Qué amenazas?

—Sí, sus amenazas de apartarme de la enseñanza de las infantas, de lograr que me despidan de la universidad. Esas posiciones lo son todo para mí, Josefa. Dios me perdone por mi debilidad, pero si me arrebatan esas dos cosas, sería como quitarme la vida. Me robó el cuerpo, la virginidad, y recé para que me dejara en paz. No fue suficiente. Siempre que quiere tensar los hilos, me recuerda que tiene el poder de despojarme de todo, y que, como su marioneta, debo bailar a su son. Le doy gracias a Dios de no ser la única que padece sus atenciones. A menudo encuentra otro ratón con el que entretenerse y me deja tranquila. Y doy gracias a Dios también porque nunca he concebido un hijo suyo.

Josefa sorbió por la nariz.

—Amiga mía, ¿habéis pensado en hablar con el confesor de la reina? Tal vez él sepa cómo ayudaros.

—Sí, lo he pensado.

—Entonces, ¿por qué no habéis acudido a él?

—Por una razón sencilla: Hernando de Talavera me detesta. Cuando le pregunté por qué, me respondió sin miramientos que soy una mujer débil, ávida de conocimiento; una de las más ávidas que ha tenido la desgracia de conocer en

toda su larga vida. Mi sola presencia le resulta tan insoportable que temo darle motivos de peso para librarse de mí.

Josefa le apretó la mano.

—Sí, como tantos hombres de su estirpe, nunca olvida que somos hijas de Eva, pero me sorprende que hayáis decidido cargar sola con todo su desprecio hacia las mujeres. No dejéis que eso os hiera. Debéis saber que la reina es la única mujer a la que se permite querer y respetar. Aun así, querida amiga, el padre es un buen sacerdote, y creo que os ayudaría si pudiera. —Soltó una risa extraña—. El buen padre tiene un corazón tierno con los pecadores. Cuanto más pecamos, más nos ama.

Doña Beatriz intentó sonreír.

—Lo pensaré un poco más. Mi padre conocía bien a Talavera, de cuando enseñaban juntos en Salamanca. Eran buenos amigos. Él me recuerda desde que yo era apenas un bebé, en brazos de mi madre. Guarda más recuerdos de ella de los que yo he tenido la dicha de conservar. Mi padre me contó que Talavera le ofreció mucho consuelo cuando ella sucumbió a la peste.

—Eso debería daros aún más razones para acudir a él en busca de ayuda, ¿no creéis?

La Latina, sin responder, trazaba con el dedo índice una espiral sobre la colcha. Las lágrimas, incontenibles, cayeron sobre la tela, salpicándola como si siguieran el rastro de aquella huella.

—¿Qué os ocurre, doña Beatriz? —preguntó su amiga.

Ella alzó la mano y se enjugó el rostro.

—No sé si el haberlo conocido desde niña me servirá de algo ahora. Recuerdo demasiado bien las duras discusiones que tuvo con mi padre por causa de mi educación. Estaba convencido de que mi padre se equivocaba al desear instruirme como lo hizo.

—Vuestro buen padre no fue el único en recibir semejante reproche. Son muy pocas las mujeres que se crían para ser prodigios en latín.

Doña Beatriz miró a su amiga con una mirada cargada de amargura.

—Incluso vos expresasteis vuestra fuerte desaprobación.

Josefa dejó escapar un suspiro y negó levemente con la cabeza.

—No es que yo lo desapruebe..., ya os lo he dicho antes. Creo que las mujeres ya recorren un camino bastante difícil sin adentrarse en sendas llenas de hoyos a cada paso. Como solía decir mi madre: si no podemos obtener lo que deseamos,

debemos aprender a amar lo que podemos conseguir. Decidme la verdad, querida amiga: ¿creéis que ahora estaríais en este terrible hoyo en el que os encontráis si vuestro padre no os hubiera ayudado a emprender este viaje para convertiros en erudita y profesora universitaria?

La mujer reflexionó sobre las palabras de su amiga.

—Sí, estoy en un hoyo terrible, como decís. Pero, Josefa, sé que existen otros aún más oscuros y profundos. Siempre estaré agradecida a mi padre por darme la llave para escapar de la ignorancia, aunque solo viniera de su necesidad de consolarse tras perder a mi madre.

Josefa posó una mano sobre la de la Latina y, con una sonrisa irónica, le dijo:

—¿Escapar de la ignorancia? Conocéis a muchas mujeres ignorantes, ¿eh?

—Josefa, estáis malinterpretando mis palabras —replicó, fijando la vista en las sábanas del lecho—. Todas debemos recorrer nuestros propios caminos, pero está mal impedir que otras mujeres transiten ciertas sendas solo por ser mujeres. Platón dijo: «Nada puede ser más absurdo que negar a mujeres y hombres la oportunidad de perseguir los mismos fines con igual esfuerzo, pues así, el Estado, en lugar de ser pleno, se reduce a la mitad». Y concuerdo plenamente: nuestro mundo se corta la nariz para escupirse en la cara al insistir en que el único propósito de la mujer es tener hijos y perpetuar la raza humana. ¿Acaso no es demasiado duro culpar a las mujeres por el pecado de Eva durante toda su vida?

Josefa frunció el ceño:

—Pero el pecado de Eva trajo la muerte al mundo y condenó a las mujeres a sufrir.

—Quizá vos lo veáis así —replicó—. Pero nuestro Señor Jesús dio la bienvenida a las mujeres como sus seguidoras. Cuando me siento derrotada, me recuerdo que el buen Señor sabía que las mujeres tenemos mente y corazón, y nos animaba a usarlos. Si nuestro Salvador cree eso, entonces tiene que ser cierto. Por eso creo que aprender desde jóvenes es tan importante. No solo nos ayuda a descubrir la senda que debemos recorrer, sino que el aprendizaje en buenas manos da a un niño una luz que lo guiará toda la vida. ¿O acaso, solo porque ese niño sea mujer, debería caminar a oscuras?

—Sí, entiendo, querida Beatriz. Pero quizá mis pies están más arraigados que los vuestros. No estoy segura de que aprender, como lo hacen María y las hijas de la reina, les haga la vida más fácil.

La Latina se rio.

—¿Más fácil? Mi buena Josefa, ¿acaso he dicho yo que aprender haga la vida más fácil? Enseñar a pensar es enseñar a vivir de verdad.

Josefa alzó los ojos.

—Y yo creo que quien sabe vivir, sabe suficiente. Hasta que me hice adulta no comencé a adquirir ese aprendizaje del que habláis. Y no fue porque dudara de la plenitud de mi vida, sino porque la reina me pidió que aprendiera a su lado.

—¿Os arrepentís de ello? —preguntó doña Beatriz.

Como si meditara su respuesta, Josefa negó lentamente con la cabeza.

—No... Aprecio tener ahora las palabras para describir tantas cosas que antes me eludían, como un espejismo en el desierto. Pero, aun así, amiga mía, recuerdo la oración del buen san Francisco: «Dios, dame la serenidad para aceptar las cosas que no puedo cambiar».

Doña Beatriz se rio.

—Quizá, Josefa, vos sois la más sabia de las dos. No sabría decir cuánto debe ser cambiado y cuánto aceptado como inmutable. Yo solo me adentro en la oscuridad, llevando conmigo mi pequeño pedazo de conocimiento antes de que el miedo me haga retroceder. Pero, aunque los vientos de la vida a menudo me empujan en la dirección equivocada, avanzo más por el camino que escogí al comenzar mi viaje.

Josefa se frotó la sien y suspiró.

—Y seguimos igual que cuando comenzamos esta conversación, sin un buen propósito. Debéis encontrar un modo de salir de este pozo antes de que la presa se rompa y os arrastre consigo. Temo mucho por vos.

Doña Beatriz agarró la mano inquieta de su amiga.

—No. Os digo la verdad, hablar de toros no es lo mismo que estar en la arena. La vida me ha enseñado a sobrevivir en mi baile con este toro particular. Incluso si debo humillarme ante él, saldré del fango antes de que llegue el diluvio.

CAPÍTULO 18

«El hombre es superior por naturaleza y la mujer inferior; uno gobierna, la otra es gobernada».

ARISTÓTELES,
Política, libro I, capítulo 13

—Os exijo y encargo a ambos, así como responderéis en el terrible día del juicio final, cuando los secretos de todos los corazones sean revelados, que si alguno de vosotros conoce algún impedimento por el cual no puedan unirse legítimamente en santo matrimonio, lo confeséis. Tened por cierto que quienes se unen de un modo que no permite la palabra de Dios, no están unidos por él, ni su matrimonio es lícito.

La luz del sol hizo relucir el vestido de boda color índigo de doña Beatriz mientras las palabras del sacerdote retumbaban en sus oídos. Aferrándose a la capa para cubrir su vestido, miró de reojo a Francisco y se consoló a sí misma: «Uno de nosotros está feliz. Dios permita que Francisco siempre lo sea. Que la ceremonia termine antes de que me escape».

De pie, cerca de la entrada de la iglesia, junto a Francisco, sus hijos mayores y algunos amigos como testigos de su unión, la Latina volvió a enfrentarse a la incertidumbre de casarse con él. Sí, lo amaba, pero ¿podría el matrimonio cambiar su vida del mismo modo que la artillería de su esposo transformaba el paisaje de la guerra? «A Dios le ruego, que sea estéril», pensó. Miró al anciano sacerdote y luego a Francisco.

«¿Lo habré dicho en alto?». Tragando saliva, intentó ralentizar la respiración mientras combatía el creciente pánico. «Teniendo ya tres hijos, Francisco no necesitará tener más... ¿verdad?».

—¿Tomaréis a esta mujer como vuestra legítima esposa, para vivir juntos, tal y como Dios lo ordena, en sagrado matrimonio? ¿La amaréis, la consolaréis, la honraréis y la sostendréis, en la enfermedad y en la salud, y os olvidaréis de todas las demás, teniéndola solo a ella, hasta que la muerte os separe?

La sonrisa de Francisco al pronunciar el firme «Sí, lo juro» comenzó a calmarla. La trataba con ternura y estaba orgulloso de ella. Le prometió no interponerse en su posición en la corte ni en la universidad. No habría hecho tal promesa si no fuera hombre de palabra. Sus años de paciencia, esperando poder desposarla, eran sin duda prueba de ello.

—¿Tomaréis a este hombre como vuestro legítimo esposo, para vivir juntos, tal y como Dios lo ordena, en sagrado matrimonio? ¿Lo amaréis, lo obedeceréis, lo honraréis y lo sostendréis, en la enfermedad y en la salud, y os olvidaréis de todos los demás, teniéndolo solo a él, hasta que la muerte os separe?

—Sí, lo juro —murmuró doña Beatriz. Mirando de nuevo a Francisco, tragó saliva y repitió las palabras más alto. Casarse con él ofrecía la mejor solución a su problema con el rey, pues no se atrevería a perseguir a una mujer casada con un hombre a quien llamaba amigo. El resto de la ceremonia le pareció un sueño.

Y le siguió pareciendo un sueño cuando celebraron con la familia y los amigos en la casa de Francisco. Lo poco que se obligó a comer le supo insípido y le provocó náuseas. Ocultando su desinterés por el festejo, sus ojos no dejaban de volver al anillo de bodas en su dedo: una sencilla sortija de oro macizo que se ajustaba firmemente a su mano.

«No seas tonta, el anillo no va a dejar su marca en ti», se reprendió.

No fue hasta pasada la medianoche cuando finalmente quedó a solas con Francisco en su aposento iluminado por velas. La noche era fría y el fuego de la chimenea ardía con lentitud. Él, ataviado solo con la camisa y las calzas, se acercó al hogar para avivarlo. Las brasas brillaban en un rojo intenso mientras colocaba cuidadosamente unas ramas antes de poner un pequeño tronco sobre ellas. Sin pensarlo, la Latina comenzó a desatarse los lazos del escote bajo de su vestido. Al levantar la vista, su esposo sonrió y, desde la chimenea, se incorporó para acercarse a ella.

—Permitidme, mi amor.

Estar tan cerca de él, observando cómo sus dedos se ocupaban con la tarea, le provocó un nudo en el estómago. Francisco era un buen hombre. Un muy buen hombre.

El vestido cayó al suelo. Ella se estremeció en su fino camisón y cruzó los brazos sobre el pecho. El escote estaba tan abierto que amenazaba con deslizarse de sus hombros y revelar delicadamente su figura. Francisco volvió a sonreír.

—Estamos casados, amor mío —le recordó.

Con dulzura, él le apartó los brazos y el camisón se deslizó hasta la cintura. El aire frío erizó su piel, enseguida cubierta por las manos cálidas de Francisco. Lo miró fijamente, consciente de su desnudez parcial y del contacto firme de sus manos. Él la atrajo hacia sí y la besó: primero un lado de los labios, luego el otro, hasta que la reclamó por entero.

«Gracias, Dios mío, gracias a Dios que el rey jamás buscó reclamar mi boca. No pienses en él. No dejes que arruine tu noche de bodas. Piensa solo en Francisco. Ha llegado el momento de descubrir cómo es la verdadera unión entre un hombre y una mujer».

Francisco la soltó, le desató los lazos del camisón y lo dejó caer por completo al suelo, exponiendo su cuerpo. La contempló largo rato, mientras ella se cubría las mejillas encendidas con las manos. Como si no pesara nada, la alzó en brazos y la llevó en volandas hasta el lecho.

La depositó con delicadeza sobre la cama y se quitó la camisa por la cabeza. Luego, despojado de las calzas, casi rebotó junto a ella sobre el lecho. Tendidos de lado, manteniendo una ligera distancia entre ambos, se volvió para mirarla a la cara. Con un dedo, recorrió desde la sien hasta la comisura de los labios.

—Mi bella esposa —murmuró, antes de besarla otra vez. Esta vez, ella le correspondió, primero con timidez y luego con creciente confianza. Sabía a miel, con un ligero toque de vino. Cuando su lengua rozó la suya, se apartó, sorprendida, y con una ceja alzada dijo:

—Nunca habéis hecho eso antes.

—Si lo hubiera hecho, habría encontrado estos años de templanza insoportables.

—¿No os gustó?

—No lo sé —confesó, sincera—. Hacedlo otra vez y dejad que decida.

Él sonrió, y al volver a besarla fue ella quien abrió la boca para recibirlo. La sensación la recorrió entera; sin pensarlo, cerró los ojos y respondió. Su corazón latía con tanta fuerza que la ensordecía.

Francisco la hizo recostarse de nuevo y, al notar cómo se tensaba, acarició su rostro con suavidad.

—No temáis. He aguardado este momento demasiado tiempo como para estropearlo ahora con prisas. Tenemos esta noche, la siguiente... y todas las de nuestra vida. Quiero amaros tanto como vos queráis que os ame. —Le pasó los dedos con ternura desde la mejilla hasta el cuello y, de ahí, hasta el pecho. Con

una sonrisa traviesa, trazó un círculo en torno al pezón, que se endureció bajo la caricia. Inclinó la cabeza y lo besó con reverencia antes de atraparlo suavemente entre los labios. A la mujer, se le escapó un gemido mientras un calor desconocido nacía en su interior, obligándola a buscar más de su contacto. Él alzó la mirada, casi juvenil, y preguntó:

—¿Os gusta, amor mío?

Doña Beatriz venció su timidez, le enmarcó el rostro con ambas manos y susurró:

—¿Y a vos qué os gusta, Francisco?

—Esa respuesta puede esperar —repuso, divertido—. Tenemos semanas por delante para que lo descubráis. —Y, acariciándole la cara, añadió con ternura—: Pero esta noche quiero que sepáis que los hombres no siempre hieren. Que hacer el amor es compartir el placer, no el dolor. Quiero que esta noche borre para siempre aquel agravio.

Ella le puso un dedo sobre los labios.

—Sssh... no hables de ello. —Atrayéndolo hacia sí, lo besó con ardor. Sintió cómo su boca se fundía con la suya al tiempo que una mano se deslizaba entre sus muslos, invitándola a abrirse. Se quedó inmóvil un instante cuando sus dedos la exploraron, pero pronto se entregó, relajándose bajo la dulzura de su tacto. Se abandonó en el lecho, dejándose guiar por aquellas caricias que despertaban en su cuerpo sensaciones nuevas y estremecedoras.

—¿Es este el pecado contra el que nos previenen los sacerdotes? —susurró, con la sangre palpitándole de placer.

Francisco soltó una carcajada.

—Que el sacerdote se ahorque. Jamás llamaré pecado a amar a mi esposa. —Inclinó la cabeza hacia su cuello, besándola desde la mandíbula hasta la clavícula. Ella gimió, y él continuó con una dulzura insistente que la hizo estremecerse. Su cuerpo ardiente se apretaba contra el de ella, y sus caricias encontraron menos resistencia que antes. Consciente de la calidez y humedad que la invadía, la mujer cerró los ojos y dejó escapar un gemido más profundo.

—¿Estáis lista, amor mío?

Ella lo miró a los ojos, respiró hondo y, sin poder hablar, asintió.

Francisco se tendió sobre ella y le abrió suavemente las piernas para colocarse entre ellas. Piel contra piel, ella se sorprendió un instante por el roce de su cuerpo, tan distinto y tan real. Pero, a diferencia de lo vivido en el pasado, solo sintió una

leve punzada antes de rendirse a su calor. Lo rodeó con los brazos, acariciando su espalda mientras él comenzaba a moverse, y pronto su propio cuerpo respondió, acompasando el ritmo. Por un fugaz instante, un recuerdo oscuro trató de irrumpir: manos implacables, desgarrando su vestido, oprimiéndola, negándole la libertad, hiriéndola, humillándola. Pero en su mente se alzó un grito rebelde: «No. Reniego de ti. No vas a destruir este instante. No eres nada para mí. Nada».

Con esa determinación, se aferró aún más a Francisco moviéndose con él, dejándose arrastrar por una ola creciente de placer. Una marea que la envolvió y la llevó más allá de los límites de la carne, hasta donde se encontraba Francisco, para fundirse en un mismo ser.

* * *

Una tregua en los combates entre cristianos y musulmanes permitió que Francisco pudiera permanecer en la corte durante varios meses. Doña Beatriz seguía enseñando a Catalina y María por las mañanas, pero pasaba las tardes junto a él. A menudo salían al campo. Sus manos, ya manchadas de tinta, se ensuciaban aún más al ayudarlo a experimentar con pequeñas cargas de pólvora y armas portátiles de su propio diseño. Ella también había ideado algo: unos gorros de lana con orejeras para proteger los oídos.

Francisco había estallado en carcajadas al verlos.

—No estoy seguro de que pueda llevarlos al frente —le había dicho con una sonrisa—. Pero aquí, por vos, los llevaré.

Las noches eran también tiempos de alegría: cuando se lavaban del cuerpo la grasa y el olor a azufre, y ella comenzaba a acoger con gozo la vida matrimonial y el amor que compartía con su esposo. Por las mañanas, regresaba a la cámara convertida en aula para transmitir a Catalina y María lo que Francisco y ella habían aprendido de sus experimentos con la pólvora. Pero había otra razón por la que buscaba pasar tiempo con él lejos de la corte. Francisco permanecía allí porque también lo hacía el rey. Y ella rezaba para que su matrimonio acabara por fin con el deseo del monarca, aunque el temor de descubrir lo contrario nunca la abandonaba.

* * *

Los pájaros trinaban un canto a la primavera y la luz plateada del amanecer bañaba el pasillo, dibujando un camino de claridad que la condujo al patio

exterior. Esa mañana estaba sola, pues Catalina, acompañada de María, había sido enviada por la reina a hablar con ella tras las oraciones. Doña Beatriz paseó entre los altos arcos que la envolvían en mil matices de sombra verde. Por todas partes revoloteaban y danzaban mariposas en torno a las enredaderas florecidas. Flores radiantes, desde los tonos más pálidos hasta los más intensos y atrevidos, adornaban un jardín que ya celebraba las primeras semanas de primavera.

Ella se adentró aún más, deshilando con sus pasos la luz plateada. Un par de mariposas volaron hacia ella, y una, en particular, le rozó la punta de la nariz con las alas, provocándole un leve cosquilleo. Un rayo de sol las transformó en zafiros vivientes, con alas orladas de rubíes. Riéndose de pura alegría, doña Beatriz giró en un círculo, contemplando cómo aquellas joyas aladas se desvanecían en las sombras que bordeaban el patio. Permaneció quieta, con las palmas extendidas hacia el cielo, lamentando la belleza perdida. Deseó poder clamar y llorar por sus manos vacías. «¿Cuánto más tiempo deberé esperar hasta tenerlas colmadas?». Luego se reprendió a sí misma: poseía ya mucho más que la mayoría de las mujeres que conocía.

La risa de un hombre la sobresaltó y retrocedió hacia la penumbra, aliviada al reconocer, sentado en el borde de un estanque rectangular, al hombre al que llamaban el «marinero». Con la figura medio envuelta en sombra y medio bañada en luz, alzó una mano e hizo un gesto para invitarla a acercarse.

—Buenos días, Latina. Venid. Venid y hablad conmigo.

Curiosa, aunque cauta, doña Beatriz obedeció, avanzando hacia él con la mirada fija en su figura y deteniéndose solo cuando apenas un par de pasos los separaban.

El hombre volvió a reír. Estirando sus largas y delgadas piernas, la contempló.

—Es extraño que lleve ya meses en la corte y esta sea la primera vez que nos encontramos, ¿no os parece? Recuerdo haberos visto junto a la hija menor de la reina, el día en que el rey moro salió por las puertas de este hermoso alcázar por última vez. El día en que los estandartes de Castilla y Aragón ondearon en sus torres. El día en que la reina me hizo otra promesa. He oído que sois la tutora de la joven infanta.

—Sí, desde que tenía cinco años —respondió ella con una sonrisa.

Él echó la cabeza hacia atrás, como sorprendido, gesto que hundió su rostro en las sombras. Era un hombre en sus cuarenta, aunque aún conservaba un aire juvenil. Observó a la Latina con más detenimiento.

—¿Sabéis mi nombre?

Mientras crujían las hojas secas bajo sus pies, ella se demoró un instante en aquel sonido antes de alzar la vista hacia el hombre, recordando su primer encuentro en la corte de la reina, antes de la caída de Granada.

—Sí, lo conozco.

Cristóbal Colón se balanceó levemente, frotándose las palmas contra los muslos enfundados en calzas negras, donde la pierna se une al cuerpo. Se quitó el gorro de terciopelo oscuro y se rascó la cabellera rojiza ya entreverada de blanco.

—Entonces tenéis ventaja sobre mí. «La Latina», es todo lo que sé de vos. ¿Puedo pediros el honor de conocer vuestro verdadero nombre?

—Doña Beatriz de Ramírez, también conocida como doña Beatriz Galindo.

Colón la escrutó de nuevo.

—¿Es vuestro esposo don Francisco Ramírez? ¿Aquel que sirve a la reina entre los encargados de la pólvora?

Ella sonrió.

—La reina se refiere a él como uno de los hombres más valientes que conoce. Partió hace dos días para reanudar su misión.

Colón estalló en carcajadas, dándose una sonora palmada en los muslos.

—¿Por qué os reís, señor? Digo la verdad.

Una mueca sarcástica le cruzó el rostro antes de recomponerse, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Disculpadme. No era de vuestro buen y estimado esposo de quien me reía, sino de mí mismo. Escuchad bien: la reina es maestra en decirnos lo que anhelamos oír. Tal vez crea sinceramente lo que os ha dicho acerca de vuestro marido; mas yo no pondría tanta fe. Han sido demasiadas las promesas hechas y no cumplidas, todas cubiertas con demasiada miel —dijo, contemplando el jardín, dejando que sus palabras flotaran en el aire.

Un lugar fragante y pacífico, con un arco de entrada y la enredadera en flor, se reflejaba en el estanque tembloroso. El revoloteo de cientos de mariposas quedaba atrapado por un instante en la superficie del agua. Cristóbal Colón sacudió la cabeza, como si intentara despejarse de sus propias visiones.

—Es hora de que abandone este lugar. He perdido demasiados años esperando a que la reina se decida y cumpla sus promesas —declaró, conteniendo su enfado—. Miradme ahora: una mañana más sin que me haga caso con la excusa de que está demasiado ocupada para verme. Sí, relegado en favor de una audiencia con la tutora de su hija. ¡Por Dios! —Se incorporó de repente, inclinándose sobre ella

—. Pero no todo ha sido en vano. Otros en Francia o Génova atenderán a lo que tengo que decir. Hoy partiré hacia Córdoba. —Recogiendo su sombrero, Cristóbal Colón hizo una reverencia y se despidió:

—Adiós, doña Beatriz de Ramírez, y gracias. Dudo que volvamos a encontrarnos.

La Latina se quedó quieta, observando cómo se alejaba. Ignorando la belleza a su paso, su partida sobresaltó a un grupo de mariposas posadas en las flores, que alzaron el vuelo, revoloteando y danzando alrededor suyo en la luz de la mañana.

* * *

Más tarde esa mañana, doña Beatriz retomó las lecciones de latín con Catalina y María. Eligió a la infanta para que leyera un tratado de Aristóteles mientras observaba luchar con Galeno a María, que se removió junto a su amiga y dejó escapar un suspiro.

Doña Beatriz dejó la pluma en el tintero y volvió su mirada por completo hacia la pequeña.

—¿Alguna pregunta, María?

La niña apartó el libro abierto de su lado.

—Demasiadas. Habla de tres órganos principales: el corazón, el cerebro y el hígado, pero no entiendo su explicación de cómo controlan todo en nuestro cuerpo.

La tutora sonrió.

—Estás leyendo *Sobre las facultades naturales,* ¿no es así?

La alumna cruzó los brazos y frunció el ceño.

—¡Por supuesto, maestra! Vos me dijisteis que lo leyera.

Catalina, apretada contra el costado de su amiga, añadió:

—Pero Aristóteles dijo que el corazón es lo que controla todo.

Doña Beatriz dio una palmada y rompió a reír.

—Primero mi otra alumna, y ahora, la infanta —dijo, dirigiéndose a Catalina —. Aristóteles era, ante todo, un filósofo, mi joven erudita. Y los filósofos exponen teorías, como la de la Tierra que despierta con la primavera. Que estén en lo cierto o no... eso os corresponde decidirlo. Es libre de formular sus propias teorías. De hecho, me decepcionaría si no lo hiciera.

»El tratado de María, en cambio, procede de Galeno, un médico de hace cientos de años. Otra vez, la vida os enseñará a estar de acuerdo o no con sus

teorías —añadió, sonriendo—. Creedme, son solo peldaños colocados por hombres y mujeres a lo largo del camino de la humanidad, para que sus hijos los encuentren en busca de la verdad. Pero creo que Galeno colocó los correctos. Los médicos trabajamos a menudo en la oscuridad, por eso necesitamos hallar estos peldaños, algún tipo de apoyo sobre el que asentar los pies.

María se rascó la cabeza, por debajo del rodete. Acercando de nuevo los libros, abrió las páginas para revelar un complejo dibujo anatómico inspirado en Galeno. La niña parecía a punto de llorar. Mirando a doña Beatriz, se lamentó:

—Hay demasiado que aprender, doña Latina. Nunca lo sabré todo.

Su tutora giró su taburete y se inclinó hacia ella.

—¿Acaso crees que yo sí lo sé? Porque no es así... nadie lo sabe todo. Pero piensa y reflexiona sobre los desafíos que ya has superado. Has avanzado mucho desde nuestras primeras lecciones. Niña, permite que los obstáculos te impulsen hacia delante. Un día, te prometo que darás gracias a Dios por no haberte rendido. Tal vez incluso me lo agradezcas a mí.

Ante la duda visible en el rostro de María, doña Beatriz sonrió en señal de consuelo.

—Aprenderás a distinguir la vida de la muerte. La reina tiene plena confianza en ti, al igual que tu madre. Y, por supuesto, no dudes que un día serás una hábil médica.

María echó un vistazo hacia Catalina y murmuró:

—Doña Latina, ¿es cierto que la reina solo nos dice lo que queremos oír?

La tutora la miró fijamente, con las palabras de Cristóbal Colón resonando de nuevo en sus oídos.

—¿Quién te dijo eso?

La niña agachó la cabeza.

—Disculpadme... os oí hablar con Cristóbal Colón en el jardín. No era mi intención, pero la reina me ordenó que regresara a vuestro lado.

Catalina alzó la vista, apartando el libro, frunciendo el ceño:

—¿De qué habláis?

Su compañera tragó saliva, confundida.

—Oí a doña Latina hablar con Cristóbal Colón esta mañana. Él dijo que ya estaba harto de esperar y que partiría de la corte hoy.

La mujer ladeó la cabeza, dibujando un círculo con el dedo sobre la superficie pulida de la mesa. Insertó en él un triángulo, lo cruzó con una línea recta en

medio y, al detenerse, tamborileó con los dedos sobre la madera.

—Cristóbal Colón es un hombre que quiere las cosas a su modo... y las quiere ya, no mañana. —Miró a María—. Dime, niña, ¿crees que hablaba con sinceridad? ¿O solo desahogaba su frustración?

La pequeña se irguió, con los ojos brillantes de ilusión. La Latina ocultó una sonrisa, complacida de ver cuánto podía alegrarla una sola palabra. María se rascó la cabeza y, humedeciéndose el labio, respondió:

—Lo dijo como si realmente lo creyera, doña Latina.

La mujer evocó la escena en el jardín: primero un hombre sentado, luego convertido en impulso y acción, quebrando la calma del lugar y espantando a las mariposas con su súbita partida. Suspiró, reconociendo que la niña probablemente tenía razón. Alzando la vista más allá de ella, se enjugó los labios. Ya decidida, se incorporó. La madera de la silla chirrió contra el pavimento mientras se recogía las faldas con un brazo.

—La reina debe saberlo —decidió—. Continuad con vuestras lecciones mientras yo doy parte a Santángel. Ayer mismo me confió que la reina empieza a pensar seriamente en apoyar la empresa de Cristóbal Colón.

Catalina miró a María, se encogió de hombros y volvió, en silencio, a la lectura.

* * *

Doña Beatriz regresó a la cámara convertida en aula cuando ya se acercaba la hora en que solían dar por terminada la lección de la mañana.

—¿Encontrasteis a Santángel? —preguntó María.

—Sí, en los aposentos de la reina. El rey también estaba allí, jugando al ajedrez con Fonseca. El conde de Tendilla, Juan Ponce de León y Gonzalo Fernández de Córdoba observaban en silencio mientras Santángel hablaba a solas con la reina. Ya sabéis lo seria que es para el rey una partida de ajedrez: no osé interrumpirlo. Pero entonces la reina le preguntó qué opinaba sobre Cristóbal Colón, y quiso saber el parecer del rey. —Sonriendo, añadió—: Fonseca aprovechó la distracción del rey para mover una pieza, comentando: «Vuestra alteza, la reina actúa como un navegante imprudente. Se ha acercado demasiado al abismo y corre el riesgo de ser arrastrada por su mano oscura».

Fascinadas, Catalina dejó el libro a un lado y hasta María se inclinó hacia delante.

—¿Y qué respondió el rey?

Doña Beatriz se encogió de hombros.

—¿Qué creéis que dijo cuando estuvo a punto de perder? ¡Que el Diablo se llevase a todos los marinos! Pero para entonces yo ya había contado a la reina lo que vosotras me dijisteis. Y, cuando el rey ganó la partida, ella le señaló que no había gran riesgo en conceder a Cristóbal Colón lo que pedía. El rey asintió y, acto seguido, ella hizo llamar a un paje, ordenándole cabalgar hasta alcanzarlo para anunciarle que había sido nombrado almirante del océano.

* * *

El tiempo transcurrió. Cada verano, doña Beatriz partía hacia la Universidad de Salamanca para cumplir con sus obligaciones académicas. Eran más de dos meses de ausencia en los que añoraba a Catalina, a María y también a su esposo, aunque este rara vez se hallaba en la corte, ocupado casi siempre en el campo de batalla. Las largas semanas en Salamanca siempre la devolvían a sus dos pupilas con renovado fervor. Absorbida por la redacción de nuevas tesis, las reunía a su lado y les leía sus escritos, tratándolas como verdaderas eruditas. Sabía que aquello era cierto en el caso de Catalina, pero María a menudo se cansaba, sobre todo cuando los asuntos no despertaban su interés. Aun así, Catalina se empeñaba en que su amiga aprendiese, le gustara o no. A veces, la tutora tenía la impresión de que el progreso de María en el latín debía más al empeño de Catalina que a su propia labor como maestra.

Como las dos niñas ya eran mayores y podían leer y escribir en latín y en su lengua materna con soltura, doña Beatriz cedió parte de la enseñanza de Catalina a los hermanos Geraldini, eruditos italianos de gran prestigio que la reina había contratado para instruir a sus hijas.

La infanta disfrutaba especialmente de las lecciones del hermano menor de los maestros. Un día, doña Beatriz los encontró en torno a una mesa, con un gran mapa desplegado, mientras el italiano, con los ojos encendidos de entusiasmo, decía a la infanta:

—Princesa, esto era lo que sabíamos del mundo ayer. Pero hoy... —Hizo un ademán desdeñoso sobre el pergamino—. Hoy, con el regreso de Cristóbal Colón, el mundo ha cambiado. Este mapa ya no sirve. Recordad siempre este momento, pues no sucede todos los días que un hombre descubre un mundo nuevo y transforma para siempre el antiguo. —Y, soltando una carcajada, añadió

—: ¡Alabado sea Dios y bendita la buena reina, vuestra madre, por honrarme al permitirme hablar de este gran navegante!

Hacía menos de un año, Cristóbal Colón había partido en busca de lo que muchos consideraban una muerte segura. La mayoría lo tachó de loco, pero desde su regreso, Geraldini nunca permitió que se olvidaran de que él fue uno de los que ganó el favor de la reina, ayudando a Cristóbal Colón a conseguir lo que más deseaba: los fondos para sus barcos. Al regresar, pagó con creces su deuda con su patrón real y abrió la puerta a un mundo nuevo, lleno de riquezas inimaginables.

Esa misma mañana, carruajes cargados de tesoros ascendían con dificultad hacia el antiguo alcázar de Barcelona, encaramado sobre la ciudad. Los rebuznos de los asnos y el chasquido de los látigos de los hombres que los azotaban rompían la calma del amanecer, anunciando que algo importante estaba por suceder. Poco después del mediodía, los reyes ordenaron a la corte reunirse en sus aposentos.

Al entrar, doña Beatriz percibió un cóctel de fragancias inusuales: dulce, intenso, picante, densamente cargado en el aire. Contra las paredes, varios monos se lanzaban contra los barrotes de las jaulas, chillando sin cesar, mientras coloridos pájaros de plumaje exótico competían con sus gritos, superando incluso la algarabía de hombres y mujeres entusiasmados.

La familia real se encontraba reunida bajo el estrado real. La delgadez de la reina, casi dolorosa de contemplar, resaltaba su presencia, y hasta la princesa Isabel parecía llena de asombro mientras su madre se deleitaba con los frutos tangibles del viaje de Cristóbal Colón: animales extraños, alimentos desconocidos para probar y, sobre todo, un derroche de oro.

Seis hombres extraños y silenciosos captaron de inmediato la atención de doña Beatriz. Su piel rojiza brillaba bajo la luz dorada que se filtraba por los arcos, y apenas vestían unos calzones que dejaban ver su cuerpo esbelto y musculoso. Llevaban pesados aros de oro en orejas y nariz, y plumas y otros adornos decoraban sus largas cabelleras negras, brillantes por el aceite. Aunque parecían tristes, asustados y ajenos a aquel mundo, irradiaban una dignidad y un orgullo inquebrantables.

Sonriendo, Catalina tomó del brazo a María y señaló a los hombres; María soltó una risita. Doña Beatriz solo alcanzaba a percibir la profunda inquietud de los hombres, su miedo casi palpable. Volvió a mirar a las niñas: eran tan jóvenes..., tan jóvenes que olvidaban que algún día podrían ser como aquellos hombres, destinados a morir lejos de sus hogares, en otro mundo.

* * *

Mi dulce Francisco:

¿Os han llegado las noticias sobre Cristóbal Colón? Imaginaos, mi amor, el descubrimiento de un nuevo mundo. Hace apenas dos semanas regresó a la corte, trayendo consigo un gran tesoro: aves exóticas, objetos de tierras lejanas e incluso alimentos desconocidos. La reina me obsequió con un collar tomado de sus arcas; estaba hecho con cuentas de madera pulida, teñidas de un color tan profundo que reflejaban mi rostro como pequeños espejos. A mi alumna María le regaló otro semejante. Las infantas mayores se llevaron cada una el ave que consideraron más hermosa, mientras que Catalina recibió un mono muy joven, que se aferró a ella como si fuera su madre. Ella lo arrullaba y le cantaba, pero pronto el animal se convirtió en un verdadero quebradero de cabeza. Solo un día bajo su cuidado y ya había arrebatado el collar de María de su cofre. Al oír los chillidos provenientes de los aposentos de la infanta, corrí a ver qué sucedía y hallé al mono esparciendo las cuentas por todas partes. Intenté recoger algunas para María, pero el hilo se rompió y todas cayeron por el suelo. Poco después, el mono trepó a la cabecera de la cama y comenzó a colgarse de los cortinajes, chillando como poseído. La pobre María se arrojó al suelo intentando recuperar los abalorios; el animal debió de pensar que era un juego, pues descendió y se disputó con ella las cuentas. Se convirtió en una carrera para ver quién lograba recoger más. Finalmente, el mono se escondió bajo la cama para acicalarse y María terminó por odiarlo tanto como yo. No envidié en absoluto a la niña, compartiendo la cama no solo con la infanta, sino también con su nueva mascota... y sus pulgas.

Día tras día, el animal interrumpía mis lecciones. Cuando Catalina debía atender algún mandato de su madre, María quedaba como única cuidadora. Afortunadamente, los criados acudían para ordenar el desorden que dejaba.

La infanta adoraba al pequeño mono y disfrutaba de sus travesuras. ¿Qué otra cosa podía hacer yo sino morderme la lengua y atender también al animal?

Diez días después de que la princesa lo escogiera, María lo encontró muerto y frío en su cesta. ¡Cuánto lamento mis malos pensamientos sobre aquel

animal! Cómo desearía que la traviesa criatura volviera a la vida y a los brazos de Catalina...

Recordando la muerte del mono de la infanta, doña Beatriz se preguntó si Juana había actuado con mayor sabiduría que sus hermanas respecto a su mascota. Tras el regreso de Cristóbal Colón a la corte, el rey la encontró riendo y bailando con sus dos esclavas traídas de África y la confinó en sus aposentos hasta el día siguiente.

El rey siempre le reprochaba su excesiva libertad con ellas, pero aquellas esclavas eran sus únicas compañeras fieles junto a sus hermanas y su hermano. Sin estos lazos, Juana habría estado sola en la corte. La constante desaprobación del rey hacia ella hacía que otros se mantuvieran a distancia; incluso las doncellas de su madre le prestaban menos atención que a sus hermanos. Muchos temían hacerse amigos de ella por temor al rey.

Al ser convocada por su madre al día siguiente, Catalina dejó escapar un grito de consternación en el aula. Acudiendo a su lado, doña Beatriz contempló el volumen abierto de *Consolación de la filosofía,* en cuya página se leía: «Pero ahora es tiempo para el arte del médico, no para las quejas».

Mirando a su tutora, Catalina dijo:

—Doña Latina, esto debe devolvérsele a Juana. Su nuevo tutor, el doctor Miranda, se lo dio para su estudio y yo ya lo he tenido demasiado tiempo. Me está prohibido ver a mi hermana. ¿Podríais llevárselo vos por mí?

La infanta sonrió antes de bajar la cabeza, apesadumbrada, y retiró el libro de la mesa.

Doña Beatriz suspiró. Si ella fuese la tutora de Juana, simplemente localizaría otra copia del libro en la bien surtida biblioteca de la reina. Desde que Catalina había tomado prestado aquel volumen de su hermana, no había cesado de mencionarlo o leerlo en voz alta. Conocía de memoria ya buena parte de su contenido. Como muchos antes que ella, la doctrina de Boecio le fascinaba. La infanta quería creer que también tenía la capacidad de soportar los malos vientos de la fortuna y solía reflexionar sobre cómo Dios usaba el destino para dar forma a las vidas. De todas las hijas de la reina, ella era la única que amaba aprender por el conocimiento mismo. Su inteligencia se agudizaba con la edad. Al golpear la pesada puerta de los aposentos de Juana, la Latina no obtuvo respuesta. Abrió la puerta. En el fondo de la estancia, las puertas interiores se abrían al balcón. Al

entrar, la vio allí contemplando los valles sumidos en la bruma pálida. La luz del atardecer bañaba a la niña con un resplandor suave.

El viento soplaba con fuerza, enredando su largo cabello en delicadas ondas alrededor del rostro pálido y etéreo. La brisa agitaba los pliegues de su túnica roja, acentuando la cintura diminuta y dejando entrever sus pies descalzos. Entre su pecho, colgando de un lazo negro, centelleaba un rubí; una joya transmitida por sus antepasados, regalo de su abuela en su duodécimo cumpleaños.

El aire de tristeza de Juana dejó a doña Beatriz inmóvil. La niña abrió la jaula dorada de su pequeño loro. El ave agitó sus alas de los colores del arcoíris contra los barrotes y graznó.

—Está mal mantener la belleza encerrada; maltratar a los seres vivos — murmuró la infanta, acariciándole las plumas al animal. Calmado por la caricia, el loro se posó en sus dedos y revoloteó suavemente. Con ternura, Juana lo sacó de la jaula.

Con un sollozo entrecortado, dijo:

—No puedo seguir viéndote infeliz. Dios te dio el don del vuelo... — Levantando la mano, alzó el ave al cielo—. Así que sé libre y vuela.

El loro emprendió un breve vuelo y se posó en el alféizar del balcón. Juana corrió hacia él, sollozando con el corazón hecho trizas y levantando los brazos en un gesto de desesperación. Entonces, el pequeño pájaro desplegó sus alas de colores y se elevó, ascendiendo cada vez más hasta fundirse con la lejanía. La infanta se aferró a la barandilla de piedra labrada, temblando y llorando en silencio. Doña Beatriz retrocedió con cuidado, sin querer perturbar más a la muchacha con su presencia. Con el corazón en un puño, salió de la cámara aún sosteniendo el libro, dejando su regreso para otro momento.

CAPÍTULO 19

«El que mucho gana, mucho pierde».

PROVERBIO CASTELLANO

El sol del mediodía caía sobre ella sin piedad. Aturdida, doña Beatriz se enjugó el sudor que le corría por la frente, sofocada bajo el peso de la ropa. La mula tropezó en el terreno reseco y desigual, sacudiéndola con brusquedad en la silla. Apretó las riendas con firmeza y la guio hacia un suelo más estable, reprimiendo una maldición... y luego otra. Las ráfagas de viento, ardientes en las orillas del Tajo abrasado por el verano, le llenaban los ojos de polvo, sin traerle alivio alguno.

Juana, la última de la familia real en cruzar el río, espoleó a su mula hacia la otra orilla. Doña Beatriz, aguardando su turno e impaciente por alcanzar al fin Alcántara, reparó en el rostro de la infanta: pálido y tenso, espejo de la misma impaciencia. La joven había llegado ya a la mitad del cauce cuando se irguió de pronto en la silla y alzó el látigo para apremiar a la bestia. El corazón de la Latina se detuvo cuando el animal resbaló y fue arrastrado hacia las aguas más bravas. La corriente azotaba los bajos de la silla de montar; tambaleante sobre su montura espantada, Juana miró hacia las aguas y luego al frente, hacia sus padres. Se irguió y trató de recobrar el dominio de la mula. Pero, en ese mismo instante, la situación empeoró.

—¡Madre de Dios! —exclamó la dama de compañía de Juana. Montada junto a doña Beatriz, contemplaba la escena con horror. Pues la mula, en el lugar más incierto del cauce, perdió el equilibrio y, tropezándose de nuevo, lanzó a la infanta de cabeza al agua. Por un instante que pareció eterno, la niña desapareció bajo la corriente. Su manto oscuro, hinchado por la corriente, se desplegó como una rosa a punto de deshojarse.

Se armó un gran revuelo a ambas orillas del río. La joven montura de la Latina se encabritó hacia delante, a punto de desbocarse. Le hizo falta toda su fuerza, y la ayuda de dos mozos que sujetaron las riendas, para contener a la mula aterrorizada y evitar que se lanzara al agua.

Doña Beatriz volvió la mirada hacia el cauce. Juana, ya sin velo ni manto, arrancados por la corriente, se aferraba con desesperación a la silla de montar, ladeada y a punto de volcar sobre el lomo de su mula. Sus ojos, abiertos de un modo desmesurado por el espanto, la devolvían a la infancia, borrando los quince años de una princesa destinada a dejar a su familia para convertirse en consorte de un príncipe. La mula, con los ojos desencajados, parecía demasiado aturdida para reaccionar y cedía, paso a paso, a la fuerza inexorable de la corriente. Entonces, un remolino golpeó con violencia el costado del animal.

Al otro lado del río, los reyes galoparon de regreso a la orilla, con sus otras tres hijas y su hijo siguiéndolos de cerca. Catalina se inclinó hacia delante en la montura, tapándose la boca con la mano y sin apartar la mirada de su hermana, que luchaba por su vida en las aguas.

Doña Beatriz, demasiado lejos para oír lo que decían, vio a la reina hablar y gesticular al rey Fernando. Él, impertérrito, parecía contemplar un espectáculo más que la pugna entre la vida y la muerte de su propia hija. Apartando la vista de su esposo, la reina giró su montura y alzó la mano. Al instante, un mozo de la corte rompió filas y se apresuró a su lado. Ella le dio una orden y el joven espoleó su mula, lanzándose al río con un alarido digno de la guerra.

En ambas orillas se hizo un silencio entre la multitud de nobles. Todos siguieron con la mirada al joven que se dirigía hacia la infanta. El tiempo pareció detenerse. A la Latina le dio la impresión de que todos ellos formanban parte de una pintura: figuras inmóviles, atrapadas en distintos gestos, congeladas en un instante, un suspiro que parecía a punto de quebrarse ante la dura realidad de la pérdida y el dolor.

El joven se ató una cuerda a la cintura y luego, a su mula, antes de arrojarse al río y nadar la corta pero peligrosa distancia hacia Juana. Agarró las riendas de la mula, que relinchaba sin cesar, y tiró con todas sus fuerzas, sumadas a las de su fiel montura, buscando llevarlas hacia aguas más seguras. Los vítores retumbaron desde ambas orillas. Tras unos momentos de tensión que parecieron eternos, Juana y su mula se acercaron lo suficiente a la otra orilla para que un grupo de nobles se adentraran en el agua y la sacaran. Con cuidado, levantaron a la infanta, inconsciente, y la llevaron a tierra firme.

La reina se apresuró al lado de su hija, mientras el rey cabalgaba hacia el mozo de cuadra para hablar con él. Más tarde, ese mismo día, en Alcántara, cuando la corte se asentaba lentamente como cigüeñas regresando a su nido, doña Beatriz

oyó que el rey había premiado al mozo de cuadra, elevándolo al cargo de guardián de la plata.

* * *

Resonaban cerca murmullos de voces femeninas. Apresurándose a regresar al lado de la reina, doña Beatriz dobló la esquina cuando Juana se disponía a salir de sus aposentos. Completamente recuperada de su casi ahogamiento tres días antes, se encontraba acurrucada junto a su esclava africana sobre un pergamino abierto. Al ver a doña Beatriz, la esclava bajó la cabeza como si un látigo la amenazara. Bautizada Catalina por la reina, en honor a su hija, la mora arrebató el pergamino a la infanta, cerrándolo con rapidez antes de que la tutora pudiera distinguir más que unos cuantos símbolos astrológicos cuidadosamente dibujados.

Juana se alisó el vestido, relajándose visiblemente, y entrelazó sus manos delante de ella antes de susurrar a su esclava:

—Es solo nuestra doña Latina. No hay razón para preocuparse. —La muchacha africana se humedeció los labios, sujetando el pergamino contra el pecho con los brazos cruzados. Sus delgados hombros temblaban mientras miraba a su alrededor. El miedo que reflejaba su rostro la hacía parecer mucho mayor de sus apenas catorce años.

Se oyeron unos pasos por el pasillo. Juana agarró a doña Beatriz del brazo, apretándolo con tal fuerza que la maestra dejó escapar un gemido de dolor. La condujo hasta su cuarto, con Catalina siguiéndolas y cerrando la puerta tras de sí. Cerrando los ojos, se apoyó contra la madera, sosteniendo el documento contra su pecho.

—No te preocupes, doña Latina protege nuestros secretos —dijo la infanta, fulminando a la tutora con la mirada—. Sabe lo que pasaría si no lo hiciera.

Ella se quedó mirando fijamente el pergamino custodiado por la esclava.

—¿Qué es eso? —Al pronunciar la pregunta, deseó poder retractarse y marcharse. Por primera vez en su vida, la infanta la asustaba.

Juana tomó el pergamino de los brazos de la esclava.

—¿Visteis algo?

La Latina negó con la cabeza.

—Solo símbolos del zodiaco.

La esclava soltó un suspiro contenido. Juana la miró de reojo, antes de volverse hacia doña Beatriz con determinación.

—Confío en que no diréis nada de esto. Si traicionáis mi confianza, seréis responsable de todo lo que ocurra después; con mi esclava siendo fustigada, por ejemplo.

Doña Beatriz volvió la cabeza, mirando primero la puerta cerrada y luego a la infanta. Alzando la barbilla, proclamó:

—No deseo vuestros secretos. Mantenedlos. —Hizo una reverencia—. Con vuestro permiso, debo ir a atender a la reina.

Juana le tomó el brazo de nuevo, pero esta vez con gentileza, con una sonrisa a modo de disculpa.

—Perdonadme, pero no he hecho nada malo —se defendió, volviéndose hacia su esclava. Doña Beatriz se preguntó si podía confiar en ella. Respirando hondo, la infanta se inclinó hacia la Latina y le susurró—: Mi padre siempre me ha prohibido consultar el horóscopo, pero al estar tan cerca de la muerte el otro día, le pedí a mi esclava que lo hiciera por mí. Así que no he desobedecido al rey, mi padre, ¿verdad? Ella lo hizo por mí, no yo.

Doña Beatriz la miró horrorizada, consciente de lo que el rey pensaría. Por el bien de Juana, deseaba que jamás llegara a enterarse de la existencia de ese pergamino. La infanta no solo se arriesgaba al castigo para su esclava, sino también para ella misma.

—¿Él os lo ha prohibido? —preguntó, observando a la muchacha africana, que seguía aferrada al documento como si pudiera protegerla—. ¿Por qué? No hay nada de malo en consultar la alineación de las estrellas en el momento de nuestro nacimiento. Todos lo hacen.

Juana bajó la mirada y se encogió de hombros.

—No sé la razón por la que mi padre ordenó esto, solo sé que lo hizo. —Con un gesto de asentimiento hacia la esclava, le ordenó—: Abre la puerta. Doña Latina no me traicionará.

* * *

Amor mío:

Os ruego que me perdonéis por haber tardado en responder a vuestra última carta, pero han sucedido muchas cosas desde la última vez que os escribí. Hemos recibido visitantes importantes en la corte de la reina. Hace casi un mes llegó un grupo de ingleses, cansados por el viaje. Tras su primera

bienvenida, apenas tuvieron un día de descanso antes de que los portadores de antorchas los condujeran para ponerse ante el rey y la reina en el gran salón.

Yo permanecía cerca de los hijos de los reyes, mientras que el resto de los sirvientes se distribuían a cierta distancia del estrado real. ¡Cómo se abrieron los ojos de aquellos hombres al contemplar a nuestros monarcas engalanados con sus joyas y sus mejores ropas! En el estrado, sentados juntos en sus respectivos tronos, el rey y la reina vestían ricos trajes de oro festoneados. Tras ellos colgaban telas de oro cuarteladas con los escudos de Castilla y Aragón, bordadas con el lema «Tanto monta, monta tanto —Isabel como Fernando», tan valiosos el uno como el otro.

La reina llevaba una capa de terciopelo negro, ribeteada de oro y rubíes, sobre su vestido dorado. Con cada movimiento, las joyas centelleaban y relucían a la luz de antorchas y velas. Aquella noche, los ingleses se arrodillaron e hicieron reverencias profundas, reconociendo a la reina Isabel y a su esposo como «reyes». No pude evitar sonreír al ver cómo mi infanta alzaba la cabeza con orgullo.

Durante los días siguientes, se sucedieron numerosos banquetes, costosos entretenimientos y largas reuniones privadas con los monarcas. Llegaron noticias de nuevos conflictos en Inglaterra. Con el apoyo del rey de Escocia, el joven que proclamaba ser Ricardo IV invadió Inglaterra con su ejército. Pero su llegada no fue bien recibida por los ingleses, y pronto se vio obligado a regresar a Escocia.

Recientemente, el duque de Milán escribió a la reina, solicitando que ella y el rey marcharan a Escocia para negociar la paz con Inglaterra. Cuando estos hombres partieron, se llevaron consigo no solo regalos para la familia real, sino también lo que deseaba el rey de Inglaterra: un nuevo tratado para el matrimonio de Catalina.

La infanta Catalina está ahora formalmente casada. Permaneció en los aposentos de su madre y pidió al representante del Papa que le permitiera casarse antes de alcanzar la mayoría de edad. Más tarde, contrajo matrimonio con el príncipe heredero de Inglaterra por medio de un apoderado. Sí, con apenas diez años, la vida de mi princesa pertenece ya a Inglaterra... y a un príncipe que nunca ha llegado a ver.

* * *

Con la espalda apoyada contra la pared, Catalina y María estaban sentadas en el banco de madera de la biblioteca, escuchando atentamente.

—Cómo sir Tristán y la bella Isolda entraron en Inglaterra —leyó doña Beatriz en voz alta—, y cómo sir Lanzarote los llevó a la Gozosa Guarda. Entonces la bella Isolda y sir Tristán tomaron su nave y entraron por agua en esta tierra. Y no llevaban cuatro días en esta tierra cuando se hizo pregón aquí de una justa y torneo que el rey Arturo mandaba celebrar...[4] —Al oír a Juana llamar a su hermana, la Latina cesó de leer.

Aun así, la mirada de María permanecía fija en la ilustración de la bella Isolda y sir Tristán, un gesto soñador se dibujaba en su joven rostro. El caballero y su amada estaban pintados con tal viveza de colores que la imagen parecía encenderse desde dentro, iluminada por millares de velas. «Con razón llaman a esto iluminaciones», pensó doña Beatriz. Las niñas le habían rogado que les leyese aquella historia. Ella reprimió su incomodidad. Tal vez habría debido elegir algo que las preparara para la vida real, en lugar de alimentar sus ensoñaciones con historias de amor cortés.

Catalina se volvió hacia su amiga.

—No necesitáis acompañarme —dijo, riendo.

—No, no, os atenderé —replicó María con firmeza. Doña Beatriz sonrió, cerrando el preciado libro. A los diez años, las niñas ansiaban comportarse como mujeres hechas y derechas. Con su impaciencia habitual, Juana desapareció por la puerta abierta y se internó en el pasillo bañado de sol. La Latina la siguió con la mirada: las paredes encaladas a cada lado parecían estrecharse a su alrededor, como si quisieran retenerla. El cabello negro de Juana, partido al medio con exactitud y recogido con esmero, contrastaba con el fulgor de sus ojos azul oscuro y la fuerza apasionada de sus labios. Con apenas dieciséis años, Juana era la más hermosa de las cuatro hijas de la reina. Consciente de ello, se escudaba en esa certeza, y a veces se mostraba altiva con sus hermanas menos agraciadas. Ellas, sin embargo, contentas con su propia belleza y raras veces expuestas al lado más sombrío de su padre, la comprendían. Las cuatro hermanas se querían de verdad. Y en aquellos últimos días juntas —con Juana preparándose para abandonar la corte de su madre y cruzar en pleno invierno los mares rumbo a Flandes para iniciar su nueva vida— parecían más unidas que nunca.

María deslizó sus pies demasiado grandes bajo las faldas, las zapatillas negras y apretadas apenas disimulaban su verdadero tamaño. Miró a su hermana con celos. Doña Beatriz no pudo evitar preguntarse si la pequeña estaba recordando la ilustración del libro, pues el artista había pintado a la dama del caballero con pies diminutos y gráciles, muy parecidos a los de Juana. La infanta mayor, en el umbral de la juventud, hacía que Catalina y María parecieran apenas pálidos reflejos de luna frente al sol del mediodía. Juana vivía ya el esplendor de su juventud, mientras las niñas permanecían aún en la aurora de sus días. Doña Beatriz dio gracias a Dios por ello.

—¡Deprisa! —apuró Juana, echando una mirada por encima del hombro—. Madre quiere pasear con nosotras mientras dure este buen tiempo.

Doña Beatriz se estiró como un felino que despierta y, tras sus alumnas, se levantó y devolvió el libro a la mesa del aula. Lo colocó con cuidado entre dos volúmenes sobre la corte del rey Arturo, coronados por un tercero, muy manoseado, sobre el Cid.

Al asomarse al pasillo, vio a las infantas y a María esperándola. Al lado, Juana se alzaba por encima de Catalina. Sí, pequeña de cuerpo... pensó la Latina, devolviéndole la sonrisa luminosa que la niña le ofrecía. Pero aquella estatura se compensaba con creces de otras maneras. Alrededor de la infanta más pequeña parecía arder ya una promesa de grandeza: una llama que iba más allá de la belleza efímera, tan fácilmente corrompida de la carne. Juana podía ser el sol en lo alto del mediodía, pero en el horizonte empezaba a ascender una nueva estrella, cada vez más resplandeciente.

* * *

Como una cinta infinita de oro, la playa de arena se extendía y se curvaba hasta perderse en el abrazo sin salida de las montañas azuladas, teñidas de humo. El sol poniente bañaba el mar en tonos rosados y naranjas. La espuma, luminosa, destellaba y se hinchaba con las vetas de luz, avanzando y retrocediendo, una y otra vez, sobre la orilla. Las gaviotas que volaban mar adentro cambiaban su plumaje de blanco a naranja, luego a rosa, hasta volverse diminutos puntos oscuros en el horizonte antes de desaparecer de la vista.

A pesar del frío de la tarde, doña Beatriz caminaba descalza, levantando el bajo de su hábito para no ensuciarlo con la arena húmeda. Las infantas también se habían quitado los zapatos, y Catalina y María avanzaban juntas, de la mano. Más

atrás, fuera ya del alcance de sus quejas, la nueva dama de compañía de la infanta María cargaba con las zapatillas de seda, protegiéndolas de la ruina. Catalina, tras intercambiar una mirada cómplice, se lanzó a correr compitiendo contra María de Salinas. Y, pese a que tenía las piernas más cortas, no se lo puso nada fácil para ganar.

Haciendo una pirueta junto a su compañera, Catalina tomó a su amiga de la mano y, alzándose los vestidos, ambas giraron en círculos sobre la arena, riendo sin aliento. De pronto, María se soltó, se dejó caer sobre la playa, se rascó el vientre con gesto travieso y, mirando al cielo, señaló una nube:

—¡Mirad! ¡Un galeón navega por los cielos!

Catalina se sentó a su lado, abrazándose las rodillas, y alzó también la vista.

—Ya no es un galeón, ¿lo veis? El viento lo ha partido en dos... ahora son ángeles. —Le brillaban los ojos—. Fue un barco del Señor lo que visteis.

María volvió a mirar las nubes, luego a Catalina y después a doña Beatriz. Con timidez, pero sonriente, proclamó:

—Dejadme probar a componer un poema. —Mirando a las nubes, se mordió los labios por un instante, antes de comenzar:

Nubes dispersas,
en jirones de blanco.
Nubes ondulantes,
preñadas de vida nueva.
Rayas delgadas,
como banderas al viento,
metamorfosis del aire,
que cuentan historias.
Nubes doradas
por la luz del sol,
cuando golpea ardiente
los densos velos grises
del cielo.

Catalina se rio.

—Mucho mejor que vuestro anterior intento. Algún día podremos llamaros poeta. —Las niñas se ayudaron mutuamente a levantarse, sin apartar la vista del

cielo. Doña Beatriz sabía que eso las distraía de lo que sucedía en ese momento, allí, en la playa.

A cierta distancia, con el brazo entrelazado con el de su hija, la reina paseaba y conversaba con Juana. Su cabello oscuro como el ébano, suelto y ondeando al viento, brillaba con destellos azulados, como las alas de un cuervo. El murmullo de sus voces llegaba hasta donde se encontraban las niñas, cada vez que el viento amainaba o el oleaje se volvía más suave.

A la mañana siguiente, si el buen tiempo persistía, Juana y una numerosa comitiva, formada por miembros de la corte de su madre y de su padre, subirían a los barcos que aguardaban en el muelle real de Laredo, los mismos que la llevarían a Flandes para casarse con el príncipe Felipe. Antes de embarcar, la reina se despediría de su hija, dejándola a merced de su destino.

—Vamos —dijo Catalina, tirando del brazo de María para volver a correr, hundiendo los pies en la arena. Vacilaron al ver a Juana derrumbarse contra su madre. El viento les llevó los sollozos desbordados de la infanta. La reina, sosteniendo a su hija, mostraba en su rostro una mueca de tristeza que mantenía a todos a distancia.

Las niñas se tomaron de la mano, mirando hacia el sendero por el que habían llegado. El agua había borrado sus huellas, dejando pequeños charcos que reflejaban los intensos colores del sol poniente.

Un poco más allá, el príncipe Juan, con el crepúsculo bruñendo en oro su cabello enmarañado, tosió tras cubrirse con la mano. De pie junto a sus hermanas Isabel y María, miraba hacia el mar, fingiendo, como ellas, ignorar la pena de Juana y de la reina.

En lo alto de las dunas que dominaban la bahía, entre los altos mechones de hierba verde, los guardias de la familia permanecían en alerta, con los arcos preparados. Doña Beatriz se preguntó qué pensarían al contemplar aquel drama desplegado en la arena: la reina Isabel abrazando a su hija como si no quisiera dejarla ir.

Catalina soltó la mano de María y buscó con la mirada a su tutora, en busca de consuelo.

—Mi madre tiene miedo. Nunca la había visto tan asustada. —Se agachó, recogió una concha blanca de la arena y la lanzó hacia la orilla. La concha describió un arco en el aire antes de desaparecer en el agua. En el horizonte, las

nubes grises que presagiaban tormenta se alzaban sobre el mar, mientras cintas carmesí de nubes cruzaban el cielo.

—Se ve obligada a enviar a vuestra hermana al comienzo del invierno —dijo doña Beatriz, con la mirada fija en el mar.

María se atrevió a pronunciar las palabras que nadie quería decir:

—Dicen que cruzar el mar no es empresa para corazones frágiles.

Catalina se rio, incómoda.

—Juana no tiene un corazón frágil. Padre dice que su corazón gobierna por encima de su cabeza, que es esclava de sus emociones. Esa, dice él, es su flaqueza. —Al decirlo, miró a la Latina, consciente de haber hablado demasiado, y añadió con premura—. Si tan solo estuviera aquí para levantarle los ánimos a madre... Por desgracia, sus soldados lo necesitan.

Doña Beatriz observó a las apenadas madre e hija y meditó sobre las palabras de su pupila. La niña ya no dudaba de los motivos de su padre. Al rey le había llevado meses reponerse del intento de asesinato, y a ello se sumaban sus constantes ausencias, que lo habían convertido en una figura incuestionable en el corazón de Catalina. Mucho mejor, pensó la Latina, que permaneciera junto a sus soldados. Podía imaginar con facilidad la furia sombría con la que habría juzgado el desgarro de su esposa y de su hija. En vísperas de su partida, Juana, sobre todo, no merecía que su llanto la condenara al desprecio paterno.

Agachando la cabeza para mirar la arena que se filtraba entre sus dedos, los pensamientos de doña Beatriz golpeaban su mente como las olas sobre la playa. La reina estaba tan sola, tan desdichada... privada del consuelo del hombre que sostenía su corazón en la palma de la mano. Él la había fallado y también a sus hijas. La maestra levantó la vista hacia Juan, que aún luchaba por contener la tos, y pensó que incluso estaba fallándole al príncipe, dándole un ejemplo pobre de lo que significaba ser hombre. En lugar de inculcarle su carácter inflexible y, a menudo, despiadado, el rey Fernando haría mejor en enseñarle a su hijo a forjar un corazón amoroso, compasivo y noble. Pero ¿cómo podría lograrlo si él mismo carecía de esas cualidades?

Apenada por la situación de la reina pero sin poder hacer nada al respecto, doña Beatriz se apartó de la familia real, recogió dos vieiras de la arena y las observó. Tan parecidas y, al mismo tiempo, tan distintas, cada una moldeada por los elementos con su singularidad propia.

Dejó que la más perfecta se deslizara entre sus dedos hacia el bolsillo interior de su vestido, mientras que con la yema de los dedos de la otra mano, acariciaba la superficie de la otra concha, bella en su sencillez, sintiéndose humilde ante el arte obrado por Dios. Con razón los peregrinos en Santiago adoptaron la vieira como símbolo. No solo los cristianos veneraban la concha, sino que también lo hacían los paganos. La vieira, junto al mar, simbolizaban la eternidad y el renacimiento.

Sosteniendo la concha a contraluz, observó cómo el abanico traslúcido reflejaba los colores del sol poniente y se preguntó si podría pintarlo. Caminó lentamente por la orilla, contemplando el serpenteante rastro de conchas que la marea había dejado. ¿Y por qué pintar solo una en lugar de toda una hilera? Las superficies blancas brillaban con la luz del sol.

Imaginó el dibujo: el lienzo bordeado de vieiras, todas únicas. Volvió la vista hacia Catalina, al lado del príncipe Juan, quien la rodeaba con el brazo de manera protectora. Al igual que las conchas, sus alumnas eran singulares. Mientras se acercaba, oyó al príncipe decir:

—¿Acaso es raro que el corazón de nuestra madre esté roto? Se preocupa de que Juana esté en peligro o algo peor. Pero ella es la reina. Es su deber dejarla ir, como hará con todos nosotros.

Sin previo aviso, la princesa Isabel se adentró hacia el mar, dejando que el bajo de su hábito negro se empapara con las olas. Observó los alrededores, como si buscara una vía de escape. Al volverse hacia sus hermanos, con los ojos llenos de lágrimas, anunció:

—Muy pronto será mi turno.

Durante los últimos cinco años, Isabel se había entregado por completo a Dios. En todo ese tiempo se aferró a la esperanza de poder tomar el hábito, a pesar de las continuas negativas de su madre y su padre. La princesa alzó la vista hacia el cielo, cerró los ojos y tragó saliva. El pulso le latía en el cuello con fuerza y acelerado, como un pájaro enjaulado, ansioso por escapar y volar. Abrió los ojos, atormentados. A pesar del paso de los años, nunca había dejado de lamentar la pérdida del príncipe Alfonso, una pena que oscurecía y consumía su espíritu.

Doña Beatriz apretó la concha en la palma de la mano, hasta casi cortarse con los bordes afilados, sintiendo como si un dedo frío hubiera detenido su corazón. Pensó en Francisco, tan lejos de ella, viviendo día a día al borde del peligro y la muerte. Amar siempre conllevaba una gran carga: un peligro que podía dar alegría o destruir. Recordó cómo su padre solía decir que el amor era como una espada de

doble filo. Él nunca se repuso tras la muerte de su esposa y murió apenas unos meses después de que la Latina abandonara el hogar. Pero también le decía que, cuando uno ama de verdad, el amor se convierte en parte de nuestro ser, algo que nunca se pierde. Tenía que ser cierto.

La princesa Isabel se adentró aún más en la marea. Por unos instantes, doña Beatriz temió que deseara que el mar se la tragase.

—¡Basta, digo! ¡Reniego de este deber! —Las palabras de la princesa resonaron como un grito que competía con el oleaje.

El príncipe Juan extendió los brazos y tomó las manos de su hermana entre las suyas. Tosiendo, la condujo de nuevo hacia la arena seca.

—Hermana, hermana, te lo ruego, no permitas que la pena te consuma. Aléjate de esta sombra, Isabel, te lo imploro, y siente de nuevo la alegría de la vida.

Las lágrimas resbalaban por las mejillas de Isabel hasta el cuello. Respirando entrecortadamente, negó con la cabeza.

—¡Juan, no lo comprendes! No sabes cuán ardua es mi lucha diaria por seguir viviendo... y cuánto me duele que padre y madre no cesen de recordarme mi deber de casarme de nuevo. Un solo matrimonio deseo, y Alfonso es mi único esposo. Jamás querría serle infiel, ni siquiera en el pensamiento. ¡Me enferma pensar que otro hombre pudiera tocarme! —Agachando la mirada, añadió—: Nuestro señor padre me dice que Portugal ha vuelto a rechazar a María. Me obligan a casarme con el primo de Alfonso. Padre se niega a hacerme caso... a concederme más tiempo. —Apretando los ojos con frustración, se abrazó a sí misma. El áspero hábito negro, tenso sobre su figura, delataba los años que la princesa había dedicado a ayunos y vigilias. Su cuerpo parecía apenas piel sobre huesos. Con las lágrimas ahogando sus palabras, murmuró—: Las princesas castellanas jamás lloran sin justa causa. Deben cumplir con su deber... ¡su deber! —Con un grito salvaje abrió los ojos y golpeó la arena con los pies, furiosa—. ¡Cómo odio esa palabra! ¡La odio, la odio, la odio!

Se volvió hacia la orilla, tropezando y cayendo de rodillas. La espuma mojó los bajos de su hábito.

Juan perdió todo color en el rostro y dejó a Catalina sola, para abrazar a su hermana mayor con fuerza. Las olas les golpearon, empapando la seda y el terciopelo de las ricas galas del príncipe y el austero vestido de su hermana. Ellos no lo advirtieron. Juan tosió y estrechó a Isabel entre sus brazos, con lágrimas en los ojos.

—Silencio, dulce Isabel. Tú, que tantas veces has sido como una segunda madre para nosotros cuatro..., ¡ojalá pudiera ofrecerte verdadero consuelo! Pero no me es posible. Eres la primogénita. Mira en tu corazón y dime que ignorabas que este día llegaría.

Con el rostro oculto en su jubón, Isabel se aferró a Juan como un náufrago a un barco y respondió, con voz apagada:

—Recé con todas mis fuerzas, todos los días, para que alguien me librara de esta carga.

Doña Beatriz tembló, con el corazón henchido de pena, incapaz de apartar la mirada. Isabel había soñado con que sus padres consintieran su deseo de abrazar la vida monástica. Tal vez aquella esperanza se había fortalecido porque la reina, que tanto amaba a su hija, procuraba ganar tiempo cada vez que su esposo insinuaba que había llegado la hora de que su primogénita volviera a desposarse por el bien de la diplomacia.

Juan estrechó a su hermana con delicadeza y la ayudó a levantarse.

—Piensa en lo que este matrimonio significa: unirá de nuevo a Portugal con el reino de nuestros padres. Ellos trabajaron y sacrificaron mucho para mantener sus coronas unidas y fuertes. Tu boda con el rey de Portugal no es sino otro de los sacrificios de madre.

—¿Sacrificios de madre? —repitió Isabel con amargura—. ¿Y qué hay de mí? Hermano, soy yo a quien madre ofrece en sacrificio. —Miró hacia Juana y la reina, y luego a sus hermanas, que atendían inmóviles como estatuas—. ¡Todas sus hijas lo somos! Ovejas llevadas al altar del poder por nuestros propios padres. A veces me pregunto si su profesado amor no es más que la oveja Judas que nos guía a nuestro destino. —Cerrando los ojos, se esforzó por recobrar la compostura. La compañera de Catalina se aproximó para asir su mano—. Yo conocía a Alfonso y lo amaba. ¡Lo amaba, Juan! ¿Sabes tú lo que es eso? Aún lo amo. Mi corazón solo a él pertenece. ¡Solo a él! Su primo, Manuel... apenas lo conozco. ¡Ni quiero conocerlo! Siento que muero por dentro cada vez que pienso en volver a casarme.

Juan miró también a su madre y a su otra hermana. Empequeñecidas por la distancia, caminaban de la mano, dejando tras de sí un rastro de huellas en la arena. Con un gesto torvo, volvió la vista al sendero por donde habían llegado aquella tarde y, después, hacia el otro extremo del muelle, donde una flota de la armada real —dos carracas y más de cien carabelas— se mecía en la bahía. Incluso desde allí, el viento les traía el quejido de la madera contra las olas y las canciones

de los marineros. Apretando aún más a su hermana, él la besó en la coronilla y dejó reposar la cabeza sobre la suya. Doña Beatriz se mordió el labio, inquieta por el príncipe: estaba demasiado pálido. Criado desde su nacimiento para cargar con el peso de la responsabilidad, en los últimos años había dejado de salir a cabalgar con sus hermanas. Cada instante de su vida estaba gobernado por rituales que, de la mañana a la noche, asfixiaban su espíritu, volviéndolo cada vez más rígido en público y privándolo de toda chispa de espontaneidad. El peso de la corona le había robado la juventud, envejeciéndolo a destiempo.

—Dulce hermana, Juana parte hacia un hombre al que jamás ha visto. Lo mismo harán María y Catalina. Yo también habré de desposarme con una desconocida, que llegará en los barcos de regreso de nuestro padre. —Volvió el rostro para toser, encogiéndose de hombros antes de añadir—: Ese es el destino de los príncipes y princesas. Mira a nuestros padres: se casaron apenas unos días después de verse por primera vez, y aun así se aman de verdad. Debemos esperar lo mismo para nosotros. La esperanza allana el camino en este mundo. Te lo ruego, Isabel: intenta mantener la esperanza, intenta creer que puedes volver a ser feliz.

---

[4] N. de la Trad.: Malory, T. (2016). *La muerte de Arturo*. Los de la Ochava. Recuperado de: https://losdelaochava.files.wordpress.com/2016/10/la-muerte-de-arturo-sir-thomas-malory.pdf

CAPÍTULO 20

«Y os ruego, muy noble infanta,
ser servido por el presente tratado,
ataviada de virtudes
y prudente desde tierna edad;
en mucho seguís el ejemplo
de la Gran Reina de Castilla,
que es fuente de todas las virtudes».

Oda de PEDRO MARCUELLO a JUANA

Doña Beatriz se sentó en el alféizar junto a Catalina y sus hermanas, todas contemplando a la reina mientras leía una carta, cuyo pergamino seco crujía entre sus manos. La concentración había marcado una arruga entre sus finas cejas canosas. Al alzar la vista del papel, el alivio suavizó las líneas de preocupación en su rostro, y sonrió.

—Todo ha ido bien con Juana. Gracias a Dios.

El rey se acercó a su esposa para tomar la carta. Tras leerla, miró a la reina.

—Nuevas gratas, esposa mía. La flota solo perdió dos barcos al cruzar el mar en invierno. Todo es como esperaba y deseaba. El navío que llevaba a nuestra hija iba al mando del mejor capitán, para asegurar que llegara sana y salva a Flandes. —Entrecerrando el ojo, el rey sonrió y señaló una línea—. Mira, aquí Juana nos escribe que la elogiaron por su belleza.

La reina Isabel sostuvo el brazo en alto, para poder leer de nuevo la carta.

—Y su adecuada figura para ser madre —añadió, tragando saliva y apartando la vista del pergamino, con la boca tensa.

El rey, con ojos y labios ya sin alegría, posó su mano sobre la que ella apoyaba en su brazo. Los dedos de la reina se aferraron con más fuerza, aprisionándolo. Él frunció el ceño.

—¿Por qué estáis tan abatida, Isabel? No temáis. No hay madre más digna que vos, y Juana es vuestra hija. Con algo de tiempo, hará honor a su sangre.

Cualquier rastro de color desapareció del rostro de la reina.

—Esposo, os he dicho esto antes: Juana me recuerda demasiado a mi querida madre, que perdió la cabeza tras el nacimiento de mi hermano. Tengo miedo, mi señor. ¿Qué pasará si le aguarda el mismo destino? Le rezo a Dios para que hayamos hecho lo correcto al enviarla tan lejos de nosotros. Necesita amor y comprensión. ¿Qué pasará si no lo recibe en Flandes?

Con cuidado, el rey dobló el pergamino por la mitad y lo depositó sobre la mesa a su lado.

—Os ruego que os olvidéis de eso, esposa. Os preocupáis demasiado por ella... y por todos nuestros hijos. Lo que ha de ser, será. Enfermaros no ayudará. Pensad en los fuertes lazos que hemos obtenido al enviar a Juana a Flandes. Muy pronto llegará la esposa de nuestro hijo y nuestros lazos serán aún más fuertes. Sonreíd. Ha pasado tiempo desde que os he visto sonreír, mi Isabel.

La reina se recostó contra él. Puso sus ojos azul verdoso, claros y profundos, en los de su esposo con una sonrisa temblorosa.

—No me resulta fácil, mi señor. Todo va bien mientras goce de la compañía de nuestros hijos, pero vos estáis con demasiada frecuencia lejos, y por causas que van más allá de gobernar nuestros reinos y guiar nuestros ejércitos. Mi señor, os lo imploro... quedaos a mi lado.

Sin apartar la mirada de su esposa, el rey le besó suavemente la mejilla.

—Vos sabéis que yo también lo deseo. Soy vuestro esclavo, ahora y por siempre. Pero nuestro servicio a Dios significa que aún queda mucho por hacer. Estamos muy cerca de alcanzar nuestro sueño de dos reinos unidos, para que Juan los gobierne tras nuestra partida. Si Dios lo quiere, pronto llegará el día en que jamás vuelva a separarme de vuestro lado.

—Rezo para que ese día llegue pronto, Fernando —dijo la reina, recostada contra él, santiguándose.

Doña Beatriz observó los dedos de la reina, con preocupación. No llevaba anillos, pues la gota los había hinchado casi hasta el doble de su tamaño natural.

—¿Y qué hay de nuestra primogénita? No podemos hacer esperar más a los portugueses. Su paciencia se agota, como la mía. Hemos permitido que guarde cinco años de luto; eso debería bastar para que supere el pasado. No se hace más joven.

La angustia de la reina Isabel ensombreció sus ojos. Alzando la barbilla, declaró:

—Isabel conoce su deber. Rezo a Dios para que también obremos correctamente con ella. Mi corazón se parte cada vez que veo la infelicidad de mi hija.

El rey Fernando se encogió de hombros y se apartó de su esposa, que se quedó abrazando el aire, antes de bajar los brazos y envolverse con ellos a sí misma.

—Os preocupáis demasiado. Matrimonio e hijos es lo que necesita.

La reina Isabel lo miró, frunciendo brevemente el ceño en un reproche silencioso.

—A Dios le ruego que estéis en lo cierto, esposo —murmuró al fin, clavándose de manera inconsciente, el pesado crucifijo en su pecho.

El rey se alejó hacia la mesa y abrió otra carta. Al leerla, sus ojos se abrieron y su rostro se tornó severo, como endurecido por un instante de alarma. Tensó la boca en una línea fina. Doña Beatriz intercambió una mirada con Catalina mientras la reina se apresuraba hacia él.

—¿Qué es eso?

Él dobló el papel y lo devolvió a la mesa, cubriéndola con la mano.

—Nada importante. Solo una carta del confesor de Juana.

La reina alzó la mano.

—Dejadme leerla.

Ambos se quedaron mirándose fijamente sin que ninguno cediera, mientras los presentes observaban en silencio. Finalmente, el rey le entregó la carta, lanzando una mirada hacia doña Beatriz y sus hijas.

—Dejadnos a solas —ordenó.

La Latina, apresurándose tras Catalina, abandonó la estancia justo cuando la reina exclamó con sorpresa. Mirando por encima del hombro, vio a Isabel sentada como si hubiera perdido toda fuerza en las piernas, con una mano sujetando la cabeza inclinada.

El rey Fernando posó una mano sobre su hombro.

—Os digo que no tiene importancia, Isabel. Está casada, sana y salva.

Un sollozo terrible brotó de la reina, y la carta cayó al suelo mientras ella se lamentaba:

—¡Juana! ¡Oh, mi Juana! ¿Por qué nunca puedes pensar antes de actuar?

* * *

Doña Beatriz se enteró de lo ocurrido al día siguiente. No de boca de los reyes, que, si hablaban de ello, lo hacían a puerta cerrada, lejos de oídos indiscretos. Pero la infanta María oyó los rumores que circulaban entre las damas de la reina. Preocupada, se lo susurró a Catalina, y ella lo contó en el aula.

—¿Creéis que vuestra hermana obró correctamente? ¿Cómo pudo el príncipe Felipe yacer con Juana apenas una hora después de conocerla y antes de celebrar la ceremonia? —preguntó María de Salinas, la viva estampa de la confusión.

Como el día ya era cálido, la infanta se secó el sudor mientras los rayos del sol iluminaban su hábito crema, tornándolo color azafrán, y transformaban su cabello rubio en oro.

—Todos hablan del asunto. Vuestra señora madre estaba tan incómoda que me temo que algo de cierto habrá en la historia. También dicen que eso era lo que Juana y Felipe deseaban, y que los clérigos bendijeron su unión —continuó la niña—. Pero la ceremonia final no se celebró hasta el día siguiente. Lo llamaron un acto de amor... de gran pasión...

Catalina miró fijamente a su amiga.

—¿Y de verdad lo creéis? Mi hermana dice que cuando Juana llegó a Flandes estaba muy enferma. Sabéis cómo se comporta entonces: apenas habla y gruñe más de lo habitual. El príncipe Felipe y Juana no hablan el mismo idioma. Sí, sabe leer francés, pero hablarlo... le resulta imposible. No entiende nada cuando la gente habla rápido.

Doña Beatriz la observó fijamente.

—¿Qué queréis decir, princesa?

Catalina tragó saliva, mirando primero a doña Beatriz y luego a María.

—No creo que mi hermana haya sido capaz de eso. Madre opina que debería haber usado su discreción de mujer para hacerle esperar, al menos hasta el día siguiente, tras la ceremonia. Pero yo os pregunto: ¿qué puede hacer la discreción de una mujer frente a lo que se enfrentaba Juana? Mi hermana apenas tiene dieciséis años y ha sido educada en la virtud. Ahora se encuentra rodeada de desconocidos. ¿Qué otra opción tenía sino cumplir con lo que deseaba el príncipe Felipe? ¿Acaso sabía lo que ocurriría cuando él la condujo a la habitación contigua, sin que el sacerdote bendijera el lecho? —Tragando saliva, con la voz temblorosa—. A mí... a mí me parece... que fue violada... —murmuró, al fin.

La tutora observó atentamente a su pupila. En aquel aula, jamás había evitado relatar a las niñas los terribles episodios históricos en los que las mujeres de la

realeza se habían enfrentado al rechazo del martirio virginal, añadiendo, por si acaso, leyendas desbordadas de griegos lujuriosos. Aun así, esperaba que doncellas de apenas doce años se contuvieran al pronunciar ciertas palabras. Revolviéndose incómoda en la silla, Beatriz alzó la vista hacia el techo, donde los remolinos dorados de la decoración la mareaban.

Cerró los ojos y recordó a Juana llorando como una niña en brazos de su madre la mañana antes de embarcar rumbo a Flandes. Catalina tenía razón. ¿Cómo podría Juana haber anticipado las intenciones del príncipe Felipe? Ay, cuánto le apenaba. Ya no contaba con la protección materna. Su destino estaba ahora en manos de su esposo.

—Madre dice que duele la primera vez, y un poco después también —murmuró María.

Doña Beatriz se encontró mirando fijamente el rostro sonrojado de la niña, y de reojo notó los ojos abiertos de par en par de Catalina, llenos de asombro.

—¿Os ha hablado de estas cosas? —preguntó finalmente.

Su amiga guardó silencio, nerviosa.

—María... por favor, contéstame.

La joven doncella se removió.

—Mi hermana se desposó el año pasado. Mi madre se lo contó a Isabel.

—Nunca me dijiste nada —le reprochó la infanta.

Sonrojándose de nuevo, María le lanzó a Catalina una mirada de reojo.

—Pensé que ya lo sabíais.

—¿Cómo?

—Por la reina o por vuestra hermana mayor —sugirió, y luego miró a su tutora —. ¿Doña Latina?

Ahora fue la infanta quien se sonrojó y negó con la cabeza.

—Jamás me atrevería a preguntarle a mi madre. Puedo hablar con ella de muchas cosas, pero mi lengua se enreda si intento preguntarle qué sucede cuando un hombre y una mujer yacen juntos en el lecho. Y ahora pasa todo el tiempo rezando. ¿Cómo podría hacerlo?

—¿Y con la princesa Isabel?

—¡Oh, María! Cuando le pregunté a Isabel, salió disparada de la cámara. Después, me sugirió que tomara prestada la copia de *Los comentarios de Cayo Julio César* de Juan, «escrita», me dijo, «en castellano puro, como debes intentar

leerla». También me aconsejó ejercitar la mente con mis lecciones y confesar al sacerdote por pensar en tales cosas.

María se rio, mientras doña Beatriz desviaba la mirada para ocultar su sonrisa.

—¿Y lo hicisteis?

—¿El qué?

—Sabéis a qué me refiero. ¿Por qué tomar prestada la copia de tu hermano si hay otra en la biblioteca? ¿Os confesasteis con el sacerdote?

—Por supuesto. Me dijo que rezara con Isabel para mantener la mente limpia y casta —respondió Catalina. Luego miró a la tutora y añadió—: Maestra, ¿podría María contarme qué le dijo su hermana?

Doña Beatriz miró por la ventana: el cielo estaba despejado. Un pájaro se posó en un árbol cercano y trinó su canción de cortejo mientras las hojas verdes del árbol se sacudían con el viento. Sintió ganas de echarse a reír: en cuestión de minutos, la conversación había pasado de ser desastrosa a cómica.

—Tendríamos que acabar confesándonos todas —señaló, pícara.

—Siempre nos confesamos. Al menos esta vez les daríamos material de confesión nuevo a los sacerdotes —replicó la infanta.

La Latina cruzó una mirada con María y las dos se echaron a reír.

—Está bien. ¿Qué tal si os dejo a solas un rato mientras regreso a mis aposentos a encontrar la copia de *Los comentarios*? Lo tomé prestado de la biblioteca el otro día. —Doña Beatriz se fue de la cámara, pero no para ir a sus aposentos, sino al jardín. A ver la llegada de la primavera.

* * *

Dos semanas después, doña Beatriz se apresuró con Catalina y María en dirección a los aposentos de la reina, respondiendo a su llamada. Entraron en la sala de cortinas corridas, donde solo una vela parpadeaba y echaba humo en lo alto de un candelabro de pared. Sus hijas, Isabel y María, intentaban consolarla, mientras la reina Isabel sollozaba junto a una chimenea apagada y sucia. Cerrando la puerta tras de sí, la tutora tomó del brazo a María y la condujo más adentro de la estancia, apartándola de la reina y de sus hijas. Al llegar al alféizar de la ventana, le susurró al oído:

—Nos quedaremos. Catalina puede necesitarnos.

Las infantas María y Catalina se habían arrodillado ya junto a su madre. Isabel le sujetaba los hombros, con el rostro pálido y crispado, los ojos centelleando de

fastidio.

—¿Qué ha hecho Juana esta vez?

La reina sorbió por la nariz y se recostó contra el intrincado respaldo de la alta silla.

—No se trata de Juana..., esto no tiene nada que ver con ella...

Ataviado con ropas de caza, el príncipe Juan irrumpió en la estancia, buscando a su madre con la mirada. Doña Beatriz se sobresaltó, conteniendo la risa. Los hombres del príncipe, sorprendidos en varias posturas, se quedaron inmóviles al contemplar aquella escena. El más cercano a la puerta reaccionó por fin y la cerró rápidamente, dejando a la familia real a solas.

—¿Qué sucede? —preguntó con angustia Juan, que llegó en un instante hasta el lado de su madre con unas pocas zancadas de sus largas piernas. La reina Isabel extendió los brazos hacia él, con los ojos llenos de lágrimas.

—Hijo mío, mi ángel.

Él cayó de rodillas y le tomó la mano, levantando la mirada hacia su hermana mayor. Isabel se limitó a encogerse de hombros, sin mostrar expresión alguna. Las infantas más jóvenes se acurrucaron contra su madre, estrechándola con fuerza.

Enganchando un dedo bajo su cinturón, el príncipe frunció el ceño. Desapercibida junto a María, doña Beatriz casi olvidó por un instante el dolor de la reina. Por primera vez veía a Juan como a un hombre adulto.

—Madre, nos está asustando. Os lo ruego, ¿qué ha sucedido?

—Mi amada madre... ha muerto —reveló la reina, atrayendo hacia sí a Catalina y a María.

—¡Madre! —exclamó Isabel con un jadeo, mientras las infantas más pequeñas miraban a la reina con ojos atónitos. El príncipe Juan le acarició la mano, y doña Beatriz pudo adivinar lo que pensaba. Los jóvenes temían siempre las ocasiones en que su madre visitaba a la suya, de sesenta y ocho años. Los sombríos humores de su abuela y sus repentinos accesos de llanto inconsolable los aterraban. Condenada a una vida de forzado aislamiento, solo era capaz de reconocer a su hija, y contemplaba a sus nietos con una mirada nublada, llena de desconcierto. La anciana reina sabía que estaban ligados a ella de algún modo, pero la Latina hacía ya tiempo que había dejado de contar las veces en que llamaba al príncipe Juan por el nombre de su propio hijo muerto.

Durante meses, había ido soltándose de su asidero a la vida, sin ganas de comer ni de beber. En su última visita, la reina Isabel se había sentado a su lado para

alimentarla con sus propias manos. «Quizá», pensó doña Beatriz, «la muerte de la madre de la reina debiera considerarse una bendición».

El príncipe Juan le besó la mano a la reina.

—Madre, no lloréis más. Nuestra abuela está ahora en paz y con Dios —la consoló.

Con erupciones rojas en el rostro, la reina Isabel extendió las manos, aferrándose a las ropas de Juan e Isabel.

—Sí. Con Dios... y con mi pobre hermano Alfonso. Que Dios los tenga en su gloria. —Posó la mirada en su primogénita antes de añadir—: Te puse Isabel por ella. A pesar de todo, cada día que pasamos juntas yo sentía su amor. Solía llamarnos a Alfonso y a mí sus regalos de Dios... como también lo sois vosotros para mí.

Al decir esto, la reina se desplomó de nuevo, sollozando como si algo se hubiera quebrado en ella de manera irrevocable. Sus cuatro hijos se acurrucaron a su alrededor, impotentes ante su desbordada tristeza.

CAPÍTULO 21

«Qué hermoso es no hacer nada y después descansar».

PROVERBIO CASTELLANO

Amor mío:

Os ruego que me perdonéis, pues os escribo con el corazón entristecido. Todos estamos tristes. No... no todos: aquellos que odian a la reina, sin duda, se regodean ante los signos de su debilidad, ante sus lágrimas de mujer. No sienten compasión por la pérdida de su madre.

Antes habría dicho que nadie está más seguro de sus acciones que nuestra reina. Ya no. Ahora suele mostrarse confundida y se sobresalta por nimiedades. Se preocupa constantemente por sus hijos. Cada mañana acude a la tumba de su madre. Al regresar, se le nota que ha llorado.

El rey intenta distraerla con los preparativos para celebrar la llegada de la novia del príncipe Juan...

Durante toda la noche nevó con fuerza en Burgos. Al amanecer, las ventiscas amainaron y un mensajero cabalgó entre la nieve hasta el palacio del condestable Velasco, donde residían entonces los reyes. Pronto toda la corte conoció el mensaje: concluido ya el viaje por mar, la prometida del príncipe Juan y su séquito avanzaban lentamente hacia Toranzo. El rey Fernando y su hijo apenas terminaron de desayunar cuando partieron a su encuentro, acompañados por una nutrida escolta en representación de las casas nobles de Aragón y Castilla.

Doña Beatriz aguardaba fuera con Catalina y María, observando cómo se preparaban para partir. La infanta se arrebujó en su grueso abrigo de piel, su cuerpo era aún el de una niña.

—Me pregunto cómo la encontrarán.

Con la ligereza de una bailarina, Catalina iba y venía para combatir el frío. Se encogió de hombros y respondió:

—Tan bien como puede esperarse tras un duro viaje por mar. —Su risa tuvo un tono sombrío—. El mensajero alabó a la princesa, pues supo mantener en alto los ánimos de los demás, pero debió de ser espantoso. Madre me contó que mi nueva hermana llegó a la orilla llevando consigo un verso que había escrito cuando pensó que iban a morir ahogados.

—¿Un verso? ¿Escribió un verso? —preguntó María, con los ojos muy abiertos de asombro.

Catalina soltó una risita.

—No uno cualquiera, sino su epitafio. —Cerró los ojos, esforzándose en recordar las palabras exactas—: «Aquí yace Margarita, la novia voluntaria. Casada dos veces, pero virgen al morir». Mi nueva hermana tiene sentido del humor. Y es valiente. Lo escribió estando aterrorizada. Madre me dijo que estaba tan convencida de que iba a morir que se ató el verso a la mano con una faltriquera llena de oro para su entierro.

La Latina sonrió al escuchar la historia, observando de nuevo al rey y al príncipe. Juan acercó su montura a la del padre. Jovial y entusiasta, y ya un hombre hecho y derecho a los diecinueve años, la esbelta figura de Juan resaltaba frente a la más baja y robusta de su padre guerrero. Incluso a la distancia, se apreciaba la definición de los músculos en los brazos y las piernas del rey. El príncipe echó la cabeza hacia atrás, riéndose de algo que había dicho su padre. Fernando lo miró como si lo viera por primera vez y se unió a su risa. Aquel día, el joven estaba radiante, partiendo en busca de su prometida.

La princesa Margarita, conocedora de los caprichos de los reyes, era una novia inesperada para el príncipe Juan. Había pasado gran parte de su infancia en Francia, preparándose para ser su reina, pero el hombre al que llamaba esposo, Carlos VIII, la abandonó por un premio mayor: se casó con Ana de Bretaña. El desplazamiento del poder hacia Francia provocó que su padre, junto con la reina Isabel y el rey Fernando, se apresuraran a equilibrarlo, y así Margarita embarcó para casarse con el príncipe dorado de Castilla y Aragón.

Doña Beatriz temblaba de frío pese a llevar un grueso manto de piel y frotarse las manos envueltas en guantes de cuero. En el cielo, las nubes luminosas parecían a punto de soltar más nieve sobre la ya espesa capa que cubría el suelo. La larga comitiva —rey, príncipe, nobles, soldados y esclavos— se hacía cada vez más pequeña a lo lejos, mientras la luz brillante y reflejada de la nieve le dañaba los ojos y los llenaba de lágrimas.

—El príncipe Juan se casa al fin —murmuró María, distraída. Doña Beatriz la miró con pesar.

«¿Ella también?». En la corte, muchas doncellas habían soñado con convertirse en la novia de Juan, aunque solo fuera por un día o una hora. Las solteras lloraron de celos al oír la noticia de su inminente boda. Apuesto, noble y talentoso, el príncipe cantaba con una voz que hacía desmayarse a cualquier doncella. Al tañer las cuerdas del arpa, también hacía vibrar las cuerdas del corazón de muchas jóvenes, llevándolas a la más desesperada tristeza. A María la llamaba «Sombra». La quería como a su prima, pero nada más. No podía albergar esperanzas de amor.

El tiempo se desvaneció y doña Beatriz se encontró recordando la primera vez que amó sin ser correspondida. Tenía solo trece años cuando despertó de un sueño de deseo confuso; un sueño en el que había yacido desnuda con un joven, a solas en una cama blanca, sus cuerpos, una confusión de miembros, retorciéndose juntos en una danza misteriosa y rítmica, llenándola de una dulzura tan espesa como la miel. La había despertado la culpa. Una culpa terrible, que luego pasó a ser inquietud y vergüenza. Con el corazón latiendo con fuerza, había salido disparada de la cama, directa a orar de rodillas.

La tutora se quedó mirando a sus pupilas. Las niñas tenían casi la misma edad que ella cuando el deseo había encendido su corazón y su cuerpo por primera vez. Los ojos de María no se apartaban del príncipe. Doña Beatriz la miró con lástima. Doce años era una edad muy temprana para que María se enfrentara al príncipe Juan, que encarnaba un sueño de amor y nada más. No dudaba de que, para la niña, se quedaría en una ilusión, un soplo, un ensueño, un vapor que se disipaba como la escarcha matutina ante la crudeza de la fría realidad. Estaba bien soñar con el amor, sobre todo con solo doce años, pero la realidad del corazón a menudo resultaba ser algo completamente distinto. Su dulce y tierna pasión por el príncipe probablemente solo era el anuncio del amor que un día vendría a ella, el amor que florecería como un granado, con frutos amargos y dulces.

Entrelazando su brazo con el de su amiga, Catalina canturreó las palabras de una canción sobre Montserrat:

Estrella resplandeciente sobre la montaña,
como un rayo del sol
milagrosamente serrado,
escucha a tu pueblo.
De todas partes se reúnen

tus alegres peregrinos,
ricos y pobres,
grandes y pequeños.
A este mismo lugar acuden,
para que se iluminen sus ojos
y de aquí vuelven
llenos de gracia.[5]

Doña Beatriz volvió a por el cubo que se había dejado en la entrada del alcázar. Sujetando la cuerda con una mano, se recogió el vestido con la otra para que no se le manchara con la nieve. Sin embargo, los bajos ya mostraban los efectos del día invernal. Un broche de zafiros y rubíes sujetaba su manto, brillando con una luz plateada. Una ráfaga de viento helado agitó su capa, revelando un vestido de rico brocado con bordados de hilo rojo. A punto de entrar en el alcázar, alcanzó a ver dentro a un grupo de sirvientes que esperaban el regreso de Catalina. Refunfuñaban mientras se frotaban las manos y los pies para entrar en calor.

—¡Princesa! ¡Doña María! —llamó—. Vengan rápido. Si no se andan con cuidado, mañana amanecerán resfriadas.

Catalina sonrió con gracia, mientras se le formaban unos hoyuelos en las mejillas. María se rio, pataleando en el suelo, bailando su propia danza para combatir el frío.

—¿Y vos, doña Latina? ¡Si estáis más mojada que nosotras!

La mujer echó un vistazo a sus faldas, que arrastraba por el suelo, y tiró de ellas hacia arriba desde los escalones, manteniéndolas lejos de sus botas de cuero color miel.

—¡Por todos los Santos, tenéis razón! —exclamó, encogiéndose de hombros para sacudirse los copos de nieve de encima. María echó un vistazo al cubo lleno de nieve y luego a su tutora. Soltando otra risita, Catalina se recogió las faldas y entró en el alcázar, con su tutora y su amiga siguiéndole los pasos. Los sirvientes se apresuraron a quitarles el manto. La Latina le pasó el cubo a una de las mujeres, murmurándole instrucciones. La sirvienta asintió y se apresuró hacia los aposentos privados, mientras otros criados desaparecieron en la dirección opuesta con los mantos húmedos. María intercambió una mirada con Catalina.

Doña Beatriz condujo a las niñas hacia la chimenea, sin necesidad de apresurarse. Las tres se calentaron las manos. La infanta se sentó en un taburete, se subió las gruesas capas de ropa hasta los tobillos y puso los pies cerca del fuego. Su

amiga se sentó a su lado, y actuando como su sirvienta, le desató las botas mojadas. Mientras doña Beatriz se volvía en el asiento para calentarse el cuerpo, se examinó los bajos mojados del vestido.

—Solo a mí se me ocurre llevar una de mis mejores galas justo el día que nieva... —se lamentó con un suspiro—. La reina me regaló este vestido hace tan solo dos meses... y dudo que apruebe mi falta de cuidado —dijo, sujetando los bordes del brocado mojado para acercarlos al fuego. A la luz de las llamas, los hilos rojos del bordado empapado parecían ríos de sangre.

La luz del fuego titiló en sus manos y el calor empezó a amodorrarla. Dejando escapar un bostezo, se volvió para mirar a las niñas.

—A decir verdad, me alegra que hayamos salido a ver partir al príncipe. Nos ha ofrecido una agradable distracción por un momento y la oportunidad de recolectar lo que necesito para probar una idea.

María miró a la infanta de reojo.

—¿Y cuál es esa idea, Latina?

—¡Sí! —secundó Catalina, riéndose—. Os ruego que nos digáis la razón por la cual llenó un cubo con nieve.

La maestra apartó las dos piezas de su falda de brocado y suspiró, pellizcando las capas de ropa.

—Por la espada de San Miguel, si hasta tengo las calzas mojadas... Debo ir a cambiarme —murmuró. Luego, sonriendo a las muchachas, sugirió—: ¿Por qué no me acompañáis a mis aposentos para ver qué hago con el cubo de nieve? Con suerte, no se habrá derretido del todo.

Las niñas se miraron y rieron. Luego, Catalina sonrió con franqueza. Con doña Beatriz y María, solía relajarse y dejar de comportarse como una princesa.

—Sí, ¿por qué no? Eso nos dará algo que hacer mientras aguardamos a que mi hermano regrese.

La tutora se quitó las botas y agarró unas zapatillas que, con previsión, había dejado junto al fuego para que se calentaran antes de salir a la fría mañana.

Luego, guio a las niñas hacia sus aposentos, que se encontraban convenientemente cerca de los de la reina. La soberana valoraba su opinión y solía hacerla llamar tanto por la mañana como por la noche para consultarle asuntos de Estado. Con los años, doña Beatriz se había convertido en una de sus consejeras más fiables. Solo podía rivalizar con ella el cardenal, el confesor de la reina.

Un fuego crepitante y media docena de velas encendidas daban a la gran estancia toda la luz posible en un día de invierno. La corte se había instalado en el alcázar por un tiempo, lo que le había permitido a doña Beatriz decorar la habitación a su gusto. Un amplio biombo de madera, tan oscuro que parecía negro, estaba cerca de una pared. La sala disponía de una gran cama, una estantería repleta de libros, la segunda mejor vihuela de Francisco, dos taburetes junto a la chimenea y una silla de respaldo alto junto a una mesa larga. En el enorme hogar, sobre un lecho de brasas, humeaba una gran olla.

La Latina recogió el cubo de nieve que habían dejado junto a la puerta y sonrió al ver que aún no se había derretido por completo.

—María, por favor, tráeme la caja que está sobre la mesa —pidió. La niña se la acercó. Un dulce y almizclado aroma emergió de la caja, transportando a la Latina a los calurosos días del verano.

Apartando el caldero de la llama y colocándolo en un gancho, la maestra extendió las manos ante María mientras el agua humeante lamía la mitad de un cuenco metálico vacío.

—Por favor, dame la caja —pidió. Al abrir la tapa, les mostró que estaba llena hasta el borde de pétalos de rosa.

—De mis mejores rosas de este verano pasado. —Esparció los pétalos en el agua y cubrió el caldero con la tapa. Mirando a las niñas, les contó—: Esta mañana se me ocurrió otra forma de hacer agua de rosas. Ahora, necesito la nieve. —Acercando el cubo, la mujer tomó un puñado de nieve hasta llenar la tapa cóncava del caldero, y luego lo devolvió a las brasas.

—Ahora toca esperar a ver si funciona.

—¿Por qué la nieve, doña Latina? —preguntó la infanta.

La tutora sonrió.

—Causa y efecto —respondió. Luego, arrastró una silla hacia la chimenea—. Por favor, sentaos. Con vuestro permiso, María y yo podemos usar los taburetes. Pero primero necesito cambiarme. Después podréis preguntarme lo que queráis.

La Latina se deslizó detrás del biombo para cambiarse. Dejó las prendas mojadas sobre la parte superior de la mampara, asegurándose de que el vestido de brocado quedara bien estirado. Escogió un hábito de terciopelo verde musgo de su arcón y se volvió a trenzar el pelo para que le cayera sobre un hombro antes de cubrirlo con una toca transparente. Después, regresó junto a sus alumnas, tomó asiento en un taburete y extendió las manos hacia el fuego.

—Debo pedirles a los sirvientes que encuentren un brasero para esta estancia. ¡Jesús, qué frío hace hoy!

Doña Beatriz hizo una mueca al ver su reflejo distorsionado en el caldero. Se veía pálida y con profundas ojeras. María, como si le hubiera leído el pensamiento, le meneó un dedo tal y como ella hacía con las niñas cuando las regañaba.

—¡Ponerse en semejante estado, mi querida doña! ¡Qué sorpresa! ¿No decían los antiguos que *mens sana in corpore sano?* ¿No bastaba con salir a ver partir al príncipe Juan? ¿Tenía que traer también un cubo de nieve?

Doña Beatriz se rio y se volvió a Catalina.

—¿Veis, mi princesa? El tiempo que he pasado con María no ha sido en vano. Ya habláis como una médica, aunque un poco irrespetuosa con su mayor, sin olvidar que soy yo quien la instruye.

La infanta sonrió.

—Disculpe su irrespetuosidad. Es culpa mía. Siempre le aconsejo que diga lo que piensa en privado, pero tiene motivos para estar preocupada. No luce muy bien...

Doña Beatriz se encogió de hombros antes de mirar dentro del caldero en el fuego: la nieve ya hacía tiempo que se había derretido, así que vertió el agua en el cubo y tomó una toalla gruesa del suelo. Cuando su mano golpeó la tapa para levantarla, el súbito movimiento hizo que resonara, mientras un par de gotas de agua caían al suelo. El cuenco de metal estaba a rebosar. Doña Beatriz se lamió los labios.

—Agua de rosas, mis jóvenes eruditas. Cuando el caldero se enfríe, echaré el agua en nuestras cantimploras.

—¿Y la nieve? No nos ha dicho nada sobre la nieve —inquirió Catalina.

La Latina se volvió hacia María.

—¿Puedes responder a la infanta, niña?

María parpadeó, y negó con la cabeza con tanto vigor que el rodete se le desequilibró.

Doña Beatriz apretó los labios.

—María, si lo pensarais bien, sabríais la razón.

Catalina soltó una risita, extendiendo los dedos sobre las caderas. La luz de la chimenea hizo brillar el enorme rubí que llevaba en el pulgar, un regalo reciente del rey de Inglaterra, en nombre de su hijo.

—No creo que María desee pensar en nada hoy. Ya sabe que los días fríos la transforman en un felino que solo anhela acurrucarse a la vera del fuego. Será mejor que nos reveléis la respuesta.

La Latina acercó las manos al calor del fuego. El frío del día parecía haberle calado hasta los huesos.

—La respuesta es sencilla y, seguramente, ya se ha ideado antes —dijo, encogiéndose de hombros. Volviéndose hacia las niñas, añadió—: Quizá lo haya leído u oído antes, pero no recuerdo dónde. Quizá de Aristóteles... —sugirió, con una sonrisa—. Al poner nieve sobre la tapa invertida, el líquido del caldero se condensó y luego llovió agua de rosas en la olla que estaba esperando. —De pronto, le asaltaron las náuseas y el mareo. Cubriéndose el vientre con una mano y la boca con la otra, exclamó—: Disculpadme, debo... —Y sin esperar respuesta, se apresuró a meterse tras el biombo para vomitar en el orinal. Mientras intentaba reprimir las arcadas secas, oyó hablar a las niñas.

—Debe de estar encinta —conjeturó María.

Doña Beatriz volvió a vomitar, mientras maldecía con algunas de las palabras que le había oído a Francisco.

—¿Encinta? —repitió Catalina—. ¿Pero no es demasiado mayor? —Aún mareada, a la tutora le dieron ganas de reírse.

—No, no lo es —negó su amiga—. ¿Pero no nos dijo que no creía que el matrimonio la bendijera con un hijo?

Alguien dio una palmada y luego se oyó la voz de la infanta.

—Es como la historia de santa Isabel. Debe de estar muy contenta.

Todavía con náuseas, doña Beatriz regresó junto a sus pupilas y se sentó de nuevo en el taburete, evitando mirarlas. Un silencio incómodo invadió la sala.

Catalina se aclaró la garganta.

—¿Lo sabe don Francisco Ramírez? —preguntó.

Doña Beatriz se humedeció los labios. Su esposo seguía al servicio de la reina, pasando largas semanas lejos de la corte, luchando contra los musulmanes que todavía se oponían al yugo de la soberana.

—No... no lo sabe. ¿Puedo suplicaros que no digáis nada? A nadie, por favor.

Catalina la miró.

—¿Ni siquiera a mi madre?

La Latina extendió un brazo para agarrarle la mano.

—Especialmente a ella, mi princesa. —Se humedeció los labios de nuevo y añadió—: No quiero darle a la reina un motivo más de preocupación. Ella no lo sabe y no quiero que lo sepa. Todavía no.

María parpadeó y dirigió a la maestra una mirada de desconcierto.

—Pero tarde o temprano se dará cuenta, ¿verdad?

Doña Beatriz tomó de la mano a las dos discípulas.

—Ambas debéis prometerme que no diréis ni una palabra de esto a la reina. No os imagináis lo importante que es para mí.

—Pero lo sabrá... —insistió María.

La Latina negó con la cabeza.

—¡Por todos los santos del cielo, no en una buena temporada si puedo evitarlo! —murmuró, como si estuviera haciendo una promesa al mismísimo Dios. Las miró, sintiéndose como un animal acorralado que busca una salida. Tragó saliva con fuerza y alzó la barbilla—. Si la reina lo supiese... —continuó, con voz más firme—. No estoy segura de que quisiera que continuase como vuestra tutora si supiera que estoy encinta. —Se presionó las sienes con los dedos—. Por favor, ayudadme a ocultarlo del mundo un poco más. Necesito más tiempo para encontrar la forma de convencer a la soberana de que puedo permanecer en la corte y seguir enseñando, sin que ella piense que debe alejarme de aquí para ser esposa y madre.

---

[5] N. de la Trad.: Gaudia Música. (2013, 23 de octubre). *Stella Splendens*. Gaudia Música y Escolania de Guriezo. https://gaudiamusicaescolaniadeguriezo.blogspot.com/2013/10/stella-splendens.html

CAPÍTULO 22

«La paciencia es la madre de la ciencia».

PROVERBIO CASTELLANO

Más tarde aquel día, doña Beatriz distinguió las figuras difusas de la comitiva que regresaba al coronar una colina cercana. Los señaló ante Catalina.

—¡Mirad! La princesa cabalga entre el rey y el príncipe.

Escudándose los ojos con la mano, la infanta se asomó al balcón.

—¿Es guapa? —quiso saber.

Doña Beatriz se rio, recostándose a su lado.

—A esta distancia, ¿cómo podría saberlo? Podría ser la mismísima Helena de Troya resucitada. Por ahora, solo puedo contarte el honor que le ha concedido el rey al cabalgar a su lado, y que la princesa monta a caballo como una verdadera amazona.

Catalina se inclinó aún más para ver mejor.

—Ya los veo.

Con la comitiva real ya cerca, la joven que cabalgaba entre el príncipe y el rey se volvió en su silla de montar hacia el príncipe. La luz del atardecer iluminó su cabello rubio y delineó su nariz respingona. El príncipe Juan también se giró en la montura. El movimiento de ambos parecía pulsar las notas de una canción, un eco del trino de los pájaros en primavera.

Doña Beatriz sonrió.

—Creo que el príncipe y la princesa ya se gustan mucho.

* * *

En su mesa, en la biblioteca, la Latina fingía leer un libro. Sus discípulas, sentadas muy juntas en el asiento junto a la ventana, la habían olvidado por completo, o quizá no les importaba si las oía o no.

María leyó en voz alta:

—Sin permitir que nadie más le pusiera la mano encima, la dama lavó a Salabaetto por completo con un jabón perfumado con almizcle y clavo. Luego, dejó que los esclavos la lavaran y la frotaran a ella. Tras esto, los esclavos trajeron dos sábanas finas y blanquísimas, tan perfumadas de rosas que parecían rosas; envolvieron a Salabaetto en una y a la dama en la otra, y después los llevaron a ambos a la cama sobre sus hombros.

Catalina se recostó, mirando por la ventana la mañana luminosa. Hilos de cantos de pájaros tejían un bordado de sonido, denso, fino, audaz y dulce. La niña cerró el libro en su regazo y se mordió el labio inferior. Doña Beatriz conocía esa mirada: la infanta rebosaba de preguntas que anhelaba le fueran respondidas. Sosteniéndose una mejilla con la mano, suspiró.

—¿Creéis que nuestra noche de bodas será así? —preguntó. María se removió inquieta, y las muchachas permanecieron en silencio por un momento.

La Latina sospechó que su elección de lectura y conversación había sido provocada por los recientes sucesos en la corte. Desde su primer encuentro, cuando el gracioso desconcierto de Margarita ante la ruidosa bienvenida de los músicos de la corte hizo reír al príncipe, ella le había regalado felicidad. Y aquellos que amaban a Juan se lo agradecían. Sí, el matrimonio del príncipe Juan y la archiduquesa Margarita fue un gran éxito. Desde su boda, el príncipe Juan contemplaba a su esposa como si no pudiera, o no quisiera, apartar la mirada de ella. Encontraban cualquier excusa para tocarse y acariciarse, y a cada oportunidad desaparecían durante horas en sus aposentos privados.

Sentada con las piernas cruzadas, María se hundió más en el asiento junto a la ventana.

—Aún falta mucho para que llegue ese día para nosotras.

Catalina suspiró, como si las palabras le salieran a ráfagas y con dolor.

—Amiga, ¿sabéis que los ingleses le han exigido a madre que deje de demorarse y que me envíe a su país ahora mismo? —Las lágrimas no derramadas le hacían brillar los ojos.

María le agarró la mano.

—Sí, pero la reina está ganando tiempo. ¿Por qué iba a ser esto diferente de lo que ocurrió con Isabel y Juana? La reina no os dejará ir al menos hasta los quince años.

Doña Beatriz se encogió al oír la amarga risa de Catalina.

—Padre opina de forma diferente. Él está más que dispuesto a que me vaya.

María soltó la mano de Catalina, se recogió en la esquina del asiento junto a la ventana y se abrazó las piernas.

La Latina oyó a los pájaros piar y gorjear fuera. «Qué felices y despreocupados», pensó. «¿Cuántas veces en mi vida su canto de gozo a la gloria de la mañana me ha levantado el ánimo y llenado de esperanza? ¿Qué haría si me viera obligada a vivir lejos?». Tomó una larga bocanada de aire y miró a las muchachas. «¿Debería recordarles que Cristo cuida de la más pequeña de sus criaturas?».

María apoyó los hombros en la pared de piedra y preguntó:

—¿Acaso vuestra madre ha permitido a alguna de sus hijas irse de su lado antes de supiera que estaban listas para ello?

Frotándose la sien, la infanta desvió la mirada hacia las sombras.

—El día se acerca.

Beatriz parpadeó para contener las lágrimas que de pronto le asomaron a los ojos, aliviada al ver que María se inclinaba de nuevo hacia Catalina para tomar su mano en señal de consuelo.

—Y yo vuelvo a decir que ese día aún está muy lejos. Escuchad los silbidos de las alondras, mi princesa, y por favor, como ellas, dadle la bienvenida a la mañana de primavera. La alegría está aquí para que la toméis, amiga. Preocuparse por lo que nos deparará el futuro no lo cambiará. Lo que tenga que ser, será. Y mi princesa, sea lo que fuere que el futuro os traiga, pétalos de rosa adornarán las sábanas de vuestro lecho de bodas —concluyó con una risita—. Pero no hasta que vuestra madre lo permita.

Catalina sostuvo las manos de su amiga entre las suyas.

—¿Estaréis ahí para mí...? ¿Vendréis conmigo?

—¿Acaso lo dudáis?

La princesa se encogió de hombros, con una leve sonrisa en los labios.

—No lo dudo. Pero decidme la verdad, ¿es esto lo que realmente queréis?

Como si hiciera un juramento, María posó la mano sobre las de ambas entrelazadas.

—Mi vida está con vos. ¿Acaso no lo sabíais?

—No me habéis respondido. ¿Es lo que queréis? No tenéis por qué dejar Castilla...

María se inclinó hacia ella y le susurró las palabras de Rut:

—«Adonde vayas, yo iré; y donde vivas, yo también viviré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios, mi Dios. La tierra que te reciba al morir, será la misma en la que yo moriré».—Frotándose los ojos, añadió—: Es así de simple. Si os vais, yo también. No puedo perder a mi hermana. Ni ahora ni nunca.

La luz que se filtraba por la ventana hacía brillar las lágrimas en las tupidas pestañas de la infanta.

—¿Si venís conmigo a Inglaterra, es probable que os desposéis con un inglés. ¿Habéis pensado en eso?

María puso los ojos en blanco.

—Un inglés —se rio—. Sí, lo he pensado. ¿Podéis prometerme algo?

—Sabéis que si puedo, sí.

—Prometedme que podré escoger a mi esposo. Ya sea un magnate o un señor inglés, me gustaría pensar que podría amarlo.

Catalina apoyó la cabeza en el hombro de su amiga y le estrechó la mano.

—Os lo prometo, hermana mía. Eso es lo menos que puedo hacer por alguien que está dispuesta a ser mi compañera en esas tierras.

Doña Beatriz se quedó mirando el libro y las páginas se volvieron borrosas. Conteniendo las lágrimas, se sintió indefensa. Lo único que tenía eran libros para ayudar a sus alumnas a prepararse para dejar su hogar por siempre.

* * *

Amor mío:

Tenemos un hijo. Nació hace tres días, un niño sano y hermoso. La partera no podía creer lo robusto que es; le dije que se parece mucho a su padre. Josefa nos cuida muy bien. Me siento muy afortunada de tenerla como amiga. No tengo palabras para expresar mi agradecimiento porque haya aceptado cuidar de nuestro hijo cuando yo regrese a la corte.

La reina también está contenta con esta decisión. No puedo creer el miedo que tuve al anunciarle mi embarazo. Pensé que sería el fin de mi posición en la corte. Curiosamente, al igual que vos, mi amor, ella desea apoyarme y ayudarme a seguir por este camino que es tan diferente al de la mayoría de las mujeres. Nuestro bebé es un milagro. Él merece una mujer que se dedique a él con total alegría, no una madre que desea dedicar sus días a la enseñanza y al aprendizaje. Reconozco que es una pasión egoísta, pero aquí, en la corte y la

universidad, puedo aportar más al mundo que lo que podría desde un hogar. Soy como soy y es demasiado tarde para cambiar. Vos decís que no deseáis que cambie y por eso os amo.

Cada día le doy gracias a Dios por vos, Francisco. Y ahora, también por vuestro tocayo. Josefa lo criará bien. Incluso me ha prometido que hará lo mismo si tenemos más hijos. No puedo creer mi buena fortuna.

Hace tres semanas, cuando dejé la corte, la reina Isabel ya temía la despedida de su primogénita, la infanta Isabel. Como sabes, mi amor, la reina ha estado bloqueando durante años el nuevo matrimonio de Isabel. Ella ha jugado una dura partida de ajedrez contra el rey, que busca presionarla para que acceda a que su primogénita vuelva a ser utilizada como un peón en aras del poder. Sin embargo, han pasado cinco años y ya no les quedan más excusas para evitar el compromiso.

Una vez más, Isabel se había refugiado en el caparazón que había construido tras la muerte de su esposo, haciendo caso omiso de los preparativos de la boda. Incluso se había vuelto a cortar el cabello, como una señal de su falta de voluntad para casarse y de su deseo de tomar los hábitos. Pronto, la estación llegaría a su fin y se acercaría el momento en que debería dejar la corte de su madre para comenzar su nueva vida en Portugal. La reina estaba cada vez más desesperada por ver a su hija mostrar un mínimo atisbo de felicidad antes del matrimonio.

—Hija mía, Manuel ha hecho lo que pediste —le comunicó la reina Isabel—. Ha ordenado a los judíos que se conviertan o dejen su reino. Les ha dado tres meses para hacerlo.

Impertérrita, la princesa alzó la mirada del paño de altar que bordaba y miró a su madre. A pesar de su extrema delgadez, su belleza a los veinticinco años superaba con creces la que doña Beatriz recordaba que tenía a los veinte. El rostro pálido y fino de Isabel poseía la delicadeza de un ángel afligido. La joven volvió a fijar su atención en el bordado.

—Entonces, me casaré dentro de tres meses —dijo, simplemente.

La reina frunció el ceño. Observó a su hija añadir los últimos hilos a una cruz roja.

—Vas a ser reina, Isabel.

La cabeza de la princesa proyectó una sombra sobre su bordado, atenuando los colores del intrincado trabajo. Ella continuó cosiendo en silencio por unos

instantes.

—Sí, madre. La reina de Manuel —dijo. Tiró con demasiada fuerza del hilo rojo, arrugando la tela. Sus dedos se detuvieron sobre la cruz arruinada—. No temáis, mi madre y reina, sé cuál es mi deber.

La soberana se encogió al oírla. Catalina se bajó del asiento de la ventana, como si fuera a ir con su madre. Doña Beatriz la agarró del brazo y negó con la cabeza en señal de advertencia. Ante la mirada de enojo de la infanta, su tutora se metió en las sombras junto a ella y le susurró al oído:

—Esto es entre vuestra madre y vuestra hermana.

Catalina se dejó caer sobre los cojines, con la mirada fija en las dos. La reina extendió un brazo para tocar a su hija, pero Isabel, con la cabeza gacha, no reaccionó al gesto. Echando a perder aún más el bordado, seguía dando puntadas a la cruz, sin reparar en el temblor de la mano materna. Doña Beatriz casi rompe a llorar al ver el rostro abatido de la soberana, que intentó recuperar la compostura antes de apartar la mirada de su hija.

La Latina recordó lo que una vez le había dicho Josefa: «La princesa Isabel es la hija más querida de la reina, quizá porque, después de su nacimiento, no tuvieron otro vástago en casi ocho años. Cuando el príncipe nació, nuestra soberana no solo adoraba ya a Isabel, sino que la consideraba la gloria de su vida. Aunque Juan es su ángel, en el corazón de la reina, su hija mayor es la Soberana del Cielo». Pero la reina Isabel era ante todo una reina. Y, al igual que Abraham sacrificó a Isaac, ella sacrificó los deseos de Isabel por lo que creía correcto para su reino.

* * *

Convocada por la reina a sus aposentos privados, doña Beatriz se deslizó hacia las sombras que proyectaba el alféizar de una ventana. Un poco más lejos, dos médicos se encontraban arrodillados ante los reyes.

—Aconsejamos un tiempo de separación —dijo uno de ellos.

El príncipe Juan, sentado sobre un gran cojín a los pies de su padre, se irguió para apoyarse sobre una rodilla. Sus ojos brillaban de furia. El rey posó una mano sobre el hombro de su hijo, cruzando una mirada con él y negando con la cabeza. Con las manos en puños sobre las caderas, el príncipe volvió a sentarse sobre el cojín.

—Dejadlos —rio el rey—. Son jóvenes. Es justo que la pasión se fortalezca entre ellos. Recuerdo muy bien cómo era yo cuando me casé con vos, esposa.

Doña Beatriz alzó la mano, tocándose la mejilla encendida, sintiéndose mal al ver el rostro de la reina Isabel. Sus ojos brillaban con un amor reservado para un solo hombre. Por un momento, el fantasma de una mujer joven se superpuso a su imagen actual. Aquel fantasma aún se percibía cuando la soberana le hizo un gesto para que se acercase.

—Buena amiga, ¿cuál es vuestra opinión? ¿Están los médicos en lo cierto al pedir esto?

La Latina miró a los médicos, que seguían encogidos, y luego al príncipe Juan. No quedaba rastro del niño que una vez fue, solo un hombre furioso. Suspiró, pensando en la melancolía que corría por las venas de esa familia y en el vínculo entre el cuerpo y la mente.

—Mi reina, vuestro hijo ama a su esposa. Por lo que vale mi opinión, yo digo que una separación podría causarle gran infelicidad, y podría resultar más perjudicial que beneficiosa.

La reina asintió convencida, y dirigiéndose a los médicos, proclamó:

—Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre. No se hablará más de ninguna separación. Podéis iros.

El príncipe Juan se removió inquieto, como si estuviera sentado sobre una montaña de rocas afiladas en lugar de suaves cojines, y frunció el ceño al ver a los hombres abandonar la estancia. Con la completa ternura de una madre, la reina se inclinó hacia su hijo.

—¿Hicimos lo correcto, mi Juan?

—¡Madre, esos hombres son unos necios! —estalló el príncipe, con los ojos azules fulgurantes en su pálido rostro.

Ella lo sujetó por el hombro.

—Pero es verdad lo que dicen. Has perdido peso desde tu matrimonio...

El príncipe se levantó, plantándose ante su madre para declarar:

—¡Madre! ¡No me pasa nada! Los médicos os han llenado de preocupaciones cada día de mi vida. Me obligan a comer papillas y a guardar reposo en cama al menor indicio de enfermedad. Soy un hombre, madre. Os ruego, como Dios lo quiso, que me dejéis actuar como tal.

El rey sonrió con orgullo.

—Escuchad a nuestro hijo. ¿Podemos dudar de que este matrimonio sea beneficioso para él? Juan tiene razón. Ya es hora de que viva su propia vida. ¿De qué otra forma aprenderá a ser rey?

La soberana frunció los labios con fuerza, pero guardó silencio. Cuando bajó la mirada para observar a su hijo, a doña Beatriz le pareció que rezaba en silencio.

* * *

La boda de Isabel, que se suponía que se celebraría dentro tres meses, terminó por retrasarse a cuatro. Fue tiempo suficiente para que todos le tomaran cariño a la archiduquesa Margarita. Era evidente que amaba al príncipe, pues deseaba complacerlo en todo. Era una buena esposa, hija y hermana, que acogió a la familia del príncipe Juan como si fuera la suya.

Lejos de la biblioteca, doña Beatriz oyó la voz dulce y melodiosa de Margarita cantar al son de las notas de una vihuela:

El tiempo está revuelto, pero el tiempo lo despejará;
Tras la lluvia, se espera el sol: Tras la lucha y
la cruel contienda. Llegará la paz, y la desdicha cesará.

Ambos sonidos, el de la voz y el de la vihuela, se desvanecieron en cuanto la Latina entró en la estancia. Margarita y Juan estaban sentados con Catalina y María, y el príncipe sostenía la vihuela como si fuera a volver a tocar.

—Venid —dijo la infanta, sonriendo para darle la bienvenida—. Uníos a nosotros. —Con un gesto, señaló el espacio a su lado en el banco antes de dirigirse a Margarita—. Doña Latina también compone poesía.

La aludida, haciendo una reverencia a las tres, se echó a reír.

—No creo que mis pobres versos se comparen con los de vuestra alteza. He oído lo suficiente para reconocer que ella es mejor poeta que yo.

Margarita sonrió con picardía y un brillo de diversión en los ojos.

—Me halagáis con vuestras palabras. Pero ¿no creéis que cualquier poema suena bien cuando se le pone música? —Tomando a su esposo del brazo, alzó la vista para mirarlo. Y sin apartar la mirada, proclamó—: A este poema todavía le falta mucho para estar terminado. Apenas tengo que garabatear unas cuantas palabras para que mi señor esposo lo convierta en una canción.

El príncipe le besó la mejilla y luego, de forma más prolongada, la boca.

—¿Y por qué no? Terminadas o no, vuestras palabras son música para mis oídos.

Besándolo de nuevo, Margarita entrelazó su brazo con el del príncipe.

—Mi dulce señor, me distraéis de mi tarea —lo reprendió, aunque luego le tomó el rostro con las manos para besarlo de nuevo—. No debo olvidar que vuestra madre me ha enviado aquí con un propósito. Mi hermana Catalina debe dominar el francés, y ¿quién mejor para enseñarle el idioma que yo, que una vez fui llamada reina de Francia?

El príncipe hizo un mohín.

—¿Os arrepentís de haber perdido ese título?

Acurrucándose contra él, Margarita soltó una carcajada.

—¿Estáis celoso? ¿Cómo podría lamentarlo si soy vuestra reina, mi rey de Granada? —Y, tomándole el rostro con las manos, lo cubrió de besos—. Os amo, Juan. Os amo, os amo, os amo —proclamó, rodeándole el cuello con los brazos para besarle la boca. El príncipe Juan la estrechó entre los brazos y le correspondió el beso, lento y profundo.

Catalina recogió una carta de la mesa. Sin hacer caso a su hermano y a su cuñada, que se susurraban palabras de amor, se quedó observando el pergamino.

—Isabel de Inglaterra aconseja que llegue a su reino hablando un francés impecable. Es el segundo idioma más hablado en su corte. Mi madre le pidió a mi buena hermana que me ayudase.

Doña Beatriz miró a los dos jóvenes abrazados y se rio.

—Si la princesa de verdad desea enseñaros, creo que primero tendrá que dejar a vuestro hermano en otra parte.

Con el paso de los meses, Margarita rara vez le enseñaba francés a Catalina sin la presencia del príncipe Juan. A pesar de sus constantes juegos de amor con su esposo, se las arreglaba para seguir instruyendo a Catalina y la ayudaba a mejorar su francés. Al cabo de cuatro meses, el dominio de la infanta del idioma era tan bueno que a muchos en Inglaterra les resultaría difícil ponerle objeciones.

Doña Beatriz se alegró de ver que, con el tiempo, María también había dejado de sentir celos por Margarita. La dulzura de la joven, su travieso sentido del humor y su inteligencia, que rivalizaba y crecía a la par que la del príncipe, ayudaron a que la muchacha abandonara sus sueños —fueran los que fuesen—, pero también la llevaron a dejar atrás la niñez. La muchacha parecía haber aprendido una de las lecciones de la vida: aceptar con gracia aquello que no podía cambiar. A ser feliz porque otros lo eran, incluso si esa felicidad no era la suya.

* * *

En Alcántara, cerca de la frontera con Portugal, la reina y su corte celebraron la boda de Isabel con el rey de Portugal. Solo un año mayor que su esposa, el rey Manuel la trataba con gran ternura, mirándola embelesado. La reina le contó a doña Beatriz que él se había enamorado de Isabel nada más conocerla, cuando ella estaba casada con su primo. Tras la muerte de Alfonso, nunca perdió la esperanza de que ella accediera a casarse con él. Su evidente afecto le dio a la reina la esperanza de que su hija pudiera encontrar de nuevo la felicidad como esposa.

Querido mío:

La princesa Isabel está a punto de convertirse en reina de Portugal. Sus últimos días junto a su madre coinciden con otra despedida reciente, una que le causa menos dolor a la reina, aunque no menos preocupación. El príncipe Juan y su esposa, ahora embarazada, se han separado de la corte de su madre para establecer la suya en la ciudad que considero mi hogar: Salamanca. ¡Ojalá el deseo de una mayor independencia fuera la única razón detrás de esta decisión! Por desgracia, el príncipe Juan ha vuelto a ser víctima de una grave enfermedad. Aunque afortunadamente ya se ha recuperado, la reina desea que permanezca al cuidado de su antiguo tutor. Diego de Deza es un hombre de confianza tanto para la reina como para su hijo; un hombre a quien el príncipe Juan nunca ha podido ocultarle sus dolencias y que sabe bien cómo tratarlo en esos momentos.

Por ello, durante el largo y lento viaje hacia Alcántara, la corte real se desvió a Salamanca y allí nos quedamos durante dos semanas. La reina y el rey fueron recibidos con gran júbilo. El pueblo de Salamanca se mostró feliz y orgulloso de que hubieran elegido su ciudad para establecer la corte del príncipe Juan. Las celebraciones de la ciudad no daban señales de terminar cuando el rey, la reina y sus respectivas cortes se despidieron del príncipe Juan y de su esposa...

* * *

¡Dios tenga clemencia! Un solo latido basta para convertir la alegría en lamento en un abrir y cerrar de ojos. Ese día, las interminables celebraciones por la boda de su hija resultaron ser demasiado para la frágil salud de la reina Isabel, quien tuvo que guardar cama. Como ya era costumbre cuando enfermaba, doña Beatriz llevó

a Catalina y María a los aposentos reales después de su lección matutina. Por turnos, pasaron la mañana leyéndole, jugando al ajedrez o cosiendo juntas. La Latina no estaba segura de si la soberana realmente deseaba compañía, pero la infanta siempre encontraba la forma de reconfortar a su madre.

Mientras la reina descansaba, doña Beatriz leía su libro y Catalina y María bordaban, conversando en voz baja. Su charla se detuvo cuando el rey entró apresurado en la cámara, dirigiéndose rápidamente al lado de su esposa, seguido curiosamente por Cisneros, el confesor de la reina, y Guadalupe, su médico de mayor confianza.

—¡Isabel!

La reina despertó, sobresaltada por la voz de su esposo. Catalina y María se miraron. La Latina vio que, al igual que ella, se preguntaban qué sucedía.

La soberana se incorporó a medias sobre los almohadones. Se frotó los ojos y se irguió con dificultad. Abrió los ojos de par en par al ver a su confesor y se volvió hacia su esposo.

—¿Qué ocurre?

El rey casi escupió las odiadas palabras:

—Ha llegado un mensajero de parte de la esposa de nuestro hijo... Margarita... ¡Dice que Juan se está muriendo!

Catalina dejó caer su labor de costura al suelo. Doña Beatriz se quedó mirando el bordado, que parecía una burla en aquel momento, con su imagen de un jardín en verano casi terminado, con sedas elegidas por su brillantez para celebrar la alegría de la vida. Al recogerlo, la Latina se pinchó el dedo con una aguja. El dolor, agudo y repentino, hizo que le brotaran las lágrimas. ¿O era más bien por las palabras del rey? Estas la hirieron en el corazón mucho más que una simple aguja.

—Fernando —dijo la reina Isabel, aclarándose la garganta—. Debe de ser un error.

El rey negó con la cabeza, con los hombros derrotados. Sentándose al borde del lecho, miró a su esposa.

—El emisario también trajo un mensaje del médico de Juan. Dice lo mismo.

La soberana abrió y cerró la boca. Por unos instantes, pareció incapaz de hablar.

—¿Cómo puede ser, Fernando? —preguntó al fin—. Juan estaba bien cuando lo dejamos.

El rey posó la mano, ancha, sobre la de su esposa. Como la de una anciana, la mano de la reina se contrajo y tembló bajo la suya. El rey suspiró, se apartó y se

masajeó el muslo con la palma.

—Ocurrió poco después de que partiéramos, mi Isabel. Nuestro hijo no quiso escuchar las súplicas de su médico. Este le rogó que no se agotara con festejos diurnos seguidos de banquetes nocturnos. Sabiendo cómo es Juan, probablemente no quiso defraudar a su esposa ni a la ciudad, pero eso fue demasiado para él. El médico dice que ha hecho todo lo que ha podido, pero la fiebre no baja. Está demasiado débil para luchar.

La reina gimió. Agitó sin control las manos y retorció el cuerpo sin propósito. Parecía fuera de sí.

—Ayudadme a levantarme... debo ir con él.

Intentó incorporarse, con el rostro desfigurado por el dolor. Cerrando los ojos y la boca, se deslizó de nuevo sobre los almohadones y su gemido se convirtió en un grito de angustia. Las gotas de sudor le rodaban por la frente, pasaron sobre sus ojos cerrados y cayeron sobre la línea fina y recta de su boca y su barbilla flácida.

Al otro lado del enorme lecho, el médico le agarró la mano para tomarle el pulso. Con considerable delicadeza, volvió a depositar la mano de la reina sobre la cama y negó con la cabeza al rey. Miró a la soberana con grave preocupación y declaró:

—Su majestad, está demasiado débil para viajar. Acudir junto al príncipe solo pondría su vida en grave peligro. No puedo permitirlo, mi conciencia no me lo permite.

Desde las sombras, el cardenal Cisneros dio un paso al frente. De pie, junto al médico, añadió:

—Señora, pensad en lo que es correcto para vuestro reino.

La reina Isabel abrió de par en par los ojos atormentados ante las palabras del sacerdote. La rabia le devolvió su habitual e imponente majestuosidad.

—Siempre pienso en lo que es correcto para mi reino. Esa, y solo esa, ha sido mi primera preocupación desde que me convertí en reina —rebatió. Luego, alzó la mano, se secó las lágrimas y musitó—: Pero, ¡por Dios!... también soy madre. —Y, mirando con furia a su médico, le espetó—: Y ahora, hombrecillo, decidme: ¿qué os da el derecho de decirme lo que puedo y lo que no puedo hacer?

El rey despidió al médico, quien se retiró con la cabeza gacha. Luego, le tomó la mano a la reina y le dijo:

—Que nuestro hijo sepa que su amada madre está al borde de la muerte por apresurarse a ir a su lado no lo ayudará. Os ruego que entréis en razón y

obedezcáis mis órdenes. Estáis demasiado débil para ir, pero yo iré y actuaré por ambos, como siempre hemos hecho el uno por el otro en el pasado. Puedo llegar a su lado más rápido si vos os quedáis aquí. Con mis mejores jinetes, os hago esta promesa: llegaré junto a nuestro hijo en menos de un día.

La reina observó el rostro de su esposo en busca de cualquier indicio de que estuviera mintiendo. Luego, como si le hubiera transferido todas sus fuerzas, se hundió en los almohadones y se cubrió la boca con una mano temblorosa; para luego dejarla caer sobre las sábanas. Levantando de nuevo la barbilla e inhalando con dificultad, accedió.

—Ve raudo, esposo. Ve raudo. Decidle a mi hijo que lo amo. Decidle que tan solo rezo por recibir buenas noticias sobre su recuperación. —Apartó la mirada, con las lágrimas resbalando por las mejillas—. Ruego a Dios que me dé fuerzas... —murmuró. Sus palabras resonaron en el silencio inquietante de la habitación—. Porque no creo que pueda soportar la pérdida de nuestro hijo. Dios, por favor, si me amáis, no me lo quitéis... no me quitéis a Juan, a mi ángel.

* * *

Querido Francisco:

No quiero ni siquiera poner esto por escrito. Pues hacerlo supondría renunciar a la esperanza de que solo sea un rumor y enfrentarme a la verdad: las noticias que llegan de Salamanca nos dicen que el príncipe Juan se está muriendo. Tras recibir el mensaje de los médicos de su hijo, el rey Fernando partió hacia la ciudad ese mismo día. Nos han contado que cabalgó sin descanso durante toda la noche hasta el día siguiente. La corte aguarda, como sobre la punta de una espada, la llegada de noticias.

Un día. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Las largas jornadas se arrastran del amanecer al anochecer, si es que alguno de nosotros tiene la suerte de conciliar el sueño. Todos los cercanos a la reina vivimos con la esperanza de que llegue un mensajero de Salamanca, temiendo también el mensaje que pueda traer. Cuando llega, la corte oye que el príncipe está mejor, luego peor, luego mejor de nuevo, pero nadie le dice a la reina lo que todos rezamos por oír: que el príncipe Juan ha superado su enfermedad y se encuentra bien de nuevo.

Han pasado ya dos semanas agónicas desde que el rey partió hacia Salamanca. Dos semanas de dolor e impotencia. La reina está desolada. La

princesa Isabel, ahora reina de Portugal, caminó como una sonámbula hacia su nuevo matrimonio. Sin rastro de alegría, se casó con el rey de Portugal sin amar la vida en absoluto, resignada a cumplir con su deber. Pero creo que solo con su cuerpo, ya que la primogénita de la reina dirige su mirada tan a menudo al reino de los cielos que casi se desprende del plano terrenal.

La reina Isabel mantuvo un semblante valiente por el bien de su hija. Abandonó el lecho en el que guardaba reposo y, haciendo uso de todos sus poderes de persuasión, convenció a Isabel de que lo correcto era irse con su nuevo marido a Portugal, como habían planeado, y esperar allí noticias de su hermano. Tras despedirse de la corte de su madre una vez más, Isabel partió ayer hacia el reino de su esposo, sin saber si su querido hermano viviría o moriría. Con su primogénita ya lejos, la reina Isabel ahora vive solo para aguardar los mensajes de su esposo.

Mi pequeña infanta ya no disfruta de sus lecciones diarias. Todo lo que desea es el consuelo que encuentra en la capilla, donde reza junto a su madre...

Durante días, la vida de doña Beatriz pareció transcurrir entre habitaciones oscuras y con las ventanas cerradas, y el fuerte olor a cera de abeja derretida en la capilla. Sin embargo, por muy cerradas que estuvieran, las ventanas no podían impedir que se colaran los sonidos del día. La luz del sol se filtraba en la estancia a través de cada rendija. Las corrientes de aire hacían que las velas encendidas parpadearan, soltando humo. El aroma fresco del otoño despertó en ella el deseo de escapar de aquel aire opresivo que lo impregnaba todo. Un día, Catalina se negó a considerar cualquier otra cosa que no fuera rezar. Incapaz de permanecer un momento más encerrada, la Latina pidió permiso para marcharse y se dirigió a uno de los patios más bellos de Alcántara. Se sentó junto al estanque, mirando el agua, con la sensación de haber sido arrastrada por un torbellino. Una ráfaga de viento súbita le puso unos mechones de pelo ante los ojos, que tuvo que apartar.

Una cara difusa y pálida se reflejó en la superficie del estanque, deshaciéndose cuando otra ráfaga de viento formó ondas en el agua. Al volverse vio a María a su lado. Ya no era una niña, pero aún le faltaba mucho para ser una mujer. Con el paso del tiempo, se parecía cada vez más a su hermosa madre. La Latina suspiró. ¿Y cuando el tiempo cumpliera esa promesa? ¿Qué ocurriría entonces? El tiempo volvería a robarle la belleza de nuevo, era tan inaprensible como el agua que se escurría entre sus dedos. Aún sin poder pronunciar palabra, se secó las lágrimas.

La tristeza se manifestaba en cada latido de su corazón, una cadencia dolorosa que retumbaba con fuerza en sus oídos.

Una libélula centelleó fugazmente con sus alas iridiscentes sobre el agua, ahora en calma. En el árbol que crecía en la esquina del jardín, un pájaro trinó brevemente. Luego, otro le respondió, y otro, y otro más, hasta que el aire se llenó de su canto. El consuelo la envolvió como el cálido manto del sol otoñal. Sintió el corazón henchido de un alivio que, de alguna manera, procedía del príncipe.

Doña Beatriz vio su imagen: esbelto y erguido, de facciones hermosas y encantador, con su sonrisa pícara y traviesa dedicada a sus hermanas y a María, a quien siempre había tratado como una más de ellas. Recordó la primera vez que lo vio tocando el arpa en los aposentos de su madre. Apenas un muchacho, ya era un arpista consumado. Cuando tañía las cuerdas del arpa o la vihuela —ya fuera niño, joven o adulto—, tejía su pasión por la música en cada una de las melodías que componía desde su noble y amoroso corazón. Eran recuerdos que la acompañarían por siempre. Ni siquiera la muerte tenía el poder de arrebatárselos.

Doña Beatriz se acercó a María y la rodeó con un brazo. Una brisa volvió a agitar el estanque, dotándolo de vida y llenándolo de destellos plateados. La libélula aleteó cerca de ellas. La belleza de aquel momento la dejó sin aliento, consciente de la dulzura de la vida. «Seguramente nada que haya sido amado se pierde para siempre», pensó. «El amor, incluso si es tan breve como la etérea danza de una libélula volando sobre el agua, sobrevive al tiempo. Sí, el amor contiene las semillas de granada de la inmortalidad». Miró a su discípula y notó que ella observaba su propio reflejo en el agua.

—Evita el error de Narciso, niña —aconsejó de manera automática, y luego se reprendió por su estupidez. María no estaba siendo vanidosa, solo contemplativa, como ella misma momentos antes. Por ello no le sorprendió su respuesta.

—No me estaba admirando a mí misma, doña Latina. El mundo desapareció en la nada. Sentí una paz enorme, como si estuviera en un sueño, al ver mi rostro en el estanque.

Sintiendo de pronto un escalofrío, la maestra se arrebujó en su capa.

—¿Pasa algo? —susurró la discípula, con miedo en los ojos.

—Tus palabras me han recordado una vieja creencia de los antiguos griegos —respondió, tomando la mano de la joven y poniéndola sobre su regazo, sin añadir nada más. Ambas caras se ondularon juntas en el agua, destellando con diamantes de luz.

—¿Qué vieja creencia, maestra? —preguntó María al reflejo de doña Beatriz en el estanque.

Ella se mordió los labios mientras contemplaba a la joven.

—Por favor, decídmelo —le rogó la muchacha.

Volviéndose hacia ella, con los ojos llenos de miedo, la mujer se reprendió a sí misma por su estupidez. Estrechó la mano de María con fuerza, respiró hondo y, por fin, respondió:

—Los griegos creían que soñar con el propio reflejo en el agua era un presagio de muerte.

La joven se echó a reír.

—No temáis, maestra. Yo he soñado con lo que me deparará el futuro y, sobre todo, con la esperanza de tener un matrimonio como el de mi madre. No ha habido sueño, ni siquiera ensoñación, de mi rostro reflejado en el agua tranquila. Os ruego que no os preocupéis por mí. Si Dios lo quiere, no pienso morir, sino vivir una larga vida.

—Nadie planea morir —murmuró doña Beatriz, aclarándose la garganta y evitando mirar a su alumna. Se estiró la faja, pensando en el príncipe—. Pero mejor no digas nada en voz alta, no sea que tentemos a la suerte.

El sol del otoño proyectó sombras más largas, y la mujer se estremeció porque su luz ya no la calentaba. Las nubes grises se agruparon sobre ellas, tapando el sol y tiñendo el estanque de un color cobrizo. Se estremeció de nuevo, incapaz de detener el torrente de recuerdos. Tantos y tantos momentos preciosos del príncipe, como joyas refulgentes esparcidas por una playa que se extendía a lo largo de los años. Sin Juan, la corte se convertiría en un lugar lúgubre y desolado. La amenaza de perderlo los azotaba sin piedad, zarandeándolos como un barco que naufraga en mares tempestuosos. Si el príncipe moría, sería la ruina de todos.

—Recé por el príncipe —comentó María, alzando sus ojos brillantes.

La Latina suspiró.

—Todos lo hacemos.

—¿Creéis que Dios nos escuchará?

Doña Beatriz le tomó de la mano de nuevo, cerrando los ojos.

—Él nos escucha —afirmó. Luego, impotente, se encogió de hombros—. Pero, como siempre, hay un tiempo para nacer y un tiempo para morir. Lo que no sabemos es si ese momento ha llegado para el príncipe Juan.

La maestra volvió a dirigir la mirada al estanque. Sopló un viento suave sobre la superficie y apartó las nubes, dejando pasar el sol. La luz danzó sobre el agua. Balanceándose de un lado a otro, las sombras de los árboles circundantes se alargaron con el paso del tiempo. Ella cerró los ojos, sintiendo su piel estremecerse con el aire frío. La muerte no pertenecía a ese lugar, a ese jardín, y, por supuesto, no pertenecía al príncipe Juan. La felicidad de muchos dependía de su vida.

Ese jardín parecía un Edén intocable por la muerte, con todo lo que doña Beatriz amaba a salvo en su interior. La muerte del príncipe los cubriría con un velo de tristeza hasta el fin de sus días. Como murciélagos ciegos, sus pensamientos y oraciones se le arremolinaban sin piedad en la mente. Le dolió la cabeza cuando María le preguntó:

—¿Por qué la reina no hizo caso a los médicos?

La mujer sintió que el color de la cara se le iba al oír las palabras de la joven.

—¿A qué te refieres?

—El príncipe no se encontraba bien.

Doña Beatriz tragó saliva.

—Todos los que estábamos cerca de él lo vimos. La reina también lo sabía en el fondo.

La muchacha la agarró del brazo y se lo sacudió, insistiendo.

—Y si todos lo sabíais, ¿por qué no se hizo nada?

La Latina agachó la cabeza, volviéndose a atar la faja.

—María, es difícil de entender...

—Os ruego que me digáis la verdad. Ya no soy una niña.

A doña Beatriz le resultaba difícil mirarla.

—A menudo estamos ciegos cuando se trata de aquellos a quienes amamos. Solo vemos lo que deseamos ver —dijo, recordando los últimos cinco meses. La pasión que compartían el príncipe y la princesa había provocado murmullos de desaprobación entre muchos, y no solo entre los médicos de la reina.

María le sacudió el brazo de nuevo.

—He aprendido lo suficiente de vos, maestra, como para reconocer una enfermedad cuando la veo. El príncipe no solo estaba frágil... su reciente dolencia no fue la causa de eso, sino una pequeña parte.

—Sí —admitió la maestra, sujetándose la sien con una mano—. Su piel tenía un brillo enfermizo; sus ojos resplandecían con una fiebre constante. Había perdido mucho peso desde la boda.

María estalló de furia.

—¡No lo entiendo! Vos me habéis dicho que debo usar los ojos y el instinto, y actuar en consecuencia. ¡¿Es que a los médicos del príncipe no les importaba lo suficiente?! ¡¿Por qué nadie hizo nada hasta ahora, quizá cuando ya es demasiado tarde?! Soy solo una doncella sin importancia, pero en los meses que han pasado desde su matrimonio... cada vez que lo veía, no podía evitar sentirme ansiosa y temer por él. La pasión no causa esto.

Doña Beatriz jugó con la faja, ajustándosela y desajustándosela. Sorbió por la nariz.

—No, tienes toda la razón, mi brillante alumna. Había otro fuego consumiendo al príncipe. Tenía fiebres no lo suficientemente graves como para obligarle a guardar reposo, pero sí para mermar sus fuerzas.

—Entonces, ¡¿por qué nadie hizo nada para detenerlo?! ¡¿Por qué nadie cuidó de él?! Salvo por varios murmullos en las esquinas y por los pocos médicos que fueron lo suficientemente valientes para hablar con la reina, el resto del mundo se mantuvo en silencio. ¡Y ahora, mirad lo que ha sucedido!

Doña Beatriz agachó la cabeza y se frotó los ojos húmedos.

—Conoces al príncipe desde que era un muchacho. Tú misma puedes responder a esta pregunta tan fácilmente como yo.

Con las lágrimas deslizándose por su cara, María miró sin ver la superficie del estanque. Un pequeño remolino de viento arrastró un par de hojas caídas hacia el agua. Flotaron con sus colores —rojo, dorado y un lila casi intenso—, cobrando vida de nuevo gracias al movimiento del agua y a la penumbra. La mujer se frotó los ojos otra vez, sintiendo que la vista se le empañaba. Respiró hondo, intentando mantener la calma. Sabía que si comenzaba a llorar, no habría quién detuviera sus lágrimas.

La llama de la vida de Juan había brillado con la misma fuerza que la de su esposa. Pero mientras que la de Margarita se nutría a gusto de su cuerpo y espíritu, sanos y fuertes, la del príncipe se mantenía viva solo gracias a su férreo espíritu. Otros en la corte lo habían visto mejor y con más claridad que su propia familia. Sin embargo, también ellos quisieron creer lo mismo que Juan y, que Dios se apiade, permitieron que su pretensión de estar sano —en su deseo de ser digno del amor de su esposa y no suponer una decepción para ella ni para su familia— los cegara a todos. El amor, o tal vez el inmenso miedo a perder lo que se ama, a menudo les impidió ver lo que debían haber visto.

«Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre», había declarado la reina meses atrás. Pero lo que el hombre no separa, la muerte, a su manera, siempre lo consigue.

* * *

Pasaron casi dos semanas más en que la reina siguió las estrictas órdenes de guardar reposo en el lecho. Junto a las infantas y María de Salinas, doña Beatriz era una de las pocas que la atendían a diario. Todas ellas estaban con la soberana cuando el rey entró en los aposentos, sin previo aviso. Antes de hacer una profunda reverencia, la Latina alcanzó a ver su rostro derrotado. Un nudo se le formó en la garganta y la amenazó con estrangularla. Mientras lo veía acercarse a su esposa, deseó poder desaparecer, taparse los oídos. Los ojos enrojecidos del rey revelaron su noticia antes de que la pronunciara en alto.

—¿Juan?

La reina Isabel intentó incorporarse de la silla, pero se desplomó de nuevo al ver la desesperación y el pesar grabados en el rostro de su esposo. Lo miró fijamente, con la boca abierta, incapaz de pronunciar palabra. El rey, con la atención puesta solo en su esposa, se acercó a la silla frente a la suya, se sentó y le tomó las manos temblorosas. Apretó los labios con fuerza. Las lágrimas brotaron y se deslizaron por sus mejillas. La voz vacía del rey resonó con pena y desesperación.

—Nuestro hijo ha muerto.

Junto a doña Beatriz, Catalina jadeó como si la hubieran apuñalado, y la infanta María dejó escapar un grito espantoso. «¿El príncipe está muerto? ¿El príncipe Juan está muerto?¿Su príncipe dorado?». La Latina abrazó a la infanta sin pensarlo, incapaz de comprender nada. El tiempo y la vida se ataron en un nudo que se apretó alrededor de su corazón. Se sentía dentro de una pesadilla: una horrible e implacable de la que no podía despertar. La infanta María, con las faldas recogidas, salió precipitadamente de los aposentos de su madre, dejando las puertas abiertas de par en par. Sus jadeos, sollozos y pasos vacilantes se desvanecieron en la lejanía. De pronto, el tiempo se detuvo, permaneciendo extrañamente en calma.

Con las mejillas sonrojadas de un tono enfermizo y el resto del rostro pálido como la tiza, la reina Isabel apartó las manos. Retrocediendo en la silla, se aferró a los apoyabrazos como si su vida dependiera de ello.

—¡No, no! ¡No puede ser! ¡Vuestro último mensaje decía que Juan se encontraba mejor!

El rey acalló un suspiro ahogado con la mano. Cubriéndose los ojos, se recostó contra el respaldo de la silla. La pena y el agotamiento lo habían dejado con un semblante gris. Las lágrimas seguían resbalándole por las mejillas. Doña Beatriz había vivido en la corte durante más de una década y era la primera vez que veía al hombre detrás del rey; un hombre vulnerable que exponía sus emociones a flor de piel, sin vergüenza alguna. Se inclinó hacia la reina, tomándole las manos de nuevo.

—Mi amor, soy vuestro siervo todos los días de mi vida... amada mía, ruego vuestro perdón y comprensión. Cuando envié ese mensaje, nuestro hijo ya se estaba preparando para la tumba. Murió en mis brazos, en la festividad de San Francisco.

La reina abrió los ojos desmesuradamente, sin mirar nada, con las lágrimas cayéndole por el rostro. Aferrándose a los reposabrazos, se levantó de golpe. Luego pronunció las palabras lentamente, como si las estuviera bañando en veneno:

—Mi hijo... murió hace días... ¡¿y no me avisasteis?!

El rey le apretó el puño y agachó la cabeza. Sus lágrimas cayeron como gotas de lluvia sobre las manos entrelazadas. Tragando saliva, se humedeció los labios resecos y, con los ojos anegados en lágrimas, miró a su esposa.

—Amada mía, una noticia así no debe llegar de alguien con quien no puedas compartir el dolor. Yo ordené que nadie os hablara de la muerte de nuestro hijo hasta que pudiéramos consolarnos el uno al otro.

Apartando la mirada, la reina Isabel se tambaleó, luchando por respirar. Alzó la barbilla, aspirando el aire por la nariz, como si intentara reprimir los sollozos. Volvió a sentarse en su silla, sacudió la cabeza como si quisiera despejar sus pensamientos y luego, con voz ronca e impregnada de dolor, preguntó:

—¿Cómo...? —se interrumpió para cubrirse el rostro con la mano temblorosa. Volvió a sacudir la cabeza antes de intentarlo de nuevo—. ¿Cómo murió mi ángel? Mi Juan... ¿sufrió?

El rey apartó el rostro de su esposa, mientras un párpado le palpitaba con rapidez. Una rabia repentina tiñó de color su cara cenicienta.

—Debemos dar gracias a Dios —dijo con amargura—. Pues sufrió solo un poco... y murió confesando todos sus pecados.

La reina se inclinó hacia delante, aferrándose a las manos de su esposo.

—¿Qué ocurre Fernando?

La boca sensual y carnosa del rey se transformó en una línea recta, dura y cruel. Con temor, doña Beatriz reconoció esa expresión: en el pasado, era señal de que el rey estaba a punto de descargar su furia contra todo el que se interpusiera en su camino.

—Juan se resignó a la muerte —reveló con gravedad. Con los dientes apretados a un lado de la boca, el rey sacudió la cabeza—. Para cuando llegué, ya había perdido toda esperanza. Luchó un poco más al saber que yo estaba allí, pero no pude hacer nada más que mirar cómo mi hijo moría. —Mirando fijamente a la reina, espetó—: Le rogué que viviera. Le recordé a su esposa, a su hijo que aún no ha nacido, los dos reinos que un día gobernaría, unidos hacia su plena gloria. ¡No entiendo por qué se rindió tan fácilmente a la muerte! Tenía tanto por lo que vivir... Con la excepción de un cuerpo demasiado frágil, era lo mejor de nosotros...

Secándose la nariz goteante, el rey prosiguió:

—No puedo dejar de recordar cómo nos alegramos con su nacimiento, agradeciéndole a Dios su regalo. O cuánto me alegré de saber en qué hombre se había convertido y lo fuertes que serían nuestros reinos cuando él gobernara. Su pérdida solo puede destruir todas nuestras esperanzas. Es una burla a todo lo que hemos trabajado tan duro por lograr. ¡Es Dios mismo quien se burla de nosotros!

—Fernando, no —gimió la reina, agachando la cabeza. Tragó saliva y se humedeció los labios secos antes de advertirle—: El dolor habla por ti. No tiene sentido descender por ese camino, esposo.

Con ojos implorantes, insistió:

—Dios nos dio a Juan y ahora nos lo ha quitado. Mi ángel está con Dios, entre los mismos ángeles del Señor.

Dicho esto, la reina se desmoronó, su frágil asidero de consuelo se vino abajo. Apartando las manos de las de su esposo, se abrazó con fuerza a la altura del pecho. Y, al inclinarse, rompió a llorar.

El rey Fernando gimió. Y sacudiéndose violentamente de la silla, se golpeó la cabeza contra el respaldo de madera. Abrió los ojos anegados en lágrimas y se abalanzó, a trompicones hacia su esposa, antes de caer de rodillas junto a ella y rodearla con sus brazos de soldado, tan duros y musculosos como la piedra.

Hombre y mujer se deshicieron en lágrimas, meciéndose juntos, unidos por una pena compartida, ajenos a todos y a todo. Con el brazo alrededor de Catalina,

doña Beatriz la sacó de los aposentos de la reina. En los largos pasillos de fuera, el estupor y la tristeza se reflejaban en sus pasos, que eran lentos y pesados. La Latina deseaba poder despertar y que todo fuera una horrible pesadilla. Pero era demasiado real. Dondequiera que miraba, veía y oía el reflejo y el eco de la desesperación y el dolor.

Esa noche, durmió en los aposentos de la princesa, sabiendo que María estaba demasiado afectada para reconfortar a Catalina. Rezaron por el príncipe, pidiéndole a Dios que consolara a la afligida esposa y a los padres de Juan. Rezaron por sí mismas, para que Dios les diera la fuerza suficiente para soportar aquella pérdida, que parecía insuperable. Ya bien entrada la noche, las tres sollozaron juntas hasta que el agotamiento las hizo caer dormidas.

Un dolor afilado como una daga apuñaló los sueños de la Latina, que se despertó al sentir el frío de las lágrimas que le corrían por el cuello y la cara. Cerca del lecho, la larga vela, que chisporroteaba sin cesar, demostraba que había dormido solo una o dos horas. Se secó las lágrimas con la manga de la camisa, pero seguían brotando sin cesar. «¿Acaso respiro solo para llorar? Nuestro príncipe dorado, muerto. Juan, muerto... muerto... muerto...».

Dándose media vuelta sobre la espalda, se quedó mirando la oscuridad, sintiendo cómo la terrible nada la sofocaba y oprimía. En silencio, se enfureció con el destino y la injusticia de la vida. Al igual que el rey, ella odiaba, pues no lograba comprender el propósito de Dios. Como Catalina y María estaban inquietas pero aún dormidas, se deslizó de la cama y encendió otra vela para dejarla en la puerta antes de salir.

Las puertas interiores de la recámara de la infanta daban a un patio amurallado, que compartía con otras cuantas mujeres afortunadas de residir del ala femenina de los aposentos reales. Doña Beatriz empujó el pesado portón, adentrándose en la noche de terciopelo negro, buscando su abrazo y consuelo.

Durante toda su vida, la naturaleza le había levantado el ánimo en momentos de tristeza. El súbito trino de un pájaro, el susurro de la lluvia tras el sofocante calor de un día de verano, el dorado crepúsculo sobre un jardín. La naturaleza la renovaba y fortalecía su fe, pues en esos momentos siempre sentía que Dios mismo la sostenía en su abrazo. Nunca había dudado ni cuestionado a Dios antes, pues solo admitía la inherente falibilidad humana. Pero esta noche, su desesperación era tal que se sumió en un profundo mar de dudas, unas dudas que la dejaron al borde de un acantilado que se desmoronaba. Cegada por el dolor y la

angustia, buscó desesperadamente una luz que le mostrara el camino para alejarse del precipicio.

Descalza, casi agradecida por el frío que le perforaba las plantas de los pies, avanzó con cuidado sobre las piedras húmedas y cubiertas de musgo para llegar a la gruesa alfombra de hierba que bordeaba el jardín del patio. Se encontró en otro mundo, uno gris que, aun iluminado por luna, era hermoso.

La enorme luna llena pintó las piedras grises de los muros del palacio de un blanco luminoso y delineó el grupo de altos álamos como si la mano de un artista los hubiera pintado de blanco. Se detuvo sobre los escalones, sintiendo la luz de la luna sobre ella, llena de desprecio. ¿Cómo osaba reconocer y admirar la belleza cuando el príncipe Juan yacía muerto y su joven cuerpo era alimento para los gusanos?

—¡Doña Latina! —llamó Catalina. Descalza también, se acercó a ella, con la capucha del manto sobre los hombros. El cabello suelto le caía en rizos abundantes antes de desaparecer en su espalda. El pelo y el manto ondearon con una ráfaga de viento repentina mientras se dirigía hacia la tutora. De pronto, la intensa luz de la luna delineó su figura infantil, desnuda bajo la blanca camisa. Doña Beatriz se dio cuenta de que tenía los pies congelados y se estremeció. La ligereza de su propia ropa no le ofrecía protección contra la noche.

Al llegar a su lado, la infanta la tomó de la mano. Chasqueó la lengua con desaprobación y luego la envolvió junto a ella bajo su grueso manto.

—Doña Latina, ¡aquí sola en una noche tan fría! Deberíais saberlo: no necesitamos que nadie más se enferme. —Rendida en el intento de aparentar fortaleza, la joven apoyó la cabeza en su pecho. Doña Beatriz sintió cómo la camisa se le humedecía con las lágrimas de la infanta.

La abrazó con más fuerza.

—No estáis sola en vuestro dolor. Todos queríamos a vuestro hermano.

Los rayos de luna envolvieron a Catalina en una luz azul, convirtiéndola en una estatua de mármol, viva y en movimiento.

—¿Por qué tuvo que morir?

La Latina suspiró. De todas las preguntas que Catalina le había hecho desde los cinco años, esa era la más difícil de responder.

—Mi chiquitina, que ya no lo es tanto, ojalá tuviera las palabras de consuelo. Pero a menudo es una lección difícil la que aprendemos: la vida da para quitar.

Catalina se revolvió, como si estuviera enfadada.

—Entonces la vida es cruel —declaró, sollozando.

Doña Beatriz le besó la coronilla.

—Muy cierto, y qué bien que lo aprendáis a los doce años. Yo lo aprendí mucho antes, casi antes de poder hablar. Pero hay otra cara en la vida que da consuelo. Sin duda todos somos más ricos por haber tenido al príncipe en nuestras vidas, aun si eso significa soportar su pérdida.

La infanta se secó la mejilla en la camisa de su tutora.

—Eso no es un consuelo, lamentaré su pérdida el resto de mis días.

Doña Beatriz dejó escapar un sollozo ahogado.

—Sois una doncella muy joven. El tiempo atenuará este dolor hasta que se vuelva tan distante como la luna que brilla sobre nosotros esta noche. —Suspirando, añadió—: No puedo decir lo mismo de la reina. La alegría la ha abandonado para siempre. Estoy muy preocupada por vuestra madre.

—Padre también tiene el corazón destrozado.

—Sí, tenéis razón —musitó la maestra. Tomó el brazo de Catalina para llevarla de vuelta a los aposentos reales y continuó—: Pero él tiene otros hijos, todos bastardos, sí, pero pronto eso lo consolará. En breve regresará al campo de batalla. La acción, que decide quién vive y quién muere, le hará dejar de lado su dolor. Pero vuestra pobre madre... Ha perdido a su único hijo... un hijo que murió sin el beso materno final. Ni siquiera estuvo allí cuando depositaron su cuerpo en la tumba. Creo que nos daremos cuenta de que toda su alegría yace sepultada en Salamanca. Venid, dejemos atrás el frío de esta triste noche.

CAPÍTULO 23

«Viendo que Dios os hizo sin par,
con la bondad en vuestro corazón y en vuestra voz,
sin que vuestro igual se halle en lugar alguno,
mi amor, mi señora, os declaro:
Si Dios así lo hubiese querido, habríais sido un gran rey».

Rey Dionisio I de Portugal a su esposa Isabel, que murió en 1325

Amor mío:

Os ruego que volváis pronto. Necesito vuestra fuerza y vuestros brazos a mi alrededor. No sé cómo soportar estos días tan tristes. La pérdida del príncipe Juan nos afecta a todos profundamente; la pena por su muerte es como un sudario asfixiante sobre nuestras almas, sobre todo en la familia a la que sirvo. Anhelo tanto vuestro consuelo, Francisco...

La desolada esposa de Juan regresó a la corte muy cambiada. Ya no era aquella jovial y enérgica princesa de la que se despidieron en Salamanca. Llegó arrastrando no solo su pesado dolor, sino también las esperanzas de Castilla y Aragón en su vientre abultado. Esperanzas que muy pronto se quedaron en nada. Dos meses después de la muerte del príncipe, Margarita comenzó a dar a luz.

Era demasiado pronto para el nacimiento de un niño vivo, y la princesa luchó contra las punzadas del parto como una mujer enloquecida. Ayudando a las parteras en la cámara de nacimientos, cuando ya nada más se podía hacer para evitar lo inevitable, doña Beatriz se apartó y rompió a llorar al oír a la princesa suplicar:

—¡Haced lo que sea! —sollozaba—. ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! ¡No os llevéis también a nuestro hijo!

En la mañana del tercer día, tan pronto como amaneció, doña Beatriz se presentó en los aposentos de la reina. Todavía salpicada de sangre, se tambaleó al hacer una reverencia exhausta. Al erguirse, se sujetó los antebrazos, intentando mantenerse en pie. La soberana le hizo un gesto para que se acercara y tomara asiento en el taburete cercano. Se miraron a los ojos.

—Hablad, doña Beatriz.

—Fue una niña, alteza... —La mujer tragó saliva, dándose cuenta de cuánto tiempo había pasado desde que había bebido—. Mi reina, nunca hubo esperanza de dar a luz a un bebé vivo con solo seis meses de embarazo. El latido de la criatura se detuvo en el útero anoche. No le dijimos nada a la princesa Margarita, pero ella lo sabía. Ella perdió toda esperanza y cayó en un estado de estupor. Nos obligó a actuar esta mañana para darle la única oportunidad de vivir. Sacamos a la niña muerta. Que Dios nos ayude y nos perdone, fue lo único que pudimos hacer. Si la princesa sobrevive y se vuelve a casar, dudo que vuelva a concebir.

* * *

Querido Francisco:

¿Se terminarán algún día estos días oscuros? La pérdida de la hija de nuestra princesa ya fue bastante terrible, pero dio lugar a una espantosa lucha por el poder, después de que el marido de Juana aprovechara la situación para proclamarse ambos herederos de la reina. Una acción tan despreciable por parte de Felipe el Hermoso, apodo que, cada vez más, parece ser una simple burla de mal gusto.

La reina Isabel hizo llamar a su hija Isabel para que acudiera en persona y asegurase su derecho de sucesión. Isabel estaba entonces embarazada de cinco meses, y a la reina le dolió mucho tener que rogarle a su hija que viajase una distancia tan grande.

En Toledo, las Cortes de la reina Isabel, el Parlamento de su nobleza, proclamaron a Isabel heredera de Castilla, pero las Cortes de Aragón siguen aferrándose con tozudez a su deseo por un heredero varón. Para persuadirles de lo contrario, los reyes volvieron a llamar a la joven reina de Portugal. El rey Fernando creía que este era el único modo de convencer a los aragoneses. ¡Cuánto odió la soberana tener que convocar a su hija de vuelta a la corte! Desde que Isabel regresó a Portugal, las noticias sobre su salud han ido de mal

en peor. Ahora, los súbditos de su padre la han obligado a soportar otro viaje arduo y largo, esta vez a Zaragoza, lejos de la frontera con Portugal, a pesar de que todos sus médicos desaconsejaban tal cosa.

«Mi hija debe conservar las fuerzas. Sería mejor y me costaría mucho menos someter a esta gente por la fuerza de las armas, en lugar de tener que sufrir su insolencia», espetó la reina, enfurecida, con una voz tan fría como el acero, a Alonso de Fonseca, que se arrodillaba ante ella después de traer noticias del rey.

Vi a Fonseca santiguarse. Se endureció el gesto de su rostro afilado y, levantando la barbilla, proclamó: «Su majestad, si la reina de Portugal desea ser reconocida como la heredera de su padre, debe acudir. Los aragoneses serán leales al monarca al que le juren lealtad».

En breve partiremos hacia Zaragoza, amor mío...

Dos semanas después, doña Beatriz se encontró cabalgando en su mula detrás de la familia real hacia el palacio de la Aljafería, tras haber dejado a Margarita en Sevilla. Aún de luto por la pérdida de su esposo e hija, todavía no encontraba la fuerza para recuperarse tras el parto. Estaba tan mal que los reyes decidieron posponer cualquier decisión sobre su futuro, pues no sabían si llegaría a recuperarse.

El alcázar de verano de los reyes de Aragón se alzaba imponente sobre la colina más alta de Zaragoza. Mientras luchaba por llegar, la cansada mula de doña Beatriz se negaba a avanzar a un paso más ligero que el de un caracol reumático. Agotada también por el largo viaje y sin querer usar el látigo con el pobre animal, la Latina estudió el hermoso edificio. Dos torres circulares de un blanco grisáceo flanqueaban la entrada y otras similares rompían la curva de sus fuertes murallas. Parecía inexpugnable y robusto, pero la victoria cristiana había expulsado a los musulmanes cientos de años atrás. A una escala mucho menor que otras residencias reales, esta había sido la casa de la santa Isabel. Ansiosa por poner fin a su viaje, doña Beatriz se estremeció, invadida por un mal presentimiento.

* * *

La luz del atardecer coronó con destellos dorados sus cabezas veladas, mientras las dos reinas vestidas de negro caminaban agarradas del brazo por el patio amurallado. La luz del sol se filtraba a través de las decorativas paredes de piedra

de los altos arcos y sus filigranas, proyectando un diseño moteado de sombras sobre el suelo y hacia el interior del edificio.

No mucho después de haber vuelto de los oficios en la pequeña iglesia del alcázar, utilizada como mezquita siglos atrás, doña Beatriz se sentó con la infanta María y su dama de compañía en el banco de piedra para coser, mientras Catalina y la otra María se sentaban en otro banco cercano. Las niñas ya ni siquiera fingían leer los libros seleccionados para sus estudios. La Latina oyó a Catalina preguntarle a su amiga:

—¿De qué creéis que están hablando?

María se limitó a encogerse de hombros y a dar patadas a las hojas secas que tenía delante, como si quisiera limpiar el camino empedrado.

—¿Cómo podría saberlo? —respondió—. Extendiendo la pierna, giró el pie, admirando su nueva zapatilla negra y la fina cinta roja que se cruzaba sobre el tobillo antes del lazo final. Tanto la zapatilla como la cinta hacían que el pie y el tobillo de María parecieran más estrechos, tal vez incluso delicados. Mirando a la infanta de reojo, comentó—: Sea lo que fuere, no quieren que las oigamos.

Catalina alzó las cejas con sorpresa. Hacía poco que se las había depilado como las de las mujeres de la corte, lo que le daba a su rostro un extraño atisbo de madurez. Con un dedo, doña Beatriz siguió el alto arco de sus propias cejas, un camuflaje cortesano que velaba tanto su juventud como su edad.

—No habéis sido la única a la que madre ha apartado. Isabel es mi hermana y la he echado de menos cada día desde que se fue a Portugal. Apenas he hablado con ella desde que ha llegado.

Doña Beatriz observó a las dos reinas, de espaldas a ella. El estrecho camino empedrado las guiaba alrededor del perímetro del patio y entre los dos jardines rectangulares. La reina Isabel y su hija mayor llegaron al otro lado, cambiando la perspectiva. Demasiado lejos para oír más que el murmullo de sus voces, los enormes ojos de Isabel se clavaron en los de su madre. Asintió a algo que la reina le dijo.

A la Latina volvió a preocuparle la delgadez de Isabel. Con la joven reina tan esbelta, su enorme vientre resultaba grotesco. A pesar de la calidez de aquel día primaveral, doña Beatriz sintió un escalofrío y miró de nuevo a Catalina. A su lado, María seguía entretenida dando patadas a las hojas.

La infanta le sacudió el brazo.

—¿Qué os pasa?

Su amiga la miró a los ojos, con ganas de echarse a llorar. La muerte del príncipe, seguida poco después por la de su hija, había removido las emociones de todos hasta dejarlas a flor de piel. Durante meses habían luchado por recuperar y reconstruir su vida después de que el dolor y la pena lo destrozaran todo. Doña Beatriz suspiró. «¿Cuántas veces más se desmoronará nuestra vida?», pensó.

María se quedó mirando al suelo. Sin más hojas que apartar, miró de nuevo a Catalina antes de confesar:

—Me gustaría no estar aquí... Estar en cualquier otro lugar, pero no aquí.

—Pero ¿por qué? ¡Si siempre os ha gustado!

Perturbada, la maestra se preguntó si a María también la había asaltado el mismo mal presentimiento que sintió ella al llegar. Volvió a mirar el patio. La luz del sol se inclinó sobre el tejado, inundando los pequeños árboles modelados como enormes globos. Sin perder potencia, la luz del atardecer golpeó la fuente de un lado, haciendo que los chorros de agua resplandecieran como cristales.

Con un cielo azul zafiro de fondo, un pajarillo alzó el vuelo con un movimiento de alas marrones, dando saltos por el borde del tejado y deteniéndose de vez en cuando para buscar insectos, raspando el pico contra la piedra. Nada parecía amenazarles allí. Pero doña Beatriz se sentía amenazada. Día tras día, la sombra de esa amenaza se hacía más profunda y alargada.

—Nuestra antepasada atormenta este lugar —dijo María. Como si se sorprendiera de sus propias palabras, la niña se mordió el labio inferior.

—¿Qué os pasa hoy? Habláis como una necia. ¿Y de qué antepasada habláis? Muchos de nuestra familia vivieron aquí.

—Deberíais saberlo. Este patio fue una vez suyo, el lugar donde pasó su infancia. La reina siempre nos ha puesto como ejemplo a Isabel, la que fue reina de Portugal hace tanto tiempo. Siempre me ha inquietado.

—¿Inquietado? ¿Por qué debería inquietarte Isabel de Portugal? Tener una santa entre nuestros antepasados es motivo de orgullo, ¿no creéis? Ella no nos atormentaría. ¿Qué razón tendría para hacerlo?

María echó la cabeza hacia atrás.

—Que no os atormente a vos no significa que no atormente a otra. Sabéis tan bien como yo que, desde la muerte de su primer esposo, lo único que Isabel ha deseado es ser como esta otra Isabel...

Catalina palideció. Mirando a su hermana mayor, negó con la cabeza.

—Tal vez en un momento lo deseó, pero olvidáis que nuestra antepasada era una anciana cuando tomó el hábito, después de la muerte de su esposo. Sus hijos ya eran adultos. Ahora, gracias a Dios, mi hermana tiene la misma oportunidad de convertirse en madre.

Doña Beatriz también levantó la vista hacia la joven reina. Una vez más, de espaldas a ella, le recordó a un palo delgado y recto. No había nada en ella salvo ropajes negros y un enorme vientre.

—¿Acaso no lo veis? —cuestionó María, sujetándole la mano a su amiga—. Nada ha cambiado realmente para ella. A menudo nos sonríe como si no estuviera aquí, también a la reina, vuestra madre. Es como si se moviese por la vida solo para llegar al día de su muerte.

La infanta retiró la mano.

—¡No digáis eso!

María agachó la mirada y se encogió de hombros.

—Vos dijisteis que queríais que siempre os hablara con franqueza. Conozco a vuestra hermana casi tan bien como vos. Nunca nos ha ocultado lo que hay en su corazón.

Catalina se frotó los ojos.

—Pero está el hijo que espera. Cuando Isabel lo sostenga en brazos, dejará de pensar en la muerte.

María se limitó a estrecharle la mano de nuevo. Con un escalofrío, doña Beatriz se sentó en silencio, a merced de sus duros pensamientos.

* * *

«¿Acaso soy una necia por sentir tanta inquietud ante un desastre inminente?», se preguntó doña Beatriz al día siguiente. En el jardín se encontraba la joven reina, sentada y sonriendo con todas ellas, cosiendo la vestimenta para el bautizo de su infante aún no nacido. Hablando de su nueva vida en Portugal, le recordó a la Isabel de espíritu menos sombrío del comienzo de su primer matrimonio con Alfonso. Posando la mano libre sobre su vientre hinchado, sonrió con ternura.

—Mi pequeño está inquieto. Sabe que su padre llegará pronto. Manuel no desea perderse el nacimiento de nuestro muchacho.

Las infantas Catalina y María descansaban recostadas sobre grandes cojines en una alfombra cerca de Isabel. Doña Beatriz estaba sentada con María de Salinas sobre la hierba, que era espesa y exuberante. La infanta María se inclinó para

arrancar un par de margaritas de manzanilla. Aplastando las flores con la mano, se las llevó a la nariz y cerró los ojos.

Doña Beatriz también arrancó una flor. Poniéndola boca arriba en la palma de la mano, extendió sus pétalos. Le recordó a un sol dorado, con su centro de un amarillo glorioso, y los pétalos blancos como rayos de luz. Al oír de pronto la risa cristalina de la infanta María, alzó la vista. La niña estaba arrodillada junto a Isabel, ambas con la cabeza una muy cerca de la otra, comparando las diminutas prendas que habían hecho. Fluyendo libre de su sencillo rodete negro, el largo pelo rubio de María brilló con destellos rojizos, en vívido contraste con los velos negros de su hermana.

Al verlas a ambas tan juntas, la Latina siempre era consciente de su parecido. El velo de Isabel escondía un cabello de un color tan hermoso como el de su hermana menor y sus ojos eran del mismo azul verdoso oscuro. A excepción de Juana, las hijas de la reina eran la viva imagen de su madre. En cuanto a la mentalidad... volvió a pensar en la infanta María. Contenta con solo estar viva y disfrutar de la vida, la muchacha nunca pareció compartir el mismo fuego tenaz de la fe de sus tres hermanas y de su madre.

Catalina se movió para arrodillarse y, acercándose a su hermana mayor, tocó las ropas de recién nacido en la mano de Isabel para comentar:

—Son tan pequeñas, hermana... Te olvidas de lo pequeños que son los niños hasta que preparas ropas para su nacimiento. —Luego, miró la manta que sostenía en las manos. Tras horas de un minucioso bordado, el escudo de armas de Portugal estaba casi completo: un escudo rojo con castillos amarillos a su alrededor, en medio de un círculo también amarillo. Cosía los últimos y pequeños escudos azules sobre el gran escudo blanco en el centro.

—¿Acaso importaría tanto si tu hijo fuese niña? Yo recibiría a una sobrina con tanta alegría como a un sobrino.

Isabel se rio, aunque las sombras se hicieron más profundas en su rostro.

—Otro gallo te cantará cuando seas tú la que esté encinta. Yo no estaría muy contenta si, tras pasar por todo este tormento, por todos estos días de enfermedad, acabara dando a luz a una niña. Sobre todo, al recordar los problemas que me trajo el ser una mujer. No, ser mujer no es algo que desearía para mi hijo —comentó.

María entrecerró los ojos contra el sol.

—Pareces muy segura de que será un niño. Pero no está en nuestra mano saber el sexo de nuestros hijos antes de que nazcan, y las niñas deben seguir naciendo, sin importar lo que deseemos.

Isabel meditó sobre las palabras de su hermana, tamborileando los dedos contra el costado de su tenso vestido.

—Tienes toda la razón, las niñas deben nacer. Pero estoy segura de que llevo un varón dentro de mí. Lo he sentido así desde que noté que cobraba vida. —Se rio ligeramente—. Y sabes que rara vez me equivoco.

Catalina soltó una risa áspera, muy parecida a la de su madre. Mirando a su hermana, sonrió con picardía.

—Ah, ¿no? ¿Y qué hay de las veces que sí te equivocaste, Isabel? Recuerdo que no hace mucho decías que nunca volverías a ser feliz, y, sin embargo, aquí estás hoy, celebrando con tus hermanas. Me da alegría verte así.

Isabel se inclinó sobre su enorme vientre como una flor que se dobla con el viento. Suspiró.

—Mi chiquitina, ahora sé que somos necios si no aceptamos la alegría cuando se nos ofrece y disfrutamos de la felicidad mientras podamos. —Se quedó en silencio, extendiendo la ropa de su futuro hijo sobre el regazo. Luego levantó la mirada, con los ojos iluminados, y dijo:

—He pensado mucho desde que nuestro hermano murió. Tuvo que morir, después de todos los años que pasó intentando consolarme, para que yo despertara de la oscuridad de mi vida a medias y viera la mujer pecaminosa en la que me había permitido convertirme.

»Me encerré en mi dolor de manera egoísta, sin hacer caso a todos los que me amaban. Cuando Juan murió, oí su voz animándome a buscar la alegría... Volví a sentir el calor de su afecto, aquel que tantas veces rechacé mientras vivía.

»Ahora sé que mi autocompasión me costó mucho: años y años en los que podría haber sido una hermana mejor, no solo para vosotras, María y Juana, sino también para él. Juan odiaba la idea de ser rey, pero confiaba en pocos para revelar la carga de este sentimiento. Confió en mí, intentó hablarme de sus miedos a no ser el rey que nuestros padres esperaban y deseaban. Y me arrepentiré todos los días de mi vida por haberle fallado. Debería haberlo escuchado, en lugar de haberme regodeado en la autocompasión. —Secándose las lágrimas, Isabel sonrió, miró el jardín iluminado por el sol y proclamó—: Pero intentaré no fallarle ahora. Ya he tenido suficiente sufrimiento.

Catalina y María se miraron. Sin decir palabra, las hermanas se arrodillaron a cada lado de Isabel, acurrucándose cerca y estrechándole las manos. A pesar de su sonrisa, en el gesto de las tres se dibujaba el dolor. Los meses transcurridos desde la tragedia del fallecimiento del príncipe no habían disminuido el inmenso vacío de la pérdida. Doña Beatriz se secó las lágrimas. También le dolía el corazón. Dudaba de que el tiempo pudiera curar jamás la pérdida de su príncipe querido.

* * *

La corte de la reina Isabel pronto dio la bienvenida a la del rey de Portugal. Al aparecer sin anunciar su llegada, casi nadie se percató de su presencia hasta que irrumpió en el jardín, buscando a su esposa.

—¡Isabel! —gritó, con su evidente angustia volviéndose alegría.

Sorprendida de verlo correr hacia su esposa como un niño, doña Beatriz se puso en pie y, junto a las infantas y el resto de las doncellas, hizo una reverencia. El rey no se dio cuenta. Se dejó caer de rodillas para abrazar a Isabel, apoyando la cabeza sobre su pecho.

Besándole la coronilla a su esposo, ella se echó a reír.

—Me temo que nuestro hijo debe aprender modales. Os ha dado una patada.

Con las manos sobre el vientre de Isabel, el joven rey soltó una carcajada que hizo sonreír a todos los presentes. Con los ojos iluminados, la adoración que mostró durante las celebraciones de su boda no había cambiado en absoluto con los meses de matrimonio. Se levantó y besó a su esposa. Doña Beatriz sonrió. Parecía que el amor había crecido en los meses de matrimonio. Isabel también lo miró con ojos radiantes. Aunque no resplandecían con el profundo primer amor que le había mostrado a Alfonso, sí brillaban con algo parecido.

Las últimas semanas del embarazo se hicieron largas. Muy pronto, el vientre de Isabel se volvió tan grande que necesitaba la ayuda de quienes la rodeaban para incorporarse del asiento. Su esposo solía ser el primero en ayudarla. Tocando el arpa mientras ella cosía el faldón para el bautizo de su hijo, el rey pasaba todo el tiempo libre con su esposa, disfrutando de los hermosos días primaverales en el jardín.

Dos semanas después de la llegada del rey Manuel, doña Beatriz se encontraba arrodillada sobre la hierba del patio, recogiendo manzanilla para preparar una infusión calmante para la reina. Las lecciones ya habían terminado por ese día y Catalina estaba con su madre, jugando al ajedrez con María. Sin duda, las niñas

estarían hablando sobre las últimas noticias de Inglaterra. El rey inglés se mostraba cada vez más impaciente por la llegada de la infanta.

Acalorada, la Latina se puso de pie. Posó la mirada en la hermosa escalera que conducía a los aposentos reales. Un artesonado cubría la escalera. A un lado, el interior del alcázar se abría ante ella. Se apoyó en una columna de estilo corintio de un arco, mirando hacia arriba. La sala del trono también poseía un techo digno de mención: un artesonado ornamentado y pintado, con ricos paneles de madera muy parecidos a un techo de la Alhambra. Todo un festín para la vista.

Unas pisadas crujieron en la gravilla. Doña Beatriz se asomó por una rendija entre la pared y la columna corintia que la ocultaba de la vista desde el jardín. La joven reina y su esposo caminaban por el sendero, hablando animadamente, pero todavía demasiado lejos como para que pudiera oírlos.

Doña Beatriz aprovechó para observar al esposo de Isabel. La compleja red de parentesco, especialmente la de la realeza, sugería muy poco los lazos de sangre entre este hombre bajo y delgado y su sobrino, el fallecido Alfonso. La hermana mucho mayor del rey Manuel era la madre de Alfonso. La voz angustiada de Isabel detuvo sus reflexiones. A través de la rendija, la vio apartar a su marido de un empujón. Se volvió, mirando hacia donde estaba la Latina. Con los ojos ciegos y abiertos por el horror, echó a correr torpemente. La corta distancia la dejó sin aliento.

Doña Beatriz se mantuvo de pie y luego dio un paso hacia atrás, aplastándose contra la pared para permanecer fuera de la vista. El rey Manuel alcanzó a su esposa y la tomó del brazo. Suplicaba con sus ojos negros.

—Amor mío, perdonadme. Pensé que lo más prudente sería ocultarte esto, pero ¿cómo podía hacerlo cuando juramos que nos diríamos la verdad el uno al otro? Ahora que estamos aquí... una voz de la tumba no me deja en paz. Tenías que saberlo, mi Isabel.

—¡Mentís! —sollozó Isabel. Jadeando entre lágrimas, se desplomó en sus brazos —. ¿Por qué me decís esto? ¿Por qué ahora? Manuel, ¡¿por qué ahora?!

Con la cara del color de la ceniza, alzó la barbilla, lo que agudizó los ángulos de su fino rostro.

—Amor, creedme que solo el miedo por nuestro hijo me impulsó a hablar. No os habría contado esto por nada del mundo, pero mi primo Juan nunca me habría hablado de estos asuntos a menos que pensara que eran ciertos.

Isabel se apartó de su lado y se encaró hacia él, con los puños firmes a los lados.

—¡Mi padre no es un asesino! —proclamó.

A doña Beatriz se le detuvo el corazón por un instante y se quedó completamente inmóvil. El rey Manuel intentó acercarse a Isabel, pero al ver la expresión de su rostro, bajó los brazos a los lados.

—Perdonadme. Olvidaos de lo que he dicho, Isabel. Le prometí a vuestra madre que nuestro hijo podría ser criado en su corte. Sé que allí estará a salvo.

Isabel se quedó mirando atónita a su esposo.

—¿Nuestro hijo... se quedará al cuidado de mi madre? ¿Cuándo se decidió esto? ¿Y por qué soy la última en saber que me van a arrebatar a mi hijo?

El rey le sujetó los hombros antes de rodearla con los brazos.

—Dulce amor, mi dulce amor. Por eso tenía que decíroslo. La traición ha sido mi compañera toda la vida. La huelo, como si oliera un cadáver en descomposición. Mi amor, ese olor persigue a vuestro padre dondequiera que vaya. Cuando me casé con vos, nunca quise creer lo que mi primo me contó, pero si nuestro bebé es un varón... no puedo arriesgar su vida actuando como si fuera ciego y sordo. Poner a nuestro hijo al cuidado de vuestra madre le asegura la vida. Eso creo. Y vuestro padre no se deshará de un nieto que acabe amando o al que eduque para ser rey después de él. Tengo que creer eso, tengo que creer que perdonará a nuestro hijo por mi sangre.

Isabel se desplomó en sus brazos, aferrándose a él como si su vida dependiera de ello. Levantó la vista, respirando con dificultad.

—Manuel... —Toda vida desapareció de su rostro—. ¿De verdad creéis que mi padre asesinó a Alfonso?

El rey gimió y la abrazó con más fuerza.

—Amor mío, debéis entender que la conveniencia política es la única divisa de vuestro padre. Durante años ha presionado al rey de Inglaterra para que haga lo que él mismo habría hecho hace tiempo: deshacerse de un hombre inofensivo y que está encerrado, solo porque su sangre lo convierte en un pretendiente demasiado cercano al trono.

Ella negó con la cabeza.

—No... no, le hacéis una grave injusticia a mi padre. Decir tales cosas de él... En cuanto a Warwick, solo quiere que Inglaterra esté más segura para mi hermana cuando sea reina.

La cara de Manuel se contrajo en una mueca desagradable.

—Sí, más segura para vuestra hermana. Ojalá todos tuvieran padres así...

—¿Acaso está mal que se preocupe por la seguridad de mi hermana?

Mirando por encima de su cabeza, él suspiró y dijo:

—No creo que sea solo por la seguridad de vuestra hermana, sino más bien por el futuro y por asegurarse de que se convierta en reina y lo siga siendo. El poder lo es todo para vuestro padre.

»Con Alfonso, él temía que el empeoramiento de la salud de vuestra madre llevara a Juan a su trono demasiado pronto. Vuestro hermano no tenía experiencia y a menudo estaba enfermo, y Castilla necesita un gobernante de mano firme. Al estar vos casada con el heredero de Portugal y ser la próxima en la línea de sucesión a la corona de vuestra madre, vuestro padre se preocupó de que Juan pudiera sentirse tentado de quedarse con la manzana. Muchos en Castilla respetaban a mi primo Juan, sabiendo que era un rey fuerte con un hijo fuerte.

»Vuestro padre nos odia. Nos llama los «apestosos portugueses» a nuestras espaldas. No creo que le importe demasiado que sus insultos hayan llegado a mis oídos. No se fiaba de la paz inestable que trajo consigo vuestro matrimonio con Alfonso. Vuestro padre nunca quiso ese enlace, pero la reina, vuestra madre, sabía que lo amabais. Lo que ella puede hacer por vos, lo hace, incluso a costa de sí misma.

Isabel apretó las manos de su esposo, como una vez hiciera, en una playa al atardecer, antes del inicio de tanta pena, estrechando las de su hermano, rogando que la liberaran de los grilletes del deber.

—Mi madre... ¿lo sabe?

El rey negó con la cabeza.

—No, no, mi amor. Juan estaba seguro de que fue la mano de vuestro padre la que puso en marcha la muerte de Alfonso. Recuerda, ocurrió en un momento en el que vuestras esperanzas de concebir un hijo de Alfonso se habían desvanecido por completo, seguido del incendio que casi le cuesta la vida a vuestra madre. Poco tiempo después, Alfonso recibió un regalo de vuestro padre: el semental que le quitó la vida.

Con la boca abierta, Isabel lo miró.

—Pero fue un accidente... —protestó.

Manuel negó con la cabeza.

—Fue planeado para que pareciese un accidente. Mi primo supo después que el caballo odiaba el contacto humano y que se asustaba fácilmente. Y por si eso no

fuera suficiente, solo un mozo de cuadra castellano fue el único acompañante de Alfonso esa noche. Quién sabe qué sucedió realmente.

»El rey Juan se fue a la tumba creyendo que la tragedia no fue ningún accidente. Llevaba demasiado la marca astuta y solapada del rey Fernando. Creía que, después del fuego en el campamento, vuestro padre decidió no arriesgarse más a que Portugal amenazara la sucesión de vuestro hermano. Quería que Juan asumiera el trono sin que nadie lo amenazara.

El rey la abrazó con más fuerza.

—Vuestra madre ama a Dios demasiado como para pensar siquiera en matar al amado esposo de su hija, a quien ama más que a la vida misma. Pero, mi amor, cuando le hablé de nuestro hijo... Isabel, mi corazón me dice que sospecha de vuestro padre, aunque es una esposa demasiado leal como para expresar esas sospechas en voz alta.

Tan silenciosamente como le fue posible, doña Beatriz se escabulló por las escaleras hacia su alcoba. Cerró la puerta y se sentó en el taburete más cercano. Deseó no haber estado nunca en el jardín. Ahora conocía un asunto de tal gravedad que podría costarle la vida. Fijó la mirada en la chimenea. El hogar estaba negro y apagado, pero, aun así, sintió que estaba mirando al infierno. Sabía que el rey era capaz de planear un asesinato, pero prefería no saber si también era el responsable de la muerte de Alfonso.

* * *

Las sospechas de su esposo destrozaron a Isabel. Ya no se sentaba con sus hermanas en el jardín para disfrutar del calor de los días primaverales, sino que permanecía en una cámara oscura, esperando el nacimiento de su hijo, esperando morir. Culpándose a sí mismo y cada vez más desesperado, el rey Manuel solo abandonaba su alcoba para pasear por el jardín.

Isabel le confesó a su madre que ya no deseaba vivir. Quería estar con Alfonso y con Juan, donde nada ni nadie volvería a hacerle daño. Doña Beatriz no sabía si le había contado la razón. Sin embargo, sospechaba que sí, porque la reina Isabel, al salir de los aposentos de su hija, parecía una mujer completamente destrozada.

A lo largo del día, hora tras hora, su confesor, su madre y su esposo visitaron a Isabel en su alcoba a oscuras. Ninguno logró disuadirla de su determinación de morir durante el parto. Así, doña Beatriz se unió a las parteras, preparándose para luchar por su vida.

Catalina no podía comprender por qué su hermana ya no quería vivir. Al consolarla, doña Beatriz no pudo sino guardar el horrible secreto, rezando a Dios para que le concediera la fuerza necesaria para no revelarle jamás la verdad. La infanta amaba a su padre. No le haría ningún bien conocer la superficialidad del afecto del rey por ella, que su felicidad no significaba nada comparada con sus ambiciones.

La primavera ya no tenía cabida en sus días. El saber que Isabel le había dado la espalda a la vida lo ensombreció todo. Rezaron y rezaron, pero en el fondo de su corazón, la Latina sabía que la última oportunidad que Isabel tenía para vivir había muerto cuando Manuel le reveló la verdad tras la muerte de Alfonso.

El rey Fernando regresó de sus discusiones con su corte el día en que su hija mayor se puso de parto. Aún infelices con la idea de una mujer como gobernante, sus magnates le pidieron que prorrogara la decisión hasta el nacimiento. Esperaban que un hijo resolviera el problema de la sucesión. El monarca nunca se dio cuenta de que a su hija ya no le importaba quién iba a gobernar Aragón o Castilla.

Isabel dio a luz a un niño, lo sostuvo en brazos por un momento y luego murió. Doña Beatriz le comunicó la noticia a la reina, dejando al delicado recién nacido a cargo de las parteras.

Entró en los aposentos de la soberana, que se levantó de la silla, aferrándose a los apoyabrazos con fuerza, con el rostro tan lívido y enfermizo que doña Beatriz temió también por su vida. El rey salió de entre las sombras para quedarse al lado de su esposa. La Latina no podía hablar, pero negó con la cabeza, levantando las manos en señal de derrota.

Como si se estuviera luchando contra la vida misma, contra el dolor, Catalina salió disparada del cojín en el que había estado sentada hacia la silla de la reina. «Madre...», murmuró, pero doña Beatriz no supo si estaba pidiendo ayuda para sí misma o preocupándose por la reina. Interceptó a la sollozante infanta para rodearla con el brazo.

—El hijo de Isabel vive —anunció doña Beatriz, desesperada por dar una buena noticia.

—Nuestra hija nos ha dejado un hijo —repitió el rey.

La soberana se quedó mirándolo y cerró la boca de golpe. Gimió y cayó de rodillas, abrazándose el cuerpo, jadeando, meciéndose sin cesar. Intentando contener las lágrimas, doña Beatriz hizo una mueca de dolor. La reina gemía y

gemía como una mujer en medio de un parto agónico. El rey la miró con disgusto y luego buscó una forma de salir de la sala. Tras exhalar un suspiro tembloroso, la pena y el dolor tallaron arrugas aún más profundas en su rostro. Enderezó los hombros y se acercó con paso decidido al lado de su esposa.

—Mi Isabel... —Intentó levantarla del suelo. Miró de nuevo a su alrededor, esta vez a las doncellas, que lloraban. Tirando una vez más del brazo de su esposa, el rey Fernando recuperó el semblante de monarca—. Vayamos a vuestros aposentos y suframos en privado.

Ella se zafó de su mano.

—¡No me toquéis! —gritó.

El rey le agarró el brazo de nuevo, hablando tan suavemente que solo los que estaban cerca podían oírle.

—Esposa, recordad dónde estáis. Lo repito, vayamos a vuestros aposentos y allí, juntos, suframos por nuestra hija.

Ella negó con la cabeza, evitando mirarlo a los ojos.

—No os quiero aquí. Dejadme, por favor. Dejadme a solas.

Confuso, con la boca temblándole, él la miró como un niño recién abandonado por su madre.

—Isabel, Isabel...

—¡Fernando! —Los tormentos del averno ardieron en los ojos de la reina. Doña Beatriz se humedeció los labios secos. «Dios mío, os ruego que esta última tragedia no conduzca a la reina a la locura como a su madre»—. Dejadme a solas si no deseas destruir nuestro amor.

El miedo se reflejó en los ojos del rey, que, imponente, hizo una reverencia y se marchó de la alcoba, dejando a la reina a solas con sus doncellas.

Doña Beatriz pensó: «¡Lo sabe! ¡Lo sabe todo!». A su lado, Catalina comenzó a llorar. «Estoy aquí», murmuró a la niña, y se la llevó en estado de estupor hacia el patio. Fuera, la primavera seguía en pleno esplendor, pero dentro parecía que el triste invierno les había helado el corazón.

* * *

Mi amor:

Estáis lejos de mí demasiado tiempo... ¡cómo anhelo el día en que regreséis! Recibí una carta de Josefa ayer. Me dice que nuestro hijo está sano y feliz, y nos

invita a quedarnos con ella cuando nuestras tareas lo permitan.

Lamentablemente, la reina está muy cambiada. No es la mujer que conocimos años atrás. Sus pesares la abruman, amenazando con sepultarla bajo su peso. Pasa horas encerrada con el sacerdote y le preocupa morir sin haber saldado sus deudas con Dios. Desde la muerte de su hija, ha puesto su casa en orden y ha pagado muchas de sus deudas.

La infanta María ya se ha casado con el rey de Portugal. Con su hija Isabel habiendo asegurado la sucesión de Aragón con el nacimiento de su hijo, el rey se alegró de ver a otra de sus hijas convertirse en consorte de un monarca. La reina me dijo que fue la ternura y el cariño que Manuel mostró por su Isabel lo que la convenció de casarlo con María. Ruego a Dios que ojalá María tenga la felicidad que le fue negada a su pobre hermana...

La trágica primavera terminó. La del siguiente año restauró la vida verde en la tierra, pero no en el espíritu de la reina Isabel. Luchando su propia batalla contra la desesperación, la Latina se sintió desprovista de palabras que pudieran brindar algún apoyo. La cada vez más frágil reina se hundía en una espiral donde nadie podía ayudarla. Aun así, intentó hablar con ella y la animó a abrir su corazón. Un día tuvo más suerte que otros.

—Dios me hiere, doña Beatriz —le dijo—. No hay un solo día o noche en la que no dude. Todos los días, mis dudas me asaltan como una manada de lobos en invierno.

—Mi reina, dudar es parte de la vida.

—Parte de la vida... Hubo una vez en que la vida no era este lugar sombrío en el que me encuentro ahora, un tiempo en que la duda nunca me gobernó. Con todo mi corazón creía que tenía que asegurar la sucesión de un reino fuerte para mi hijo. Creía que lo hacía por Dios. Creía que lo hacía por mi hijo. La muerte de Juan me mostró el error de esa creencia. Lo que yo creía que venía de Dios no era más que el reflejo de mis propios deseos, de mi propio miedo y de mi falta de fe. ¿Fue todo en vano, doña Beatriz? Los últimos años me he sentido como Job.

—Alteza, vuestras pérdidas pondrían a prueba la paciencia de los santos. Pero ¿no puede pensar que estas duras pruebas demuestran el amor que Dios siente por vos? El sufrimiento nos acerca a Dios y a la verdad de nuestra existencia. Las penas de nuestra vida terrenal nos dan a luz al cielo. Recordad, el dolor viene para probar nuestra fe.

La soberana soltó una risa amarga y sombría.

—Habláis como mi confesor. Tal vez otro día más llevadero habría dado más crédito a vuestras palabras. Hoy solo estoy demasiado cansada y dolorida. Siempre me he esforzado al máximo por ser una reina justa. Nunca quise ser llamada tirana. Asumí el trono creyendo con todo mi ser que Castilla era mía, que la muerte de mis dos hermanos me convertía en la heredera legítima de la corona de mi padre. Nunca quise ver Castilla en peligro al ceder su dominio a un linaje extranjero. Realmente creía que Dios me había reservado esa posición como reina legítima. Lo único que pensaba era hacer lo correcto por Dios y por mi tierra, en traer a mis súbditos la paz tras años de tanta maldad y destrucción.

—Y así lo habéis hecho, mi señora. Sois una buena reina.

—Yo recuerdo bien las veces en las que opinabais lo contrario, si no con palabras, con una mirada que no pude dejar de entender. Teníais razón. He cometido demasiados errores pensando que actuaba por Dios cuando no era así. Solo me escuchaba a mí o a mi esposo. No escuchaba a Dios ni mucho menos.

—Mi reina, por favor, os ruego que dejéis de atormentaros. Todos cometemos errores. Después de todo, somos humanos.

La reina se rio con amargura.

—Mi esposo me asegura que los reyes no cometen errores... pero yo sí que los he cometido, doña Beatriz. Prometí traer paz y prosperidad a Castilla, para traer solo los presagios de muerte y destrucción. Permanezco despierta por las noches y pienso que haber perdido a Isabel y Juan no es más que el castigo de Dios por la maldad de mis errores. Recordad, Abravanel me advirtió que corría el riesgo de recibir un castigo divino si expulsaba a los judíos. Tal vez esa sea la raíz de todo mi dolor.

»Mis pensamientos por la noche me hunden en el vacío negro de la nada. Entonces me pregunto si esto es el infierno, porque todos mis días lo parecen ya.

Con el corazón apesadumbrado, doña Beatriz pensó: «¿Fue la victoria en la guerra santa pagada con tristeza? ¿Acaso la reina alcanzó la gloria solo para encontrarla hueca y sin valor?».

—Mi reina, cómo desearía tener las palabras para consolaros. Si fuera una sacerdotisa, probablemente os diría que no nos corresponde cuestionar los designios del Señor.

—Esas palabras no ayudan, querida amiga.

—Entonces, permitidme que os hable con el corazón: la vida es más que esperar la muerte. Yo creo que todo en la vida tiene un propósito. Creo que estamos aquí para aprender y, a menudo, estas lecciones son muy duras. A veces sería mucho más fácil rendirse que seguir luchando. Pero luchar es lo que debemos hacer. Es lo único que podemos hacer.

CAPÍTULO 24

«No hay nadie en la ciudad que no sea un cristiano y todas las mezquitas son iglesias».

CISNEROS

En el salón de las Dos Hermanas, la cúpula filtraba una luz tenue, una luz que iluminaba un nuevo día y conjuraba imaginaciones de sueños despiertos. Doña Beatriz escribía junto a Catalina, mientras esta leía *La ciudad de las mujeres*. La Latina tomaba notas sobre su tratado favorito de Aristóteles. María tañía la vihuela, cantando una canción lenta sobre el amor, la traición y la muerte. La infanta dejó el libro abandonado sobre la mesa y se levantó del banco. Comenzó a bailar, con sus movimientos floreciendo al compás de la melodía. Aún era pequeña, pero bailaba en perfecta armonía con su altura. La tutora suspiró. Las alumnas ya tenían trece años y ya no eran niñas. Su cuerpo había comenzado a tomar formas femeninas y florecía con la promesa de la primavera. Pequeños senos como manzanas ya se les marcaban bajo la camisa, y una cintura ceñida y una cadera ensanchada presagiaban fertilidad.

Meses atrás, la reina había sollozado cuando doña Teresa Manrique le susurró que Catalina ya había florecido. A partir de entonces, las discusiones sobre el fecha para que partiera de la corte de su madre rumbo a Inglaterra para contraer matrimonio se volvieron más frecuentes. Aunque la soberana aceptaba estas conversaciones con los ingleses, todos sabían que no dejaría que su hija menor abandonara la corte todavía, y no solo porque Catalina tenía apenas trece años. Necesitaba a su hija menor a su lado.

Sí, las dos niñas ya eran mayores. Doña Elvira Manuel, elegida como la dama de compañía que un día partiría con la princesa hacia Inglaterra, se había convertido en una sombra constante en su vida.

Muy eficiente en sus tareas, se esforzaba por complacer a Catalina, incluso mordiéndose la lengua para no mostrar su desagrado y celos por doña Beatriz en presencia de la princesa. Esa mañana, la infanta había escapado de su atenta

mirada pidiéndole que supervisara la selección de vestidos para la inminente llegada de los diplomáticos ingleses.

Con la cabeza en alto, María cerró los ojos, y su voz, hermosa y cristalina, se elevó y vibró al ritmo de las cuerdas de su vihuela. El sonido conmovió a doña Beatriz hasta lo más profundo y la página en la que escribía se volvió borrosa. En su mente, vio a Francisco: cabalgaban juntos a lomos de su caballo desde los jardines coloridos y exuberantes que se alzaban junto a las murallas de la Alhambra. Ante sus ojos, el río Darro serpenteaba como una fina cinta de plata, vivo, palpitante, reluciendo y destellando, como si la luz de la mañana lo hubiese adornado con incontables diamantes. Las colinas y los llanos de Granada se extendían hasta donde el ojo del águila alcanzaba a ver. La luz del sol empapaba el aire y el suelo, fértil y cubierto de flores, se hinchaba con la vida y la pasión de una tierra que nutría el alma y el corazón.

A horcajadas, sin manto, con las faldas recogidas y los muslos apretados contra los lados de la montura, doña Beatriz rodeaba con los brazos la esbelta cintura de Francisco. Su largo cabello negro ondeaba suelto al viento. Como Adán y Eva, eran solo un hombre y una mujer en un mundo inocente, un mundo libre de dolor.

Una cuerda se rompió y la sacó de su trance y ensoñaciones, dejándola con el deseo ardiendo en su corazón y recorriéndole las venas. Miró a María. Todavía una doncella tímida, la joven era, como Catalina, protegida de las miradas y el contacto con hombres. La joven parecía perpleja, como si la canción también la hubiera conmovido. La tutora sabía por sus conversaciones que la muchacha anhelaba convertirse en adulta, pero también lo temía. La infanta también parecía perturbada. Sofocada por el baile, y con las manos en la cintura, sacudió la cabeza como si se estuviera librando de un sueño.

Doña Beatriz sonrió y dio una palmada.

—La canción va bien, María. ¿La has terminado?

La joven se ruborizó, mientras rasgueaba las cuerdas del instrumento, creando un sonido estridente.

—Mi infanta cree que está terminada. Pero yo no estoy segura.

La Latina se rio.

—En todo el tiempo que he sido tu maestra, jamás te he visto plenamente satisfecha con lo que haces. Eso me da alegría, porque sé que siempre te esforzarás por llegar más alto. Todos los maestros deberían tener alumnos como tú.

—¿Y yo? —preguntó Catalina, con una amplia sonrisa, acercándose a su amiga.

Doña Beatriz alcanzó el cuenco que había a su lado con trozos de albaricoques. Tomó uno, se lo metió en la boca y lo masticó mientras pensaba la respuesta.

—Nunca os he ocultado la gran alegría que me dais. A menudo lamento no poder instruiros para que ocupéis mi puesto como profesora en la universidad de Salamanca. Tenéis tanto talento y habilidades como la reina.

Catalina se mordió el labio inferior y se sonrojó.

—Si soy tan solo un poco como mi madre, me daré por satisfecha.

Sin apartar la mirada de la infanta, doña Beatriz le tiró del lóbulo de la oreja.

—Infanta, no malinterpretéis mis palabras. Vos sois portadora de las semillas de un gran potencial, pero son semillas distintas de las de nuestra noble reina. Sois única, todos lo somos. Si la vida nos enseña algo es a conocernos a nosotros mismos, nuestras fortalezas y nuestras debilidades. No caigáis en la trampa de anhelar ser alguien distinto. Alabamos a Dios por muchas cosas, pero nuestra mayor alabanza debe ser regalarle nuestro propio ser al Señor.

»Agradecedle a Dios, mi princesa, que os haya dado las enseñanzas que la reina no recibió de niña. Y lo que es más importante, que os haya puesto en un lugar donde podéis observar a una mujer capaz de gobernar a hombres. Ninguna lección que os enseñe tiene tanto valor como esa.

* * *

Otro día, otra voz dulce y pura cantó otra canción:

Por siempre, me quedará la añoranza,
sin cesar, día y noche,
a todas horas, me atormenta tanto
que de buena gana moriría,
porque mi vida no es más que un anhelo,
y al final tendré que morir por él.
Me creí a salvo de la desgracia cuando ese anhelo maldito
en el que vivo me alcanzó,
con la intención de matarme,
porque mi vida no es más que un anhelo,
y al final tendré que morir por él:
Por siempre.

Margarita tocó la última nota.

—Por siempre —repitió. La joven se quedó mirando a la nada, mientras sus lágrimas caían sobre la vihuela de Juan. Doña Beatriz se encontró con los ojos apesadumbrados de Catalina y María. ¿Qué consuelo podía darse a alguien tan consumido por la tristeza, sobre todo cuando uno también la comparte?

María apartó la mirada, secándose los ojos. La joven había crecido viendo a Juan tocar el laúd o la vihuela, con su hermosa voz acompañándola desde la infancia hacia un tiempo más triste e incierto. No fue una sorpresa ver cómo su esposa suplicó a la reina por el instrumento. Probablemente, María deseaba tener el mismo derecho a pedir algo, lo que fuera, que hubiera pertenecido a Juan. Pero solo tenía la vihuela que él le regaló. Nada más de él, salvo los recuerdos que todos compartían. Pero, de alguna manera, ese pensamiento reconfortó a la Latina. Miró a su alrededor, convencida de que el espíritu del príncipe estaba presente en la sala.

A pesar de las lágrimas que iluminaban sus ojos, Margarita también parecía reconfortada.

—Los reyes me han hecho muchos regalos para que me los lleve a casa, pero ninguno más preciado que este.

—¿Nos escribiréis, hermana? —preguntó Catalina.

Un dolor renovado impregnó la voz de Margarita.

—No puedo prometerte eso, mi chiquitina.

La infanta volvió la cara, con una mueca de frustración.

—Pero ¿por qué? —quiso saber.

Margarita se levantó, depositando con cuidado la vihuela sobre el cojín del taburete. Se sentó a la vera de Catalina y la rodeó con el brazo.

—No es porque no os quiera. Nunca penséis eso. Yo siempre os querré. Pero olvidáis que regreso para volver a convertirme en un peón. Mi padre odia a vuestro padre, y mi hermano también. No creo que nos sea permitido el consuelo de intercambiar correspondencia. —Mirando con tristeza la vihuela, musitó—: Quizá sea lo mejor. Debo dejar de mirar al pasado, de otro modo, mis poemas se harán realidad, y moriré de pena. —Apoyó la cabeza en el hombro de la infanta y tragó con fuerza—. Juan... mi dulce Juan no querría que mi vida fuera un anhelo por el que tuviera que morirme.

* * *

Solo se produjo una pérdida más en la familia real durante esos oscuros años. Al escribir a su esposo sobre ello, doña Beatriz recordó de pronto la libélula de alas iridiscentes que había visto justo un par de días antes de saber que el príncipe Juan se había ido para siempre. La libélula revoloteó sobre el agua en un parpadeo, con las alas brillantes y tornasoladas destellando sobre la superficie del estanque antes de que las nubes ocultasen el sol. Fue un momento efímero de belleza que desapareció para siempre, pero aunque el dolor volvió a atravesarla, seguía creyendo firmemente en una cosa: uno nunca puede perder aquello que ha amado de verdad, porque el amor lo hace todo eterno.

Dos años de vida fueron más que suficientes para que el amor superara la barrera de la eternidad. ¿Y es que cómo podía nadie resistirse al pequeño de ojos radiantes y tan llenos de vida? Cada día de su corta existencia, alzaba los brazos para pedir abrazos a su familia. ¿Cómo podía nadie pensar en él como una promesa que nunca se cumplió, una flor que intentó crecer en la nieve invernal sin éxito?

El niño hizo que su abuela volviera a sonreír, sentado en su regazo, con una mano tocándole la cara y con la otra jugando con la pesada cadena de su crucifijo, comunicándose en una mezcla de balbuceos compuestos por palabras de verdad y otras inventadas en su intento de contarle a uno de sus seres queridos la gran historia de su corta vida. El pequeño les produjo una gran dicha a todos el día que logró hacer reír de nuevo a la reina.

Si no estaba en los brazos de su abuela, estaba en los de quienes la atendían. No pasó ni un día después de la muerte de Isabel en el que Catalina y María no lo tuvieran entre los brazos, lo besaran y jugaran con él. Sin darse cuenta, el diminuto infante creció hasta convertirse en un niño muy activo, siempre retorciéndose para escapar de los abrazos, pidiendo que lo bajaran al suelo y queriendo corretear por el mundo en su impaciencia por conquistarlo.

De cabello oscuro como su padre, pero con los ojos azul verdoso de su madre, atrapó muchos corazones en sus pequeñas manos durante su breve vida. Con gran orgullo, pronunció sus primeras frases completas el día en que la fiebre lo asaltó. La muerte, una vez más, se llevó a la pequeña y revoloteante libélula de belleza y los dejó a todos de nuevo desamparados. Pero ese no fue el final del dolor.

* * *

Doña Beatriz se sentó con Francisco frente a la chimenea. Las llamas de un fuego hambriento se reflejaban parpadeantes en la madera pulida de la vihuela. Él tañía

las cuerdas con sus largos dedos, y el rubí de su pesado anillo de oro refulgía con las llamas a cada nota que tocaba.

—¿Otra canción antes de irnos a dormir?

Frotándose la garganta, la mujer se rio.

—Creo que dijisteis lo mismo de la anterior. Me temo que me quedaré afónica si canto más.

Francisco posó una mano sobre la de ella.

—Cantad para mí. No sabéis cuántas veces soñé con tardes como esta mientras estaba lejos de vos. Odio y maldigo estas escaramuzas interminables. Odio y maldigo a esos moros que se niegan a admitir la derrota. Maldigo todo aquello que me aparte de vuestro lado. Soy un viejo y cansado caballo de guerra que solo desea que lo dejen pastar.

La Latina negó con la cabeza. Apartando su mano de la de él, le puso un dedo sobre los labios.

—Sssh, no sois viejo, jamás. Solo podemos rezar para que pronto todas las peleas lleguen a su fin.

Francisco desvió la mirada hacia el fuego. Suspiró.

—No malgastéis vuestras oraciones en algo que nunca va a pasar. He vivido lo suficiente para saber que la paz es solo una fábula.

Ella le estrechó la mano.

—Recuerda: prometimos hablar solo de cosas agradables esta noche y todas las que nos queden juntos hasta que tengáis que iros de nuevo.

Su esposo sonrió como un joven.

—En efecto, así fue. Y también que yo tocaría la vihuela y vos cantaríais.

Doña Beatriz se rio.

—Está bien... la última canción. ¿Cuál será?

Francisco volvió a pasar los dedos por las cuerdas y una melodía familiar comenzó a sonar.

La Latina volvió a reírse.

—¿La cantáis conmigo?

En respuesta, Francisco se inclinó y la besó tiernamente en los labios.

—Soy tan feliz —murmuró.

Su esposa le acarició el rostro, con la yema de un dedo recorriéndole la boca.

—Mientras estéis conmigo, amor mío, yo también lo soy. —Y, aclarándose la garganta, cantó con su esposo:

¡Soy tan feliz!
Todos los pájaros del mundo del amor cantan:
Con mi amor y el tuyo en su mente;
¡Soy tan feliz!
Todos los pájaros del mundo el amor vitorean:
Con mi amor y el tuyo en su boca.
¡Soy tan feliz!

* * *

Al día siguiente, en el aula, con su propio padre de vuelta al campo de batalla, María acosó a doña Beatriz sin tregua con sus preguntas, intentando comprender por qué su padre debía ir a la batalla de nuevo cuando ella sabía que anhelaba volver a casa. Ruidosos rumores en la corte culpaban de la más reciente rebelión al nuevo confesor de la reina.

—Debes saber que Francisco Cisneros es un hombre de profundas convicciones —respondió la Latina por fin. Se inclinó sobre su escritorio, organizando una gruesa pila de documentos desordenados.

—Mi princesa me dijo que una vez vivió como un ermitaño en una choza que se construyó él mismo. No quería ser confesor de la reina.

Aún buscando entre sus documentos, alzó la vista, aliviada de que María ahora pensara en otras cosas.

—Sí. El moribundo cardenal Mendoza pensó que Cisneros era el hombre adecuado para heredar su cargo. —Se encogió de hombros e intentó no reírse—. Pero Cisneros tenía sus propias dudas al respecto. Creía que ser el confesor de la reina solo le traería demasiado contacto con asuntos mundanos y que implicaría ser su consejero político. Por eso reflexionó mucho sobre sí mismo antes de aceptar.

—Queréis decir que el cardenal Cisneros huyó —adivinó la muchacha, soltando una risita.

—¿Recuerdas cuando el cardenal Mendoza murió? ¿Y cómo la reina quería que Cisneros asumiera el vacante arzobispado de Toledo? Huyó de sus aposentos como si temiera por su vida. Los guardias tuvieron que traerlo de vuelta a los aposentos de la reina para que aceptara.

La maestra colocó un montón de documentos a un lado de la mesa, y con la otra mano sujetó la pila que faltaba por organizar. Mirando a su alumna de reojo,

añadió:

—No estoy segura de si lo culpo por ello. Pues al heredar el título de arzobispo, también heredó el cargo de canciller del reino y todo lo que eso conllevaba.

Retomando la anterior conversación sobre la nueva guerra, María espetó:

—El rey cree que el cardenal es el culpable de esta última revuelta en Granada.

Doña Beatriz soltó una exclamación de alegría al encontrar un documento y alisó el pergamino sobre la mesa. Era una receta para tratar quemaduras, algo que deseaba darle a Francisco antes de que se fuera de nuevo. Francisco estaba al mando de otro equipo de hombres en estos últimos días de la guerra santa de la reina Isabel, ayudando a apagar los últimos fuegos de la resistencia.

—El rey probablemente tiene razón. Yo también pensé que el enfoque gentil de Talavera era el más sensato, y así se lo hice saber a la reina. Talavera creía que el tiempo, la educación y el buen ejemplo solucionarían el problema de la conversión. Pero cuando Cisneros se unió a él, todo su trabajo se echó a perder. Cisneros obligó a los moros a convertirse, no solo a los cristianos de fe débil. ¿Puedes imaginar cómo se sintieron los musulmanes cuando Cisneros quemó innumerables manuscritos de incalculable valor?

Reprimiendo su propia ira, doña Beatriz negó con la cabeza.

—¡Menuda estupidez! Quemar libros que jamás podremos recuperar... Doy gracias a Dios de que no se le ocurriera quemar libros importantes para nuestros avances en medicina.

Un recuerdo reciente la asaltó: el rey, revelando de nuevo su lado más oscuro, se había vuelto hacia la reina y preguntó: «¡¿Qué opináis, mi señora, de la situación en la que nos ha puesto vuestro arzobispo?! ¡¿Sobre cómo ha perdido en una hora todo lo que nuestros reyes, nuestros antepasados, lograron con tanto celo y sangre?!».

—¿Es esta la causa de la rebelión? —preguntó María.

—No... —suspiró la maestra—. Cisneros cree que la fuerza es necesaria si con ello logra ganar conversos para Dios. Capturó a un líder moro y lo mantuvo encadenado hasta que aceptó convertirse. Antes de que nos diéramos cuenta, todo el infierno se desató y los rebeldes sitiaron la residencia del cardenal. Cisneros se niega a partir hacia la seguridad de la Alhambra. Por eso vuestro padre se encuentra blandiendo su espada de nuevo, y por eso mi esposo debe volver a servir a la reina en la guerra.

María golpeó el aire.

—No es justo. Nada de esto lo es. No es justo para nosotras, ni para la reina. El rey está tan furioso con ella como con Cisneros.

Recogiendo un documento, la Latina dijo:

—El rey está muy celoso del poder que la reina le ha otorgado a su nuevo confesor. Y ella se esfuerza por mantener la paz entre ellos.

Ella se acordó de la respuesta de la soberana a su esposo: «Mi señor, os ruego que le concedáis el beneficio de la duda y no hagáis caso de los rumores hasta que tengamos todos los hechos ante nosotros y hayamos oído lo que él tenga que decir. Esperemos a conocer la historia completa antes de señalar con el dedo».

Y así fue cómo, antes del final de la semana, el padre de María y el esposo de doña Beatriz acompañaron al rey a sofocar los conatos de la nueva rebelión.

Con el cielo todavía pintado con los colores del atardecer, la Latina y la muchacha se quedaron de pie, juntas, observándolos partir. El padre de María se apresuraba tras su señor, el rey Fernando, con su larga y negra cabellera salpicada de canas. Años de batallas habían curtido su piel hasta dejarla del color del cuero oscuro y profundas arrugas le marcaban la cara; aun así se dirigió a su caballo con la gracilidad de un hombre mucho más joven.

Pero doña Beatriz solo tenía ojos para un hombre. Desde donde observaban, Francisco parecía haber cambiado poco y seguía siendo el apuesto hombre del que se había enamorado años atrás. Sabio cuando lo conoció, el tiempo solo había profundizado su sensatez mientras cambiaba con gentileza su apariencia física. Su esposo, siempre alegre, parecía no tener ninguna preocupación en el mundo, y controlaba a sus soldados con energía y confianza.

Al ver su mano curtida sobre la espada, doña Beatriz pensó en sus largos dedos con callos que tañían melodías y la tocaban con amor. El corazón comenzó a dolerle. Lo oyó decir: «Soy un viejo y cansado caballo de guerra que solo desea que lo dejen pastar». Pero no tenía otra opción. El paso de los años solo lo había hecho más fiel servidor de la reina, y más experto con la pólvora. Mientras la soberana necesitara de sus habilidades, él jamás pediría que le relevaran del servicio.

Francisco tomó las riendas de su caballo de las manos de uno de sus hombres. Era su corcel favorito. Mucho, mucho tiempo después, doña Beatriz se sintió agradecida por ello, pues un hombre que cabalgaba hacia su muerte con tanta nobleza e ignorancia de su destino, debería tener consigo al menos una cosa que

amaba. Apoyando una mano sobre la silla de montar, se subió sin esfuerzo a lomos del animal.

Ya encima, Francisco se volvió hacia ella, con una amplia sonrisa. Con el viento alborotándole el cabello, alzó un brazo en señal de despedida. La Latina jamás olvidaría el orgullo que le resplandecía en los ojos, ese orgullo que parecía brillar más que el sol. ¿Y cómo podría? Aquel día fue el momento en que, por última vez, vio su orgullo por ella.

La mujer alzó el brazo para responder al gesto de despedida. Su esposo volvió a dirigir el caballo. A mitad de camino, el corcel relinchó, como si anhelara la inminente batalla, y partió a galope tendido hasta desaparecer de la vista. Durante un buen rato, doña Beatriz y María se quedaron allí, observando el horizonte hasta que ya no pudieron divisar las figuras y luego regresaron a los aposentos reales. Sin saber que, antes de que la semana terminara, ambas tendrían motivos para consolarse mutuamente.

CAPÍTULO 25

«La palabra es como el dardo, una vez arrojada no se recoge».

PROVERBIO CASTELLANO

El rey empujó a doña Beatriz contra la pared, rasgándole los velos de luto y tirando de su corpiño con brusquedad para dejar sus pechos al descubierto. Llevó la mano bajo sus faldas y le levantó el vestido. Un rayo de luz golpeó la piel desnuda de sus piernas al separarlas con un codazo.

—No, por favor, no. Os lo ruego, mi señor... ¡mi señor rey, por favor! Estoy de luto.

Él la besó con violencia, sin dejar de aflojar las ligas de sus calzas negras y empujándola con su fuerza de soldado contra la pared. Incapaz de defenderse, la Latina dejó caer las manos a los lados, sintiéndose como si la estuvieran crucificando.

—¿Luto? Estoy harto de estar de luto, doña Beatriz. Harto de las mujeres que lloran a sus muertos. Harto, ¿me oyes? Quiero olvidar el dolor y qué mejor manera que esta. Rogadme de nuevo, querida, me gustan las mujeres que ruegan...

Con un movimiento violento, le separó las piernas aún más. Se aplastó contra ella, con una mano apretándole el pecho y la otra bajo sus nalgas. Gruñía una y otra vez al ritmo de sus movimientos, mientras ella se derrumbaba, vencida por el dolor y la vida. Apartó la cara y lloró. Los pájaros piaban al compás de la respiración pesada de él. Ella lloró. Los horribles sonidos animales que hacía el rey continuaron, asaltándola casi tanto como el ataque físico. Lloró y lloró. ¿Cómo había permitido que eso sucediera? ¿Acaso no pudo haber hecho algo para detenerlo? ¿Por qué en ese momento? ¿Por qué de nuevo? Quiso morirse.

* * *

Seleccionando un libro de la pila en su mesa, la mujer se quedó sentada, sin abrirlo. Así siguió hasta que Catalina apartó la mirada del pergamino a medio

escribir para volver a afilar la pluma.

—¿Pensando en su esposo? —preguntó.

La maestra se encogió de hombros.

—Siempre —respondió. Se secó las lágrimas de los ojos y comentó—: Hoy los libros no me dan mucha alegría.

Con el rostro inexpresivo, la infanta se quedó mirando su pluma.

—¿Deseáis hablar de ello?

Inclinando la cabeza, doña Beatriz murmuró:

—¿Es la vida una broma pesada que Dios nos gasta?

La muchacha se inclinó hacia delante con los ojos desorbitados.

—¡Maestra! —exclamó, mirando a su alrededor como si quisiera asegurarse de que seguían a solas—. ¿Qué os ha pasado para que digáis eso?

Incapaz de devolverle la mirada, la Latina ocultó la cara entre las manos y sollozó. Sintió la calidez de la mano de Catalina sobre su cabeza, acariciándola.

—Disculpadme —balbuceó—. Hoy tengo los nervios a flor de piel.

Antes de su matrimonio, doña Beatriz a veces había pensado que sería mucho más fácil morir por sus propias manos, como la romana Lucrecia, que vivir en deshonra. El matrimonio con uno de sus hombres favoritos la había protegido de la lujuria del rey. En sus primeros años en la corte, se había creído sus amenazas: que iba a quitarle casi todo cuanto atesoraba. No podía soportar la idea de no enseñar, pero entonces se encontró en un fango del que era casi imposible salir: cuanto más lo intentaba, más se hundía. Solo su matrimonio con Francisco la había salvado. Ahora se preguntó cómo podría soportar que todo volviera a empezar. Alzó la cabeza e intentó sonreírle a la princesa. Tenía que revelarle la verdad a la reina, sin importar las consecuencias. No podía volver a vivir así.

* * *

—¿Solicitasteis hablarme, doña Latina?

La interpelada se irguió de su reverencia y alzó la mirada. Sentada junto a la ventana abierta, la reina Isabel mantenía la cabeza agachada sobre su bordado, mientras el calor del atardecer le iluminaba todas las arrugas del rostro. Aparentaba ser mucho mayor de lo que realmente era, pero ¿acaso era sorprendente? Los últimos años no habían sido más que una tragedia tras otra.

Se humedeció los labios. En toda su vida, jamás había tenido tantos problemas para empezar una conversación. Pensó en cómo ella usaba las palabras como

piedras: como objetos para construir, no para destruir. ¿Pero en ese momento? En ese momento estaba aterrorizada de lo que sus palabras podían hacerle a la reina.

—¿Doña Beatriz? —insistió la reina Isabel, haciéndole un gesto para que se sentara en un taburete cercano—. Por favor, sentaos. He visto esa mirada demasiadas veces a lo largo de los años como para no reconocer que hay problemas.

Sentada en el taburete, la Latina tomó aire.

—Vuestra alteza... lo que he venido a deciros... es doloroso, no solo para mí sino también para vos.

La soberana parpadeó, sorprendida. Luego, ladeó la cabeza y entrecerró los ojos.

—¿Doloroso? Amiga mía, por favor, id al meollo de la cuestión.

—Me llamáis amiga, mi reina. ¿Realmente me consideráis así?

—A ver, nunca os he visto hablar sin sentido. Por supuesto que somos amigas. Buenas amigas. ¿Cómo podríamos no serlo, después de todos estos años...? Vos sois una persona a la que doy las gracias por haber evitado que enloqueciera. Nunca dudéis de mi amistad, ni tampoco de que podáis hablarme de lo que queráis.

La Latina tragó saliva. Era la oportunidad que buscaba. Este era el momento en el que descubriría la verdad de su relación.

—Os ruego, debo hablaros del rey.

—¿El rey? —La reina la miró fijamente—. ¿Te refieres a nuestro rey?

—¡Oh, Isabel, tengo que llamarla Isabel o no podré hablarle de esto! —gimió la mujer. Tragó saliva de nuevo—. Vuestro esposo... —Se inclinó hacia delante, con la cabeza entre las manos—. Oh, Dios, Dios mío. No puedo decirlo...

Se secó las lágrimas del rostro, consciente del silencio de la otra; un silencio que se le hizo eterno. Levantó la cabeza, frotándose los ojos húmedos. Isabel permanecía muy quieta, con el pálido rostro vuelto hacia la ventana. Por fin se volvió, respiró hondo por la nariz y miró con tristeza a la que consideraba su amiga.

—Creo que sé lo que no podéis decir. Creo que siempre lo he sabido. Mi esposo os odia, amiga mía. Y cuando odia, actúa. —Puso el brazo sobre el apoyabrazos de la silla y se sostuvo la barbilla con la mano. Con los labios apretados, preguntó—: ¿Desde cuándo?

—Durante años..., pero nunca con frecuencia. Y jamás mientras estuve casada con Francisco. Pero ha vuelto a empezar...

Isabel agachó la cabeza, depositando el bordado en su regazo.

—Deberíais habérmelo dicho, doña Beatriz. Sufrir en silencio durante tanto tiempo... amiga mía, ¿acaso no pensasteis en acudir a mí?

—Al principio, no. No os conocía en aquel entonces, no como a una amiga. Lo único que sabía era que el rey me amenazaba con destituirme como tutora de vuestra hija y como profesora en la universidad si me negaba. Ya no soy una mujer joven. Creía que no corría peligro de recibir las atenciones no deseadas del rey. Pero ahora, para mi gran vergüenza, sé que me equivocaba.

La reina Isabel volvió a mirar por la ventana. Un granado verde y exuberante crecía cerca; estaba cargado de frutos sin recoger, tan pesados que combaban las ramas. Las hojas verdes brillantes y los frutos rojos destacaban contra un cielo azul intenso: el árbol era un recordatorio de que la primavera estaba a punto de terminar. Respiró hondo y exhaló lentamente.

—No os corresponde a vos sentir vergüenza, doña Beatriz. No penséis jamás eso. Tampoco me corresponde a mí rogaros que lo perdonéis, pero creo que podéis adivinar la razón de sus acciones. Es un hombre con una mujer poderosa, una mujer mucho más poderosa que él. En todos los años de nuestro matrimonio he intentado no recordárselo. Pero yo soy la reina de Castilla. A veces, Aragón debe recordar cuál es su lugar. Y en esas ocasiones, hago a mi esposo muy infeliz.

»Él sabe que os quiero. Y que, al heriros, me hiere a mí. Esto no lo excusa. Y en este caso, me alegro de tener el poder para recordarle a mi esposo cuánto necesita mi colaboración... aunque lo que realmente necesite sea la riqueza de Castilla. ¿Es por esto por lo que estáis aquí? ¿Para pedirme que hable con él?

—Isabel... por favor. Sé que os pido un gran favor, pero no puedo quedarme en la corte si siempre estoy intentando evitar al rey.

—No os iréis de la corte. Digo esto con egoísmo. No quiero perder a mi amiga. Hablaré con él esta noche para advertirle. Si os vuelve a tocar, no temáis en volver a contármelo, pues os prometo que mi esposo se arrepentirá de ello.

* * *

Pasó otro año mucho más benevolente. La reina cumplió su promesa. Nunca le reveló lo que le dijo al rey, pero él la evitó a partir de ese momento. Justo cuando ella comenzaba a creer que por fin habían emergido de años de oscuridad, se encontró a Catalina sentada sobre el baúl de su ropa, llorando. Con las manos

apoyadas a ambos lados del cuerpo, se mantenía erguida, respirando con rapidez, como si estuviera aturdida.

Tomó asiento a su lado.

—¿Qué ocurre? —preguntó, con el corazón en un puño. Fuera lo que fuese que la había conmovido, debía de ser terrible. Catalina ya no era una niña que llorara con facilidad, sino una doncella que conocía bien la carga del dolor.

—Está muerto —susurró, con voz queda.

A doña Beatriz se le detuvo el corazón por un instante.

—¿Quién? —preguntó mientras pensaba: «¿Acaso la muerte había fulminado a otro hombre o muchacho de su círculo cercano? ¿Alguien tan próximo a la infanta como para causarle pena?». A la joven solo le quedaba su padre para lamentar una posible pérdida. Ella se había marchado en dirección contraria cuando lo había visto por última vez, sano y vigoroso, saliendo de los aposentos de la reina hacía menos de una hora.

La muchacha se secó las mejillas pálidas con las mangas de su camisa. Luego respiró hondo y soltó el aire varias veces.

—Disculpadme. Han llegado noticias de la ejecución de Warwick. Intentó escapar con el traidor Warbeck, y ahora ambos están muertos. —Catalina volvió a respirar hondo. Cuando habló de nuevo, doña Beatriz pudo oír la voz de la reina en ella—. Es lo mejor. Enrique Tudor ha hecho lo correcto por su reino. Ahora hay un motivo menos para la rebelión. No debería dejar que me afecte.

Doña Beatriz tragó saliva y le agarró la mano. La joven había temido estas noticias durante años.

—No es culpa vuestra —le dijo.

Sorprendida, la infanta alzó la cabeza para mirarla. Por su pálido rostro seguían resbalando las lágrimas.

—¿Que no es culpa mía? ¿Cómo podéis decir eso? Nuestro embajador le dijo al rey Enrique en secreto absoluto que mis padres no me dejarían ir a Inglaterra hasta que Warwick estuviera muerto. Doña Latina, lo mataron por mí.

Agarrando la mano de la joven con más fuerza, la tutora se inclinó para decirle:

—Escuchadme bien: os repito que esto no es culpa vuestra. —Y, mientras pensaba qué añadir para ahuyentar los demonios de su protegida, tragó saliva e insistió:

—Cosas terribles ocurren en este mundo... Cosas malas, Catalina. Pero pensad, mi princesa: Warwick fue el catalizador de un mal mayor. —Viendo cómo la

infanta se preparaba para interrumpirla, le puso un dedo sobre los labios—. Dejadme terminar. Sí, Warwick no era malo, solo un joven cuya mayor tragedia en su vida fue haber nacido. Pero si le hubieran permitido vivir, otros habrían estado tentados de usarlo para el mal y de empezar otra guerra civil en Inglaterra.

«Oh, cuán vacías me suenan estas palabras». Tomando aire, la mujer continuó:

—Vivimos en un mundo en el que es más sensato incurrir en un mal menor para evitar uno mayor. ¡Por Dios bendito, Catalina...! No es culpa vuestra, pero este es el mundo en el que vivimos. Todo lo que podemos hacer es intentar cambiar el mundo con nuestra vida y recordar que nunca se entra en el reino de los cielos sin pasar por penurias.

* * *

Demasiado absorta en sus pensamientos para desear compañía, doña Beatriz se encontró una vez más sentada a solas en el patio donde, años atrás, había hablado con el almirante Colón. Entonces, al igual que en ese momento, la luz de la mañana iluminaba el verdor de la primavera e innumerables mariposas la salpicaban con sus sombras vibrantes mientras danzaban en el aire. Miró al cielo. Azul y despejado, poco importaba cuando la partida de su princesa y María se cernía como una tormenta en el horizonte de su vida. Al pensar en todo lo que pronto perdería y en todo lo que ya había perdido, dio las gracias a Dios por haber entrelazado lo bueno con lo malo. El estadillo constante de las rebeliones de los musulmanes cerca de Granada aseguraba que el rey y la reina permanecieran en la Alhambra más allá de una sola estación de verano. Satisfechos de permanecer en su palacio real favorito, se quedaron allí hasta que llegó el momento en que Catalina debía comenzar su largo viaje por tierra hasta los barcos que la llevarían a Inglaterra.

Esos días, ajetreados con los preparativos, también llevaron a la madre de María a la corte en una rara visita. Apenas cumplidos los cuarenta, los embarazos constantes habían suavizado y redondeado su figura. En ese momento, más de un año después de la muerte de su esposo, la tristeza la había dejado más delgada, aunque sin mermar su atractivo. En los últimos meses, habían corrido rumores de que otro gran señor la cortejaba, deseando no solo la gran riqueza que había heredado tras la muerte de su madre, sino también su belleza madura y su probada fertilidad. Josefa no tardó en rechazar a sus pretendientes, pues se negaba a considerar un segundo matrimonio. Si bien ningún otro hombre había

amenazado el lugar de su difunto marido en su corazón, nueve partos difíciles —uno de ellos de gemelos— habrían quitado a cualquier mujer el deseo de tener más hijos.

Aun así, Josefa se sentía sola, con una soledad que doña Beatriz conocía muy bien.

Cuando María le dijo a su madre que deseaba que encontrara a otro hombre al que amar, Josefa le respondió, sonriendo:

—Mi María. No hay motivos por los que debas sentir pena por mí. Muy pocas personas experimentan el amor que yo tuve con tu padre. Hija, es un amor que se tiende entre la vida y la muerte, conmigo a un lado y tu padre en el otro. ¿Cómo podría casarme de nuevo sintiéndome así? Soy feliz esperando por el bien de mis hijos, sabiendo que, en cuanto cruce ese puente, volveré a su lado, esta vez para siempre. Sé que tu padre me aguarda.

Su manera de sobrellevar la pérdida fue mantenerse sin un solo momento libre desde el amanecer hasta el anochecer. Los hermanos gemelos de María, ahora de siete años, al igual que el hijo de doña Beatriz, se ponían cada vez más bajo la tutela de su hermano mayor. Por otro lado, sus dos hermanas mayores estaban casadas con grandes señores bien posicionados. El menor, el niño que su madre dio a luz cuatro meses después de la muerte de su padre, parecía vivir tanto con sus dos hermanas y sus hijos como con su madre.

Sí, Josefa ya era abuela, pero, al igual que su propia madre, se negaba a quedarse únicamente sentada cosiendo o tejiendo a la vera del fuego. Sea como fuere, la mujer seguía cosiendo y tejiendo. En el aula lanzó sobre los hombros de su hija un grueso manto de lana de un intenso color rojo.

—El rojo te queda bien —comentó, mientras se lo acomodaba, le colocaba la capucha y le alisaba los pliegues—. Lo teñí hasta que obtuve el color exacto. Otros querían ayudarme con él, pero me negué. Cada una de las costuras está hecha con mi propia aguja. Te durará muchos años.

Mirando en silencio a su madre, María se aferró a los gruesos y suaves pliegues del manto, pegándolos a su pecho. De otra alforja llena, Josefa sacó una bolsa de lona atada.

—Toma esto también.

De pie a su lado, doña Beatriz inhaló el olor a tierra y miró dentro de la bolsa los pequeños bulbos marrones. Había demasiados para contarlos.

—¿Qué son? —preguntó la joven.

—Semillas de azafrán. Cuídalas y protégelas de las heladas. El frío las mataría y evitaría que florecieran. Tardan mucho en emerger de la tierra. Quita los bulbos cada año después de la floración y luego abona la tierra antes de volver a plantarlos. Si sigues mis instrucciones, se multiplicarán y te darán muchas alegrías. ¿Conoces sus múltiples usos?

Sosteniendo la preciada bolsa contra el pecho, María sonrió ampliamente.

—Gracias, madre, sí. Encontraré un lugar en Inglaterra para plantarlos. —Miró las alforjas ya apiladas en la cama, entre las cuales había huesos de albaricoque, melocotón y semillas de manzana de los mejores árboles de su madre. Se mordió el labio inferior antes de prometer—: Al igual que haré con el resto de las semillas de casa.

Josefa miró fijamente a su hija.

—Cuando te cases, te enviaré más. También te mandaré árboles jóvenes de nuestros huertos en barco.

La muchacha le ofreció a su madre una sonrisa temblorosa.

—Le estoy muy agradecida —dijo, tocando la mano de su madre.

A doña Beatriz le pareció que la sonrisa de Josefa había menguado. Al lado de su enorme marido, el espíritu de su amiga compensaba con creces su baja estatura. De alguna manera, pensó que su fuerza interior se había traspasado a su hija, como el manto que le había puesto sobre los hombros. La Latina suspiró profundamente.

—Pero quizá sería mejor enviarlas para la boda de la princesa. Quién sabe cuándo me desposaré yo —añadió María.

Alarmada, la mujer parpadeó.

—La princesa te encontrará un buen esposo.

Volviéndose hacia ella angustiada, María le aferró la mano y asintió:

—Sí, madre.

Doña Beatriz observó a la joven. María seguramente mantendría en secreto la promesa que Catalina le hizo sobre dejarla escoger a su esposo. Eso solo preocuparía a su madre.

Al contemplar a Josefa con ropa de luto, la Latina la recordó en los brazos de su esposo. Al igual que ella y Francisco, el amor de Josefa y Martín fulguraba con el deslumbrante resplandor de un fuego bien encendido. No culpaba a María por desear lo mismo que sus padres, por desear un amor y una pasión duraderos, un matrimonio verdadero, no una farsa. A Josefa se le inundaron los ojos de lágrimas,

que corrían por sus mejillas envejecidas. Doña Beatriz se tocó la mejilla flácida. «Sí. Como las mías».

La mujer le sostuvo la cara entre las manos a María.

—Prométeme que me escribirás —pidió con voz ahogada—. Si envías tus cartas a casa con la correspondencia de la princesa, la reina se asegurará de que me lleguen.

La Latina pensó que podría mantenerse fuerte, pero ver a su amiga llorar le demostró que era imposible. Una ola de tristeza se abatió sobre ella y tuvo que frotarse los ojos húmedos.

—Madre, se lo prometo, le escribiré. Tantas cartas como pueda. —María la abrazó y le besó la mejilla, aspirando su olor, como si quisiera grabárselo en la mente—. Madre, si las cartas tardan en llegar, por favor, recuerde que le rezaré a Dios todos los días de mi vida para que la mantenga a usted y a mis hermanos a salvo.

Josefa sonrió y se acercó para besar a María y darle su bendición. La joven se derrumbó en los brazos de su madre y sollozó, abrazándola con más fuerza.

—Querida mía, estoy aquí. Estoy aquí. Siempre lo estaré —la reconfortó Josefa.

Doña Beatriz se frotó los ojos. Muy pronto, María ya no volvería a oír esas palabras de los labios de su madre.

* * *

La Latina fue testigo de otra despedida, esta vez en los baños reales de la Alhambra. Habiendo terminado de bañarse y ya con sus camisas secas, la reina Isabel se encontraba de pie detrás de su hija, peinándole el cabello frente a un gran espejo apoyado contra la pared de azulejos. Se recostó contra el baño de mármol, sumergiéndose más en el agua caliente. La camisa blanca que llevaba puesta se hinchó. Alzo una mano y estudió sus dedos mojados y arrugados. Se preguntó si debería salir del baño también, pero se encontraba tan a gusto en la calma y el agua caliente... La luz se filtraba desde los tragaluces en forma de estrella de la cúpula, creando una constelación de estrellas brillantes en la superficie del agua. Levantó la cabeza cuando oyó a la reina susurrar:

—Mi chiquitina...

Catalina se volvió para mirar a su madre y luego bajó la vista al regazo. La soberana se enderezó, sin dejar de cepillarle el pelo.

—Te escribiré a todas horas siempre que pueda. Mis cartas te harán sentir que estás conmigo y jamás, jamás te sentirás sola, mi amor. Te digo la verdad, el amor hace que la distancia sea nada. Nada, te digo —insistió, tragando saliva y negando con la cabeza. Luego, sorbió por la nariz—. Catalina, soy buena juzgando la personalidad, ¿verdad?

La joven alzó sus ojos azul grisáceos de nuevo, refulgiendo a la luz de las velas. El espejo reflejó la sonrisa triste de su madre. Desde sus primeros años, la reina Isabel le había contado a Catalina cómo su tatarabuela inglesa, con quien compartía nombre, tenía esos mismos ojos. Doña Beatriz se encogió de hombros para sus adentros. Catalina de Lancaster fue la hija de Juan de Gante, también ancestro del rey Enrique VII de Inglaterra. La reina consideraba al rey Enrique VII de Inglaterra como un pariente, pero ella era una reina coronada, la hija de un rey coronado. El pasado del rey Enrique era como una manta mal cosida, en comparación con las vestiduras doradas de la reina.

Catalina se mordió los labios y luego se aclaró la garganta.

—Sí, madre.

—Mi chiquitina, sabes que he mantenido correspondencia con Isabel de York desde que su primogénito usaba pañales. La reina es una mujer buena y sabia, amante de sus hijos. Te cuidará como a una de los suyos. Hazle caso. Su esposo, el rey... Hija, de él no estoy tan segura.

La sala se sumió en un silencio tan profundo que la Latina pudo contar las pasadas del cepillo, que transformaban el cabello de Catalina en lo que parecía oro líquido. La reina miró el reflejo de su hija.

—Creo que el rey Enrique es como los demás hombres: deseoso de que sus mujeres le hagan creer que es mejor que otros. No he disfrutado de las negociaciones matrimoniales a las que nos ha obligado. Nuestras discusiones sobre tu dote me hicieron sentir como un mercader. Pero, para ser justos con él, es un hombre que ha aprendido a valorar el oro por la vía difícil. Nunca olvides que es un rey que no lleva mucho tiempo seguro en su trono.

Catalina parpadeó.

—Pero ha sido rey de Inglaterra durante dieciséis años...

La reina hizo una pausa, apretando los labios. Había perdido la vitalidad que a veces la hacía parecer eterna.

—Sí, más que toda tu vida. Entiendo que te parezca mucho tiempo —Inclinó la cabeza y volvió a cepillar—. Pero dieciséis años no es nada para un rey como

Enrique Tudor... y un rey inglés...

Paró de cepillarle el pelo.

—En Inglaterra hay quienes tienen sangre más digna de la corona. Enrique se hizo con el trono al matar en batalla al último monarca de Inglaterra. La verdad es que el rey Enrique, descendiente de un bastardo, aunque con sangre real, solo se convirtió en rey por el antiguo derecho de conquista. —Mirando a doña Beatriz, la reina sonrió—. Sé que tu maestra te lo ha contado.

Catalina entrecerró los ojos y frunció el ceño. La reina posó una mano sobre su hombro.

—Tu padre y yo hemos vigilado de cerca al rey inglés. Jamás te enviaríamos a desposarte con su hijo si, por un momento, tuviéramos dudas sobre la capacidad de Enrique Tudor para mantenerse en el trono de su país. Solo debes saber, mi chiquitina, que te prometo que estarás a salvo y que solo tienes que disfrutar el día de tu boda y ser una buena esposa y consorte para el príncipe Arturo.

Abandonando el cepillo, la reina le levantó el pesado cabello, ahora resplandeciente con tonos rojizos y dorados, alejándolo de su cuello. Después de habérselo cepillado durante un buen rato la mayor parte de su ondulación natural había desaparecido. La reina Isabel tomó un mechón, se lo enroscó en un dedo hinchado, suspiró y volvió a ponerlo en su sitio con una caricia, alisando el pelo cepillado detrás de la oreja de su hija. El mechón cayó como un manto de seda de color oro sobre la espalda de la infanta, llegando casi hasta el asiento del taburete.

Mientras le acariciaba los lados de la cabeza, la reina volvió a hablar.

—De niña, yo también tenía el cabello así. Eres mi verdadera hija. Mi corazón lo supo desde el primer momento en que te sostuve en mis brazos después de tu nacimiento. —Respirando hondo, añadió—: Anoche me encontré pensando en aquel momento en Alcalá de Henares, contigo en brazos y tus hermanas y hermano junto a mi lecho. A Juan no le gustó que fueras otra niña, pero Isabel te tomó en brazos y te arrulló como si ella fuera tu madre. A los quince años, ansiaba convertirse en esposa y madre. —Con otro suspiro, declaró—: Tu nacimiento fue un momento de gran dicha, con todos mis hijos cerca de mí y la bendición de una nueva niña.

La reina le alzó la barbilla a Catalina.

—Eres fuerte, fuerte, valiente e inteligente. Hay una gran reina en ti, una verdadera leona. Cómo vas a sorprender a los hombres con tu rugido. Los harás temblar, igual que yo. ¿Y cómo podría no ser así, hija mía, nacida en medio de la

guerra santa? Catalina, me enorgulleces. Todos los días de tu vida me has hecho sentir orgullosa. Los ingleses aún no saben lo que les estoy enviando, pero pronto lo sabrán. Una de mis mayores y más preciadas joyas. —Apoyó las manos sobre los hombros de la infanta. Ambas miraron al espejo, la imagen de una juventud llena de esperanza y una madurez marcada por el dolor bajo el resplandor ámbar de la luz de las velas.

La reina Isabel se mordió el labio inferior, dejando la marca de los dientes. Cuando volvió a hablar, su profunda voz tembló.

—Siempre, siempre recuerda esto: no bebas nada que alguien no haya probado antes que tú; no firmes nunca nada sin haberlo leído de manera exhaustiva. Ten cuidado en quién confías. —Tragó saliva y miró a doña Beatriz mientras comentaba—: doña Latina daría su vida por mí, y mi corazón me dice que lo mismo haría nuestra María por ti. Pero aparte de ella... Hija, sé que te gusta y confías en Geraldini, a quien te envío para que sea tu confesor. Te acompañará en tus estudios. Pero incluso con los confesores, debes tener cuidado. Confía únicamente en el buen Dios —le aconsejó la reina, acariciándole la mejilla con ternura. Soltó otro profundo suspiro.

»Hija, recuerda siempre la máscara que nos ponemos cuando las puertas se abren desde nuestros aposentos privados hacia la corte. Esa será la armadura con la que ocultarás tu corazón. Revélalo y le estarás dando un arma a tus enemigos. Porque tendrás muchos. Nuestro lugar en el mundo se asegura de que así sea. Pero eres mi hija. Sabrás qué hacer. He vencido a incontables enemigos y no dudo que tú también lo lograrás.

La soberana deslizó las manos por el cuello de Catalina, apoyando su barbilla sobre la cabeza de su hija. Doña Beatriz se acurrucó aún más en las sombras del estanque, su presencia olvidada, sintiéndose como una intrusa.

—La próxima semana deberás dejarnos. La próxima semana comenzaré a escribirte cartas. En todos mis ratos libres, te escribiré. Te lo prometo como tu madre que te ama.

—Yo también lo prometo, madre —respondió la joven, con ojos brillando como oro líquido.

La reina la sacudió suavemente.

—Mi chiquitina, me lo has prometido. Eres una princesa y un día serás reina. Ya hemos tenido suficientes lágrimas en los años recientes. Tu matrimonio nos da motivos para regocijarnos.

Catalina parpadeó, asintiendo.

Sentada lejos de ellas, doña Beatriz recordó las oraciones diarias de su discípula. Deseaba posponer esa partida por el bien de su afligida madre.

La reina extendió un brazo para alcanzar su manto. Del interior, de un bolsillo oculto y profundo, sacó una cadena de la que colgaba una pesada cruz dorada.

—Llévate esto contigo.

Catalina se la quedó mirando.

—¡Madre! ¿Su fragmento de la Vera Cruz?

La reina sonrió, pasando la cadena de oro sobre la cabeza de su hija.

—Siempre planeé dártela —reveló—. Y tengo otro regalo más. —De nuevo metió la mano en el bolsillo, sacando un pequeño libro dorado—. Mandé a hacer esto para ti: un regalo de despedida privado de mi parte.

Catalina tomó el libro y comenzó a pasar las páginas.

Doña Beatriz la vio tragar con fuerza y mirar a su madre con los ojos rebosantes de lágrimas.

—Gracias. Es hermoso, madre.

—Estoy de acuerdo, hija. Quería que tuvieras un libro de horas como el flamenco que yo atesoro. El pintor hizo un buen trabajo. Esta escena de la Anunciación... hizo que nuestra buena Virgen se pareciera un poco a ti, ¿a que sí?

Con una sonrisa torcida, Catalina volvió a bajar la mirada hacia el libro.

—Es muy bonita.

La reina se rio un poco.

—Tú también lo eres. Cuando vi el pelo rubio cobrizo y los ojos grises de esta joven Virgen, me di cuenta de lo que había pasado. El pintor, sabiendo que era para ti, te usó como inspiración. Lo pintó con amor, Catalina. Mi pequeña, hay tantos que te quieren... Recuerda lo que te digo: los ingleses también te querrán.

* * *

Una semana después, al amanecer, doña Beatriz se encontró de pie junto a Catalina y María en la terraza de la Torre de Comares. Ríos de oro blanco se filtraban entre las nubes plumosas; un diluvio de luz de un sol naciente que encendía la cima blanca de Sierra Nevada, continuando hacia la colina cercana de la fortaleza. En la última mañana con sus muchachas en la Alhambra, el aroma de las naranjas y granadas, junto con la luz plateada del amanecer, tejían un vivo y conmovedor diseño de despedida.

La luz de la mañana golpeaba las estrechas, serpenteantes y empedradas calles y los edificios de Granada, con la luz del amanecer dorando la piedra roja. Los jardines abrazaban los muros de la ciudad, formando un cinturón verde y frondoso que se extendía hasta el cercano valle del Darro. La brisa matinal traía consigo el perfume embriagador de las flores de verano. En el valle, los campos de cereales comenzaban a ponerse amarillos, madurando para la cosecha. La misma brisa que acariciaba su piel desnuda en el tejado de la torre también jugaba suavemente entre las puntas de los largos tallos verdes.

Extendidos hasta donde sus ojos alcanzaban a ver, frutales y moreras creaban un lienzo de vivos colores. Las vides, adornadas con guirnaldas, trepaban de árbol en árbol, con sus uvas aún verdes colgando en racimos regordetes y brillantes.

La Latina respiró profundamente. El aroma de un naranjo cercano la vigorizó y le empapó el alma. Irguió los hombros, casi sintiendo la presencia de su ancestro Samuel Ibn Nagrella. Incapaz de apartar la vista del paisaje, se preguntó si él habría estado allí alguna vez, igual que las tres ahora, para recibir un nuevo día. Tal vez ese lugar le había inspirado a escribir:

Apresúrate y dame de beber,
antes que el alba asome,
vino especiado y zumo de granada,
de la mano de una doncella perfumada,
que al son de su canto me dirá
de la vida que da y la muerte que arrebata.

Como si estuviera respondiendo a sus pensamientos, la voz de Catalina la devolvió a la ciudad que despertaba.

—De todos los lugares en los que he vivido, este es mi favorito. Es el verdadero hogar de mi corazón.

Doña Beatriz le apretó la mano.

—Todo irá bien.

—Rezo a Dios para que así sea. —Mirando hacia el palacio, añadió—: ¿Cómo estará mi madre con la última de nosotras lejos de ella?

Soltándole la mano, la Latina oyó las campanas llamando a misa matutina. María cruzó los brazos sobre la barandilla del muro, mirando los azulejos cerca de sus pies. Los rayos del sol se filtraban a través del delicado trabajo de la piedra, dibujando su diseño en el suelo.

Volviéndose hacia Catalina, María suspiró.

—Dios le dará fuerza a la reina, como nos la da a todas nosotras, mi prima.

La infanta se acercó a su amiga.

—Toda su fuerza procede de Dios. Su fe es la única certeza que le queda ahora. —Alzando la barbilla, sus ojos se llenaron de tristeza cuando declaró—: No quiero separarme de ella, no cuando me necesita.

Doña Beatriz observó la ciudad desde lo alto. Tan lejos parecía diminuta y casi una ensoñación. Un carruaje cargado se dirigía lentamente hacia las puertas. Pronto las muchachas seguirían la misma ruta. Sus niñas. Qué ganas tenía de llorar.

—El rey dice que ya ha habido demasiadas excusas y demasiadas demoras. Sabéis que cuando el rey habla así, vuestra madre se somete a su voluntad —dijo María.

Las lágrimas brillaron del color del oro en los ojos de Catalina antes de que, con un parpadeo, evitara derramarlas.

—¿Por qué no puede ver cuánto me necesita?

Doña Beatriz le apretó la mano.

—El rey ve que cada nuevo día que os quedáis se lo ponéis más difícil a la reina. Quizá solo hace lo que cree que es correcto. Os lo prometo, yo nunca abandonaré a vuestra madre. No puedo sustituiros, pero conocéis mi devoción por la reina.

La joven se frotó la cara.

—Eso me consuela un poco, maestra. —Suspirando, dijo—: Madre me dice que no viajará con nosotras. Dice que no se despedirá de nosotras. Que no puede. —Catalina miró al cielo—. ¿Tendrá Inglaterra amaneceres tan hermosos como este? Quiero grabármelo en la memoria para no olvidarlo jamás. Hay tanto de lo que quiero despedirme. Demasiado. —Dejó escapar una lágrima, luego otra y otra—. Le dije a madre que me llevaría la granada como mi símbolo. —Miró a María y luego a la Latina—. ¿Sabéis por qué?

—Esa es una adivinanza fácil, mi erudita —contestó doña Beatriz, señalando con la mano la ciudad entera—. Granada es la granada en sí. Vuestros padres trabajaron duro para conquistarla.

Catalina sonrió con ternura hacia las nubes. Ya no eran jirones de plumas que surcaban el cielo; a la maestra le recordaron la piedra enrejada que tenía en la punta de los dedos.

—Adivinasteis incorrectamente, mi maestra, que tan raras veces se equivoca. La escogí por la leyenda de Proserpina... Es lo que quiero que mi madre recuerde y guarde siempre en su corazón. Un día volveré a su lado, igual que Proserpina hizo con su madre. —Sin apartar la mirada del cielo, Catalina añadió—: Un día, en el cielo, ella y yo estaremos juntas, pero sin más tristeza y sin más despedidas.

Doña Beatriz posó la mirada de nuevo en la ciudad. El trinar de los pájaros se oía en la radiante mañana, gorjeos y silbidos sin fin de un concierto musical sin forma. Un gallo cantaba sin cesar su orgullo y gozo al nuevo día, sin aceptar réplica. Alguien en un balcón tañía las cuerdas de una vihuela. Un joven muchacho y una muchacha reían mientras jugaban a la pelota con su perro. A lo lejos, avanzando hacia las puertas de la ciudad, un caballero erguido, de espaldas rectas y hombros anchos, cabalgaba sobre un corcel blanco como si fuese el dueño del mundo.

El esplendor de la mañana la hizo vibrar como un arpa. La brisa ligera y el sol cálido se derramaron en su interior y cada fibra de su cuerpo vibró con la dulzura de la vida. Se abandonó al júbilo del día, con todo su ser entonando una oda secreta. Doña Beatriz le apretó la mano.

—No olvidéis alegraros siempre de la vida. Aun en las horas más sombrías arde una chispa de luz que nunca se apaga. —Sonrió entre lágrimas, mirando a las jóvenes—. El amor que vosotras compartís es esa chispa, y habrá de guiaros por siempre. Sed dichosas mientras podáis... y vivid con gozo.

FIN

Descarga la guía de lectura gratuita de este libro en:
www.librosdeseda.com